

Francisco Haro Pérez

Mojaqueros *de hecho*



Mojaqueros
de hecho

FRANCISCO HARO PÉREZ

Mojaqueros *de hecho*

Instituto de Estudios Almerienses
DIPUTACIÓN DE ALMERÍA | 2014

MOJAQUEROS DE HECHO

Colección Etnografía y Cultura Popular Nº 17.

Edita: Instituto de Estudios Almerienses. Diputación de Almería.

www.iealmerienses.es

Colabora: Ayuntamiento de Mojácar

© de la edición: Instituto de Estudios Almerienses. Diputación de Almería.

© de los textos: Francisco Haro Pérez

© de la fotografía: Francisco Haro Pérez, Tito del Amo y los autores.

Cubierta: Montaje sobre fotografía de Francisco Haro Pérez

ISBN: 978-84-8108-575-4

Dep. Legal: AL 390-2014

Primera Edición: abril 2014

Diseño y maquetación: Servicio Técnico del IEA.

Imprime: Artes Gráficas M3

Impreso en España

Este libro, con el permiso que, de antemano, se que tengo de los propios homenajeados, quiero dedicárselo a mi familia. A mi esposa e hijos por soportarme, a mis padres por estar siempre hay y, por supuesto, a la memoria de mi hermana, al ser todos ellos, igualmente, parte de esta historia.

Mi más sincero agradecimiento a todos los colaboradores, que figuran en el índice de colaboraciones por ayudarme a hacer realidad mi sueño.

Gracias.

PRÓLOGO



JOSÉ M^ª MARTÍNEZ DE HARO

ESCRITOR Y PERIODISTA

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Hace ya muchos años, Mojácar era destino obligado para gentes de muy diversa procedencia que buscaban un rincón perdido donde aparcarse sus vidas y donde expresar sus inquietudes intelectuales, espirituales o simplemente existenciales. Muchos lo encontraron en aquel pueblo almeriense encaramado en la montaña, semiderruido y abandonado a un incierto destino.

A falta de realidades más felices, se pusieron en valor símbolos de cierto esoterismo, más literario que otra cosa, surgido de la necesidad de abrir un futuro con identidad propia. Así surgieron leyendas que habitaron las mentes ávidas de nuevas sensaciones y hastiadas del entorno urbano de las grandes ciudades de Europa y América. Aquel pueblo moruno de casas aún sin cal, se definió un “rincón de embrujo” por aquello que lo intangible se hace más soportable que la realidad. Abundó la fábula en un pueblo de fabuladores y acudieron personajes fascinantes que cohabitaron con otros de diverso pelaje. Se logró un modo peculiar de convivencia realmente único en aquella España atrasada en muchos aspectos. Fueron los pioneros de un movimiento migratorio que cambió el curso de la vida de los vecinos de Mojácar y de toda la Comarca.

En aquel ambiente de extravagancia y glamour creció nuestro autor, Francisco Haro Pérez. Su padre, empresario e improvisado mecenas, tuvo el acierto de transformar el bar de la Plaza Nueva en un Hotel que ya sería símbolo de la nueva era. El Hotel Indalo fue el observatorio excepcional de aquel nuevo mundo donde personajes surrealistas y geniales daban vida a un escenario totalmente sorprendente que asombraba a los mojaqueros. Todo ello era digno de un relato para que no se perdiera en las sombras del tiempo. Han pasado muchos años y aquel joven desgarbado que observaba con atención desde el Hotel Indalo, nos ofrece ahora ese relato. Francisco Haro (Paco Lina) ha tenido la buena idea de escribir un libro a modo de homenaje a todos esos “mojaqueros de hecho”. Y se fundamenta en razones muy dignas; porque ellos cambiaron Mojácar para siempre, y para que todo esto quede en la memoria

de este pueblo. Lo dice un mojaquero de pura cepa, además de excepcional testigo de esos años.

Habré de decir que mi amistad con el autor trasciende el concepto de amistad, sus padres, el Harico y Lina son para mí una extensión de mi familia. Con eso explico todo lo que me une a Paco Haro. Pero desconocía la versión literaria de Paco. Y resulta que un buen día se presenta en mi casa de Garrucha y me pide escribir el prólogo de este libro. Naturalmente le dije lo que tenía que decirle. Y mas allá de la amistad, reconozco que me animó la curiosidad por leer la versión de Paco sobre personajes que conocí muy de cerca, ver como reflejaba el ambiente que yo viví a diario en aquellos años dorados de Mojácar. Me ha causado una grata sorpresa descubrir todo el realismo descriptivo que desgrana parte de mis propias vivencias. Así que me dispuse escribir este prólogo con la sinceridad y el compromiso que merecen el autor y la Mojácar querida a la que me unen tantos años desde mi niñez, mi juventud y mi madurez. Con el corazón.

Habré de decir que este libro me ha puesto de manifiesto la extraordinaria capacidad de Paco para la observación de un mundo inédito que era totalmente ajeno a su cultura. Y la prodigiosa memoria que hace gala en sus páginas. Y lo más importante, llegar a conclusiones y matices sobre cada uno de cuantos se mencionan en el libro llegando a perfilar la personalidad que adornan biografías a veces extravagantes, a veces desconcertantes, siempre interesantes. Pero además de su memoria, ha tenido el acierto de solicitar a distintos coetáneos que escribieran su versión sobre muchos de estos que protagonizan el libro, los “mojaqueros de hecho”. Yo mismo escribo un obituario sobre Fritz. Nada más oportuno por cuanto se mezclan estilos y descripciones diversas que añaden interés por cuanto componen un interesante mosaico perfectamente descriptivo de aquellas gentes y de aquel ambiente.

El libro es ante todo un retrato social de primer orden. Y una valiosa aportación documental para la reciente historia de Mojácar. Naturalmente los matices subjetivos y costumbristas adornan todo el relato porque son justamente las costumbres, la vida cotidiana las que señalan diferencias que van marcando el comienzo de un tiempo nuevo que dejará en Mojácar una huella profunda que, como bien señala el autor, es ya imperecedera. Digna de resaltar es la generosidad del autor, el afecto que deposita en cada página, en cada biografía, en cada historia, a veces no puede ocultar su emoción. Y tras leerlo con mucha atención, se percibe que efectivamente se trata de un homenaje, un homenaje literario que Paco resuelve con un lenguaje muy fluido y con adjetivos muy medidos que perfilan cada detalle y transmiten respeto y credibilidad. Desde mi punto de vista personal, entiendo que un mojaquero de nacencia, haya dedicado años de su vida a recopilar las historias, las biografías, las fotografías hasta los pequeños detalles que hacen una historia

verídica aunque la imaginación también se haga presente. El libro nace del mejor impulso y el autor ha saldado una deuda que habitaba en su conciencia, y por extensión, ha saldado también una deuda que Mojácar y los mojaqueros tenían con estos pioneros que eligieron libremente Mojácar como el paraíso soñado. Hace bien en calificarlos como “mojaqueros de hecho”. Lo fueron con todas sus consecuencias. Hicieron de esta tierra su residencia permanente, y la defendieron desde las opiniones diversas y la actitud civilizada. Muchos de ellos reposan para siempre bajo el cielo azul, al pie de la Sierra, en el cementerio de Mojácar. El autor aporta una detallada lista de todos ellos para que su memoria no nos sea ajena.

El largo recorrido por las vidas de cada uno de ellos nos señala que fueron en su mayoría artistas; escritores, poetas, músicos, directores, actores, compositores intelectuales, aristócratas, aventureros, espías, y algún vagabundo universal, hubo de todo, pero con sus aportaciones fueron capaces de crear una ilusión y una leyenda, una nueva Mojácar que asombraría los mas selectos ámbitos de la cultura en España y en el mundo. Puede que jamás sospecharan que construían también una nueva realidad económica y social que ha quedado como su mejor legado en esta Tierra del Sur de España. De todo eso nos habla este libro. De esos mitos y leyendas que dieron vida a los mejores años de Mojácar y que el autor describe con admiración y ajustado a un esquema realista porque Paco desvela sus propias experiencias en relación muy estrecha con muchos de ellos. Si, fue una extraña comunidad que logró el respeto de los mojaqueros y que logró una convivencia mas allá de las fronteras de los idiomas, de las diferencias culturales, políticas o religiosas y de las vivencias contrapuestas en momentos dramáticos de la Europa del siglo XX. Paco Haro ha sabido captar la grandeza y generosidad de todos ellos para construir una mixtura que aunó lo mejor de cada uno y de sus respectivas formas de vida. Fue posible por la complacencia y la alegría de vivir, el optimismo y la vitalidad de unas mentes desprovistas de todo complejo. Todo eso se refleja en el libro, las interminables tertulias en varios idiomas en aquellas mesas de formica junto al Hotel Indalo o el Bar de Pedro Morales. Los amoríos, la manera de observar la vida y el comportamiento de todos ellos en relación al pueblo tratando de asimilar las peculiaridades de sus costumbres y sus gentes.

Es recomendable la lectura reposada de este libro porque nos retrae a un pasado lleno de encanto y de misterio. De cultura con mayúsculas y de un universo mágico habitado por duendes singulares llegados de países remotos con la vida repleta a sus espaldas, con sus glorias y fracasos, y con experiencias tan singulares que a veces parecían fruto de la imaginación. Los mojaqueros comprendieron que sus vidas cambiarían para siempre y se dejaron llevar por lo mejor que destila el alma humana; la hospitalidad, la amistad y la fácil relación propia de un viejo pueblo hospitalario mezcla de culturas milenarias.

Todo queda perfectamente descrito en este libro. Y la imaginación del autor nos brinda un recorrido imaginario que da vida a los personajes en relación a los vecinos de Mojácar y a los lugares más emblemáticos con escenas de la vida cotidiana de aquella sociedad anclada en su pasado y ansiosa por descubrir el futuro. Si alguien desea conocer mejor los tiempos que alumbraron el esplendor de Mojácar y de esta Comarca y los actores que propiciaron el cambio sustancial de nuestras vidas, habrá de leer este libro como referencia ineludible. Además del poso cultural y el cambio generacional, el atento lector es posible que encuentre algún duende vagando solitario. Uno de aquellos duendes del Teatro Aquelarre que recorre las callejas del pueblo y sube hasta las cumbres de esa majestuosa Sierra Cabrera. Nadie sabe quien habita ese duende, pero puede que sea cualquiera de los que desfilan en este libro porque en estas páginas ya han alcanzado un poco de la gloria que describen los mitos y quedan como muestras de un siglo convulso que cambió la sociedad y la historia.

Paco Haro ha escrito un buen libro, un libro que será referencia para los habitantes de esta Comarca y para los curiosos de la cultura y de la historia local. Un libro que se adentra en los repliegues de una crónica social con respeto, con gratitud y con una profunda nostalgia que hace vibrar la buena literatura, la que llega al alma y queda prendida en el corazón.

Por favor, léanlo, y déjense llevar hasta lo alto.

José M^a Martínez de Haro

Escritor y Periodista

Profesor de la Universidad Complutense de Madrid

INTRODUCCIÓN

Nací en Mojácar a mediados de la década de los cincuenta del pasado siglo; por tanto, puede decirse que crecí casi a la par que el turismo, y que creo conocer la reconversión sufrida en nuestro pueblo y el proceso evolutivo que causó este fenómeno, el cual, en principio, cambió de manera radical el curso de la historia de la comarca.

Desde el balcón que me proporcionó el primitivo y emblemático Hotel Indalo, el cual fundó y regentó mi padre a comienzos de los años sesenta, he visto pasar el tiempo y, con él, a los distintos personajes que fueron llegando. Aquellos entrañables protagonistas tan raros y poco comunes, que por entonces nos parecieron casi de otro planeta, hicieron renacer toda la mística y el encanto que Mojácar, por razones de ausencia, estaba perdiendo. Gentes que, a la postre, han marcado, por una parte, la idiosincrasia y la forma de ser y pensar de los actuales mojaqueros y, por otra, la proyección hacia el exterior de nuestra tierra.

Desde siempre, en nuestro subconsciente, hemos reconocido -sería de necios no hacerlo- la importancia vital que la aportación de estas gentes tuvieron en el transcurso del cambio socio-cultural que repentinamente sufrimos y que hoy exhibimos tan gallardamente; sin embargo, raramente lo manifestamos en público, no sé... como si nos costara trabajo admitirlo. Por ello, me propuse hacer algo, algo que desde mi infancia siempre he querido hacer, sin saber exactamente el qué. Lo que tenía claro es que tendría que servir para que nuestras sucesorias generaciones los conocieran de una manera más fehaciente y así, entre todos, una vez reunida la información adecuada, rendir un continuo homenaje con la debida pleitesía que sin duda merecen aquellos seres extraordinarios. Ellos que vinieron, desde no sabíamos dónde, para inundar nuestras vidas de fe y esperanza y que nos enseñaron, entre tantas otras cosas, a conservar nuestra propia identidad como premisa fundamental para crear nuestro futuro.

Se me ocurrieron infinidad de formas o maneras de mostrarles nuestra consideración; pero casi todas dependían de factores a los que no tengo acceso

y que sólo a las autoridades que nos representan correspondería llevarlas a cabo; mas, al parecer, éstas están siempre ocupadas en otras labores que, para ellos, son más importantes, olvidando lo que motivó el que hoy estén dónde y cómo están, y ninguneando los pilares de sus actuales pedestales, pero...

Así que la única forma era escribir, y a pesar de ser un neófito en el asunto, he tenido el atrevimiento -por lo que de antemano pido perdón- de narrar, bajo el prisma de mis vivencias, lo acontecido desde que estas gentes llegaron hasta nuestros días, resaltando todo aquello que durante ese tiempo han ido ofreciendo para que Mojácar sea hoy lo que es.

Una vez que paso a confeccionar el libro, si es que se le puede llamar así, el primer planteamiento era buscar un título que definiera cómo catalogar a las personas objeto del mismo. Barajé varias opciones, entre ellas: *Los otros mojaqueros*, pero me pareció que expresaba una diferencia irreal con respecto a los "unos". Otra opción fue *Mojaqueros de adopción* o *Hijos adoptivos*, pero supe que para ello se necesita un nombramiento oficial y la certificación la tiene que otorgar la autoridad competente; sin comentarios. Otra fue *Mojaqueros de adicción*, que tenía sentido por ser personas que quedaron "enganchadas" al embrujo de Mojácar y, tras hacerse adictas a ella, no podían pasar sin sus dosis de "mojaquerísmo", renunciando a otras alternativas. No opté por este último título para evitar suspicacias. También, podría haberse llamado *Mojaqueros venidos de fuera* o *determinados*, o *de causa*, o *diferentes*, etc. Lo único que tenía claro es que la palabra "Mojaqueros" tenía que aparecer como gentilicio; en cuanto al resto de la frase, cualquiera de las menciones podría valer, ya que todas expresaban una realidad y la realidad es un *hecho*.

¿Por qué *Mojaqueros de Hecho*?

Resulta que, en el contexto jurídico-administrativo de las entidades locales, la población de un municipio se divide en: habitantes de hecho y habitantes de derecho. Los habitantes de derecho son aquellos que pueden ejercer derechos civiles, como por ejemplo el voto; sin embargo, la población real, independientemente de estar o no empadronada, es la que reside en el municipio, bien de forma permanente o transitoria, y esos son los habitantes de hecho. De ahí el título: **MOJAQUEROS DE HECHO**.

A la narración había que darle una expresión literaria acorde con el halo de misterio que, desde entonces, ha envuelto todo lo relacionado con Mojácar. Para ello, he intentado poner todo el énfasis necesario y sacar del subconsciente mi más modesto sentimiento poético; para así darle la retórica necesaria a la historia y convertirla en una fantástica leyenda sin que ésta pierda un ápice de veracidad.

El libro está estructurado en varias partes: en la primera, narro cómo empezó todo y la forma en que se pasó del más absoluto desarraigo a la esperanza de una nueva vida, gracias a la llegada de unos seres atípicos

y extravagantes que hicieron despertar el Duende, captaron su embrujo e hicieron del lugar su punto de partida hacia una forma de convivencia diferente, llena de posibilidades, usando el turismo como trampolín para conseguirlo.

La segunda parte narra la consolidación de las perspectivas creadas, la venida de otras gentes de índole semejante, la restauración del pueblo, el fin de la migración y la constitución de una nueva comunidad multirracial con su consecuente riqueza cultural, económica y social. Pero, sobre todo, el aspecto más humanitario, la plena integración de todos y su implicación en el devenir cotidiano con vistas al futuro del ya afianzado asentamiento.

En la tercera parte, hago hincapié en algunas circunstancias tales como la especulación, en el plano material, y la manipulación de sentimientos, en el lado espiritual. Eventualidades que dieron lugar a que algunas de las instituciones creadas, en el ámbito del respeto mutuo y la convivencia, se desmoronaran produciéndose el desencanto y la división; coincidiendo con la llegada de otras gentes con ideas diferentes que acarrearón nuevas formas de inversión y que ya solo buscaban el aprovechamiento pragmático como forma de crecimiento y enriquecimiento individual, pasando por encima de todo aquello que fuera necesario, incluidos patrimonio, costumbres, armonía, amistad, familia, principios, cultura etc.

La cuarta parte la he dedicado a realizar una especie de fábula. Me he permitido el lujo de unir a todos los personajes foráneos, en un día cualquiera de aquel tiempo, y los he mezclado con los nativos, rememorando así historietas, anécdotas y chascarrillos recopilados entre unos y otros; como ejemplo de lo que fue, y como quimera de lo que tendría que haber continuado siendo. He intentado nombrar, hasta donde mi memoria me ha permitido llegar, al mayor número posible de familias y personas nativas y foráneas que de una forma u otra cohabitaban en Mojácar en aquella época. Seguramente, y al igual que en el semblante de los *mojaqueros de hecho* más relevantes, faltaran algunos por mencionar. No obstante, no es mi intención eludir a alguien de mi pensamiento, así que pido perdón a cuantos mi recuerdo haya traicionado inconscientemente.

La quinta parte está enfocada a la descripción individual de algunos de los personajes más significativos, utilizando la memoria y opinión de otros que, con más motivo que yo, pueden enjuiciarlos, por haber convivido con ellos y ser conocedores de sus sentimientos hacia Mojácar. De esta misma forma, también he querido hacer partícipes de este homenaje a los que de ellos opinan, para que no sea solo mi propio criterio el que prevalezca en cada una de las semblanzas. Me he limitado a nombrar a los más populares, centrándome en aquellos que desgraciadamente ya no están entre nosotros, pero que perdurarán en el recuerdo de todos y deambulan de forma espiritual

entre las callejuelas de esta su ciudad. De hecho -vuelvo a pedir perdón-, como reza el dicho: *no están todos los que son...*, ya que la lista sería interminable.

He creído oportuno, asimismo, tener el detalle -con el debido respeto y esperando no vulnerar su eterna intimidad- de nombrar a todos y cada uno de los difuntos forasteros que hasta este momento reposan para siempre en el cementerio de Mojácar. Se trata de un recordatorio y, al mismo tiempo, una prueba más de que la mezcla continúa y perdurará a través de todos los tiempos en el lugar más sagrado, allí donde todos moraremos y donde se disipan las dudas sobre el significado de la igualdad y el sentido de la unidad.

También he querido realizar una reflexión y detallar lo que finalmente nos ha quedado, lo bien o mal que hemos sabido asimilar las enseñanzas y sopesar lo que ha sido y lo que habría podido ser, con o sin el concurso de nuestros *mojaqueros de hecho*.

Al final, incorporo dos apéndices: en el primero, hago una reinvocación de valores, y en el segundo, el protagonismo es de los niños, los descendientes de nuestros *mojaqueros de hecho*, aquellos niños -hoy adultos- con cierto peso específico dentro de la sociedad. Ellos son la continuidad y la alianza definitiva de todo lo acontecido desde el principio hasta nuestros días y para siempre.

Para terminar, quiero que quede claro, como más adelante corroboro, que mi única intención ha sido hacer una emotiva y merecida referencia a una serie de personas que, a mi entender, han sido fundamentales a la hora de confeccionar la historia moderna de Mojácar y su entorno.

Va por ellos...

INTRODUCTION

I was born in Mojácar, in the mid-1.950s, so it can therefore be said that my own growth paralleled that of tourism and that I am well versed in the resulting restructuring of our village, and how it radically changed the history of the region.

I saw time pass by from the balcony of the original Indalo hotel (founded and run by my father) and with it the different characters that started to arrive. Those likeable protagonists, so strange and unusual, initially seeming to us like from another planet and who renewed all the mysticism and enchantment that Mojácar seemed to have lost. People who ultimately influenced current *Mojaqueros'* idiosyncrasies and way of being and thinking, and how our region was portrayed to the outside world.

We have always subconsciously recognised -it would be foolish not to- the vital importance of the contribution from such people to the process of social-cultural change that we almost suddenly experienced, and which we today exhibit so gallantly. However, we rarely acknowledge it in public, as if it were hard to admit, so I decided to "do something about it". Something I've wanted to do since I was a child, without knowing exactly what it was. What I was clear about however was that it would have to be something that would inform future generations of the reality of the times, and after having gathered sufficient information, allow us all to pay the homage and respect that those extraordinary beings deserve. People who came from who knows where, to inundate our lives with faith and hope, and who taught us, amongst many other things, to preserve our own identity as a basic foundation on which to build our future.

I could think of many many ways of showing our respect, but nearly all of them depended on things I could not control, and which it was up to our representative authorities to carry out -but apparently they are always busy with something else, things they find more important, forgetting what helped them be where and how they are today, ignoring the shoulders of giants on whom we all stand...

So the only way was to write, and despite being a layman in the matter, I plucked up the courage -for which I apologise in advance- to narrate the history of these people based on my own experience, from arrival to the present day, in so doing highlight what they left behind that makes Mojácar the place it is.

Having decided to write a book, if it can be called that, my first task was to find a way to refer to these people that would help define them. I toyed with several options, including *The other Mojaqueros*, but felt this unrealistically set them apart from the rest. Another option was *Adopted Mojaqueros* or *Adopted sons*, but I learnt that official appointment would be necessary, granted by the 'competent authorities', say no more... Another was *Addicted Mojaqueros* which made sense in as much as they were people "addicted" to the enchantment of Mojácar, and once addicted couldn't go without their dose of Mojácar, rejecting all other alternatives, but I decided against this, to avoid giving the wrong impression. Other alternatives were *Mojaqueros from abroad*, or *appointed*, or *honorary*, or *different*, etc. Regardless, I was sure that the word *Mojaqueros* had to appear as an adjective or noun, and that any of the above would be fine for the rest of the phrase, as they all expressed a reality and reality is fact is it not?

So I thought what about *de facto Mojaqueros*? In a local judicial/administrative context the population of a municipality is divided into de facto residents and registered residents. Registered residents can exercise certain civil rights, such as voting for example, whereas the population as a whole (independent of whether registered or not) is made up of those who reside in the municipality, either permanently or temporarily, and these are the de facto residents. This led me to decide on the title: DE FACTO MOJAQUEROS.

I also decided that the narration should be afforded a literary expression in tune with the mysterious fate that has enveloped everything to do with Mojácar ever since, and I have therefore attempted to provide the necessary emphasis bringing forth my most modest poetic sentiments and furnish the story with sufficient rhetoric to transform it into a fantastic legend, without straying from the facts of what actually happened.

The book is structured into several parts: In the first part I narrate the beginning, how everything started and how things moved from a feeling of total rootlessness to sense of hope for a new life, thanks to the arrival of some atypical and extravagant beings who woke up the "Goblin", so to speak, captured his enchantment and transformed the place into their own foundation for a different way of living together, one that was full of possibilities, using tourism as means of getting there.

The second part more or less recounts the consolidation of the attitudes that had been created, the arrival of other people with a similar nature, the restoration of the village, the end of the migration and the constitution of a new multicultural community and its consequent cultural, as well as economic and social wealth. But above all it speaks of the most humanitarian aspect, everyone's total integration and involvement in daily life, with one eye on the future of the now consolidated settlement.

In the third part I emphasise certain circumstances, such as properly speculation on the one hand, and emotional manipulation on the other. Events that lead some of the institutions created for mutual respect and cohabitation to crumble, creating disenchantment and division, and coinciding with the arrival of other people with different ideas, who brought new forms of investment and who now only pursued pragmatic exploitation as a means of individual growth and enrichment, running roughshod over anything they needed to, including heritage, customs, harmony, friendship, family, principles, culture, etc.

In the fourth part I reflect on and list what remains at the end of the day, the good and the bad, what we have been able to assimilate, the lessons, etc., and weigh up what has and may have been, with or without the participation of our *de facto* Mojaqueros.

Then in the fifth part, I wanted to individually look back on some of those who were most significant, based on the memory and opinions of others, better placed than I to judge them -having lived with them and aware of their feelings towards Mojácar. In paying homage I also wanted to include the opinions of others, so that it is not just my perspective that prevails when sketching their biographies. In fact, and I apologise in advance, the list is incomplete, it would be endless otherwise. I have limited myself to naming some of the most popular who sadly are no longer with us, but who in our memories live on, and whose spirits no doubt continue to wander around the streets of their village.

I also felt it opportune to make a gesture, with all due respect and hoping not to violate their eternal peace, by naming each and every one of the deceased foreigners resting in the Mojácar cemetery. It's just a reminder and also further poof that the hotchpotch continues, and will endure forever in that most sacred of places, where we all shall end and where doubts about the meaning of equality and unity are dispelled.

It's just a reminder and also further evidence that the mixture continues and will last through all time in the most sacred place, where all end and where they dissipate doubts about the meaning of equality and sense unit.

To finish off, I decided to make the sixth part like a fable. I have taken the liberty of bringing them all together at the same time, despite some not

being contemporaries, and I have mixed them up with the natives through the recounting of both fictional and real tales and anecdotes, as an example of what was and as a chimera of what should have continued to be.

What I did want to make absolutely clear, as I later uphold, is that my sole intention has been to express emotional and well deserved respect for a series of people, who in my view were fundamental to the modern history of Mojácar and its environment.

This is dedicated to them...

English translation by Antonio Garcia Russell

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	13
1. La Revelación del Duende	23
2. Restauración	35
3. Exceso y Desencanto.	47
4. Tránsito	59
5 In Memoriam	99
D. Carlos Almendros.	101
<i>José M^a Montoya.</i>	
Rafael Lorente	107
<i>Francisco Haro Pérez y Enrique Lorente.</i>	
William Napier, Bill.	113
<i>Francisco Haro Pérez.</i>	
Frederich Noel Mooney, Fritz.	117
<i>Francisco Haro Pérez et all.</i>	
Win Wels.	131
<i>Clemente Gerez.</i>	
Enrique Arias.	137
<i>Didier Arias.</i>	
Catherine Ellison, Katy Mulock.	143
<i>Francisco Haro Pérez.</i>	
Paul Beckett	147
<i>Francisco Haro Pérez.</i>	
Kate Owens	150
<i>Francisco Pérez.</i>	
Antonio Mejias Jiménez y Tico Medina.	153
<i>Francisco Haro Pérez.</i>	
Marcelien Brunet, Marcelino	158
<i>Antonio Martínez.</i>	
Salvatore Fiorello, Sammy	161
<i>Francisco Haro Pérez.</i>	
Charlie Braun, Charly.	165
<i>Lenox Napier.</i>	
Ulf, Dietrich Schimming	169
<i>Francisco Haro Pérez.</i>	
Walter Rudolf Wanner, Till	172
<i>Francisco Haro Pérez.</i>	

Benjamin Rapoport <i>María Córcoles.</i>	174
Roberto Puig-Adam Álvarez . <i>Clemente Flores Montoya.</i>	179
Henry Higging. <i>Francisco Haro Pérez.</i>	187
Theresa Sweet, Teresina. <i>Francisco Haro Pérez.</i>	192
Aldo Cecci <i>Antonio Ruiz, Miguel Egea y Francisco Alarcón</i>	194
James y Mary Beaumont . <i>Lenox Napier.</i>	200
Jean Marie Raths <i>Gideon Richardson.</i>	203
Robert y Doreen Hurst <i>Ric Polansky.</i>	206
Alan Simpson <i>Emilio Aramburu y Lenox Napier.</i>	208
Charles Baxter <i>Patricia Moroney.</i>	211
Lars Wesberg y Matica Goulard, los suecos <i>Francisco Haro Pérez y Rosa García Belmonte.</i>	215
Davina Dundas Burten-Shaw. <i>Félix Clemente Gerez.</i>	219
6. Apéndices	
Reivindicación	229
Segunda generación	231
Epílogo	239
Colaboraciones y autorías	243

1. LA REVELACIÓN DEL DUENDE

Durante las décadas de los años cuarenta y cincuenta del pasado siglo, al igual que otros muchos puntos de nuestra geografía, Mojácar no se libró del suceso de la migración. Como en los demás lugares, esta migración se produjo por la cada vez más acentuada escasez de recursos necesarios para el sustento, la carencia de progresión y la nula aclimatación de sus gentes al inminente periodo de desolado futuro que se les presentaba. En consecuencia, no tuvieron más remedio que emprender la huida en desbandada y, como almas en pena, correr al encuentro de cantos de sirena provenientes de lugares fértiles y prósperos, dejando atrás sentimientos logrados y miserias heredadas.



MOJÁCAR AÑOS 50.



PRIMEROS VISITANTES; FRITZ, TONY, MELE, SAMMY, LINDA'S REDDING.RECOPIADO. (FOTO TITO DEL AMO)

Inmediatamente después tuvo lugar otro fenómeno, si cabe, más significativo y a su vez esperanzador, el cual marcó definitivamente el comienzo de la nueva era. Además, merece una especial mención por la forma de producirse, por la repercusión que a través del tiempo ha tenido en Mojácar y en sus habitantes, y por ser la causa que puso fin al exasperante periodo que precedió a la dispersión. Me refiero a la llegada del turismo, auténtico y único propulsor del renacer y consiguiente desarrollo de esta comarca.

Una vez culminado el que para algunos se hizo indispensable éxodo, cuando ya la ciudad se encontraba casi derruida de esperanza, más que menos vacía de presencia y al borde de la desaparición; en el momento en que solo quedaban algunos sobrevivientes aferrados a sus raíces y reacios a admitir la realidad palpable del declive y la probable extinción de la milenaria ciudad; fue cuando sobrevino el comienzo de la nueva era.

Es, pues, en el preámbulo de los años sesenta, cuando los escasos vecinos que quedaron, llenos de incertidumbre, a la vez que incrédulos y sorprendidos, comenzaron a vislumbrar sombras de optimismo remozado, el cual vagaba por las calles llenas del escombro desprendido de rancieros hogares destruidos por la escasez del presente alentador y la falta de contiguo porvenir. Siluetas foráneas, ataviadas de predicción con olor a perspectiva de futuro.

A simple vista, daban la impresión de criaturas exóticas, de estado ensimismado y contemplativo, visionarios de colores casi imperceptibles en medio del gris tenue que envolvía la atmósfera. Sujetos extraños, de

incomprensible jerga, intangibles, moviéndose sigilosos semicamuflados entre las polvorientas e intransitables callejuelas que conducían al abismo.

“¿Qué hacen estos forasteros aquí?”, se preguntaban los nativos desconcertados, “¿qué han venido a hacer en medio de esta desolada nada, donde cunde el desconuelo, prima la huida y prevalece el abandono?, “¿qué buscan en este áspero lugar cercano a la aflicción y lejano a cualquier parte?”. Las dudas les embargaron y sus pensamientos se llenaron de interrogantes intentando encontrar una explicación lógica a la irrupción, casi repentina, de aquellas gentes de aparente rareza.

Uno de esos escépticos supervivientes negado al destierro era mi padre, aunque ya comenzaba a mirar de reojo la posibilidad de asir el horizonte como objetivo fundamental y seguir los pasos de su progenitor cuando, de repente, se le irradió la chispa del candil de la esperanza y, agarrado a la llama ardiente de la subsistencia, dedujo que aquellas apariciones no era otra cosa que los indicios de una nueva era; que las siluetas eran seres portadores de nueva vida, individuos con identidad propia deseosos de paz y visible disposición a la confraternidad, y, aunque de hablas dispares, fácilmente entendibles; demandantes de roce y cansados de vagar por lugares inhóspitos. A fin de cuentas, hombres y mujeres con estilos definidos, buscando un espacio grato y agraciado donde establecer sus apacibles y codiciadas pretensiones, las cuales no eran otras que la tranquilidad y el equilibrio emocional.

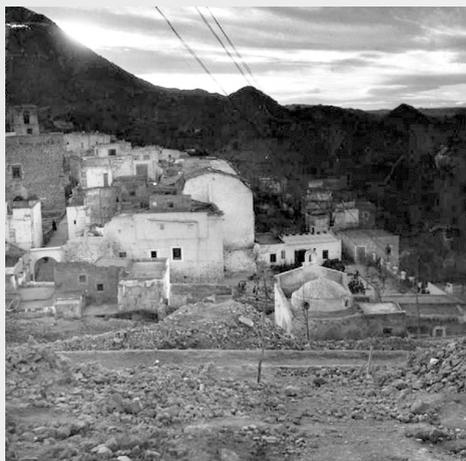
Percibió, también, mi padre, las necesidades que anhelaban estas gentes. Desde cerca, entrevió en sus rostros reveladores, entre otras cosas, el menester de abrigo; así pues, dentro de la precariedad circunstancial por motivos evidentes, hizo de su modesta casa la morada de todos y, poco a poco, empezaron a construir la legendaria estancia y lugar de paso obligado para los visitantes. Debía de ser un hogar dulce y placentero, donde la familiaridad primase sobre lo extraño y lo simple sobre lo enrevesado.

Siguiendo los cánones de finalidad, tendría que ser un lugar recogido para, así, tener cabida todos, por distintas que fueran tanto sus personalidades como las necesidades; a la vez que vasto, para sentirse lo suficientemente libres y protegidos de las inclemencias imprevisibles que pudiesen presentarse durante el transcurso de la permanencia en él, con independencia de su duración. En definitiva, algo que resultara entrañable y ameno.

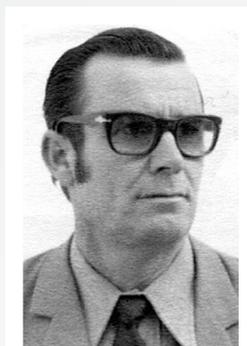
Con ese fin, afloró el hotelito familiar ubicado en la Plaza Nueva, centro crucial del pueblo, alzándose como tótem al final del camino. Lugar de reposo y meditación cuando la necesidad lo demandara, y de bienestar y jolgorio en el momento que fuera necesario.

En principio, y al abrigo del bar, construyó mi padre un pequeño restaurante, el cual se avituallaba de una no menos reducida cocina donde mi madre, ayudada por el joven Fernando, el *Latero*, y sobre fogones de carbón,

Francisco Haro Pérez, "Paco Lina"



BAR HARICO,
HOTEL INDALO AÑOS 50.



HARICO, PADRE DEL AUTOR.



HOTEL INDALO AÑOS 60.



HOTEL INDALO AÑOS 70

desplegaba sus artes culinarias, con el fin de calmar las apetencias nutricionales de todo aquel que al lugar llegara. En cuanto al aposento, primero se edificaron cinco sencillas habitaciones provistas de dos o tres camas cada una, que hacían de dormitorio o sitio donde sosegar fatigas arrastradas u ocultar discretamente notoriedades. Por entonces, se denominaba el bar del *Harico*, mote con el que era conocido mi padre, pero había que buscar un nombre más apropiado, más sugerente o significativo, ya que se vaticinaba que aquel lugar tendría un papel casi fundamental en el proceso de mejoramiento de Mojácar y sus gentes.

Entre las celebridades “conocidas” que acudían al hotel se encontraban pintores, escultores, poetas e intelectuales de la talla de Jesús de Perceval y Celia Viñas, quienes, acompañados de Miguel Cantón Checa, Francisco Alcaraz, Luis Cañada, Francisco Capuleto, Miguel Rueda, Juan Cuadrado, José Gómez Abad, Antonio López Díaz y otros, formaban parte de la corriente pictórico-cultural denominada Movimiento Indaliano, la cual había adoptado el lugar como ubicación de encuentros, reuniones, charlas y debates. De esta manera fue como, a instancia de Jesús de Perceval, se le bautizó con el nombre de Hotel Indalo, en homenaje al “tóten” que nuestros antepasados colocaban en las puertas de sus casas, tanto para ahuyentar a los malos espíritus, como prevenir el mal de ojo; el cual, a la postre, se erigiría en símbolo representativo, primero de Mojácar y después de toda la provincia.

Fijaron este establecimiento como sede de las denominadas Tertulias Indalianas; simposios que tantos beneficios han aportado al devenir de la cultura en general y de la pintura en particular, ya no solo en Mojácar, sino también en toda la comarca. En poco tiempo las instalaciones se tornaron insuficientes en relación a las necesidades reales, haciéndose indispensable otra ampliación, con el fin de dar cabida a las incesables demandas. La remodelación no se



HOTEL INDALO AÑOS 80.

hizo esperar y, en ella, se aumentaron sus plazas, se construyó un comedor con mayor capacidad para comensales y una cocina en consonancia, dotados ambos de sus respectivos elencos de camareros y cocineros que, aunque noveles y no muy profesionales, andaban sobrados de la amabilidad y el trato directo que la transformación coyuntural requería. Se le dotó, además, de un gran salón acondicionado y dispuesto para la celebración de eventos sociales y culturales, tales como fiestas, exposiciones, reuniones y conmemoraciones de todo tipo.

En cuanto a sus habitaciones, pasaron de cinco a ocho, después a doce y, más tarde, a treinta y dos, provistas todas de cuarto de baño y la mayoría con amplias terrazas para deleite visual de una excepcional panorámica. Todo ello gestionado desde una bonita Recepción donde mi padre movía los hilos del entramado funcionamiento para que los huéspedes pudieran sentirse miembros y partícipes del mismo organigrama afectivo y familiar que ya comenzaba a reinar en el ambiente global del entorno mojaquero.

El minúsculo y simpático Hotel Indalo se inauguró entre no pocas alharacas y festejos. Era el primer establecimiento turístico de Mojácar, por lo que su apertura significaba un estimable paso hacia delante. Nada menos que ocho habitaciones, Recepción, espacioso comedor en la segunda planta, más de un cuarto de baño, cocina y otros adimentos esenciales. En Recepción, Harico y su mujer Lina se movían entre nerviosos y satisfechos. Ayudados por Pedro, chiquillo simpático, a la par que botones y conserje, y un primo del dueño cuyo nombre era Paco y que actuaba de camarero y hacía de todo un bastante. El cocinero, joven y dicharachero, salía de vez en cuando de su cubil y acudía a saludarnos efusivamente. El ex embajador de Uruguay en la India, Orlando Pedragosa, almorzaba con nosotros en el Hotel Indalo. Pedí yo al camarero unos muslos de pollo y el uruguayo optó por una pechuga suculenta. Al cabo de un rato, llegaron los muslos, pero la pechuga seguía sin dar señales de vida en el comedor. A los veinte minutos de espera, hartos de fumar y beber, preguntamos a Paco qué le ocurría al pollo. "Lo siento embajador, pero los pollos de hoy no tienen pechuga" fue su respuesta a todas luces sorprendente.

Rafael Lorente (Thalassa. Ed. 1994)

Recuerdo que siendo niño, desde aquella hostería, el mítico Hotel Indalo, observaba el desfilar de un sinfín de personajes de lo más variopinto. Comenzaban los años sesenta cuando el fenómeno del turismo empezaba a florecer, acudían gentes procedentes de cualquier lugar del mundo, mostrándose de las formas más diversas e inimaginables. Vestimentas estafalarias, aspectos desaguizados, largas cabelleras algunos, otros con barba, pantalones vaqueros

o faldas cortas para ellas; colores vivos que enardecían el escaparate sombrío del entorno. Eran alegres y afables la mayoría, a pesar de revelar en sus rostros secuelas de batallas pasadas; discretos otros, aunque predispuestos a la participación en acontecimientos festivos o de índole semejante; y todos limpios, a pesar del polvo. También solían ser educados, a pesar de la dificultad de comunicación lingüística, pues se afanaban en hacerse entender utilizando el universal lenguaje de las señas y la exteriorización. Preguntaban por el significado de cualquier cosa que despertara su curiosidad, a la vez que pedían disculpas por si nos sentíamos intimidados. De ningún modo querían dar una impresión de intrusos o invasores del espacio íntimo de nuestras tradiciones, costumbres o preceptos, ni tampoco pretendían inmiscuirse y, mucho menos, resultar pedantes. Deseaban respetar, asimilar, entender el porqué de todo y ser solidarios o partícipes, dentro de lo permisible, como forma de integración.

No había dos iguales, cada cual era un mundo, un color, una sorpresa, una actitud, un estado de ánimo o una esperanza... Iban a su aire, haciendo lo que les venía en gana, pero respetando a los demás y, sobre todo, mezclándose con el entorno hasta fundirse en el mismo. Algunos mostraban esa excentricidad característica de las personas superdotadas, distinguidas, o simplemente extraordinarias; y otros, bajo la normalidad aparente, desprendían cierta aura de sapiencia, o al menos a mí me lo parecía, quizás por el porte y la elegancia de



MÁS VISITANTES.. (FOTO TITO DEL AMO)

sus gestos, el intelecto de sus miradas, la exquisitez de sus comportamientos... Artistas, poetas, pintores, escritores, actores, hippies, bohemios, librepensadores o, simplemente, gentes venidas de otros lugares, portadores de otras culturas que nos sobrepasaban.

Gentes reconocibles, también, por sus indumentarias y sus formas de vivir, de ser o de razonar, por su comportamiento a la hora del trato humanitario y el amor hacia la esencia, por la exquisita educación con que argumentaban sus demandas, lo sutil de sus razonamientos y la venerable forma de agradecimiento; o la simple y sincera manera de decir gracias. Lo agradecían todo: cualquier gesto afable, el más elemental saludo o un simple ofrecimiento era interpretado por ellos como un claro signo de admisión, al cual, inmediatamente replicaban con el reverencial ademán de sentimiento o significadas muestras de gratitud, las cuales se reflejaban en sus rostros y denotaban sus comportamientos, haciéndonos sentir orgullosos.

Supongo que venían buscando algo, algo acorde con sus personalidades o idiosincrasia, algo que les hiciera terminar con la perplejidad de sus vidas nómadas y aferrarse al sedentarismo plácido de un lugar mágico donde fuesen aceptados, comprendidos y respetados; un lugar sin prejuicios, habitado por gentes sin despecho, donde el paisaje no dañara la vista y en el que la vida contemplativa fuera dogma de fe, sin la necesidad de tener que pagar canon a la tolerancia. ¡Y a fe, que lo encontraron! Descubrieron una tierra de apariencia desolada, pero con posibilidad de hacer florecer sus sueños.

Los artistas, por su parte, también venían tras la pista de nuevas musas, intentando localizarlas afanosamente, ya que, al parecer, aquí coexistían y fluían en perenne congregación, a la espera de ser engullidas por sensibles talentos ávidos de inspiración y dispuestos a exteriorizar sus fantasías cromáticas. Algunos venían hastiados de la profusión generada por el progreso en sus lugares de procedencia y, con la humildad que les caracterizaba y el consentimiento vecinal y consistorial, ocupaban casas abandonadas, las cuales acondicionaban amoldándose a la precariedad y asumiendo las limitaciones iniciales de permanencia, con el fin de mejorar las condiciones de habitabilidad y deseosos de legitimar el propio espacio.

Pasado no mucho tiempo, se asentaron, atrapados por el mitológico *Duende*, el cual, al despertar del hastiado letargo en que se hallaba, inició su particular sortilegio y, desplegando su influjo, acogió en su regazo a todos aquellos portadores de nuevos valores y nuevas formas de medrar que comenzaban a surgir; las cuales nada tenían que ver con aquellas anteriores que dieron origen a la ineludible partida, a la vez que forjaban y acrecentaban su propia leyenda. A los ya afincados se les unían otros... y otros... que surgían como espectros, atraídos por esa fuerza recóndita que les guiaba hasta el lugar sin saber cómo y, una vez aquí, quedar adheridos al medio para formar parte del mismo.

SEGUNDA OLEADA
DE VISITANTES.



Entre todos se creó un armónico y diverso popurrí de culturas que hacía de Mojácar un lugar de fábula. Se formó una mezcla de encanto y celebridad, una fusión de estado y misterio que lo envolvía todo. Enriquecían nuestra cultura y nos revelaban la forma de ver la vida desde otra perspectiva diferente y, a la vez, respetuosa con la anterior. El reloj biológico se alteró, de algún modo, entre los que, de una forma u otra, comenzaron a depender de este fenómeno del turismo. Se dormía por la mañana, se desayunaba al medio día, se comía por la tarde y sobre todo se vivía de noche. Casi de repente, de ser tierra de carencias heredadas, se pasó a la abundancia de contrastes adquiridos con su renovada opulencia.

Entre los muchos cambios que se produjeron, tales como tradiciones, comportamiento, convencionalismo, etc. es de destacar el que se produjo en las formas de vestir, sobre todo la de las mujeres. Ellas que, hasta entonces, por costumbres adquiridas de nuestra anterior cultura, escondían celosamente la cara y el cuerpo, pasaron a mostrarse destapadas de prejuicios y luciendo sus encantos, no sin antes pasar por un periodo de adaptación en el que se compatibilizaba el radicalismo islámico con las modas venidas. Estas últimas modas se mostraban discrepantes y reivindicativas al respecto, a la vez que se presentaban llenas de posibilidades en cuanto a comodidad y lucimiento de todo tipo de atractivos, para regocijo visual y espiritual. Era realmente extraordinario contemplar a una mojaquera embutida en su refajo y con el rostro cubierto por su pañuelo negro o amarillo, mordido de forma que solo se le podían ver sus ojos, departiendo con una extraña, quizá de mayor edad, equipada tan solo con un minúsculo vestido transparente, dejando entrever su sinuosa silueta y sus desnudos hombros o aireadas piernas. La estampa no



VESTIMENTAS TRADICIONALES.



CONTRASTE.

FOTO TITO DEL AMO.



PRIMERAS BOUTIQUE'S

podía ser más pintoresca y estimulante, reflejo de la compatible semejanza imperante.

De la misma manera, cuando reconstruían las viviendas, lo hacían de tal forma que, sin dejar de recuperar éstas su consonancia con el origen primario, les solapaban elementos constructivos y decorativos, aprovechando la ocasión para reciclar materiales desechados, simultaneándolos con otros componentes de reciente aparición. Así, conseguían personificar cada cual y de forma individual sus respectivos hogares, invadiéndolos de alegría, capricho,

fantasía y colorido; realizando siempre la particularidad arquitectónica e introduciendo nuevos fundamentos de composición que enardecían el conjunto panorámico.

Las tiendas, donde se vendía de todo, rivalizaban con los denominados *Souvenirs* o *Boutiques* y su nueva forma de comercialización, enfocada a la distribución y venta de pequeños regalos y recordatorios de la ciudad o de la región. Crearon nuevos productos; accesorios representativos y significativos del lugar destinados al consumo del visitante, los cuales compraban como prueba de visita obligada a la ya afamada mini urbe cosmopolita. Acudían visitantes de todos los lugares, por la repercusión mediática creada, para comprobar in situ la evolución sufrida y la rareza de sus exóticos habitantes, a los cuales se les observaba de forma incrédula, por la singularidad de su apariencia y lo extraordinario de sus actuaciones desenfadas o estilo de vida.

En cuanto a los bares, éstos sufrieron tal transformación que pasaron de humeantes, bulliciosos e inmundos lugares, que entre otras cosas servían de escaparate donde narrar hazañas machistas con escupideras al pie de barra, a convertirse en *Snacks*, *Pubs* o *Music-bar*. Establecimientos con olor a incienso y poca luz; de ambiente sugestivo y música al gusto y, en algunas ocasiones, con grupos musicales que improvisaban ellos mismos en alarde de polifacética habilidad para el manejo de instrumentos musicales e interpretación. En otros,



GRUPO MUSICAL LOS BUITRES VOLADORES.



MOJÁCAR AÑOS 50

se bailaba al son de canciones que causaban furor en los *hit-parade* de otros países y que aquí teníamos el privilegio de escuchar mucho antes de que llegasen a las listas de éxitos de las emisoras de radio, tiendas, discográficas o discotecas del país.

El auge hostelero tuvo sus inicios en el bar de mi padre y, poco a poco, florecieron *garitos* que ellos mismos montaban en casas inhabitables, las cuales reconstruían y habilitaban para tal fin. Desde el Zurrigurri hasta El Pimiento, pasando por el Zorba, el Saloon, la Lagartija, el Time and Place o la Sartén, donde pasaban la noche degustando, filosofando en la penumbra, riendo o simplemente deambulando de uno en otro, a la vez que nos arrastraban y nos hacían partícipes de sus vivencias y sabiduría. El mestizaje no estaba reñido con la convivencia pacífica y armoniosa; los malos modos brillaban por su ausencia y el afán de aprender florecía en nuestras necesitadas mentes ansiosas de conocimiento y anhelantes por entender el significado de todo aquello que a nuestros ojos se abría, convirtiendo a la cultura moneda de cambio común. Mojácar se había convertido por sí sola en el punto de inflexión entre lo permisible y lo prohibido con tendencia al alza.

2. RESTAURACIÓN

Poco a poco, el número de personas que llegaban atraídas por el embrujo, el remanso de paz y alborozo creado aumentaban de manera considerable. Fue, entonces, cuando surgió la figura del regidor, un “gobernante” en desuso para los tiempos que corrían, abriendo la mano y dando facilidades para crear hogar, ilusión, belleza y, en consecuencia, el resurgir del pueblo. Para ello, y sin más remedio, necesitó tomar decisiones que quizá no complacieron a todos, sobre todo a aquellos que en su día se marcharon buscando nuevos horizontes donde mitigar sus menesteres y que, cuando volvieron, encontraron sus propiedades más o menos usurpadas. El alcalde, acogiéndose a las triquiñuelas que le permitió la, por entonces, vigente ley, optó por ofrecer las derruidas y abandonadas casas, ya convertidas en solares, a modo de propulsión y acicate, con el fin de dotar al pueblo de una vida nueva y reconvertirlo, así, en esa fabulosa ciudad multirracial donde se conjugara lo autóctono con las ideas avanzadas de mentes privilegiadas surgidas por doquier y deseosas de crear un área donde la simpleza natural no chocara con el diverso abanico de posibilidades renovadas que prosperaban.



ALCALDE JACINTO.

En su innegable afán de restauración y su inconmensurable celo por no dejar pasar la gran oportunidad que se le presentaba, el gobernante no dimensionó el alcance a que se llegaría y, en ningún momento, se le pasó por la cabeza que la repercusión mediática fuera de tal calibre que permitiera el regreso diligente de los que habían partido con la desesperanza de volver algún día. Como todos los grandes personajes de la historia, el viejo alcalde también tiene sus detractores que dudan de su buen hacer, no obstante, su obra está ahí, para ser juzgada si es necesario. Pero,

de lo que no cabe la menor duda, es que los *mojaqueros de hecho* lo veneran y recuerdan como la llave que abrió la puerta del antro donde dormitaba el *Duende*.

Retomando la crónica, con la premura que exigía el momento, y por la velocidad con que se precipitaban los tiempos, el Gobernante, no exento de la reflexiva quietud, y con toda la honestidad que se le supone al creador de su propia morada, comenzó a poner en marcha su estrategia para fomentar y dar estabilidad al municipio. Los supervivientes se trasformaron y se desprendieron de la desesperanza de antaño, se recargaron de optimismo y, aliados con el Alcalde y con algunos de los ya asentados nuevos mojaqueros, todos a una, ante la inevitable masificación urbanística que se presagiaba, comenzaron a cimentar las pautas que habían de seguir para la elaboración de unas Normas subsidiarias de planeamiento municipal. De esta manera se construyó un Plan General de Urbanismo y Ordenación del Territorio, de acorde con la analogía y las necesidades propias del espacio, y como preámbulo de una forma de convivencia e identidad propia.

De ningún modo estaban dispuestos a permitir el desarrollo incontrolado y, menos aún, que el progreso terminara con la singularidad y el tipismo propio que con tanta ilusión y empeño estaban fomentando. Se oponían en rotundo a que Mojácar se convirtiera en una urbe repleta de grandes edificios con horizonte de cemento y ventanucos con vistas a hogares ajenos. Anunciaban a los cuatro vientos que, aunque las manifestaciones colectivas y reivindicativas estaban vetadas, se hallaban preparados, por si hiciera falta, para hacer hasta lo más inimaginable con el fin de llevar a buen puerto sus convencimientos y anhelos, en pos de resguardar la definida identidad instaurada que, por derecho propio, había adquirido nuestro ámbito territorial. No mostraban miedo a las consecuencias ni las represalias. Eran partícipes, a la vez que coautores, de la creación de un sitio limpio y puro, y no estaban dispuestos, bajo ningún concepto, a verlo convertido en lugar donde las ideas y los pensamientos chocaran contra muros de hormigón para después salir despedidas hacia el olvido o la indiferencia.

Con este lema dieron paso a la maniobra de captación de gentes. Se trasladaron a Madrid en busca de personalidades interesadas en un espacio propio y singular dentro de Mojácar. Comenzaron a "vender", entre las distintas esferas sociales y estamentos públicos o privados, Mojácar y sus encantos como lugar de ocio y morada. Se presentaron, sin ningún retrainimiento y completamente convencidos de su irrechazable oferta, en los mismísimos ministerios y en las distintas embajadas de los países más representativos a nivel turístico.

No tardaron en recibir respuesta, pues, pronto, se les unieron nuevos pobladores, entre los que destacaban: aristócratas, diplomáticos, funcionarios,



PARADOR.

ejecutivos, embajadores, famosos, etc. De hecho, y tras no pocas negociaciones, se consiguió un hito en cuanto a reconocimiento, por parte del Ministerio de Información y Turismo; éste fue la concesión y posterior edificación de un Parador Nacional de Turismo, empresa solo reservada para los lugares privilegiados de territorio patrio.

Igualmente, consiguieron involucrar en el proyecto, entre otros, a Alfredo Sánchez Bella, ministro de información y turismo; Cari Bergenstjerne, embajador de Suecia; Barón M. Robert B. de Boisseson, embajador de Francia; Mr. Biddle Duke, embajador de Estados Unidos; Alejandro Galvis y Carlos Augusto Noriega, embajadores de Colombia; Mario Fumasoli, embajador de Suiza; Sergio Sepúlveda, embajador de Chile; Nicolás Lindley López, embajador de Perú; Von Lilienfeld, embajador de Alemania; Edith Van Panhuys, embajadora de los Países Bajos y Orlando Pedragosa, embajador de Uruguay en la India. Ellos arrastraron sus séquitos de amigos y conocidos, a los que también se aliaron representantes y funcionarios destacados de las distintas delegaciones que, si bien en un principio se beneficiaron de ciertos privilegios, luego reintegraron con creces el favor prestado. Venían dispuestos a establecer su hogar, su retiro sosegado o un lugar de descanso eventual donde olvidar, por un tiempo, las penurias impuestas por los avatares cotidianos, el estrés y las responsabilidades que les producían las obligaciones laborales o de otra índole que sufrían en sus lugares de origen.

Con esto se dotaba al entorno de un cierto aire aristócrata y aburguesado, el cual faltaba para elevar el estatus mojaquero y así completar el puzle que tendría que configurar la gran vorágine socio-cultural que se estaba instituyendo. De hecho, muchos de ellos consiguieron construir sus casitas,



FIESTA INGLESA.

casi todos en la ladera este y mirando al mar, en la hoy denominada calle de los Embajadores. Luego, se crearon círculos analógicos o afines pero abiertos, con puerta de entrada y salida, donde cualquiera participaba llevando y trayendo algo útil y beneficioso, aportando amparo al desvalido, sabiduría y asesoramiento al ignorante, cobijo al errante, rescate al extraviado y sobre todo afecto al repudiado. Esferas comunicantes dentro de una gran circunferencia sostenida, con los principios básicos de la convivencia y la cordura, donde la solidaridad era algo más que una obligación.

Aunque cualquier acontecimiento era motivo de fiesta o celebración, ellos fundaron su propio calendario de efemérides de los distintos días más

significativos de cada país y, con esa excusa, se reunían sistemáticamente, bien en alguna casa o bien en algún establecimiento que, previamente, engalanaban con estandartes y enseñas de cada nacionalidad. Conmemoraban el cuatro de julio para celebrar el día de Estados Unidos, o el catorce de julio para conmemorar el día de Francia, el veintitrés de abril por Inglaterra, o el treinta de abril por Holanda... y así sucesivamente recordando igualmente a Suiza, Suecia, Italia, Canadá, Alemania, Dinamarca, Irlanda, Noruega, Bélgica, Escocia, etc. Se reunían todos juntos, indistintamente del país de procedencia de cada uno, evocando ritos, cánticos y costumbres con el debido respeto a creencias, culturas, alcurnia o genealogía en general. A falta de vanidades, cada cual aludía sus carencias o transfería sus abundancias, de forma que el reparto fuese lo más equitativo posible, con el fin de que la ecuanimidad prevaleciera sobre la parcialidad, en la medida de lo posible, sin caer en la sandez de no admitir la evidente realidad.

De ese modo, se llegó al punto álgido de cohabitación. Crearon su propio acervo y todos dependían de todos. La sociedad se estructuró de tal forma que, como si de una cadena contributaria se tratara, cada eslabón ensamblaba su aportación con el siguiente, a la vez que repercutía en el anterior y así sucesivamente. Por tanto, todos daban y todos recibían ayuda independientemente del escalafón que se ocupara en la cadena, debido a que apenas existía tal diferencia. Pero, si en realidad había alguien más representativo o de mayor peso específico, era gracias al reconocimiento ganado a base

de sensatez u objetividad razonando sobre temas de interés general en las propuestas del consiguiente reparto, que en justicia, le correspondía a cada cual según méritos y participación en todo aquello relacionado con la comunidad.

Aquellas casas derruidas y polvorientas empezaban a tomar vida y la ciudad era un frenesí restaurador. Las calles y plazas lucían empedradas y las fachadas pintadas, se ensanchaban los terrenos francos con el escombros del anterior derrumbe y se trasladaron los establos y corrales desde el pueblo hacia la zona de las huertas. El ayuntamiento contrató a un ingeniero, Andrés Gago, para proyectar y construir la canalización soterrada del alcantarillado y eliminar las deficientes fosas sépticas, lo que condujo, en ambos casos, a erradicar los malos olores producidos por el estiércol y las deposiciones orgánicas, pues, al no haber otros lugares, se solía defecar en las ruinas, en las calles menos transitadas o en los arrabales. En general, la ciudadanía, a sus grandes dotes de urbanidad, aunó un gran compromiso social en cuanto a ornato y salubridad.

Se construyeron depósitos, en lugares elevados, para almacenar el agua proveniente de los pozos del río, además de otros pozos que el ayuntamiento compró en El Pinar (Bedar). Desde estos depósitos, y a través de tuberías subterráneas, se abasteció al pueblo de agua, no potable en principio, y se comenzó a disfrutar de la comodidad de disponer de agua corriente en las casas. Sin embargo, ello no mermó, ni mucho menos, que las mujeres continuaran lavando las ropas en la fuente, a pesar de las lavadoras eléctricas,



RESTAURACIÓN DEL CASCO ANTIGUO.

y que se continuara trasportando el agua para beber en cántaros que ellas mismas portaban sobre sus cabezas y caderas o en las aguaderas de las burras que aún quedaban circunstancia que influyó, y mucho, a no perder el tipismo como seña de identidad por el que ha llegado a ser conocida en todo el mundo la mujer mojaquera.

Ya todo eran casas, casas por dentro y casas por fuera, donde la cal representaba un signo antológico de existencia. También, el alumbrado público, al igual que el particular, sufrió importantes mejoras.

El pueblo, la comarca en general, empezaba a tomar otra dimensión. Esta segunda oleada de gentes estaba creando vida en forma de trabajo; las necesidades desbordaban la infraestructura existente y se precisaba mano de obra simple y especializada, la cual había que importar para mitigar esas insuficiencias emergentes. Así pues, se puso en marcha el organigrama...

Otra vez entraba en escena el Hotel Indalo, allí todos se hospedaban o se reunían y, como si del propio consistorio se tratase, se hacían las transacciones necesarias para la reconstrucción de Mojácar, tomando decisiones que resultarían transcendentales para el devenir de futuros acontecimientos.

Había que hacer frente, en principio, a la demanda de plazas hoteleras y, en alarde de generosidad ciudadana, se ofrecían casas que hacían las veces de posada, mientras los proyectos de construcción de nuevos hoteles se llevaba a cabo. Entre ellas se encontraba la casa de *la tía Justa García* que, a la postre, se



HOSTAL PUNTAZO.

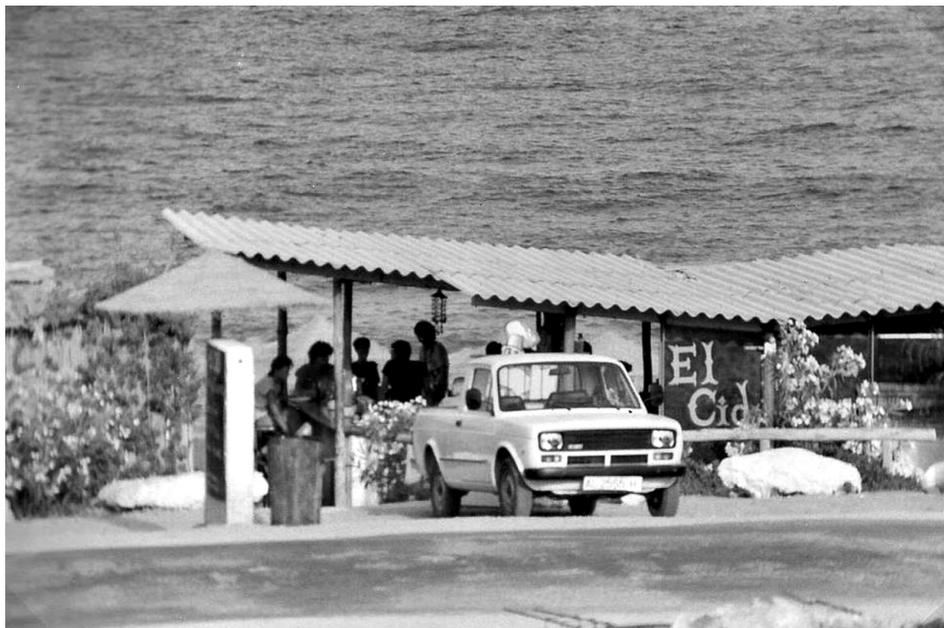
erigiría en la primera pensión del pueblo. Casa de huéspedes, al fin y al cabo, de carácter humilde, aunque no exenta de todo tipo de detalles, sobre todo, comodidad, limpieza y trato afable, donde los menos pudientes encontraban el albergue adecuado. Ya su propia denominación, aludiendo al nombre de su propietaria (Pensión La Justa), era lo suficientemente sugerente.

Los turistas se entremezclaban con las familias incrementando, más si cabe, los lazos de confraternidad que, en muchas ocasiones, hacía que éstos se quedaran a vivir por largos periodos de tiempo, o se asentaran definitivamente en Mojácar tras comprobar que, casi sin darse cuenta, estaban involucrados en los sucesos cotidianos que se producían en torno a ellos.

Entretanto, se inauguraron dos hoteles más en el pueblo: El hotel Mojácar, promovido por Roberto Puig y el hotel El Moresco, construido por Van del Bert, el belga. Más adelante, en un corto plazo de tiempo, se construyeron otros tantos hoteles a lo largo de la costa: Montemar, Puntazo, Flamenco, Rancho del mar, Tío Hedy, Continental, Provenzal, Palmeral, etc., sin olvidar el parador nacional Reyes Católicos y los pintorescos chiringuitos que se expandían a lo largo del litoral costero, como lugares emblemáticos y característicos de la Mojácar que se estaba creando: Cándido, Kontiky, Hollybood (Patio), El Cid, Aku Aku, Pirigallo, Palillero, Ventanicas (Tito's), Manacá...

Incluso llegaron a editar un periódico *The Entertainer*, siendo su promotor Mike Connolly y sus editores Bárbara Napier y José María Martínez de Haro. En principio, la tirada solo cubría el ámbito territorial de la provincia, con Mojácar de epicentro y, por supuesto, era gratuito y bilingüe. Más tarde, de la mano de Lenox Napier y debido a la gran acogida que este semanal tuvo, se hizo otra edición para la *Costa Blanca*, que así era como se denominaba a la costa comprendida entre Almería y Málaga. Después de este, se realizó otra publicación, también para la *Costa del Sol*, llegando a imprimirse más de cuarenta mil ejemplares por semana. No obstante, hace ya algún tiempo, se cambió la sede del periódico, acomodándose en Benalmádena (Málaga) y cambió también su denominación a *Euro Weekly News*. No obstante, y bajo la dirección de Lenox, *The Entertainer* continúa editándose como página Web.

Todo este alboroto tuvo su resonancia en el Ministerio de Información y Turismo, donde el gobernante, con su suntuosa tozudez, tantas veces había llamado a la puerta. Desde el departamento ministerial correspondiente, y reconociendo el buen hacer de todos los mojaqueros, no tuvieron más remedio que otorgar a Mojácar el premio *Embelllecimiento y mejora de los pueblos de España*. Mojácar ya se encontraba dentro del panorama turístico nacional: salía en el N.O.D.O., en las agencias de viajes, emisoras de radio, telediaros, cine, etc. Además, su presencia mágica, sutil y luminosa también había allanado fronteras y se había acercado a lo distante.



CHIRINGUITO EL CID.

La multinacional hotelera Horizon Hollidays fue la encargada de poner en marcha, primero, el hotel Mojácar y, más tarde, el hotel Moresco. Después, una vez desaparecido el primitivo Hotel Indalo, abrieron otro con el mismo nombre en la playa Venta del Bancal, y más adelante el grandioso apartahotel Pueblo Indalo. Por su parte, el hotel Mojácar era el segundo instalado en el pueblo, tras el Indalo, y su inauguración supuso un acontecimiento social y mediático muy importante, a la que asistieron personalidades tales como el Ministro de Información y Turismo y el gobernador civil de Almería, entre otros. Para su apertura, la empresa desplazó, desde su central en Málaga, a un grupo humano de grandes profesionales, a los cuales sería injusto no incluir como *mojaqueros de hecho*.

Constituyeron un elenco de especialistas que, sin duda, se ganaron a pulso tal denominación por su integración en el pueblo, formando parte activa en el incremento de posibilidades que Mojácar debía ofrecer al visitante y convirtiéndonos, pues, en punto de referencia turística de la zona. Pusieron toda su sapiencia y entrega a nuestra disposición para forjar nuevos valores entre los nativos a los que instruyeron y los dotaron de los conocimientos necesarios, convirtiéndolos en eficientes profesionales de la hostelería. Éstos fueron, y aquí si quiero dar algunos nombres: la familia Koven, Mister Koven, primer accionista de la empresa, que junto a su esposa Jacqueline, *Jaky* y sus hijos Michel y Dominique adquirieron una casa en calle Puntica, la cual todavía

conservan. Para continuar, es preceptivo nombrar al señor Martín Lorca, director general del *holding*, gran enamorado de Mojácar y de sus gentes, entre las que cosechó amistades extraordinarias.

Al frente de los hoteles estaban los directores Manuel Granados y José Luís Gómez, hombres amables y dicharacheros, grandes conocedores de todo aquello que envolvía ese fascinante mundo del marketing aplicado a la hostelería. Luego estaban los distintos jefes de departamento, de cuales me gustaría destacar a dos grandes cocineros, dos maestros en el arte de la restauración en la cocina: José Antonio Navas y Elías Estévez García. Entre ambos cogieron a un grupo de chavales del pueblo, a los que consideraron con posibilidades, y, como si de auténticos diamantes en bruto se tratase, los amoldaron y pulieron de tal forma y con tanto cariño que, pasado no mucho tiempo, los convirtieron en sobresalientes discípulos, capaces de representar a sus maestros con toda brillantez, dejándolos en el más alto escalafón del gremio. Me refiero, entre otros, a Sebastián González, *Coco*; Ginés Aguado, *Sevillano*; Diego González, *Omega*; Marcos Carrillo, *Marquicos*; Francisco Morales, etc. Algunos de ellos, siguiendo los pasos de sus maestros, continúan impartiendo enseñanzas en los mejores hoteles de España, y otros, regentando sus propios negocios y haciendo las delicias culinarias de nuestra zona.

Como barman estaba Tomás y como *metre* Pepe Gómez, *Very Good*. Éstos hicieron lo propio con otros tantos chavales que querían ser camareros: Mateo Sáez; José Vizcaíno; Juan González, *Carmelo*; Alfonso Rosa Najar, *Pelotas*; Juan Pérez; Cristóbal Guirado; Bartolomé Belmonte, *Muni*, etc. Hoy la mayoría tiene su propio negocio.

Elisardo Pérez era el jefe de Recepción, un hombre muy comprometido, con una educación exquisita, especialista en el trato humano y conocedor de varios idiomas. En los ratos libres que le dejaba su trabajo, se dedicaba a impartir clases de inglés, francés o alemán a todo aquel que estuviera interesado en aprender. Lo hacía desinteresadamente y con todo el cariño del mundo.

No quiero olvidarme, tampoco, de José Luís Montañés, jefe de personal. En el departamento de contabilidad estaba Manolo Mayo, un gallego que ejercía de tal, pero con una mentalidad tan abierta y despierta que pronto se hacía querer y respetar; un verdadero virtuoso de las matemáticas. Bajo su custodia proliferaron algunas de las personas que hoy ostentan cargos de relevancia en oficinas de dirección de empresas o entidades bancarias. Me refiero a: Manolo López, *el Chispa*; Miguel González; José Serrano; Pablo Aguado; Pedro Haro, *Cheyen*; María del Rosario Alarcón, *Charo*, etc. Todos alaban enormemente el potencial de conocimientos de cálculo que Manolo Mayo atesoraba.

Quizás, los más significativos, en cuanto a integración y compromiso social, fueron el *metre* Luís Lobato Vera y el matrimonio compuesto por Antonio

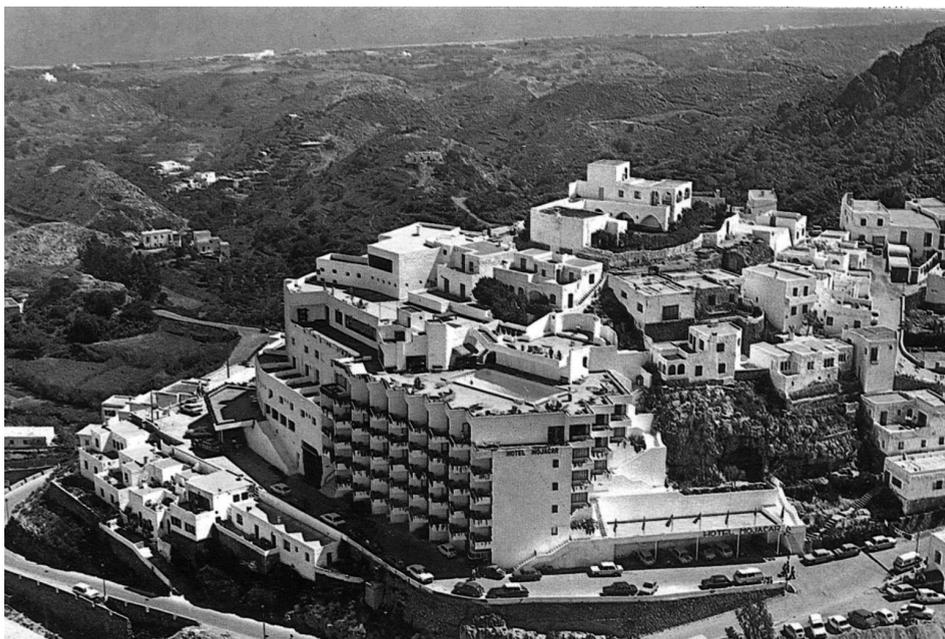
González Antúnez y su esposa Dolores, *la señora Lola*. Antonio era jefe del servicio técnico y Lola jefa de camareras de piso (gobernanta); ellos dos fueron los que más vinculación tuvieron ya que, entre otras cosas, permanecieron más tiempo entre nosotros. Sus hijas se criaron formando parte de la chiquillería del pueblo y él, Antonio, llegó a formar parte de una lista electoral en una de las primeras elecciones democráticas a la alcaldía. No quiero olvidar a su sobrino, Francisco José, quien desde muy joven trabajó en la Recepción de los hoteles y adquirió un gran prestigio y cariño entre los ciudadanos, sobre todo entre la juventud, por su simpatía y don de gentes.

Antonio era un hombre afable, de pueblo, una persona seria y respetuosa, pero, sobre todo, responsable y dispuesto a prestar ayuda a todo aquel que necesitara de sus servicios o experiencia, en el plano profesional o humanitario. Para él, sus *Chaveas*, como solía llamar a sus discípulos, eran lo primero. Su enseñanza estaba por encima de todo e hizo que algunos acabaran siendo verdaderos maestros en materia de fontanería, electricidad, electrónica y mecánica en general: Blas Montoya, Francisco Zamora Gerez, Ginés *el de Vera*, Lorenzo Caparros, Diego Carrillo, Blas Ortiz, son claros ejemplos de ello, a la vez que prestigiosos técnicos al servicio de nuestra ciudadanía.

Cuando la noticia del fallecimiento de Antonio en la localidad de Nerja (Málaga) llegó al pueblo, produjo una profunda sensación de duelo compartida, semejante a la pérdida de una persona querida y relevante que deja una profunda huella entre sus conocidos.

En cuanto a Luís Lobato, todavía anda por aquí, vive entre nosotros desde entonces porque decidió que este sería su hogar para siempre. A sus innegables actitudes de *metre* de hotel, las cuales quedan patentes a través de su larga y exitosa carrera profesional -de lo que pueden dar fe los muchísimos camareros y camareras que de él aprendieron-, se le une otra faceta, a la que los mojaqueros tenemos mucho que agradecer y admirar, su perseverancia en fomentar el deporte en general, y el fútbol, en particular. Desde su llegada, el panorama deportivo se transformó radicalmente, de ser casi nulo, pasó a ocupar un lugar importante entre la juventud; algo muy de agradecer, pues en aquellos tiempos, de no haber sido por ello, los jóvenes hubieran tenido el camino expedito hacia otras formas de comportamiento mucho menos sanas e infinitamente más peligrosas. De todos es sabido que, por entonces y al igual que ahora, aunque con la diferencia de que hoy hay más alternativas e información al respecto, era fácil caer en ese submundo escabroso que todos tememos y que, sin duda, estaba al alcance de cualquier mano inocente.

Con anterioridad a la construcción del campo de fútbol, ya se encargaba de formar equipos, incluso femeninos, para jugar competiciones en los campos de los pueblos adyacentes. Siempre representaba a Mojácar, enarbolando el escudo de la ciudad, entre otras cosas, como forma de fomento del turismo y reclamo



HOTEL MOJÁCAR AÑOS 70

para la captación de clientes. Una vez que el campo de La Fuensanta se inauguró, Luís Lobato adquirió un protagonismo preponderante: primero, como jugador; luego, como jugador-entrenador y, por último, como preparador, al lado de Aldo Cecci. Precisamente en esta última faceta fue en la que quizá destacó con más brillantez. Eligió y agrupó a unos cuantos chavales que, básicamente, corrían en calzones detrás de una pelota, maltratándola a puntapiés, y los convirtió en un equipo organizado y competitivo (yo fui uno de sus niños de aquel equipo).

Al igual que hacía con los camareros y camareras dentro de su profesión, a los que les inculcaba lo necesario para el desarrollo de su oficio, así mismo, colocó a los “futbolistas” en su sitio apropiado dentro del campo, cada cual con una función determinada para el equipo, e impulsó los valores elementales del deportista, haciendo hincapié en la importancia del compañerismo como base esencial para conseguir las metas que, como grupo, se marcaran. Les hizo ver la importancia de ganar con decoro y humildad y la necesidad de superarse con esfuerzo tras la derrota. Así, consiguió la proeza de lograr que ese club, con sus precarias condiciones presupuestarias, pero con la ilusión de todo un pueblo, ascendiera a la tercera división de la categoría nacional de fútbol. Logró lo inimaginable, sobre todo, teniendo en cuenta que apenas había, por aquellas fechas, tres mil habitantes empadronados en Mojácar.

De vez en cuando nos encontramos paseando, o le hago una visita a su casa junto al mar, para charlar de todo un poco. Rememoramos a aquellas gentes que

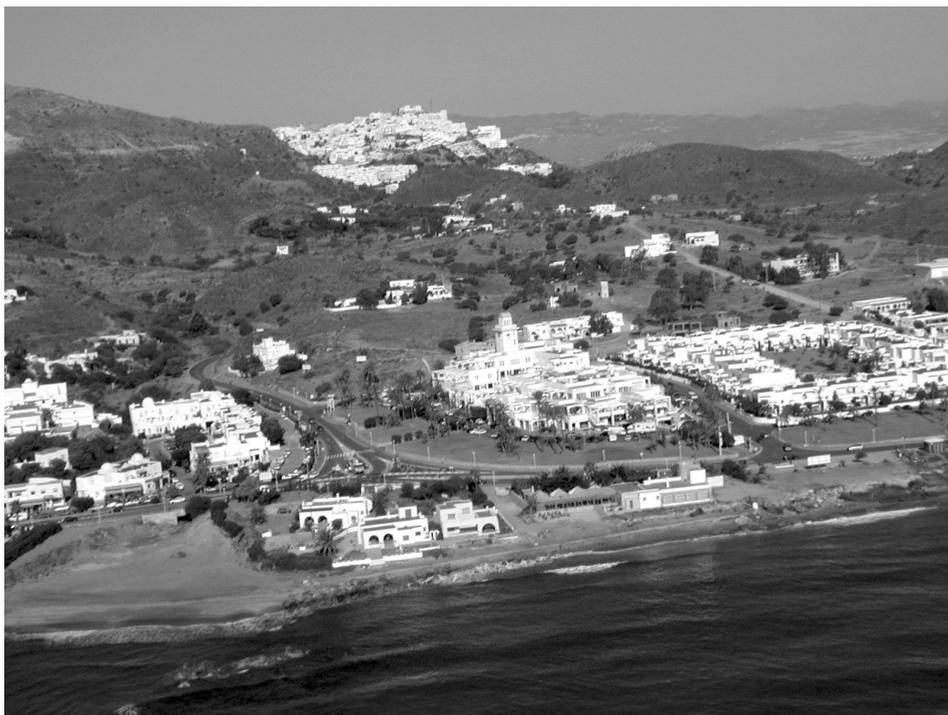
transitaban por los hoteles, el fútbol y todos aquellos años maravillosos que, no por ser pasados, tienen que ser necesariamente mejores, pero son los nuestros. Se le iluminan los ojos y saca pecho, a la vez que le hago sentirse orgulloso de sí mismo, debe estarlo, pues el resto de mojaqueros también lo estamos. Todos ellos, junto a alguno más que inconscientemente dejo sin nombrar, se ganaron, sin duda, la consideración de ser reconocidos como mojaqueros de hecho y, por tanto, el merecido homenaje que desde aquí les tributo.

La ciudad alcanzó su estado prominente. Los nativos ya no tenían que emigrar y, en algunos casos, los que habían emigrado empezaban a regresar al regazo originario, circunstancia que había sido posible gracias al maná en forma de turismo que nos trajeron aquellos primeros extravagantes y entrañables personajes, aquellos catedráticos de la universidad de la vida y el tiempo. Los profesores que, sin darnos apenas cuenta, nos enseñaron a disipar el polvo para poder percibir que Mojácar no es ocre sino blanca. Los que nos mostraron, también, cómo se puede cambiar tiniebla por claridad, esa claridad del sol que creíamos oculto, a apreciar la belleza, la bondad y lo racional en lo absurdo. Los que nos instruyeron para poder ver el juicio en el lado oscuro del contrasentido y a comprender que el horizonte no está tan lejano cuando se tiene fe en alcanzarlo o que los pueblos se unen a través de sus culturas y que los seres, por distintos que parezcan, están abocados a la equiparación y el entendimiento. Los mismos que trataron de inculcarnos la inutilidad de las disputas raciales o que el progreso no está reñido con lo tradicional, además, cómo lo arcaico, sin dejar de serlo y sin tener que adulterarse, puede rejuvenecer para perdurar en la memoria del tiempo. Los que nos hicieron ver cómo las creencias y ritos religiosos no son intransigentes con las necesidades o mermar el sentido común.

Pero, sobre todo, los que nos advirtieron que este fenómeno, generalmente, era efímero. Sabían perfectamente que lo fascinante podía tornarse hastío y que todo lo hechizado, tarde o temprano, termina por desencantarse; que los sueños, aún siendo posibles, no dejan de ser quimeras de las que hay que despertar y que en manos de los despiertos está el que la vuelta a la realidad sea lo menos compleja posible; que las personas también somos perecederas pero que durante la maduración se adquieren frutos en forma de pericia que hay que legar para que germinen en lo perenne y así, sin volver a dormir, dejar la impronta que sirva de referencia al sostén de nuestro paraíso soñado. Enfatizaban, sobremanera, que todas estas enseñanzas no estaban exentas de la necesidad del caldo de cultivo como forma esencial del sostenimiento social para evitar su deterioro y posterior ostracismo, sino todo lo contrario, necesitaban el constante alimento de nuevos valores para que se mantuviera vivo lo instaurado, así como la continuidad de las pretensiones ansiadas, para llegar a la finalidad deseada.

3. EXCESO Y DESENCANTO

Y pasó lo que generalmente suele pasar cuando el caldo de cultivo no está lo suficientemente condimentado o cuando la ignorancia quiere ir más allá de la propia doctrina. Otra gran oleada de gentes nos invadió, más bien nos desbordó. Estos últimos venían atraídos por la demanda laboral: especialistas en comercio, técnicos en construcción, versados en asuntos contractuales, expertos en urbanismo, sabiondos en turismo, etc., pero entre tantas gentes había de todo, y no todos buscaban lo mismo. Algunos, camuflados entre el bullicio



CRUCE DE LA PLAYA.

y aprovechando la confusión que provocaba la vorágine de acontecimientos que se nos venía encima y a sabiendas de las necesidades que se presentaban para poder continuar con el crecimiento, venían buscando otras cosas; no eran muchos, pero sí suficientes. Verdaderos instigadores especializados en crear desorden donde hay paz, confusión donde prevalece la claridad de ideas y división en la unidad de criterios valiéndose de sus conocimientos en estos procesos de transformación ocasionados por los cambios de esta naturaleza que se producían en lugares determinados.

Surgieron, por doquier, embaucadores predispuestos a encauzar nuestras vidas por el sendero del trapicheo. No eran otra cosa que parlanchines escondidos tras unas siglas usurpadas con el solo propósito de captar adeptos, prometerles quimeras a los ilusos y después contradecir sus hipotéticos buenos augurios. Predicaban utopías a los incrédulos y daban participación y rentabilidad a los oportunistas, a la vez que arrastraban su séquito de secundarios que revoloteaban alrededor como carroñeros preparados para atrapar cualquier migaja en forma de aprovechamiento material. Otros de los nuevos pobladores, simplemente, no se integraban en la sociedad establecida. Estos llegaban con pretensiones diferentes a las de aquellos que vinieron primero, eran, más bien, aves migratorias a las que se les veía el plumero, las cuales llegaban con billete de vuelta a sus respectivos abismos. Los hubo, también, quienes traían con



MARINA DE LA TORRE.

descaro la arrogancia y se llevaban, a hurtadillas, el preciado tesoro que se había acumulado a fuerza de modestia y honestidad antes de la aparición de estos aniquiladores del buen criterio.

Todo ello bajo la sospecha de los escépticos, quienes, de manera rápida, aleccionaban a los demás del peligro que suponía la llegada de estas gentes. Nuestros primeros pobladores ya habían conocido el fenómeno de los acontecimientos y su posterior desenlace en otros lugares, eventualidades que, en muchos casos, fueron la causa, por su parte, de la búsqueda de nuevos horizontes vírgenes de usura y limpios de esa clase de intenciones.

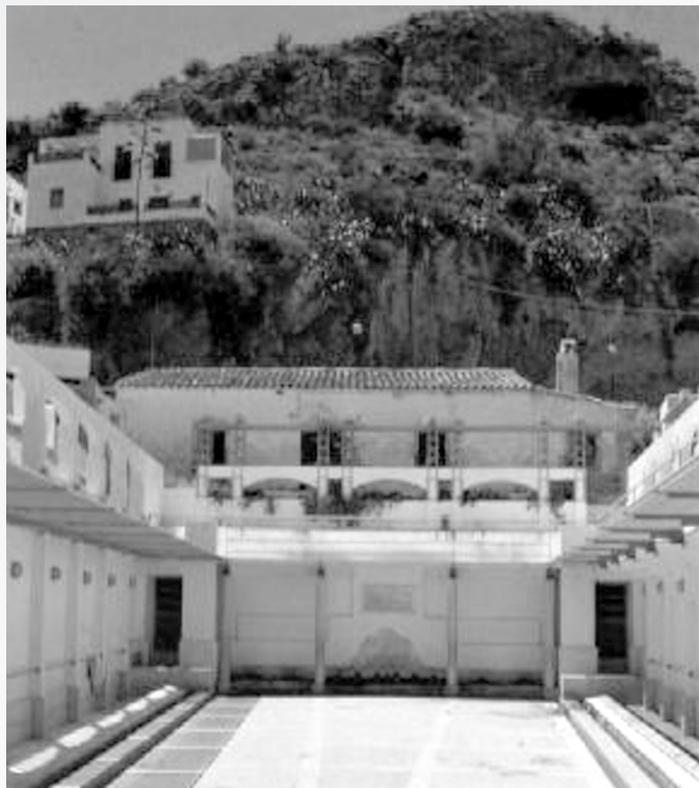
Sin que nadie pusiera remedio, continuaron floreciendo como maleza en campo agreste y como enjambre atraídos por el néctar de la avaricia más *personajillos*, disfrazados de pingüino con sus falsas corbatas con nudo de escayola, anchas pajaritas de P.V.C., solapas almidonadas con cemento, peluquines engominados de silicona y carteras de *pladur* repletas de contratos ilegibles escritos con letras minúsculas sobre papel humedecido con el sudor de otros. *Personajillos* completamente antagónicos a las celebridades asentadas y, en definitiva, personajes en los que no vale la pena profundizar.

Los gobernantes, que ya eran varios, conseguían lujosas estancias reservadas en los lugares privilegiados y para las gentes más pudientes. Mientras, nuestros primeros pobladores observaban perplejos, ya apenas se les saludaba, sus opiniones caían en saco roto o simplemente no se les demandaba parecer. Les embargaban las dudas y tenían la sensación de estorbar, pero su lealtad les hacía sentirse perjudicados y querían revelarse. Consideraban que se había desestabilizado el orden natural y tenían que darle solución, pero chocaban contra trincheras donde aguardaban los mercenarios que habían sucumbido a la predicación de los *personajillos*. Sintieron que se les negaba el derecho de ser ciudadanos de hecho, el que solo se les tenía en cuenta cuando se acercaban algunos comicios que votar; entonces sí que se les intentaba engatusar con falsos augurios electorales que evidentemente no creían. Definitivamente se había abierto la caja de Pandora.

Entre tanta aberración, algunos supieron que el teatro Aquelarre se hallaba en pleno proceso de transformación a un enjambre comercial. Desaparecería aquel teatro que fue, durante décadas, cuna del arte de la comarca, reducto interpretativo donde tantos mojaqueros al pisar sus tablas habían soñado ser Don Juan Tenorio, Don Luís Mejías o la mismísima Doña Inés; coliseo poseedor de uno de los escenarios más ricos en decorados y tramoyas de la comarca, donde se habían representado la mayoría de obras de los más ilustres dramaturgos y comediantes habidos en sus distintas épocas. Todo eso estaba a punto de desaparecer, al igual que el mítico y entrañable Hotel Indalo (eran edificios colindantes), el mismo que había sido referencia de alborozo y hogar circunstancial de todos. No obstante, poco se podía hacer, ya que ambos eran lugares de propiedad privada



LA FUENTE ANTIGUA.



LA FUENTE ACTUAL.

y las circunstancias personales de los titulares, muy a su pesar, exigían su venta para paliar significativas necesidades. Además, tampoco se trataba de poner, por poner, obstáculos a la inminente evolución mercantil, por muy disparatada que pareciese.

¡Pero lo de la fuente no!, la fuente es un lugar público y patrimonio ciudadano, es santo y seña de Mojácar y origen de su actual ubicación después de tener que ser trasladado su asentamiento para el provecho de sus aguas y por haberse secado el manantial que abastecía al aljibe de la anterior metrópoli ubicada en el cerro de Mojácar la Vieja, denominada *Murgis-Acra* (anterior a la *Mouxacar* árabe y previo a su actual denominación).

Este traslado ocasionó un cambio radical en la idiosincrasia de sus gentes, que pasaron de ser brutales guerrilleros a pacíficos labradores, los cuales, gracias a las enseñanzas derivadas de la cultura del agua, averiguaron que para el sustento solo tenían que beneficiarse del gran abanico de posibilidades que ésta les ofrecía.

La fuente es centro neurálgico de la historia milenaria, donde tuvieron lugar las capitulaciones de la ciudad. Sitio de mercaderías, tertulias, cánticos, trueques, juegos, fiestas, gracias y desgracias, amores y desamores, historietas, cuentos y leyendas entorno a los trece caños manantes de vida cristalina proveniente de lo más recóndito de las entrañas de la tierra. Es allí donde nuestras madres, las madres de éstas y las madres de las madres, a través del tiempo, lavaron las ropas sobre las losas de piedra, las cuales pulieron a fuerza de restregarlas hasta dejar en carne viva sus nudillos. Es ese pilar de mármol abrevadero donde animales domésticos, y más o menos racionales, saciaban su sed. Las acequias laterales transportan entre sus aguas la suciedad desprendida de las ropas de labor, por el enjuague o el sudor de los cuerpos semidesnudos al lavarse tras la faena, para ir a desembocar en los balsones desde donde, después de accionar el mecanismo de funcionamiento del molino, es distribuida hacia los campos reproductores de imperiosa cosecha para el sustento colectivo. ¡¡Qué horror!! Todo eso lo estaban derribando,



TEATRO AQUELARRE.



CLEMENTE GEREZ.

borrándolo a base de pico y pala, despojando a Mojácar de su propia historia, aniquilando su pasado e hipotecando su futuro.

Nuestros *mojaqueros de hecho* montaron en cólera ante el discernimiento de los hechos y el imparable proceder de los afectados en general. Con pancartas de atención en mano, cánticos ponderativos y rosas negras de advertencia protestaron enérgicamente contra el inminente sacrilegio que se presagiaba.

El paso inexorable de tiempo, unido a la dejadez, habían hecho mella en el monumento y algo se tenía que hacer, cualquier cosa menos deshacerla o arruinarla, debían de repararla. No pedían que su restauración fuese fea o hermosa, ya que esos son criterios muy individuales; tampoco que fuese más o menos ostentosa, porque eso depende de presupuestos; solo pedían que se tuvieran ciertas pautas de respeto hacia el origen y la tradición, y que se conservara, en la medida de lo posible, la esencia de su finalidad con los elementos que la componían. Eso, y solo eso, es lo que demandaban los *mojaqueros de hecho* en su acción de protestas pacíficas y argumentadas. Se habían ganado ese derecho y por eso se revelaban, la recién instaurada democracia les amparaba, o al menos así lo creían, ya que ellos conocían el precepto del pluralismo, aunque al parecer otros aun no lo habían asimilado. No obstante, para su desilusión, obtuvieron bofetadas de arrogancia en sus rostros descubiertos, puntapiés de repulsa en sus traseros afincados y pellizcos

de desprecio en sus corazones sensibles como respuesta. ¡Con lo fácil que habría sido exponerlo a consenso general!

Realzo este episodio de nuestro pasado, no con la intención de levantar viejas ampollas o, mucho menos, para censurar el comportamiento de nadie, que para eso está la historia; sino para resaltar la defensa a ultranza que los *mojaqueros de hecho*, junto a algunos de derecho (Clemente Gerez y José María el carpintero, sobre todo), hicieron de la fuente, por creer que se estaba cometiendo un atentado contra la memoria del pasado histórico y la razón de ser del pueblo.

En este sentido, el artista internacional Clemente Gerez, (pintor, escultor, poeta y escritor) menciona la fuente en su última obra literaria titulada *Gente Brava* donde, con su habitual maestría, hace autobiografía ensalzando la fuente como motivo de inspiración a lo largo de su carrera, sobre todo, como pintor. Son numerosas las creaciones en torno a Mojácar que este autor, como otros muchos, ha llevado en sus lienzos por todo el mundo: Londres, París, New York, Pekin, Tokio...

“La fuente era uno de los rincones más bellos de nuestra tierra. A pesar de mis pocos años, no me pasó desapercibida cuando la conocí por primera vez. Aquellos trece caños de agua fresca; su arquitectura autóctona, sin pretensiones, su sencillez y belleza, me cautivaron; fue la musa que me envolvió durante años, hasta que sus verdes flores, palmeras, árboles, su rumor, su serenidad, la paz y los miles de trinos de pajarillos de todos los colores, dejaron de existir. ¡Cómo la defendí con mi amigo José María Pérez, el carpintero Jamás volví a verla ni visitarla.

En esta incomparable fuente, donde el tiempo no pasaba y su vejez era la juventud perenne, misteriosa y embrujada, se podía soñar con grandes personajes del mundo islámico, paseando por sus frondosos jardines cobrizos de otoño; batallas y reconquistas; esplendor y decadencia; la oración de la mañana desde un minarete en Teresa, o el abrazo sostenido de la despedida; o contemplar el Neptuno surgido de las aguas, recostado sobre los pilones, salpicando el agua con su majestuosa cola.

La luna aceitunera, coqueta y silenciosa, se miraba en el espejo de la vida, algunas veces opal por unas hojas que caían intermitentemente como gotas de rocío... Más tarde, desperté. Varias mujeres envueltas en sus pañuelos, unos negros y otros pajizos, insinuándose el refajo, se encontraban dentro de la acequia con el agua hasta las rodillas, lavando la ropa y restregándola en aquellas piedras alargadas y gastadas por la historia. Otras llenaban sus cántaros; ¡Con qué arte los llevaban encima de la cabeza con su roete...!

Mientras la abundante agua que sobraba, caminaba lentamente por senderos de esperanza, sin tiempo y sin hora, hacia la huerta...”

(Clemente Gerez: Gente Brava)

Concretamente, sobre la Fuente, posee Clemente Gerez, una colección, de su autoría, compuesta de trece cuadros (equivalente a los trece caños que vierten el agua a los pilares de la fuente) y que guarda celosamente a la espera de que en Mojácar se cree un museo permanente para ser donados. Y es que, por raro que parezca, a ningún político se le ha ocurrido la feliz idea de fundar un museo con parte de las obras de tantos y tan buenos artistas que han pasado por este pueblo. Que dicho sea de paso, ha sido catalogado como uno de los pueblos más pintorescos que existe

Todo aquello fue interpretado por ellos como un aviso: "Aquí ya no hacéis falta"; "Somos autosuficientes"; "No os incumbe"; "Nadie os ha llamado"... Cuando, en mi modesta opinión, el mensaje tendría que haber sido: "Gracias por habernos abierto los ojos y marcarnos un camino. El camino de nuestra propia identidad".

El desencanto se estaba apoderando del *Duende* y la ruptura se asomaba sobre los hombros del cooperativismo ocasionando recelos, suspicacias o reticencias donde había habido confianza y confraternidad. Por primera vez se les empezó a tratar como auténticos forasteros, en el sentido más estricto y huraño de la palabra, y sintieron sobre sus carnes el diferencialismo que antes se les negó. Comenzaron a notar que ya había varias varas de medir, dependiendo de la nacionalidad, y que, entre otras cosas, se habían creado unos varemos prosaicos que hacían olvidar los valores humanos más profundos, viéndose claramente perjudicados. En los bares, por ejemplo, se instauraron diferentes precios por la misma bebida según fuese la naturaleza del consumidor; en las tiendas, más de lo mismo, los productos de primera necesidad se encarecían dependiendo para quién fuesen. Igualmente pasó con la demanda de servicios: fontaneros, electricistas, carpinteros, especialistas en particular y obreros en general cobraban más por el mero hecho de tratarse de turistas o forasteros. Así pues, se vieron obligados a crear sus propios servicios de prestaciones para prescindir de abusos, corriendo el riesgo de ser tachados de muy suyos. Se llegó a la falsa creencia de que el mero hecho de venir de fuera era sinónimo de opulencia económica, nada más lejos de la realidad, ya que de haber sido así, no hubieran elegido un lugar virgen o por hacerse, sino todo lo contrario.

Las consecuencias no tardaron en llegar: desconocidos por doquier, prisas, caras largas y mal carácter. Ya no se saludaba ni se charlaba y había desaparecido el *iHee!*, *¿Quéé?*, *iNaa!*, *iAquí!*, *iHala, hala!* Las calles se estaban convirtiendo en un ir y venir a ninguna parte y los bares que nacieron con la intención de ser lugar de ocio, descanso, tertulias afables y risas alegres, se tornaban en antros cargados de tensión donde el más mínimo aspaviento podía hacer saltar la chispa que ocasionara el cortocircuito de las tensiones y acabar en la más absurda e incivilizada batalla. El simple y sano guateque se estaba convirtiendo

en macro-fiestas enloquecidas donde se bebía por beber y se fumaba cualquier cosa solo para sobrepasarse. Se creó una falsa leyenda, una imagen distorsionada de la realidad, en cuanto a la amabilidad, el consentimiento y la liberal forma de entender las relaciones humanas y sentimentales, de tal forma, que algunos creían venir al paraíso de la lujuria. Llegaban sobreexcitados, como animales en celo, olfateando supuestos rastros dejados por el género opuesto receptivo de apareamiento sin más; o bien marcaban el territorio como suyo, desafiantes, provocando disputa a todo aquel que osara simplemente mirar.

Realmente no eran muchos pero enrarecían el ambiente de forma que aparentaban ser una multitud y amparados en la riqueza, que según ellos iban dejando, se apoderaban del entorno tanto urbano como ambiental. Nuestros primeros pobladores, entristecidos, se preguntaban cómo había sido posible que estos pendencieros, los mismos de siempre, habían logrado introducirse y deslegitimar la hermandad creada. De nada había servido el ahínco de los pioneros en convertir el pueblo en un nuevo referente cultural. Ni festivales de teatro o cine, o de pintura o música, ni tan siquiera danzas o poéticos recitales como antaño. La primera generación de escritores y artistas se había disipado sin apenas despedirse y, ahora, ya solo se hablaba de negocios, licencias, parcelas, peris, recalificaciones de terrenos y todo lo concerniente al lucro urbanístico.

Pasado no mucho tiempo, por razones de deceso unos y por cuestiones de desencanto o frustración otros, de una forma u otra, la mayoría de aquellos primeros pobladores convertidos en *mojaqueros de hecho* comenzaron a desaparecer paulatinamente. La historia se repetía, los que fallecieron, en cierto modo, se quedaron aquí, vigilantes, desde las tinieblas. Los que se marcharon, lo hicieron con la cabeza alta y los corazones rotos, pues los acontecimientos les sobrepasaron; algunos de ellos desilusionados y otros huyendo del libertinaje descarado y provocador de quienes ya se habían hecho con la plaza. También, hubo quien se quedó, algunos se perpetuaron como retratos vivos del pasado añorando tiempos precedentes. Y los demás evolucionaron con el transcurrir inevitable de las épocas, integrados completamente en el devenir cotidiano, y siendo parte activa junto a sus descendencias del funcionamiento desorganizado y multifamiliar.

Había nacido otra clase de supervivientes que, entre otras cosas, comprobaron en sus propias carnes que la ruptura más frustrante es la que se produce por el mismo punto de cohesión pactado entre las partes y que suele doler más cuando la adherencia había sido unánimemente deseada, aceptada y reforzada para el bien común y como consecuencia de algo espontáneo y sin premeditación, surgido del buen talante, la convivencia, la comunicación y la necesidad de entendimiento; en definitiva, exteriorizada por y para el enriquecimiento cultural y espiritual. Supervivientes al igual que los de antaño, recordando tiempos pasados, recargados de esperanza y expectantes a nuevos

giros que, sin duda, se darán de diferente forma, ocupando nuevos ciclos, pero vendrán; porque Mojácar ya no es la misma que aquellas de principios de los años sesenta. Ya no es aquella tierra virgen que fácilmente se dejaba querer, ahora ya está desflorada, aunque no deshonrada, creo. Y con el *Duende* otra vez languideciendo, otra vez esperando un nuevo despertar, que seguro llegará.

Sin embargo, este periplo nos ha dejado algo patente e ineludible, pues al contemplar esta Mojácar contemporánea y compararla, aunque las equiparaciones resulten banales, con otros sitios de índole parecido y sopesar los hechos diferenciales de nuestro progreso respecto al de esos otros lugares, observamos el gran legado dejado por todos, por los que fallecieron, por los que se marcharon, independientemente de la causa de su marcha, y por los que estoicamente se quedaron para seguir siendo parte del porvenir, ayudando a cimentar la base del sostenimiento del futuro. Es, entonces, cuando distinguimos que efectivamente Mojácar sigue siendo, a pesar de todo y de la intención de algunos por lo contrario, agradable de contemplar y digna de admirar.

No es menos cierto que las condiciones actuales de habitabilidad son casi óptimas, pese a las incomodidades que acarrearán lo anómalo del lugar. En gran medida se han respetado los valores que hacían del lugar algo de asombrosa rareza e inusitada belleza y se ha conjugado, en cierto modo, la esencia con las nuevas tendencias propias de la evolución, que no es poco. Así, pues, al fin de cuentas, no hemos sido asesorados mal del todo, de lo que se deriva que los cimientos y pilares se pusieron correctamente; otra cosa es cómo se expandiera el proyecto que, por otro lado y afortunadamente, no está concluido, ni mucho menos. Hay margen y en manos de los gobernantes y de los nuevos supervivientes está el retomarlo.

En consecuencia, la gran pregunta para los incrédulos es: ¿Sin el concurso de ellos, de aquellos primeros espectros estafalarios y lúcidos visionarios de futuro, melancólicos despertadores de letargo con olor a perspectiva esperanzadora y delicada estética; si no hubiesen venido los auténticos portadores del antídoto de nuestro mal endémico, veríamos ahora a Mojácar exhibiéndose majestuosa, blanca y reluciente, luciendo sus encantos encaramada en su pedestal oteando el limpio horizonte?; ¿Divisaríamos el mar desde la atalaya de sus calles despejadas de antiestéticos inmuebles?; ¿Podríamos ver el campo sentados desde sus plazas y miradores sin interponerse algo que nos impida admirar su hermosa panorámica?; ¿Se entraría a algunas casas por el tejado como hacían nuestros antepasados?; ¿Existirían las actuales edificaciones de no más de dos plantas de altura en viviendas unifamiliares y urbanizaciones escalonadas acostadas sobre las laderas de los cerros?; o por el contrario ¿habría grandes edificios tipo colmena, edificios muralla o edificios frontera, todos de colorines antiestéticos perpendiculares y asimétricos hasta la misma orilla de la playa



ESTADO ACTUAL.



FOTO MONTAJE FERNANDO VEGA. !LO QUE SE EVITÓ!

compitiendo entre ellos para dilucidar cual llega antes al cielo?; ¿Cuidaríamos de forma tan celosa y arrogante los referenciales arquitectónicos y del cubismo como seña de identidad?; ¿Tendríamos el mismo criterio respecto a los valores humanos y códigos de convivencia?; ¿Y los mismos gustos?; ¿Aceptaríamos como normal el hecho de ser representados o gobernados por un edil de otra nacionalidad?; ¿Nos habríamos alarmado en su momento con las diferentes tendencias culturales, sociales o sexuales? En definitiva: ¿Qué habría pasado si no hubieran sido ellos los primeros en venir?

Hipocresía aparte, sabemos perfectamente que solo a unos pocos kilómetros a la redonda no se piensa igual, hay otra mentalidad y se vive de otra manera diferente; o si no, ¿nos vemos reflejados en los conciudadanos que sufrieron la migración?; ¿o en los que nos visitan los domingos procedentes de los pueblos del interior? Reflexionemos la respuesta. Como dijo no sé qué sabio: *de bien nacido es ser agradecido.*

4. TRÁNSITO

Llegados a este punto, podríamos hacer un hipotético o imaginario relato, visto sobre perspectiva de “ojo de halcón”, recordando algunas anécdotas o hechos reales, siempre en sentido figurado, aludiendo a un día cualquiera con nuestros personajes como protagonistas, mezclados con el resto de la población y su entorno formando una sola colectividad.

Comenzaríamos visionando al gran matador, Antonio *Bienvenida*, escuchando un informal ensayo para un concierto de piano de Enrique Arias en el inigualable marco del patio de su casa, situada en lo más alto de la zona del castillo. Mientras, el Viejo Arias, suegro del pianista, transporta en su impecable Rolls Royce a los obreros que construyen el chalet que éste se está haciendo en el paraje de Cueva del Lobo.

En la terraza del Hotel Indalo se encuentran don Carlos Almendros, abogado, escritor e historiador y el arqueólogo y polifacético Paúl Beckett degustando, ambos, un café y con las miradas perdidas en el horizonte. Están razonando sobre la posibilidad de la existencia remota del asentamiento de un puerto fenicio al pie de la ladera este del cerro de Mojácar la Vieja y dialogando sobre la influencia que, en esta tierra, dejaron la civilización Argárica y el asentamiento Murgi. Entretanto, Beatriz, la esposa de Paúl, contempla las vistas, desde el mirador de la Plaza Nueva, prestando especial atención a la zona de Eras del Lugar, más concretamente al cortijo del tío José Manuel, *el Carrillón*. “Si pudiera comprarlo”, piensa (seguro que lo compra).



CHARLI Y KATE.



ARRIBA A LA IZQUIERDA PATRICIA MORONEY A LA DERECHA MAMABEL
EN EL CENTRO PEPE EL MEXICANO, ABAJO GRETA Y MOTOCICLETA.

Por la Cuesta del Castillo baja, con su inconfundible porte y elegancia personificada, la figura de Charles Baxter, actor afincado en Mojácar desde hace algún tiempo. Nada más salir de su vivienda, cruza delante de la casa del francés Jean Clode Zuida, al que saluda afectuosamente. Más abajo, pasa junto a la casa del Sr. Antonio. Allí alcanza a la no menos hermosa y compañera de profesión Catharine Ellison, *Katy* y, juntos del brazo, reanudan la marcha. Se detienen al percatarse de la presencia de Patricia Moroney, que está sentada en uno de los bancos de piedra de la Plaza del Sol leyendo un libro y acompañada de sus perros, mientras mira de reojo a Pepe, *el mexicano*, un escultor un tanto extravagante que, ayudado por *el Rorro* y el *tío Pedro, el chinche*, está colocando unas piedras en forma de monolito para construir una escultura que pretende ser un Indalo de piedra o, al menos, eso dice él.

Enfrente, en la casa de la curva y debajo del pequeño porche de entrada, se encuentra *Gueri*, un impresionante perro de la raza bóxer. A los ladridos del perro sale la dueña, María Luisa, que saluda amablemente a la pareja que continúa bajando por la cuesta con mucho glamour, como si de la mismísima alfombra roja de Hollywood se tratara. Una vez en la Plaza Nueva, se escucha un ruidoso sonido precedente de la llegada de un Seat 600 humeante y descapotado al el taller del *tío José, el Cura*, a fuerza de sierra y chascarrillos. El vehículo, que ha sido pintado de manera artesanal por Dominguito, *el Latero* y Paquico, *el Churrío*, es conducido por Salvatore (*Sammy*), que entra en la plaza como un torbellino irradiando alegría a su paso. Como casi siempre, le acompaña *Teresina Sweet* con su sempiterna y cómplice sonrisa.

Till y su bella esposa Greta se encuentran en el bar Morales atentos al "mitin" que Benjamín Rapoport está transmitiendo al *tío José Manuel, el Carrillón*; a Ginés, *el Churrío*; a Pepe, *el Bizco*; al *tío Zahorí*, Antonio Simón; a Diego, *el Conejo*; a José Ruiz y Pedro *el Payo*, sentados todos en la paleta de la plaza. Atentos escuchan los avatares que este versado judío tuvo que pasar en su periplo por los campos de exterminio nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Una historia escalofriante de la que está escribiendo un libro que muy pronto será editado en Francia y que piensa traducir al español.

Por otro lado, una cuadrilla de niños se amontona en torno a la *Muda*, que está montando, junto a la paleta, su kiosco de venta de chucherías, golosinas y pequeños elementos para el juego tales como bolas, estampas, petardos, cromos etc. Agustínico, *el Churrío*; Paquico Lina; Mateo, *el de María la del horno*; Bartolo, *el Morero*; Miguel Ángel, *el Jito*; Sebastián, *el Coco*; Maricharo, Francisco y Eduardico, *los de Antonio Simón*; Mariquita y su prima Lina; Paquito, *el de la Niña*; Luis Miguel Carrillo; María Cano; Estebican, *el Latero*; Ginesico Rido; Purita Villafranca; Martinico, *el de Pedro Morales*; Juanico y Pedro *El abano*; Martín, *el Niveleta*; Paquita, *la Canana*; Juanico, *el Carmelo*; Nicolás y Paco, *el Catre*; Pablo y Ginés, *el Sevillano*; Dieguico, *el Marrullo*; Blasico, *el Churrío*;

Alonsico Ridao; Pedro Carrillo, etc. pretenden apabullar a la muda. Mientras, José, *el Jito*; María Alarcón; Guillermo, *el Pelao*; Juanico, *el Latero*; Patito Morales; Diego, *el de Agustín el Marrullo*; Paco Castro y Juanico Cayuela intentan "rasparle" algo; pero no lo consiguen y, al final, es *la muda* quien los engaña a ellos. El tío *Ginés González* y Alfonso, *el de Beatriz la Marrulla*, que pasan por allí, recriminan a los niños y los mandan a jugar a la Plaza del Parterre. Allí, unos se juntan con Ginesico Najar; Juanico, *el Habanero* y Alonsico *el de la Fuente* y juegan un partido de fútbol; los otros se han quedado en la Plaza de la iglesia jugando en los futbolines de Félix Alacil.

Otro grupo de ya no tan críos, más bien *zagalones*, se encuentra en las postrimerías del río Aguas, cerca de las Pilas. Entre ellos están: Paco, *el de Marcos*; Tomás, *el de María la del horno*; los hermanos José María, Paco y Blas, *los Churrío*; Joaquín Miranda; José y Domingo Soler y Liberio que con Martín Artero están expectantes esperando al hermano de este último, Antonio Miguel, que viene desde Garrucha montado en una motocicleta que acaba de comprar. A lo lejos, se vislumbra la famélica figura de Antonio Miguel quien, manteniendo a duras penas el equilibrio sobre su flamante Mobilette y lleno de gozo, se encamina al encuentro de sus impacientes amigos. Al llegar, rebosante de orgullo, les muestra la ansiada motocicleta y, en alarde de generosidad, se la va dejando, uno a uno, para que se den una vuelta. Es tal el ardor con que la usan que, al cabo de una hora, de ella solo queda el manillar, un pedal y mucho humo. Por unas horas todos han tenido moto y resignados, pero saciados, se vuelven al pueblo tal y como salieron, o sea, andando. En medio del río queda el esqueleto chamuscado de lo que una hora antes era exuberante ilusión en forma de motocicleta.

Ulf, nuestro artista del cuero, cargado de pulseras, correas y otros objetos de piel, camina desde la plaza hacia el Zoco del Arco, donde le espera impaciente Norma Neff en su coqueta tienda. También aguarda Norma al tío *Frasquito*, *el*



SILVIO Y WIN.

Fragüero, que ha quedado en subirle unos Indalos de hierro para vender. Por fin, aparece éste en compañía de su vecina, la señora Kate Owens, que, como cada día, realiza su visita de obligado cumplimiento.

Los cineastas Win Wells y Silvio Narizzano se dirigen a su casa del Moño Alto. Van cargados de cajas llenas de trastos" que van a usar en la obra de teatro que tienen intención de representar allí mismo. Pasan por la Plaza del Caño, donde se encuentran con Isabel Aznar, más conocida por

Mamabel, que se halla en el interior de la tienda de Rosa, *la del barbero*, comprando telas para la confección de las vestimentas que usará en el carnaval. Le dice *Mamabel* a Rosa que, con lo sobrante, hará trajes para sus muñecas, y le comenta que proyecta hacer un hotelito, tipo familiar, con restaurante incluido, en una casa que ha comprado al final de calle Glorieta. Con el gusto que tienes seguro que quedará precioso”, le dice Rosa.

Más adelante, Win y Silvio saludan a Salvador Cintas y su hijo Fernando, *el Barbero*, los cuales se encuentran dentro de la barbería. Salvador está cortándole el pelo a Juan, *el Latero* y Fernando está afeitando al irlandés Terry Wood, a la vez que practica inglés con él. Además,

chapurrea un poco de alemán con Thomas Zobel, quien espera su turno junto a Sebastián, *el Carmelo* y Marcos, *el Hornero*, quien refunfuñando le dice a Fernando: menos hablar inglés, o lo que sea, que tengo prisa “Me toca el agua pa regar”. De repente, llega José, *el Navo* y Marcos añade: “¡Vaya Hombre!... El que faltaba”.

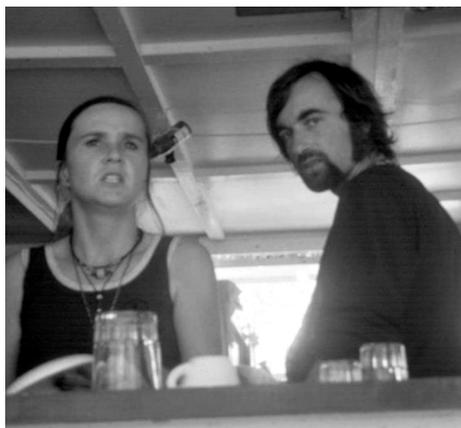
Win y Silvio continúan y, al pasar por la puerta de la ciudad, se cruzan con el cantautor británico J.J. Barrie, quien lleva su último disco debajo del brazo. Ya, en la Plaza de las Flores, bajo el porche del bar La Lagartija, saludan al chino de nombre impronunciable, el cual departe con Tito del Amo sentados en torno a una mesa y en compañía de sus amigos: el cantante roquero Miguel Ríos y Juan *el de Serena*, un personaje singular de la Mojácar bohemia. Están dando forma, entre los cuatro, al proyecto de convertir la ermita de San Sebastián, que acaba de comprar Tito, en casa; y la casa de las Ventanicas en ermita, pero ermita de las de los devotos del alcohol, la juerga y lo que sea, siempre y cuando lo que sea” sea bueno iclaro!; es decir, un chiringuito. También, cuenta Tito el estado de sus investigaciones acerca del, más que probable, origen mojaquero del productor, director y guionista Walt Disney; sus pesquisas le han llevado hasta Chicago, en donde los padres de ambos fueron vecinos y conocidos. La verdad es que está haciendo un trabajo extraordinario en torno a esclarecer, en la medida de lo posible, el oscurantismo que rodea los primeros años de la vida de este gran personaje.



J.J. BARRIE



MIGUEL RIOS Y MARGARETH



ROSEMOND Y ETHIEN.

Dentro del bar están María Claudia Rangecroft, esposa de Tito; Margaret Watty, esposa de Miguel y Jacqueline, esposa de Juan, que ayudan a Katrine, mujer del chino, a decorar el local. Entretanto, las pequeñas Lua y Tesni, hijas de Miguel y Tito respectivamente jueguean con un gato romano en la Plaza de la Flores.

Sigue la pareja de cineastas por el Arrabal donde saludan al *tío Simón, el de la Niña*, un hacendado nativo sentado a la puerta de su casa, en la Esquinica. Al llegar éstos a la calle San Agustín, antes de entrar en su casa, se dan de bruces con un chaval de nombre Félix Clemente, el cual viene con frecuencia desde Garrucha acompañando a su madre a la Fuente. Mientras la madre lava, él se escapa y, con lápiz en mano izquierda y papel de estraza en diestra, dibuja el tipismo del barrio el Moño Alto. Dibuja esos rincones que casi nadie ve, esos

detalles que hacen a Mojácar única, una ventana remarcada con azulete, una argolla en la pared para amarrar a la burra o esas chimeneas sobre los tejados de tierra roya haciendo unas composiciones cúbicas maravillosas llenas de cal, sol y azul, para posteriormente, en su casa de Garrucha, plasmarlo con pintura en trozos de saco almidonado, si cual lienzo se tratase. Win hace un gesto de aprobación intuyendo el nacimiento de un gran artista. El tiempo le dará la razón.

Antes de entrar en la casa, Silvio le recuerda a Win que ha quedado con Etien y Rosemond Saurat para hablar sobre la pintura que tiene que hacerles en la pared del bar Papagayo y, mientras abren la puerta, saludan a su vecina, la *tía Isabel, la Pelá*. Ésta, como siempre y en broma, arremete contra Win diciéndole: "Mira *demonjano* (demonio, en sentido cariñoso) *quítate eze salzillo* (pendiente) que *paeces* una mujer". A lo que Win responde con su sarcasmo jovial: "Quítate tú el bigote, que pareces un hombre". Todos ríen.

En la Plaza del Arbolón se escuchan unos acordes de guitarra española que provienen de la sacristía. Allí podemos observar otra vez a don Carlos Almendros enseñando a tocar la guitarra a José María Montoya, que mira

ensimismado y escucha con atención, ávido de aprendizaje. También, están esperando a Juan, *el Cuco*; Ramón, *el Pelao* y Frasquito, *el Fragüero*, quienes quieren, a su vez, enseñarles a don Carlos las letras de los villancicos autóctonos y el manejo de instrumentos, como el pandero, las postizas y los platillos, ansioso éste a empapar, como una esponja, todo lo relacionado con la cultura popular. De la habitación contigua salen unos cánticos gregorianos o parecidos, por lo que don Carlos, gratamente sorprendido, abre la puerta y comprueba que dentro se encuentra Antonio Simón con sus hijos Simón, José Manuel, Antonio y Clemente ensayando *La Salve* y *el Miserere*. “¡Cuanto arte hay en este pueblo. Dios mío!”, dice don Carlos.

Por la escalera que da a la puerta trasera de la sacristía pasan don Ginés Carrillo, don Bartolomé Flores, don Francisco Ayala y don Bartolomé Ridaio, acompañados de Perico, *el Parral*; Juanico, *el Fragüero*; Ginesica Carrillo; Pedrín; Antoñito; José María, el carpintero; Juanico, *el Raspejo*; Frasquita, *la Raspeja*; José, *el Riles*; Paco Flores; Paco, *el Vili*; Antoñico, *el de la tía Ginesa*; Joaquín Miranda; Juanica Marcos y otros jóvenes. Van todos hacia el teatro, pues toca ensayo del *Don Juan Tenorio*, obra dramática y en verso del autor José Zorrilla, que se representa el primero de noviembre de cada año en el fantástico marco del teatro Aquelarre, encarnada siempre por el inagotable elenco de actores y actrices de Mojácar que a su abrigo emergen.

Don Diego Carrillo, el médico del pueblo, sale de su consulta, aprovechando que no hay pacientes y pasa por la farmacia a recoger al practicante Miguel Abellán para ir al bar a tomar un café. El médico ya lleva en la mano preparado el dinero para pagarlo y así evitar un conflicto, pues todo el mundo quiere invitarlo y, cada día, pasa una embarazosa situación al ver a la gente discutir por pagarle el café. Así pues, antes de pedirlo, lo paga para evitar conflictos.

Martín García, el cartero, sale de correos quejándose y con gran cantidad de cartas en las manos. Desde dentro se escucha la voz refunfuñona del oficial de Correos Martín Torres, que le dice: “¿Qué te pasa Martín?”. Nada” -contesta- “Que entre que se inventan las direcciones y estos nombres extranjeros tan raros me voy a volver loco”. “¡Calla Burdilla!” -añade el jefe- “Peor estabas en Alemania, así que anda a trabajar”. Martín acude, pidiendo ayuda, a Patricia Moroney y ella le indica quién es cada cual. El resto de cartas se las da al pequeño Lenox Napier y éste las reparte entre sus destinatarios, los cuales esperan en las terrazas de los bares de la Plaza Nueva, pero no sin antes haberles quitado Martín los sellos a las cartas para su colección. Algunos de los extranjeros, con una copita de más, no se explican cómo pueden llegar las cartas sin sello.” ¡Cosas de España!”, dicen.

Los suecos Lars y Matica Goulard Westberg salen de la iglesia, cada uno con su Biblia en la mano. Ya han rezado por todos y han pedido que todo siga igual y que Dios ilumine, con su faro de equilibrio, esta tierra maravillosa

donde han encontrado la estabilidad espiritual ansiada y que les permita vivir juntos el resto de sus vidas aquí en su Mojácar del alma, en esa casita que han comprado en la calle La Ermita, desde donde, cada mañana, ven salir el sol por el horizonte sobre el azulado mar para meterse en sus vidas.

El matrimonio Suárez Bravo, o sea, Kike y Amalia, van acompañados de Juana, *la Molinera*, quien va a enseñarles una casa en calle Puntica. Kike desea comprar una vivienda antigua para acondicionarla con el fin de montar un bar, cuyo nombre ya tienen pensado: Equus. Al final se quedan con la vivienda que linda con Miguel *el ciego*.

En el camino se han cruzado con las guías turísticas Eve Steinhauer y Janet Newton, quienes conducen a un grupo de visitantes para enseñarles los encantos de la ciudad; seguro que alguno de estos turistas se queda. A las guías las acompaña Bronia Madej, una jovencísima y guapa nueva monitora que está aprendiendo el oficio, tiene un desparpajo y simpatía fuera de lo común. Prácticamente acaba de llegar y parece que lleva toda la vida aquí, incluso ya habla como la gente de Mojácar. Viene dispuesta a comerse el mundo y, sin duda, se convertirá en una mojaquera auténtica.



BRONIA MADEJ.



JANET NEWTON.



Llega el grupo a la Plaza del Caño, donde se encuentra el arco de la antigua puerta de la ciudad y allí pueden contemplar cómo el *tío Amadeo* vende el pescado sobre cajas de madera extendidas en el suelo. Al lado de éste, está la *tía Paniza* vendiendo verduras y hortalizas de la huerta, usando su burra como escaparate y, a la vez, de economato. Los turistas no paran de fotografiar, sobre todo, a la burra y, por cada foto, la *tía Paniza* extiende su mano demandando dinero. Al final del día, gana más dinero con las fotos

ERNA BERNARD.

que con las ventas de verduras y hortalizas. Allí, también, se encuentra comprando algo de pescado Erna Bernard, amiga de Janet, y la guía aprovecha para presentársela a los turistas. “Erna ha sido profesora de una de las más prestigiosas escuelas de ballet clásico de París”, les dice. Madame Bernard, como se la conoce, se da por aludida y añade: “de eso hace ya muchos años”. Y, cambiando de conversación, Erna le dice muy contenta a Janet que en el salón de su casa se ha hecho una gran grieta en la pared. “Vaya por Dios” -exclama Janet- “tendrás que llamar a los albañiles”. “¡Qué va!” -le contesta Erna- “es muy artística y sirve de decoración”.

Continúan los excursionistas bajando por la calle Cuesta de la Fuente hasta llegar a la mismísima fuente mora, donde explican las guías la importancia del lugar y la trascendencia histórica del monumento. Los turistas, entusiasmados, contemplan cómo Andrea, *la Mocita*; Rosa, *la Munda*; Antonia, *la latera*, con su hermana Beatriz; Luisa, *la Fragüera*, con su hija Pepa; Juana, *la Chusca*; Micaela, *la del Huerto del Río*; Maruja, la mujer de José María *el relojero*; Isabel, *la Chusca*; María, *la Pelá*; María, *la Chilandra*; María Huartes; Isabel y Beatriz, *las Marrullas*; Antonia *la Corcia*; María, *la Terrera*, y alguna que otra garruchera y turrera lavan las ropas con los pies dentro del agua. La Morala, Manuela y Paca, *la Churría*, las cuales han llenado sus cántaros de agua en el pilar de mármol, los cargan: uno sobre sus cabezas, apoyados, a su vez, sobre un *roete* y otro en sus caderas, en el hueco que hace la cintura, y se disponen a subir por la Cuesta de la Fuente hasta sus respectivas casas cargadas con el agua indispensable para el quehacer cotidiano.

Justo encima de la fuente, el grupo se dirige a visitar una casa característica, más o menos acomodada y típica del lugar. Se trata de la vivienda de Antonio López Cervantes, un personaje relevante y muy querido por todos los lugareños, amigo de todo el mundo y muy dado a ayudar a los más necesitados. Antonia, su hija mayor, muestra la casa a los visitantes y, una vez vista, a propuesta de Jennet, Antonio López les explica las peripecias que tuvo que realizar para traer la luz eléctrica a Mojácar, toda una odisea. Antes, la compañía eléctrica se llamaba El Chorro y, ahora, Sevillana, siendo Antonio Navarrete su encargado.

Después de visitar la casa de Antonio, son llevados hacia los balcones, los cuales acumulan el agua procedente de la fuente, que posteriormente es distribuida para el regadío, tras pasar por el molino. Desde allí mismo, junto a la puerta del horno de Dolores Alarcón, Antonia Ruiz, *la Gurulla*, como encargada del reparto, es decir, de organizar las tandas o turnos de agua que corresponde a cada regante, les explica la forma de repartición de las mismas, que data de tiempos ancestrales, concretamente de la época de los moriscos. Continúa la expedición por los alrededores de la fuente y visitan la tienda de Luisa *la de los Polvos*, lugar de distribución de los famosos polvos que se utilizaban para el lavado de las ropas. Luego, se dirigen hasta la huerta de la Cañá, allí

toman un refrigerio en el chiringuito de Juan, *el Randero*, y de Milagros. Para terminar, suben a un autobús de la empresa Los Rodríguez de Los Gallardos que los lleva a visitar los lugares más emblemáticos de la playa, concretamente el castillo de Macenas, la torre del Pirulico y las playas del Sombrerico y la Granatilla.

Subiendo, ya de regreso, por la Cuesta de la Fuente, observan a una gran cantidad de mozas que acuden afanosas a la casa de Catalina, *la Niña*. Van a las clases de corte y confección que ésta imparte y entre las muchachas están: *la Moralica*, María Flores; Rosica Morales; Rosarico, *la Fragüera*; Loly Morales; Ana, *la Ventarea*; Juanica Gallardo; Pura, *la Churría*; Angélica Morales; Rosica, *la de los Silos*, etc. Siguiendo el recorrido inverso, y otra vez en la Plaza del Caño, se puede ver cómo, desde la casa de Amalia, sale otro grupo de chicas que vienen de coser.

Un poco más adelante, otra vez en calle Puntica, pasada la pizzería italiana de Gonzalo, está la guapísima actriz Luz Márquez con su esposo José Luís Feal, en la puerta de su casa, hablando con sus vecinos, los hermanos Farsin y Foumin. Estos dos chicos iraníes, junto a Beatriz Triviño, esposa del primero, están montando otro bar, sí otro, pero diferente, se llamará Siamac. Muy ilusionados, quieren mostrarnos las delicias de la cocina persa y así darle otro toque de exotismo al pueblo.

Cerca de allí vive Miguel, *el Ciego*, que se encuentra sentado junto a la puerta de su casa escuchando por radio la etapa del Tourmalet, perteneciente a la ronda francesa de ciclismo *Le Tour de France*. A pesar de su ceguera (perdió la vista muy joven a consecuencia de una explosión en la cantera donde trabajaba), es muy ilustrado y gran aficionado a los deportes, sobre todo, al ciclismo. Justo al lado, María, *la Córcola*, ha inaugurado una peluquería de señoras. Es el primer día y se encuentra a rebosar de clientas. Está peinando a Mariquita, *la de las Maestras*, y haciendo cola esperan: Rosalía, *Lía*, la mujer de don Diego; Greta; Patricia Purcell; Mary Beaumont; Isabel Fuentes; Catherine Ellison; Junne Pullen; Rose Hopkins; Joy Anglis; Ángeles, *la Lopera*; Ángela, *la de Antonio Carrillo*; la señora Quintana; Dorothy Hassler; Elizabeth Lince; Fanny Barber; Chistine Gohl, más conocida con su seudónimo de escritora *Sarah Lark*; y algunas otras más que van llegando. María, ante la imposibilidad de atenderlas a todas, envía a algunas a la peluquería de Alicia, situada en la Fuente.

Bill Napier sale de su casa, en Eras del Lugar, acompañado de su esposa Heather y su hijo Lenox. Todos suben al automóvil, un cuatro latas (Renault 4), y se dirigen a la Plaza Nueva. Como siempre, entran en el Indalo, donde se encuentran con Charly Braun y, después de beber algo y tras una sospechosa conversación en voz baja, suben los tres al coche, dejando a Heather hablando en el bar con Tabs Purcell, destacado mariscal retirado del ejército británico.



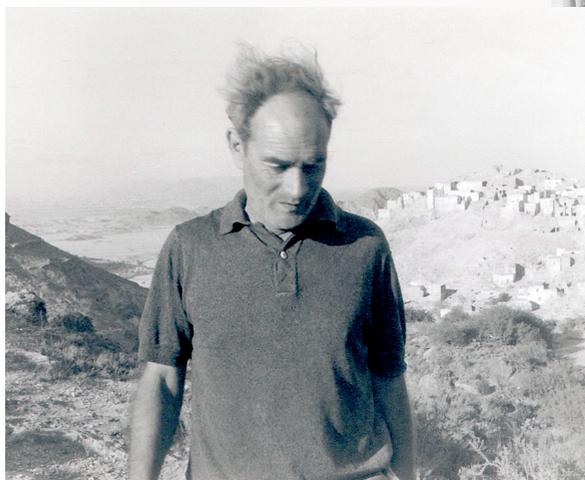
MARCELO "EL DEL CONGO" JUGANDO AL BACKGAMMON.



PAUL BECKET, LUZ MÁRQUEZ Y JOSÉ LUÍS FEAL.



JUNNE PULLEN, ROSE HOPKINS Y JOY ANGLIS.



RAFAEL LAFUENTE



VAL CAIRNS, HEATHER, LENOX, ANTHONY HAWKER, BILL.

A ellos se les unen Mary O'donnell, Valerie Kerrigan, Val Cairns, Anthony Hawker, Jin Beaumont y, también, la pintora Kim Valentine y Jean Noble, que estaban en otra mesa acompañando a Joseph y Nitro Mansor.

Bill, *Clarlie* y *Lenox* llegan al cruce de la playa, se bajan del coche y, serrucho en mano, comienzan a talar los letreros publicitarios que, como mala hierba, habían crecido justo en frente del chalet El Duende. Todo estaba premeditado, don Esteban Carrillo, desde dentro del chalet, aplaude la jugada y el pintor belga Jorge Still vuelve a montar su caballete y les agradece haber suprimido el obstáculo que le impedía ver el panorama ideal y así, por fin, poder terminar el cuadro que está pintando.

Por allí cerca se encuentra Marcelo que, acompañado de Domingo y Marquicos, *el de la viuda*, cargan en el camión los maderos serrados y se los llevan para terminar de montar las chozas de la discoteca El Congo. "Tenemos que darnos prisa" -dice Marquicos- "tengo de devolver el camión para cargarlo de bebidas y hacer el reparto, si no, entre Martín y mis hermanos José María y Paco, me van a matar".

Philippe Paccini, que acababa de instalar un gran cartel anunciando la tienda Sondra, al enterarse del suceso, monta en cólera y se dirige raudo hacia el Ayuntamiento, pero Jacinto, el alcalde, no está. Habla con Bartolo, el municipal, y éste, con la parsimonia que le caracteriza, le dice a Paccini: "Mira Jean Pierre, cuando los han cortado, será por algo. No puedo hacer nada al respecto y, como comprenderás, no voy a ir yo a colocarlos de nuevo. Además, yo no he visto nada; así que tómate algo y pelillos a la mar, hombre".

Bill y los demás vuelven al Indalo. *Bill*, con esa cara de felicidad que siempre muestra, cuenta su hazaña e invita a todo el mundo a beber; siempre encuentra algún motivo de celebración. Cerca, el empresario Antonio Larios, los promotores Ezequiel Padilla y Vicente Hernández Velza, el diplomático y escritor Enrique Llovet, y el también diplomático Fernando Fernández de Velasco comparten una mesa, beben y hablan afanadamente de las perspectivas de futuro y grandes posibilidades de Mojácar; todo bajo el oído atento del futurólogo Rafael La Fuente; Máximo Jove Frías, arquitecto y promotor; Tico Medina, periodista y el catedrático Antonio Bonet Correa, que departen en otra mesa contigua. Junto a ellos pasa, sin saludar, el excéntrico pero gran arquitecto Roberto Puig; no es que sea antipático o esté enfadado, es que es así de despistado. De hecho, se dirige al comedor de donde había salido momentos antes y le pregunta a Miki, camarera del restaurante, si él había comido, a lo que Miki responde: "lleva usted un fideo en la barba y acaba de pagar la cuenta, pero si tiene más hambre, aquí estamos para servirle todas las veces que quiera. Faltaría más".

En otra mesa se encuentran Aldo Cecci, entrenador de fútbol y *Marcelino Brunet*, propietario del restaurante Elizabeth, dialogando de una de sus pasiones,

el fútbol. El primero, desde la perspectiva de preparador y el segundo, desde la de aficionado entendido de la materia. Están organizando la celebración de un partido entre nativos y foráneos, un partido informal y simpático, que sirva de unión más que de enfrentamiento, con vestimentas estrafalarias y que tenga como trofeo una gran fiesta. El mayor inconveniente es que debe celebrarse en el campo de Garrucha, pues en Mojácar no hay. “Se tendría que hacer algo al respecto, me refiero al campo de fútbol”, dice Aldo. “Yo creo que lo están haciendo”, contesta *Marcelino*, quien continúa exponiendo: “He visto una reunión en el Salón Social del Indalo, donde se encontraban los hermanos Jacinto y Paco Alarcón; Juan y Frasquito García; Miguel Egea; Pedro, *el Talaor*; Rosendo; José María, *el Parralero*; los hermanos *Marrullo*: Miguel, Paco y José; Phillipe Ammeloot; José María, *el Carpintero*; Ginés y José Gallardo; Juan y Mateo Meroño; Juanito Alarcón; Cándido; Tomás, *el de Marcos*; Bernard Doucet; Juan, *el de Matías*; y algunos más, todos gente relevante del panorama socio-empresarial de Mojácar, que estaban debatiendo la posibilidad de construir el campo de fútbol en el antiguo cementerio de la Fuensanta”.

“Hay que traer maquinaria y dicen que será costoso, por lo sinuoso del terreno, pero, al parecer, entre la cesión por parte del Ayuntamiento, la de algunos particulares y la mano de obra de todo el pueblo, se podrá hacer. Aquí, por el momento, con armonía y predisposición, se puede hacer cualquier cosa. Luego, cuando se instaure el politiquero, que ya vendrá, será otra cosa, pero ahora, por el momento, hay unidad y concordia”. “Además” -continúa *Marcelino*- “se está hablando de la posibilidad de hacer un equipo federado y traer a los jugadores mojaqueros que juegan en otros lugares; así pues, pronto tendremos aquí a: Antonio, *el Gigi*; Miguelico Egea; Paquito, *el Córcoles*; Pedro, *el de la Leocadia*; Ginesico Nájjar; Miguel Ángel, *el Jito*; Juanico, *el Habanero*; Luis Miguel Carrillo y algunos más”. “Ya puedes prepararte para entrenarlos”, le dice *Marcelino* a Aldo. Por mí encantado”, responde éste. También cuento con la ayuda de Luis Lobato”, añade. Lucien Márquez se acerca y se sienta a la mesa con ellos, que continúan hablando.

Don Eliseo Gastesi, alto mandatario del ejército español que acaba de llegar de Madrid, pregunta al camarero Diego Gea por *el Harico*, el dueño del hotel. Viene acompañado de su hija Paloma, de Alberto Segalá, abogado del estado afincado en Mojácar y de un amigo de ambos, el señor Quintana. Paloma lleva en sus brazos una perrita de color marrón, de la raza Perdiguero de Burgos, para regalársela al dueño del hotel, gran aficionado, al igual que don Eliseo, a la caza de la perdiz. Le han puesto de nombre Laika, en memoria a la perrita que los soviéticos mandaron a orbitar alrededor de la tierra en la nave Sputnik2, allá por el año 1.957.

Justo en la esquina de la terraza del hotel, con la fachada del edificio de la Caja de Ahorros, en una mesa, están sentados los pintores Antonio Lago,

D. ELISEO
GASTESI Y
SU HIJA
PALOMA,
DE PIE,
MARCELINO.



Miguel Cantón Checa, Guillermo Delgado y Leopoldo Novoa. A ellos se les une otro pintor, Peter Rogers, quien les susurra a los demás que lo escondan un poco, pues Rafael La Fuente anda buscándolo, preso de un ataque de cuernos al enterarse que entre él y Carol, la esposa de Rafael, hay algo más que amistad. Peter se camufla entre las sillas, lienzos y caballetes hasta que pasa el peligro.

El ponderable juez de Paz, Esteban, *el Alpargatero*, se dispone a entrar en el bar acompañado de Jim Foxtter, Anthony y Ángela Hawker. Ya han cerrado el trato para la venta de la casa que el juez tiene en Cuesta de la Fuente, solo falta celebrarlo con unos vasitos de vino y dejar clara la condición de no hacerse cargo de la casa hasta que el constructor Paco, *el Vili*, sobrino del juez, no termine la que le está haciendo entre calle Puntica y la calle Rincón de Zahorí.

Acaban de llegar a la Plaza Nueva el matrimonio Sainz de Tejada, acompañados de sus inseparables perros de raza Setter, sus hijos, Fernando y Yeyo, y los consortes de éstos, Cristina y Vicente, respectivamente. También les acompaña Pilar, aunque Elena se ha quedado en Madrid. Descargan el equipaje para trasladarlo a su casa de calle Embajadores y, como no se atreven a entrar con el coche por las estrechas calles, lo cargan todo en el taxi de Manuel, *el Conejo*, bajo la mirada escéptica de Jacinto, el otro taxista. Se dirigen todos hacia la casa, bueno, todos no, pues Vicente, emulando a Diego, *el Luriano* (pregonero del pueblo), se queda en la calle voceando su presencia: "Ya estoy aquí", dice, y los amigos acuden raudos, para tomar unas cervecitas.

Es verano y el calor aprieta. Resguardados del sol, en el interior del bar Morales, alrededor de varias mesas juntas, comienzan a sentarse los llamados *hijos de la emigración*. Son los mojaqueros que un día, por vicisitudes de la vida y, muy a su pesar, tuvieron que marcharse a buscar fuera el sustento que aquí no encontraban. Unos a Cataluña, otros a Francia y otros, incluso, más lejos, pero, cuando llegan las vacaciones, ahogan sus nostalgias regresando

al pueblo. Van llegando, entre otros, Pedro, *el Moquenque*; Bartolo, *el Pollo*; Juan Salinas; Bartolo Ortega, Pedro Montoya; *el Canano*; *el Mocito*; Antonio Cano; Frasquito, *el Payo*; Antonio y José Ruiz; Diego, *el Jaro*; José, *el de Alicia*; Perico Morales, Antonio Heredia y otros más que no se distinguen. Entre ellos también está *Antoñico* Torres, un joven emprendedor que ha venido de Francia con las ideas muy claras, junto a su hermano, Juan Carlos. Ambos, asesorados por su respetado y carismático padre, *el tío Antonio Torres*, quieren montar en la zona de Eras del Lugar un almacén de materiales de construcción que tanta falta hace en el pueblo.

Todos dialogan de lo mismo: la añoranza que se siente en la lejanía y lo duro que se les hace el volver a dejar su tierra cada vez que tenían que regresar al acabar las vacaciones. ¡Pero han vuelto! Y esta vez, algunos de ellos, raudos y sin vacilar han desandado el camino y han acudido a la ayuda lanzada por la madre tierra, demandando la vuelta de sus hijos habidos en la lejanía. Sin dudar, han retornado a sus raíces y han dejado la estabilidad lograda en otras tierras para embarcarse en la aventura de volver a levantar Mojácar, aportando la experiencia adquirida en otros lugares donde se han especializado. Todos, con su esfuerzo y dispuestos a trabajar, que es lo que saben hacer y a lo que han vuelto, se disponen a dar el empujón definitivo para alzar a Mojácar al pedestal que le corresponde y, de esta manera, allanar el camino para que el resto de paisanos desperdigados por tantos lugares puedan regresar tarde o temprano a sus orígenes.

Entran en el bar Morales, Antonio Cervantes, director de la Caja de Ahorros, y su subordinado, Pompeyo Miranda. Con la excusa de tomarse un café, se acercan a la mesa de los mojaqueros repatriados y, saludando a todos y cada uno de ellos, les dejan caer, así por lo *bajinis*, que, puesto que se van a quedar en el pueblo, se abran una cuenta o cartilla en la Caja de Ahorros y Monte de Piedad. Lo hacen extensible, también, a otro grupo de jóvenes que hay en la mesa de al lado, se trata de Antonio y Fernando, *los granainos*, que están con los pintores de brocha gorda: Pepito, José María, Rafael Navajas y Lucas, comandados por el *tío Paco Ruiz*, capataz de la cuadrilla, su cuñado Pepe Villafranca y el suegro de éste, *el tío Paco Martínez* (escribano). Pertenecen al grupo de trabajadores venidos desde Granada que, al parecer, tiene intención de quedarse; de hecho, ya se ha encargado *el Harico* de instalarlos en su casa, pues, también, van a ser los encargados de la nueva remodelación del Hotel Indalo.

En la Plaza Nueva se ha formado un tumulto en torno a una fuerte discusión entre Roberto Puig y Hubert Meunier. El arquitecto le recrimina al francés que, entre él y su amigo Rafael Lorente están presionando al alcalde para que impida terminar las obras del hotel Mojácar, aludiendo que la remodelación del mismo no estaría en consonancia con el entorno. Roberto grita, pero el francés

no se queda corto y le recrimina que su hotel es una mole que nada tiene que ver con el entorno cubista de Mojácar, el cual tanto profesa, y que, además, se ha apropiado de una cueva natural que debería ser patrimonio natural del pueblo. El diplomático Enrique Llovet intenta poner orden y cordura, pero, la discusión es tan fuerte que, incluso, llegan a las manos, teniendo que intervenir Frasquito, *el Ratón*; Pompeyo Miranda y Esteban, *el Alpargatero*, quien, como juez de paz, pone la susodicha paz, advirtiéndoles que en la próxima disputa que se dé llamará a la Benemérita.

Desde Barcelona llega Luis Jódar Grima a pasar unos días en su Mojácar del alma y, de paso, supervisar las obras de su cortijo en Cuartillas. Mojaquero célebre y personaje excepcional, trabaja en Barcelona como empleado de banca, desde donde acoge a todo mojaquero, conocido o no, que a él acude, como inigualable anfitrión. Un hombre todo bondad y sentimiento mojaquero, el cual emana a raudales por todos los poros de su cuerpo. Con la amabilidad que le caracteriza, visita a sus amigos, en definitiva, todo el pueblo, a los que envuelve con su alegre oratoria y culta elocuencia, llena de sinceridad y añoranza. Luis es uno de los tantos mojaqueros que tuvieron que partir en busca de sustento y que aprovecha la más mínima ocasión para volver a su pueblo natal.

También está a punto de inaugurarse, de la mano de Ángel Cánovas, en calle Puntica, la sede de Radio Indalo, emisora que, a través de las ondas, nos tendrá informados de cuanto acontece y que, especialmente, amenizará los días, con sus noches, de buena música. No en vano, por aquí andan muy buenos pincha discos.

De la casa parroquial salen el cura, don Fernando Berruezo, y su hermano Pío. Van acompañados de Alfredo de Betak quien, no se sabe cómo, se ha enterado de la intención del obispado de vender o, más bien, canjear por algún terreno en la playa, la ermita de los Dolores, ubicada en la Plaza Nueva y colindante a la casa que ya le ha comprado el propio Alfredo al *tío Zahorí*. Según el clérigo, su intención es hacer una ermita al aire libre en la playa, y el terreno que Alfredo le compró a Juanico, *el del Trópico*, en el Descargador, justo al lado del bar el Trópico, es el apropiado. Ya tienen el trato muy avanzado y tan solo falta el visto bueno y la firma del obispo de Almería, hacia donde se dirigen en el taxi de Jacinto. (Ahora es Manuel el que mira de mala manera).

Mike Connolly, el periodista garruchero José María Martínez de Haro, Lenox y Bárbara Napeir andan, poco menos, que eufóricos; por fin sus sueños se están convirtiendo en realidad. Está a punto de salir a la calle el primer ejemplar del periódico, creado por ellos mismos, *The Entertainer*, diario con sede central en Mojácar y que recoge, tanto en inglés como en español, las noticias y los eventos socio-políticos y culturales que acontecen la comarca.

También, está a punto de inaugurarse, de la mano de Ángel Cánovas, en calle Puntica, la sede de Radio Indalo emisora que, a través de las ondas, nos tendrá informados y que, de manera especial, amenizará los días y las noches de buena música. No en vano, por aquí andan muy buenos pincha discos.

Dieguito Montoya ha regresado desde Manresa, donde ejerce de Guardia Urbano y embajador de Mojácar. Se le ve exultante y con las baterías filosóficas cargadas, a punto de rebosar y descargarlas con sus allegados. Inicia su recorrido parental y comienza dejando su primera andanada de elocuencia en la fragua donde coge por banda al *tío Frasquito* y su parienta la *tía Luisa*, a los que, después de un rato, les deja la cabeza a punto de estallar. Prosigue su recorrido por la Cuesta de la Fuente hasta llegar a la casa de Cristóbal, *el Follao*, al que lanza otra descarga de verborrea sin ton ni son. Después, busca a Miguel Egea y, cuando lo encuentra, inmediatamente le pone en antecedentes de sus vicisitudes por tierras catalanas, dándole el énfasis característico que suele proporcionarle a sus relatos. Miguel no sabe como quitárselo de encima y, de pronto, recuerda una reunión urgente con alguien. Sin dilación, continúa *Dieguito* hasta llegar a la carpintería de su cuñado Antonio Simón, pero, al no encontrarlo, sube a la casa con la intención de saludar a su hermana Isabel. Ésta, que lo intuye, dice para sí misma: “¡Madre mía la que me espera, y yo sin Okal!”. Así pues, sigilosa, sale por la puerta trasera y se marcha de compras, pensando en verlo más tarde, cuando esté agotado; cosa harto difícil, pues es insaciable cuando coge la palabra. Para concluir su peregrinar, *Dieguito* pasa por la Plaza Nueva y, por casualidad, se topa con su pariente y análogo José, *el Madrigueras*, quien ha venido desde Turre a traer a un turista en su taxi. Se dan un efusivo abrazo y se ponen a charlar y charlar; se intuye que no acabarán, por lo menos, hasta el amanecer.

Debido al exuberante crecimiento que está aconteciendo, las escuelas ubicadas en la Plaza del Frontón, al igual que otras tantas cosas, se han quedado pequeñas. Por ello, se han construido unas más amplias en la Fuensanta, concretamente en la calle Los Silos. Allí se encuentran los maestros: don Miguel Abellán, don Diego Linares, don Baltasar Segura y don Antonio Conejero, junto a las maestras doña *Juani*, doña María López, y doña Beatriz haciendo los preparativos para el nuevo curso y, a la vez, atendiendo las inscripciones de nuevos alumnos. En ese momento, llega a la puerta una furgoneta marca Volkswagen, modelo Type 2 (familiarmente conocida como *Bully* y famosa por ser el vehículo oficial de los hippies), conducida por un señor holandés, Henrique Willems, acompañado de su esposa Antoinette Van Eijl. En la puerta está don Antonio Conejero, al que se dirige el matrimonio con la intención de inscribir a sus hijos para el comienzo del nuevo curso escolar. “Pasen, pasen”, les dice don Antonio, “y que vengan los niños”. Bajo la asombrada mirada del maestro van bajando niños y niñas de la furgoneta hasta completar el número

de diez. "¡Madre mía!", exclama el profesor, parece que estamos en el recreo". Entran todos y doña María López los va afiliando uno a uno: Naomi, Raphael, Efreim, Sarai, Rebecca, Ismael, Eljakim (Leo), Keturah (Paloma), Sadrach y Zaire.

Una vez que se han marchado, los maestros comentan, entre ellos, lo felices que se encuentran y la importancia de pertenecer a un colegio con tanta diversidad de razas y lenguas. Lo gratificante de trabajar enseñando desde la base del idioma y el enriquecimiento cultural que ello supone, tanto para ellos como para los alumnos, los cuales, gracias al intercambio cultural y social, están más unidos, aprenden y se les hace mucho más fácil asimilar el idioma; quizás, una de las asignaturas, sin olvidar las esenciales, que más relevancia adquiera en adelante.

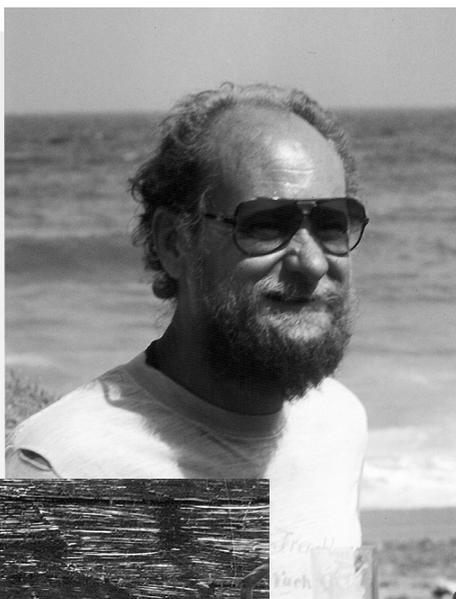
En la Glorieta, entre la vorágine que supone todo el acopio de materiales de construcción que se emplea para las obras del nuevo hotel Mojácar, se encuentra su propietario, Roberto Puig, que también es arquitecto y promotor de las mismas. A su lado, van dos chavales del municipio con los planos del proyecto debajo del brazo. Se trata de Clemente Flores y Paco Flores, *el Fideo*, jóvenes alumnos que cursan estudios de ingeniería en Madrid, los cuales están de vacaciones y, a la vez, aprovechan para hacer prácticas de interpretación de proyectos y de todo lo que tenga que ver con la construcción. Para ello, nada mejor que ser asesorados por el gran arquitecto Roberto Puig; aprendizaje que les servirá, sin duda, para que, una vez terminadas sus carreras, hayan adquirido algo de experiencia y, de paso, hacer los méritos suficientes para que su pueblo continúe sintiéndose orgulloso de ellos.

En la Plaza Nueva también se están haciendo obras; a la ampliación del Hotel Indalo se le une el nuevo edificio parroquial y, al lado, donde estaba la carpintería de Antonio Simón, se está construyendo una gran tienda de regalos llamada Souvenirs Sondra. Philippe Pacini, más conocido como *Jean Pierre*, ha comprado el edificio y ha vendido la tienda que tenía en la Cuesta de la Fuente (antigua carpintería de José María) a un matrimonio italiano, Camilo y Gabriela Trainni, quienes han montado en ella un restaurante de comida italiana. Gabriela, la cocinera, quiere mostrar que en Italia no solo se comen pizzas y espaguetis; de hecho, es una excelente cocinera y sus comidas empiezan, pronto, a hacer furor. Camilo y Gabriela forman un matrimonio muy particular, el cual se ha integrado sin necesidad de periodo de adaptación, hasta tal punto que apenas se distingue que no son originarios del pueblo, hasta hablan a voces como los nativos. Su hijito, Maximiliano, desde el primer día va a la escuela y corretea por las calles mezclado con la chiquillería, como un crío más del pueblo.

A la plaza llega Peter Pages en su Seat 124 familiar de color amarillo cargado de gitanos de Turre. Entre ellos se encuentran: Frasquito y José, *el*



DOREEN HURST.



RICHARD IRVIN
DAVIS "Ric".



SUZY FRASER Y
PETER PAGES.



CAMILO Y GABRIELA TRAINNI.



LLOYD CECYL Y ALICE BIGELOW.

Gorrión; Andrés, *el Cojo*; Juaníco, *el Caballero*; y José, *el Rufo*. Se dirigen a la Plaza del Caño donde Pedro (como le llaman ellos) ha comprado la casa de Pepe, *el Bizco*, y Amalia. Se trata de un antiguo palacete cuya parte superior se está transformando en un restaurante y la planta baja, en una tienda de antigüedades. El alma calé de Peter no le permitiría llevar el restaurante, por tanto, se lo ha alquilado a Juan, un roquetero que residía en Madrid, donde regenta un restaurante, y al que le ha gustado el estilo palaciego del inmueble; de ahí el nombre El Palacio. Peter se dedicará a su gran hobby, que no es otro que la compraventa de enseres viejos y trapicheos varios, de ahí el apodo que le han puesto los gitanos: *Pedro Barato*.

Juan, a su vez, le realquila el Palacio a Paco, *el Tericio*, más conocido por *la Paca*, quien, junto a Juan, *el loper*, llevan el restaurante. A partir de ciertas horas, el restaurante se convierte en una mini sala de fiestas con espectáculos variados. Entre las actuaciones que se dan, destaca la de dos travestís que, la verdad sea dicha, para nada parecen hombres, sino todo lo contrario. Su parecido a hermosas mujeres es tal que Pedro Morales, incrédulo al respecto, ha tenido que echar mano a las partes íntimas de una de ellas y corroborar, para su desilusión y posterior enfado, que efectivamente hay miembro.

Camino del Ayuntamiento va Lloyd Cecil Dean, acompañado de su mujer Alice Bigelow. Este matrimonio americano ha montado el chiringuito denominado El Cid en la playa del Cantal, cerca del camping que acaba de inaugurar Serafín Alarcón. Acuden al Ayuntamiento para transmitirle al alcalde un problema surgido con el vigilante de costas respecto a la delimitación de la zona marítimo-terrestre para la instalación de sombrillas y hamacas. Los recibe Miguel Gallardo (el municipal) y don Pedro Masegosa, secretario del ayuntamiento, pero tienen que esperar, pues han llegado justo a la hora del café. En la habitación de al lado están esperando don Teodoro; Abundio; Blas Caparrós y los hermanos Damián y Antonio Flores, quienes, aunque jubilados, no faltan a su cita diaria con el *cafecito*. Enseguida entra Micaelica, *la de Pedro Morales*, con la bandeja llena de tazas, alguna llega casi vacía, aunque no importa, lo fundamental es la ceremonia. Abundio aprovecha un descuido para echar un vistazo a los libros donde se asientan los nacimientos, a lo que don Teodoro le avisa a Miguel y éste se apresura a quitárselos diciéndole: "ya hay bastantes Abundios en el pueblo. Si lo dejas", aventura don Pedro, "les pone Abundio, de segundo nombre, incluso a las niñas. ¡Qué manía la de este hombre!".

Lloyd y Alice esperan, junto a otro americano recién llegado, Richard Irvin Davis, conocido familiarmente como *Ric*, un ingeniero del gobierno de Estados Unidos que ha venido para realizar la última inspección de cierre de la planta de desalado que el citado gobierno construyó en Villaricos,

como pago compensatorio por el perjuicio sufrido en el famoso accidente de aviación en Palomares. No obstante, Ric ha quedado seducido de tal forma por Mojácar que ha decidido, sin más, establecerse aquí y dejar su profesión, señal inequívoca de que por aquí no hay radioactividad ni nada parecido. Además, ha comprado el Chiringuito Hollywood, primero en construirse en la playa de Mojácar. Este chiringuito fue regentado por Claudia Bingleby, una alemana, muy alemana, que no soportaba que los clientes, no muy amantes del orden y la disciplina, le desordenaran las hamacas de la playa. Por ello, entre otras cosas, traspasó el chiringuito a Simon y Sara Willson, quienes, a su vez, lo han traspasado a Ric. Éste le ha cambiado el nombre y ha pasado a llamarse El Patio, porque, según le ha dicho Frasquito, *el Calé*, allí había un patio donde su familia guardaba ganado. Una vez montado, como dato curioso, cabe resaltar que entre las botellas que ha colocado en la estantería, hay una muy especial; se trata de la primera y única agua purificada que ha producido la desaladora de Palomares (según él). Ric valora esta botella en cuarenta millones de dólares, que es lo que le ha costado al tío Sam la metedura de pata del gobierno estadounidense -y de alguien más- en el caso del accidente aéreo de Palomares.

Después de la espera, como es preceptivo, les anuncian que Jacinto, el alcalde, no se encuentra en el Ayuntamiento y que vuelvan más tarde. Contrariados, no disgustados, marchan hacia el bar Indalo, donde se encuentran con el promotor Bob Hurst y su esposa Doreen, junto al empresario Bob Fowler. Mientras toman algo, permanecen pendientes a la calle por si Jacinto llegase, junto a una pareja de holandeses que han conocido a Lloyd en el chiringuito y se les une. Se trata de Anika Poort y Martinus Albers, jóvenes deportistas que han estado practicando windsurf en la playa, es decir, un nuevo deporte que consiste en desplazarse por el mar en una tabla horizontal, la cual lleva adosada una vela vertical y, con los pies sobre la tabla y las manos sujetando la vela, se desliza sobre el mar en un frenético ir y venir, independientemente de la dirección en que sople el viento. Es tal el auge y la expectación suscitada por este nuevo deporte que han decidido crear una escuela de aprendizaje e impartir clases.

Poco más tarde, ven pasar al alcalde, acompañado del productor de cine Juan Antonio Poves, su esposa Caridad y sus hijas Caridad, Gloria, Conchi y Julia. Esta última, un poco rezagada, se detiene en la agencia de viajes y *rent a car* de Rossell, donde trabaja Juanito, hijo mayor del alcalde, con el cual inicia una conversación muy acaramelada. Allí también trabajan Paco Rituerto y Josefeco Soler, quienes comentan la escena, diciendo Paco: “míralos, yo creo que ahí hay algo más que amistad, ¿no crees?”.

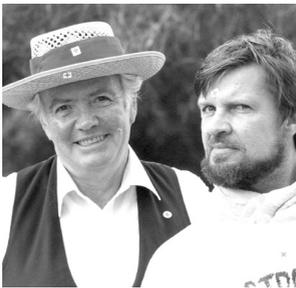
Unos metros más atrás, Felipe Castaño y Segundo Clemente se dirigen al Ayuntamiento para ultimar el plan de electrificación de las nuevas zonas



BOB FOWLER.



LAUREANO DEL CASTILLO Y ESPOSA.



RUSSELL HOPE Y CHARLIE BRAUN.



ENRIQUE LORENTE GARCÍA-MAURIÑO.

urbanas en la playa y los diseminados o antiguos núcleos rurales que ya comienzan a poblarse de nuevo. De la electrificación se encarga Felipe Castaño, mientras que Segundo Clemente llevará a cabo todo lo relacionado con las zanjas y el asfaltado de caminos y carreteras.

En la mesa quedan *Bob* Hurst y Bob Fowler que continúan con sus proyectos. El primero quiere hacer una urbanización de chalés individuales en la zona de la Paratá, y el otro está creando una empresa de mantenimiento, una nueva iniciativa para ofrecer sostenimiento a las viviendas, incluso cuando están desocupadas, con el fin de evitar su deterioro. A su vez, se crean nuevos puestos de trabajo, donde tienen cabida albañiles, carpinteros, fontaneros, pintores, cerrajeros, jardineros, etc. Un poco más tarde, se les unen el actor Geoffrey Lumb y su esposa Mary, quienes acaban de llegar de su país y quieren hablar con *Bob* Hurst sobre el proyecto de la Paratá.

Diego Contreras, célebre abogado del estado, viene cabizbajo desde la Glorieta, cruza la plaza y se introduce en el bar. Se sienta en una esquina de la barra junto a su amigo y también abogado Fernando Béjar y pide, como siempre, un gin-tonic. Antonio, *el Casquet*, se lo sirve y, al verlo afligido, le pregunta qué le sucede. Diego, entonces, le cuenta de su preocupación por las grietas que aparecen sin cesar en la casa que se está construyendo en el barrio. "¡Claro!" -dice Antonio- "siempre se ha dicho que, en esa zona, el terreno anda". "¡Vaya por Dios!", exclama Diego y, resignado, apostilla: "en fin, ya se arreglará. Dame otro gin-tonic".

En uno de los rincones del bar se encuentra Russel Hope, *Rus*. Está, como casi siempre, frente a una tragaperras, una máquina diabólica que engulle todas las monedas que se le introduce por medio de una ranura hecha para tal fin, para la desesperación del jugador que, ingenuo, espera que le sean devueltas en mayor número y en forma de premio, cosa que no suele ocurrir, salvo muy contadas excepciones.

Rus, pronto, se queda sin monedas y, mientras se aleja hasta la barra del bar para cambiar un billete por más monedas, *Charly Braun*, que está pendiente a la jugada, aprovecha para acercarse a la máquina e introducirle una moneda, con tal suerte que ésta comienza a escupir monedas con cierta locura. Rus monta en cólera, mientras *Charly* no sabe dónde meterse tanta moneda. “Este tío, además de ser un aprovechado y un cara dura, tiene toda la suerte del mundo”, dice Rus. Coge tal cabreo que jura no volver más allí y se marcha, no sin antes pedirle al camarero que cuando aparezca el instalador de las máquinas lo envíe a su vivienda de calle Puntica para emplazarle una en el salón de su casa para él solo.

Al mismo tiempo, no pasa desapercibido un señor que entra en el bar. El hombre, de extrema delgadez y gran altura, pues tiene que agacharse para poder pasar por la puerta, pide hablar con el dueño del local. El camarero le indica que está en la Recepción y allí lo encuentra, con Ginés Ridaó, contable del hotel. Una vez frente a ellos, el señor se presenta como Laureliano del Castillo, pintor y profesor de la escuela de Bellas Artes de Guadix. Piensa quedarse una temporada en el hotel, pero tiene un problema: en la mayoría de los hoteles donde se aloja no hay camas de su talla. Ginés, impresionado, desde su no más de metro cincuenta, con el cuello torcido, no deja de mirar hacia arriba y dice: “Sí, grande grande problema”. “No se preocupe” -dice *el Harico*- “llamo a mi cuñado Cristóbal, *el Fragüero*, y éste de dos camas hace una. Nada, problema solucionado”.

Entretanto, un *chavalín* de aspecto canijo y orejudo no para de revolotear alrededor del bar; lo mismo sirve una copa que friega los platos, intenta arreglar una lámpara o se encarama a la fachada a tapar un desconchado. *Paquico* por aquí o *Paquico* por allá, no para y, avisado, se queda con el cante de todo lo que ocurre a su alrededor.

Por otro lado, el joven abogado Enrique Lorente Di Pontrémoli, hijo del famoso escritor y diplomático Rafael Lorente, anda intranquilo y va de un lado para otro con una carpeta debajo del brazo. En ella lleva el proyecto de ejecución para la construcción de un edificio que albergaría un teatro, pues conocedor de la gran afición mojaquera por la representación de este género literario y consciente de la falta que hará un lugar de esta índole, una vez que derriben el viejo teatro Aquelarre, por su estado ruinoso, por ello, ha confeccionado dicho proyecto, el cual exhibe orgulloso con el propósito de que su idea haga eco en quien corresponda y el sueño de muchos mojaqueros se pueda hacer realidad. De momento, las representaciones se realizan en casa de Win Wels y en el edificio de usos múltiples de la fuente; no está mal, pero Mojácar merece un lugar apropiado para esta actividad.

Enrique Lorente se ha convertido, también, en un gran organizador de grandes eventos culturales. Está preparando, para Mojácar, la visita del

campeón mundial de ajedrez Gary Kasparov, y tiene proyectada una partida gigante", usando como tablero las losas del mirador de la Plaza Nueva y como figuras del ajedrez unos Indalos gigantes con ruedas. Además, se están ultimando los detalles de la colocación de una grada para el público y un lugar donde aterrizaría el helicóptero que transportará al campeón ruso desde el aeropuerto de Almería hasta nuestra ciudad, con el glamour que merece tal acontecimiento.

No hace mucho arribó al pueblo, procedente de Nueva York, el insigne doctor Miguel Sáez García, un mojaquero célebre de reconocida reputación a nivel mundial en la especialidad de cirugía cardiovascular y torácica. Ganador del premio *Medical Society of New York* en reconocimiento a su enorme labor en el campo de la medicina. Además, es escritor, poeta y, sobre todo, auténtico embajador de su tierra, enarbolando constantemente la bandera del *mojaquerismo* en cualquier lugar del mundo donde se encuentre, bien dando conferencias o impartiendo sabiduría. Hace bastante tiempo que se marchó, pero acude constantemente a visitar su ciudad y a saludar a sus innumerables amigos, principalmente a su querido *Harico*, que fue su compañero de estudios en Almería.

Don Miguel Sáez marcha sin demora hacia el hotel de éste y, al entrar en la Recepción, se encuentran uno frente al otro. De repente, con la mirada clavada uno en el otro, parece que el tiempo se detiene y rememoran episodios del pasado evocando viejos recuerdos de la niñez. Luego, se funden en un fraternal abrazo, con los ojos humedecidos por la emoción del momento, se sientan y no paran de hablar; sin duda, tienen mucho que contarse. ¡Qué orgulloso luce el *Duende* en forma de Indalo, al contemplar como dos de sus hijos ilustres conservan, desde la infancia, esa amistad que hace que todo lo demás sea secundario y que perdura para siempre por encima de todas las cosas, por imprescindibles que parezcan! "Mi querido *Harico*" -dice Miguel- "¡Cuánto bueno has hecho por nuestro pueblo!, seguro que algún día sabrán reconocértelo". "Esa no es mi meta y tú bien lo sabes amigo mío. Sintiendo yo que desde mi casa se ha proporcionado abrigo, respeto, amistad y trabajo, ya me siento recompensado", contesta *Harico*. De repente, aparece Lina, esposa de *Harico* y Miguel grita: "¡Linica!", a la vez que se envuelven en un entrañable abrazo y vuelven a florecer las lágrimas. ¡Qué grande es la amistad!

A la Plaza Nueva llega el camión de reparto de bebidas, propiedad de *la Viuda de Garrucha*. Viene recién pintado y rotulado con el anagrama de Henninger, marca alemana de cervezas que acaba de concederle la exclusiva a la empresa. Marquicos y Martín se bajan del camión y comienzan a divulgar, como acto promocional, la celebración de un concurso de bebedores de cerveza. Mientras, Diego, *el Patagorda*; *el Balta* y Fernando, *el Boñiga*, empleados

de la empresa, van descargando cajas de cerveza y amontonándolas en una de las esquinas de la plaza.

Pronto, corre la voz sobre el concurso y los participantes se apresuran a inscribirse. Marquitos va tomando nota de los participantes: Lorenzo, *el Corcio*; varios turistas británicos; algún alemán; Antonio, *el Pelao*; Tonny Van Danme y el propio Fernando, *el Boñiga*, garruchero de estatura gruesa, empleado de Marquicos. Todos estampan su firma y comienza el concurso. La cerveza se reparte en tandas de diez y, una vez consumidas, se retiran algunos de los concursantes. Cuando se llega a la número dieciocho, Lorenzo hinca el pico y cae fulminado, por lo que es descalificado. Al llegar a la veintiuna, es un turista escocés el que se desmaya, sus amigos se lo llevan y desaparece, sin más. En esta etapa del concurso solo quedan participando: *el Boñiga*; Antonio, *el Pelao* y Tonny, quienes, al ir por la cerveza número treinta, hacen un receso de quince minutos para orinar (prohibido vomitar) y vuelven a continuar. Al llegar a la cerveza número treinta y cinco, a Fernando, *el Boñiga*, le aparece un bulto en la barriga y Marquitos, que hace de jurado y de doctor, lo examina y, tras el peligro de explosión, lo descalifica. Así pues, ya solo quedan Antonio, *el Pelao*, y Tonny, pero, al llegar a la cerveza número cuarenta y dos, a Tonny le da tal vomitera que de su boca sale un chorro, a toda presión, hasta la mitad de la plaza. Entonces, Antonio, *el Pelao*, con la chulería que le proporciona el saberse ganador, se levanta tambaleante, con la cerveza número cuarenta y tres en la mano y, dándole el último trago, se cae de espaldas con la mano izquierda levantada y haciendo el signo de victoria con los dedos. *The Winner is....Antonio, el Pelao*. El trofeo ya se lo darán cuando se espabile.

Resu Verdú y su esposo Francisco Javier Puig, junto a su hermana Laura, están mudándose de local. Desmontan la tienda Dedal en calle Irene para abrir una tortillería, asociados con Celia Lanchas, en calle Rosales. Nuestro querido y dicharachero Paquillo, *el Cizote*, les ayuda, pues ultimamente se acerca bastante a esta familia madrileña y actúa de una forma muy zalamera. ¿Se habrá enamorado? Laura está soltera, así que blanco y en botella.



MARCOS MARTÍNEZ DE HARO.

Por la Cuesta Chillas sube una pareja de gitanos, portando sendos bultos de ropa de considerable tamaño, cargados sobre sus espaldas. Se trata del *Chichinala* y la *Batalla*, un matrimonio de Garrucha dedicados a la venta ambulante de ropas, sobre todo, retales de tela. Él es alto y enjuto, aun más moreno, si cabe, de lo que suelen ser los de su raza y con un gracejo fuera de lo común, tal que, cuando no tiene de que reírse, lo hace de él mismo. Ella es igualmente alta, corpulenta, una verdadera artista a la hora de vender y especialista en el trato y regateo. Hacen, de manera frecuente, el recorrido por los cortijos, en donde venden sus mercancías o las cambian por viandas. En el pueblo, visitan a las clientas asiduas y el resto del género se lo dejan a Rosa, *la Barbera*; a Amalia y a Catalina, *la Niña*.

Por otro lado, el *tío Miguel Egea* sale preocupado de la consulta del médico, pues éste le ha recomendado bañarse en el mar para curar unas ronchas que le han salido en el cuerpo, consecuencia de una urticaria. Su gran problema es que no sabe nadar y, además, le tiene verdadero pánico al mar. Cavilando llega a su cortijo y se encuentra con la *tía Beatriz*, a la que insta a aparejar la burra para irse, ambos, a la playa. "¿A qué?", pregunta la mujer. "A bañarme", dice Miguel en tono resignado. "¡Pero hombre de mi vida!, si tú no sabes nadar", reprocha ella. "Me ha dicho el médico que tengo que bañarme y yo me baño"-replica Miguel- "tengo una idea. Vente conmigo y te la cuento. ¡Ah!, y echa en las aguaderas una sogá bien larga". Una vez en la playa de Piedra Villazar, se ata una de las puntas de la cuerda alrededor de la cintura y la otra a la albarda de la burra, mientras le dice a su mujer: "A una señal mía o si me ves *apurao* le *arreas* a la burra y ella me saca". El *tío Miguel* se mete, poco a poco, en el agua y, una vez envalentonado, a la altura del rompeolas, comienza a bracear a la vez que piensa que nunca es tarde para aprender a nadar. La *tía Beatriz*, que confunde el braceo con una señal de auxilio, saca la vara y le atiza a la burra. Ésta pega un respingo y, despavorida, da tal *espantá* que saca al *tío Miguel* arrastrando hasta el mismísimo cruce de carreteras, a unos cien metros de la orilla. Toda esta maniobra es observada por el doctor Diego Salinas, que se encuentra en el porche del chalet de don Diego Carrillo y, entre risas, le dice a éste: "mira, no estaría mal contratarla para la recién creada Unidad de Salvamento de La Cruz Roja; a la burra ¡claro!".

No lejos de allí, Gordon Goody ha cogido otro chiringuito, El Kontiki, el cual, antes de pasar a propiedad de Gordon, lo regentaba Etien Saurat y, antes de éste, Ian Shutteworth, primo de la reina de Inglaterra. Se trata del mismo Gordon que, junto a un grupo de intrépidos ingleses, a principios de los sesenta, protagonizó la osada hazaña de asaltar un tren que hacía la ruta Londres-Glasgow; el famoso atraco al tren de Glasglow, el cual causó gran revuelo en su época y posteriormente fue llevado al cine. Una vez saldada su deuda con la justicia británica, ha decidido trasladarse a vivir aquí y, como no

podía ser de otra forma, el Indalo le ha abierto sus brazos de predicción y, cerrando los ojos al lejano incidente, lo ha acogido en su seno. Ahora, desea vivir tranquilo y pasar desapercibido al respecto, así que no ha podido elegir mejor lugar para ello, pues, desde el primer momento, es uno más de la comunidad. Nadie pregunta por el pasado y solo es conocido como Gordon, *el*



GORDON GOODY Y MAMABEL.

del Kontiki. Sin duda, Mojácar sabe elegir a sus hijos y de éste, tras mirarlo a los ojos, no ha dudado en admitir su grandeza personal. ¡Bienvenido Gordon!, ya eres otro mojaquero.

En este propósito, en la playa de Cueva del Lobo, frente al edificio Guardias Viejas, se está instalando un nuevo chiringuito, El Palillero, cuyo promotor es Rafael Segovia, el famoso ingeniero que la empresa Laing tiene destinado a esta zona. Este chiringuito nace con el propósito de ser un punto de encuentro entre amigos de Rafael, Cuqui y su entorno, aunque estará abierto a todo aquel que desee pasar con ellos un buen rato, compartiendo velada y cultura.

Por otro lado, en el pueblo, Ginés, el municipal, sale del Ayuntamiento y se dispone a realizar su habitual recorrido por las diferentes calles del mismo. Al día siguiente comenzarán las procesiones y aboga por que todo esté en perfecto orden para el paso de la comitiva. Comienza desde la puerta de la iglesia y, en la calle del mismo nombre, le dice a Diego, *el del Rincón*, que esté atento para quitar las sillas y mesas de la terraza del bar. Continúa por las plazas Frontón y Arbolón, avisando a los propietarios de los vehículos allí aparcados que, llegada la hora, los saquen del lugar. Sigue por la calle Estación y la calle Esteve, donde, de paso, compra un paquete de Ducados en el estanco de la Canana. Luego, continúa por calle Ruiz hasta llegar a la calle Morote, donde está la *tía Justa* sentada a la puerta de su pensión, junto a María, *la Saca*, y Luisa, *la Fura*. Tras los preceptivos saludos, prosigue por la esquina, la calle Arrabal y la Plaza de la Flores, donde, al llegar, observa a Matías, *el Mudo*, quien está

ayudando a Straun a recargar de bebidas los botelleros frigoríficos del bar Time and Place.

Ginés se dirige hacia el dueño del bar y le comenta, lo mejor que puede (el inglés no es su fuerte), que al día siguiente habrá procesión y que, a la hora de la misma, la calle deberá permanecer desalojada de sillas y mesas. A lo que Straun entiende y contesta que no hay problema, pues, aunque no profesan la misma religión, es muy respetuoso con las tradiciones. Allí mismo, también, se encuentra Ian Granger, vecino del bar, quien tranquiliza a Ginés diciéndole que, llegada la hora, le recordará a Straun lo acordado.

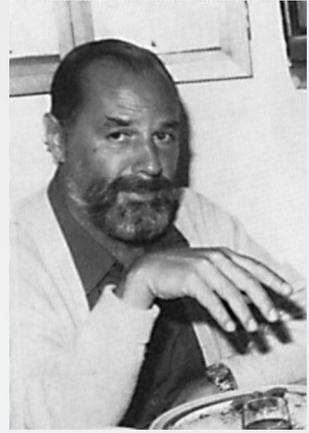
Sigue, pues, el municipal su camino por Cuesta de la Fuente, Arco del Lugar y Plaza del Caño. Allí se encuentra con Juan, *el del Palacio*, a quien pide que, el próximo día, a la hora de la procesión, baje el volumen de la música del bar. "Sin problema", dice éste. Prosigue en dirección calle Puntica, hasta llegar al bar Siamac haciéndole el mismo comentario a Farsin. Poco después, observa un montón de escombros justo al lado de la casa de *la Chusca*, a quien pregunta por ellos. Ésta le contesta que dichos escombros pertenecen a la casa de al lado, en obras, propiedad del famoso abogado Darío Fernández (caso Almería). Dicha obra la está realizando Pedro, *el de Ambrosio*, a quién, tras las gestiones oportunas, localiza y Pedro le dice a Ginés que acaba de avisar a Benito para que se lleve los escombros con el Dumper. Para concluir, se dirige a calle Glorieta y hace lo propio con Javi y Carmen, en el bar Pavana, a quienes advierte, de igual manera, que, a la hora de la procesión, bajen el volumen de la música.

Por fin, llega a la Plaza Nueva y, con la satisfacción que produce el trabajo bien hecho, se reúne con Ramón, *el Pelao*, Cándido Flores y su tocayo Ginés Torres en el bar Morales, para tomarse el merecido aperitivo acompañado de sus respectivos vasitos de vino. Después, le hará saber a José, *el Ratón*, los lugares donde ha observado basuras para que las retire con el Dumper del Ayuntamiento.

Mientras tanto, los actores Rubén Rojo y Manolo Zarzo, que se encontraban rodando una película en Tabernas, han aprovechado un receso en el rodaje para no perder la ocasión de visitar Mojácar, pues quedaron hechizados de este pueblo en el rodaje de la película *Sierra Maldita*. Al mismo tiempo que visitan el pueblo, quieren saludar a su amiga María Nájjar (*Mariquita, la de las Maestras*) que fue, junto a ambos y a Lina Rosales, coprotagonista de la famosa película cinematográfica dirigida por Antonio del Amo que en año 1.954 ganó la Concha de Oro del Festival de cine de San Sebastian.

Empieza a caer la tarde y las gentes, más o menos ataviadas, comienzan a pasear por la noche mojaquera, bajo la luz tenue que desprenden las farolas ubicadas en lugares estratégicos. Las cuales alumbran solo lo necesario, lo suficiente para impregnar las calles de una irradiación justa.

GARY, ULF Y STRUAN.



RAFAEL SEGOVIA.



ANTOÑITA LA FANTÁSTICA Y MIKI



RUBEN ROJO, MARIQUITA Y MANOLO ZARZO.



FRANK'S PLACE.

Del Torreón salen, contentos: Miguelico Egea, Michel Koven y Antonio, *el Gigi*, junto a: Pedro Carrillo *Batalla*; Perico Navarrete; Miguel, *el Gurullo*; Paquita, *la Canana* y las hermanas María Luisa y Lisa Carrillo. Acaban de asistir a una sesión de espiritismo con la médium *Antoñita, la Fantástica*. Al bajar las escaleras de mármol que dan a la calle, los despiden Charo, desde la puerta, y les dice: Ya sabéis, aquí tenéis vuestra casa para lo que queráis". Cabe resaltar que Charo ha dejado el Torreón precioso, le ha hecho tal restauración que parece un auténtico palacete árabe.

Detrás, en la Plaza del Ayuntamiento se puede percibir el inconfundible olor que emerge desde el bar Frank Place (antiguo Zorba s bar), donde Francis Joseph Mçkell, conocido en el pueblo como *Paco el simpático*, está preparando sus famosas hamburguesas. Célebres éstas por estar elaboradas con una receta secreta que él solo sabe y no está dispuesto a revelar, a pesar de haberle sido ofrecido grandes cantidades de dinero por ella.

A su vez, desde la misma plaza, se pueden oír las típicas voces que salen del bar de Domingo Carrique, *el Gringo*. Dentro, se escucha la voz de Damián, *el Alpargatero*, que cargado de sarcasmo, dice: "Real envido". Inmediatamente, Ramón, *el Amadeo*, le replica: "Truco", a lo que Damián, envalentonado, le contesta: "Quiero retruco". Están jugando al Truco, un juego de baraja de cartas que solo se practica en esta localidad, mientras, Antonio, *el Navarrete*, los mira interesado, con su vasito de vino blanco en la mano.

Al mismo tiempo, procedente del bar El Saloon, también, se oye el rascar frenético de una guitarra acústica acompañada de la voz bronca e inconfundible de Davina Dundas Burten Shaw cantando *Mi caballo blanco*. Así, Arturo y Geraldine, dueños del Saloon, empiezan a captar clientes y, en el interior, se encuentran Maxwell, *Max*, marido de Davina, en una mesa junto a Michael Gen, su esposa Anne y su hijo de corta edad Miguel. El matrimonio Gen se ha trasladado desde Costacabana, donde tienen una fábrica de patatas Chips y otra de muebles, con el propósito de instalar una tienda, Gen Furniture, en el edificio Guardias Viejas. A Max le parece una buena idea, pues sería el pionero en este tipo de comercio, y eso es importante, más teniendo en cuenta que Max regenta, no muy lejos, en el edificio La Gaviota, una tienda de complementos para el hogar llamada Chismes.

Por la característica puerta abatible del bar Saloon entran el pintor y escultor Manuel Coronado y su tocayo, también artista, Hernández Mompó. Este último está ayudando a Coronado a instalar un bar muy original en la carretera que transcurre de Mojácar a Turre, llamado Delfos, donde, además de beber, se podrá disfrutar de innumerables obras de pintura y escultura para regocijo de los amantes del arte. Mompó, además, está trabajando en el proyecto de un mural en uno de los salones del hotel Mojácar.

Alfredo Saugart y Javier Loustao, abogados ambos, departen en otra mesa, junto a sus respectivas esposas Michele Koster y Carmen Fau de Casajuana,

quienes han venido a vivir al pueblo. Hecho destacable, pues la magnitud que está experimentando Mojácar, también precisa de profesionales de la abogacía y el asesoramiento. Mientras ellos hablan de sus cosas, ellas coinciden en el deseo de vivir en la sierra y pretenden construir sus cortijos algo alejados de las urbanizaciones, donde hay más tranquilidad, pues la zona de la playa se está urbanizando a pasos agigantados y ellas huyen del bullicio.

El bar, de no muy grandes dimensiones, comienza a quedarse pequeño. La gente se acumula para escuchar el recital de Davina Burten Shaw y algunos tienen que salir para que otros entrasen, cosa que Arturo y Geraldine agradecen. Juan Raths huye del bar, ya que no se encuentra a gusto entre tanta gente, se cruza con el irlandés Terry Good, que va canturreando y midiendo la calle, o sea, un poco bebido, y lo saluda. Acto seguido, Juan prosigue su caminar por la calle Enmedio buscando un lugar más tranquilo donde filosofar sin ser molestado. Juan es un hombre de andar pausado, pero no lento; pensativo, pero no despistado; amable, aunque no extrovertido; poco hablador, gran pensador y de educación exquisita: "¡Hola!, ¡Hola!: ¿Qué tal?, ¡Bien!, ¡Adiós!, ¡Adiós!" Así es Juan, ¡buena gente!

Por otra parte, en el Salón Social del Hotel Indalo, se está preparando un baile, una fiesta o *party* y, a los primeros compases, amenizados por el grupo musical Los Apocalipsis, comienzan a entrar parejas al hotel, atraídos por la melodía. Al principio, las consolidadas: Antoñita y Paco Martínez; Isabelita y Paúl; Paco, *el Fideo* y Conchi; Loly y Chesco; Elena y Diego Salinas; Paco Flores y Cristina; Rosa y Juan Villalobos; Pura y Ramón; Juanito y Julia Poves; María Flores y Antonio Conejero; Paco, *el Vili*, y Sandra; *la Morala* y Antoñico; Cristóbal y Paca, *la Gallita*; Juana y Diego Chaparrós; Jacintico y Rosa; Juan, *el Fragüero* y María; Clemente y Ana Mary, etc. Se van acomodando, poco a poco, y, procedentes del club juvenil recientemente abierto en los bajos del Ayuntamiento, continúan entrando más parejas:

José María y Rosarico, *la Fragüera*; *el Riles* y Suzy; Domingo, *el Latero*, y Juana; Gabriel y Luisa; Paco y Rosa; Antonio Miguel y Cati; Angélica y Bartolo; Diego y Juanita Huertas; Bartolo y Sandy y Martín y Juana, entre otras. Éstas se van esparciendo por los rincones más oscuros. En fechas no muy lejanas, algunas de estas parejas contraerán matrimonio en nuestra iglesia de San-



GERALDINE Y ARTHUR.



SUZY FRASER.

ta María, o en el Juzgado, pues ya empieza a estar de moda casarse por lo civil; ¿Quién sabe? Lo que sí es seguro es que la celebración o convite tendrá lugar en el mismo lugar donde se encuentran ahora. Otros emparejamientos se irán consolidando con el tiempo y las demás parejas se quedarán en un fugaz, pero hermoso, idilio. Algunas pocas de las restantes quedarán en una simple y llana relación de buenas intenciones.

Por la Plaza Nueva cruza el ponderado y curtido actor Eduardo Fajardo, quien, en principio, vino a rodar la película *Curro Jimenez* y, después, aquí se quedó. Se enamoró de Mojácar, en general, y de una mojaquera, en particular. Ella es la encantadora Juana que, orgullosa y feliz, camina de su brazo hacia su local *Fromagerie Juana*, en calle Enmedio. Un restaurante exquisito, decorado por el artista Clemente Gerez.

Cerca, por la Cuesta de la Fuente, un grupo bastante nutrido de jóvenes sube capitaneados por José María, *el carpintero*. Van provocando un estruendo ensordecedor con improvisados tambores de lata, cacerolas viejas, cencerros y caracolas de mar que, al soplarlas, emiten un sonido muy característico. Continúan por la calle Arrabal hasta llegar a la calle Cano y se paran frente a la puerta de la casa de Luisa *la Fura*, que se encuentra en el interior de la vivienda junto a Martín Conchillo, un señor venido de Albox, amigo de Damián, *el Alpargatero*, que se dedica a la marchantería (compra y venta de ganado). Ángel *Bienvenida* y sus hermanos Antonio y Paloma, que van acompañados de unos amigos de Madrid, camino de la pensión La Justa, se cruzan con la comitiva y preguntan: "¿Qué pasa?", "¿a qué se debe esa manifestación?". A lo que José María les responde que no se trata de una manifestación sino de una *cencerrá*. "¿Y qué es una *cencerrá*?", vuelven a preguntar. Y José María, gustoso, explica: "la palabra proviene de cencerro y quiere decir, más o menos, hacer ruidos con cencerros y demás. Se trata de un acto festivo, y a la vez grotesco, que se hace cuando una pareja de viudos deciden juntarse, es decir, vivir juntos, como si de un matrimonio clandestino se tratase. Surge con la finalidad de molestar a los *ilícitos* cónyuges durante toda la noche a base de ruidos, cánticos y poesías alegóricas al acontecimiento; todo ello, hasta que salgan de la casa, se hagan partícipes de la fiesta e inviten a beber".

A los hermanos *Bienvenida* les gusta la idea y se quedan concurriendo del evento. Al rato, aparece la *tía Justa* recriminando el acto y alegando que sus clientes de la pensión se quejan del ruido y no pueden descansar. La tradición es la tradición", le recrimina José María poco antes de recitar:



ÁNGEL MEJÍA.

“Asómate a la ventana
querida Luisa, la Fura,
o estaremos dando bulla
hasta pasado mañana.

Sal, Martín y da la cara,
invítanos a aguardiente,
antes de que hiques el diente
a Luisa, que está en la cama.

Has venido desde Albox
a tomar una cerveza,
y te llevas a esa flor
con su dolor de cabeza.”

A los pocos minutos, los clientes de la pensión no tienen más remedio que adherirse al festejo ante la espectacularidad del mismo. (Si la memoria no falla, se trata de la última *cencerrá* que tuvo lugar en Mojácar).

Ya en la zona de la escalera empiezan a sentarse y coger sitio los jóvenes y menos jóvenes del lugar, puesto que la noche se presenta larga y prometedora.

Bob Jones prepara los primeros cubatas en el bar La Escalera y, al lado, Jacobus Van Ven, su esposa Margaret y Klaus Exner se disponen a abrir el bar Alto. Comienzan a tomar posiciones *el Carlangas; el Toñejas; Domingo, el del Congo; Marquicos, Moncho, Chincheto, Fernando Sempere, Juanico, el Jarra; el Cali, Javichu, Gerardo, Emilio, Pedro Rui Blas, Antonio Vega, Jorge Pardo, Adolf, Eckhard, Jasper, Matt, Michel Menard, Mick, Thony Arriza, Michael, Dioni, el Camello, Mauro Carnavali, Victor Alonso, Eddie, Adolfo, Fernando Vega, Tim, Nigel Vann, Michael Sucker, Mike Milne, Helmut, Jean Marc, Tarquín, etc.* Mientras tanto, Junny de Bruyn, Sandy Simmos, Estela Colvy, Susi Richardson, Bea Oniva, Lourdes, Pilar Pérez, Genovieve Boulavie, Elizabeth Ternacle, Bárbara Barthel, Corinna, Barbara Beamound, Kasper, Mari Paz Arrollo, Bettina, Sandra Whant, Mele, Suzy Fraser, Montse, Arantxa, Pat Rubio, Mandy, Angela, Christa, las hermanas Louise y Jill Holt, Isabel Bonet, Charo López, Ofelia, Dominique Koven, Yoka, Amparo Muñoz (Miss España 1.973 y Miss Universo 1.974) y otras se pavonean luciendo sus encantos, esperando a que Philippe Kirs abra la discoteca El Pimiento. También, llegan los actores Sancho Gracia, Ángel de Pozo y David Carpenter, los cuales se encuentran rodando una película por los alrededores.

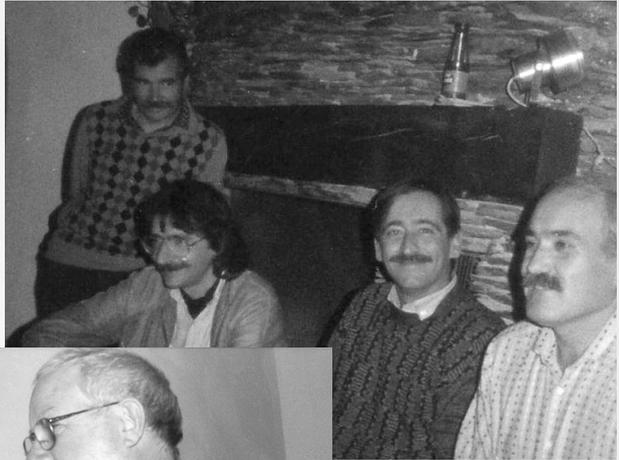
Mezclados entre algunos ingleses, se puede ver a Glen Hoddle, futbolista británico perteneciente al Tottenham y Mark Lester, protagonista de la película *Oliver Twist*, que va acompañado del director Charles Dickens. También anda por ahí Eddie Judd, famoso fotógrafo que está junto al cantante Tony Christie. Fernando Garrigues y su primo José Luis se abren paso entre la multitud, acompañados de



GRUPO. "LA ESCALERA"



ANDERS WIKLUND.



CARLOS, ROBERTO, ANTONIO Y JUAN.



GORDON DENT.



BOB JONES.



CARLANGAS.

LIANA, GOYO Y CARLOS.

tres chicas rubias despampanantes; pero, muy a su pesar, pasan desapercibidos. También están: Miguelico Egea; Antonio Porreras, *el Andorrano*; Perico Navarrete; *el Gigi*; Michel Koven, *el Riles*; Miguel Bonet y Pedro Valero, entre gran cantidad de desconocidos que hacen intransitable el lugar.

En la puerta del bar La Sartén se abrazan Fritz y Antonio, *el Gurile*. El primero, con su risa descomunal y el segundo, con su llanto habitual; ambos son felices. En el interior se encuentra Pedro Morales realizando una de las paradas habituales en su recorrido nocturno por lo garitos. Está, como siempre, sentado al borde de la barra hablando con Gordon Dent. Lo curioso es que Pedro no sabe inglés y Gordon *ni papa* de español; pero se entienden. ¡Vaya si se entienden!

En la vivienda contigua al bar La Sarten andan afeitados Goyo y Carlos Giovanetti, quienes han comprado a Charles Baxter la casa del arco de Luciana y la están volviendo a decorar para ubicar en ella un pub de nombre Budú. Las grandes prestaciones que atesora la estancia, unido al capricho y dominio decorativo del que gozan ambos, están haciendo del local una auténtica maravilla. Un lugar idílico donde gozar de una atmósfera sugestiva al abrigo del fuego de su grandiosa chimenea, en invierno, o al frescor de la brisa en su coqueta terraza con vistas al valle, durante la época estival.

Debajo del arco, en la entrada, se encuentra Frasquito, *el Churrío*, desplegando sus artes de seducción con la añosa bailarina Madame Bernard, en su *francés-hispano-pirinaico*, aprendido de las salas de juego del país vecino durante el poco, pero bien aprovechado, tiempo que estuvo trabajando allí. Al poco, llegan los hermanos Polansky, acompañados por Manolo Alayo, pero cada uno va a lo suyo. Paul le cuenta a Rafael Segovia, ingeniero de Laing, y a José Luis Gallego, arquitecto y artista, afincados ambos aquí desde hace algún tiempo, la descabellada idea de construir un campo de golf. "¡Qué locura! Pues aquí lo vas a tener difícil, por la orografía del terreno" -dice Rafael- "Quizás en los alrededores; tal vez en Turre". Además, está el problema del agua, entre otras cosas", dice José Luis. "¿Lo conseguirá? Es de Iowa y allí son muy tercos", susurran.

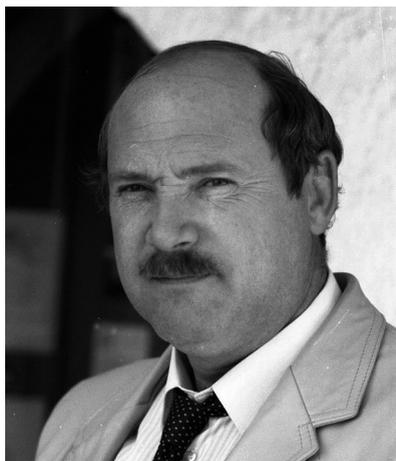
Ric, entre cerveza y foto, otra foto y una cerveza más, habla de fotos y de toros. Le apasiona la fiesta nacional, al igual que las fotos y la cerveza. Donde hay una corrida (de toros), ahí está él, cámara de fotos en ristre y objetivo en mano (el de la cámara); se está convirtiendo en un verdadero experto en tauromaquia. Es curioso contemplar cómo un tipo americano de más de dos metros de altura y unos ciento cuarenta kilos de peso muestra, con un mantel como capote y un zapato de montera, la forma de ejecutar un pase de pecho, una verónica o una manoletina. ¡Digno de ver!

Henry Higgins, de nacionalidad británica y torero de profesión, perdón, matador, lo contempla risueño y suelta algunos "¡Olé!" entre risas, pues sabe que Ric ya se ha bebido unas cuantas cervezas. Mientras, Henry está esperando a Dominique, un francés que acaba de abrir un bar en el antiguo horno de Martín

Torres. Los dos son grandes aficionados a los deportes de riesgo, y el torero ha traído un artefacto llamado Ala delta con el que pretenden volar. Dice haber encontrado un sitio idóneo para ello en las montañas de la Paratá, por lo que al día siguiente irán a probarlo; desafortunadamente no es consciente de la desgracia que se presagia...

Por ahí anda, mezclado entre la gente, el joven italiano Mauro Cappati propietario del restaurante Agorá de reciente apertura, en la zona de Las Ventanicas, emprendedor y perseverante comerciante de la rama de hostelería, que ha llegado a este lugar cargado de entusiasmo y deseos de mostrar su innovadora forma de entender la restauración gastronómica. En su establecimiento se pueden degustar las mejores pizzas artesanales hechas con recetas de elaboración personificada, verdaderas maravillas de composición única que se guardan celosamente para evitar burdas imitaciones. Igualmente se puede saborear manjares de repostería y helados italianos igualmente elaborados artesanalmente por el padre de Mauro, el laborioso señor Pipo, experimentado artista en la materia.

En la actualidad Mauro está enfrascado en la creación de una discoteca al aire libre. Ha comprado la finca de Cortijo Blanco en la zona de Macenas, un lugar lo suficientemente apartado de los núcleos de población con el fin de que el establecimiento no importune a la hora de emisión de ruidos y de molestias en general derivadas de locales de estas peculiaridades. La discoteca llevará el nombre de "Tuareg" y seguro marcará una época y una tendencia en cuanto a lugar de diversión por sus especiales características y



RICK POLANSKY



MAURO



BÁRBARA, MIC Y PAT.

que también dará un número importante de puestos de trabajo. ¡Este Mauro es un fenómeno!

Al grupo se le une Edward Hansen, muy contento, quién le cuenta a Paul que por fin han admitido a su hijo Mike en la Universidad de Luisiana y, por tanto, podrá seguir jugando al baloncesto en Estados Unidos, mientras estudia. En España, Mike jugaba en el equipo madrileño Estudiantes del Ramiro y, a su vez, había sido convocado para la Selección nacional española, en sus categorías inferiores. "Sería una pasada ver a un mojaquero, de apellido Hansen, jugar en la N.B.A. y en la Selección española absoluta" -dice- "Me ha mandado una foto junto a un tal Shaquille O'Neal y el seleccionador nacional Antonio Díaz Miguel"; mientras muestra orgulloso el recorte de periódico estadounidense.

Por otro lado, en la Plaza del Parterre, se están colocando unas sillas en hileras, delante de un improvisado escenario donde, dentro de un rato, tendrá lugar un recital flamenco a cargo de Pedro Torres al cante y Norberto Torres al toque. Hacia allí se dirige Gabriel Flores, *el maestro*, acompañado de su buen amigo Roberto, *el de la Taberna*, y Carmen, seguidos éstos por Mathias Janeciz y su novia Marika Sztipanovics, una pareja de alemanes que acaba de llegar y que, de inmediato, se han convertido en amigos. También va con ellos Jeffrey Frisher, con su prominente cojera, fruto de una curda caída. Una vez que están todos en el lugar, se acomodan junto a Jesús Sagastizabal, que espera junto a Fernando Segovia, Mateo Meroño, José María Uzanga y su esposa, dispuestos a escuchar el recital. Mientras da comienzo, el polifacético e ilustrado Gabriel, sabedor bastante de todo, explica a los foráneos, neófitos en el tema, con su habitual e innata destreza para la enseñanza, sus conocimientos adquiridos en materia de flamencología en concreto, y, a grandes rasgos, explica en qué consisten los diferentes palos del cante. La audición comienza por bulerías, continúa con tangos, alegrías, soleás, güajiras y martinets, para, después, pasar a fandangos y terminar por rumbas. El amigo Pedro, como siempre, está inmenso. Luego, se marchan todos al Pimiento.

Un grupo de garrucheros, compuesto por José María; Petoño; Marquicos; Kike Aguirre; *el Yordi*; Antonio, *el de correos*; Pedro *de la Leocadia* y *el Parrala*, a quienes también acompaña el gallardero Segundo Ramírez, esperan para entrar en el Pimiento. Se cruzan en la calle, a la entrada, con Serafín Alarcón, maestro de Turre y asiduo de la noche mojaquera; éste va trajeado, como es habitual en él y, como casi siempre, con un clavel en la solapa de su chaqueta. *El Parrala*, que va el último del grupo, lo mira y, sin mediar palabra, esgrima su regia navaja y, de un sublime tajo, corta la flor por su tallo, cayendo el capullo al suelo; después, continúa como si nada. Serafín queda estupefacto, no dando crédito a lo que acaba de acontecer, y, con la voz entrecorta, balbucea: "No me gustan esta clase de bromas" e incrédulo y un poco acojonado, corre hacia la plaza. Coge su Seat 850 y se marcha para Turre.



MATHIAS Y MARIKA.



PHILIPPE Y AISA.



RUS, CHITICA, JULIETA, JULIA, ALDO, BIL.



NORBERTO TORRES Y PEDRO TORRES.



DOMINIQUE.

Cerca, Felipe Kirsch se apresura por la calle En medio, seguido de Dominique Esteve, cuyos andares la delatan. Detrás, y acompañando a éstos, se vislumbra, entre la escasa luz, la silueta grácil, con aire moruno y de belleza exótica, de Ahisa. En la puerta del local les esperan Juan García, *el Duque*; Lalá y José María, *Urtain*; Juan Valero llegará más tarde desde Turre y quizá le acompañe Aurora. Juntos todos, abren la minúscula puerta que da entrada al célebre Pimiento, fascinante lugar de la noche mojaquera y discoteca al uso, de tan escasas dimensiones que, más bien, parece un guateque; no obstante, tiene cabida para todo aquel que quiera entrar. Es, sin duda, un lugar mágico donde experimentar sensaciones entrañables; escaparate del más variopinto cóncave de sentimientos afectivos, donde cada cual tiene la posibilidad de ligar, o seducir a alguien con quien pasar una velada inolvidable hasta el amanecer, al abrigo del más fascinante ambiente y amenizado por la mejor música del momento.

Más tarde, la camarilla formada por el ingeniero Andrés Gago; Julia Sánchez (Julia Hope); Diego Gea; Pepita; Chituca; Jesús Santos; Paco Navarro; *el Manta*; Coto; Máximo; Bonifacio Ridao; José María Martínez de Haro; María Matilde, etc. se presentan, sobre las una y media de la madrugada, en el restaurante del Hotel Indalo, para cenar. Juanico, *el Habano*, pinche de cocina, le comenta al cocinero del restaurante que la *Gaguería* (nombre con el que se le conoce al grupo liderado por Andrés Gago) había llegado, pero que les ha dicho: "Vemos apagao el fogón (de carbón), le vemos echao agua y ya, no se pué encender" (palabras textuales en la peculiar forma de hablar del pinche, natural de Carboneras). Así pues, ante la rotunda negativa del pinche, bajan al bar y se comen todas las tapas que han sobrado del día, para marcharse, después, al bar Zurriquirri.

Allí planean hacer alguna trastada para dar fin a la noche, como no podría ser de otra forma. Y, efectivamente, una vez despuntando el alba, se dedican a pintar de colorines el balcón de la casa de Jacinto, el alcalde, encima del bar Rincón de Diego. Todo ello, bajo la mirada atónita de la Benemérita, que les preguntan: "¿Que hacen ustedes?". "Pintando el balcón", responde Máximo. "¿A estas horas?", pregunta uno de los guardias. "Pues sí", contestan. "¡Déjalos!", le dice Sandoval, el guardia, a su compañero, los artistas ya sabes "Pues a mí se me hace raro", dice el segundo guardia no muy convencido, y se marchan.

Ya en la plaza, se despiden los agentes de Juan, *el Manco*, quien hace el relevo de guarda del hotel a Diego, *el Rorro*, que se dispone a coger su mula para ir a Garrucha a recoger el correo diario. En la Huerta de la Cañá se le une José, *el Amadeo*, quien, en mula también, se dirige al puerto de Garrucha para comprar el pescado que posteriormente venderá su padre en la Plaza del Caño. Así, la aurora va dejando paso al sol, que empieza a emerger de las tranquilas aguas del cada vez más azulado Mediterráneo y a reflejar sus rayos de astro rey sobre la colina mágica. Se impregna de luz el horizonte y, entretanto, todo se adormece bajo el silencio matinal. Dentro de muy poco será otro día. Silencio, se duerme.

5. IN MEMORIAM

Aunque el fin de este libro no es otro que rememorar la historia social o global de Mojácar, además del homenaje a los mojaqueros de hecho que contribuyeron al resurgimiento de esta localidad; creo que merecen particular reconocimiento unas cuantas celebridades, ya fallecidas, y mencionar sus peculiaridades con el reconocimiento a sus valores, legado, peso específico e influencia que, sin duda, tuvieron en la historia de Mojácar, además de la impronta que dejaron a su paso, por la aportación que pudieran haber tenido en el transcurso de la transición entre la Mojácar exigua, mortecina y casi derruida y su posterior resurgimiento. Todo ello sin ánimo de ignorar a otros que también merecen ser recordados y que, aunque no sean nombrados, siempre estarán en el pensamiento y en los corazones de todos los mojaqueros.

Aprovechando que hay personas que conocieron, mejor que yo, a algunos de los personajes que posteriormente se citan, he creído conveniente pedirles su colaboración a la hora de trazar sus personalidades y la huella que sobre esta tierra dejaron. De esta forma el homenaje no será solo mío, sino de todos aquellos que tuvieron la suerte de convivir con ellos.



EN LA PALETA DE LA PLAZA NUEVA. AÑOS 60



CARLOS ALMENDROS NAVARRO

EL PIONERO



D. CARLOS ALMENDROS.

José María Montoya

Poeta y dramaturgo

Don Carlos era abogado laboralista y publicista. Nació en Almansa (Albacete) en el año 1.930 y ejerció su profesión principalmente en Barcelona.

Cuenta que, a principios de los años sesenta, junto a su hijo, transitaba por la carretera nacional y, a la altura de los Gallardos, de repente, sintió cómo una fuerza incontrolable le hizo girar bruscamente la cabeza y, a consecuencia de ello, pudo divisar la

ciudad de Mojácar. Aunque pareciera pura casualidad, pienso que fue todo lo contrario, no creo que el azar, así porque sí, hiciese que don Carlos pasara por esa carretera sin más. No me cabe la menor duda de que la aparición de éste en el panorama mojaquero y que el hecho de haber estado en el momento justo y en el lugar adecuado fuera fruto de algo más que la casualidad. Un hombre que ha significado tanto en la historia moderna de Mojácar no tiene más remedio que haber sido llamado, de alguna manera, por una corriente misteriosa procedente de lo más recóndito de nuestra mística, pues cuando el Duende anda por medio no deja mucho lugar a las casualidades.

En Mojácar se estaban sucediendo una serie de acontecimientos que sobrepasaban lo normal o cotidiano, algo que se escapaba al entendimiento mundano. Por ello, se necesitaba a alguien con el suficiente conocimiento y sensibilidad para poder descifrar dichos acontecimientos; y nadie mejor que don Carlos Almendros para llevar a cabo tal empresa. Yo creo que, sin su concurso, la historia reciente de Mojácar no habría sido la misma; sus investigaciones y, por qué no, su complicidad con el sortilegio mojaquero y despertar del Duende, al que se refiere mi amigo Paco Lina en esta su obra, quizá se habría producido de diferente modo.

Volviendo al comienzo y según me contó muchas veces, aquel pueblo destacado por su blancura en lo alto de la sierra, le llamó poderosamente la atención. Sintió, desde el primer momento, una irremediable atracción e

◀ CASA TÍPICA.

inmediatamente, sin pensarlo, tomó la salida de Turre mientras le decía a su hijo: "Algo me dice que, en aquella montaña, nos aguardan grandes y gratas sorpresas". Al comenzar la subida de la escarpada pirámide que configuraba el pueblo hizo su primera parada en la fuente, donde pudo contemplar impresionado algo sencillamente inolvidable y que, a la postre, le dejaría marcado.

Dentro del marco incomparable de aquella fuente árabe se encontraban unas mujeres lavando las ropas metidas en unas acequias laterales por donde traspasaba el agua que manaba de doce caños situados en la parte frontal. Las mujeres, llenas de pudor, tapaban sus cabezas con unos pañuelos de forma que solo dejaban entrever sus grandes y negros ojos, sin embargo, y esto fue lo que más le fascinó, tenían remangados sus vestidos, supuso que para no mojarlos, de tal forma que dejaban al descubierto hasta la mitad de sus muslos. El contraste, lo significativo del lugar y la estampa arabesca, creo que fue lo que realmente le fascinó.

Embriagado por aquel ambiente se acercó a beber a uno de los caños que vierten en el pilar de mármol y fue después de saborear el agua cuando descubrió la placa conmemorativa de la visita de Garcilaso de la Vega, emisario cristiano enviado por los Reyes Católicos desde la ciudad de Vera, en el año 1.488, para tratar con Alabéz, alcaide moro, sobre la rendición y entrega de la ciudad. "Ahora lo entiendo", pensó don Carlos después de leer; "claro, los moros no se fueron", añadió. Siempre subrayó el encanto especial de aquel lugar mágico; según él, cerrabas los ojos y la mente te trasportaba hacia los lugares más exóticos de Túnez o Marruecos. Los vestigios árabes se respiraban

en el ambiente, se preguntaba el cómo había sido posible conservar esa evocación durante tanto tiempo sin perder un ápice de su seña de identidad. Su curiosidad se despertó y desde entonces ocupó gran parte de su vida a investigar al respecto.

Cuenta que dejaron el vehículo en una pequeña explanada que había junto a la Huerta de la Cañada y, tras visitar la fuente, emocionado, comenzó a subir por la escarpada y transitada Cuesta de la Fuente hacia el centro de la ciudad. Aquel ir y venir de mojaqueras ataviadas con largos refajos y cubiertas con pañuelos pajizos o negros, portando con



CLEMENTE GEREZ, D. CARLOS ALMENDROS Y ANTONIO BIENVENIDA.
FOTO CLEMENTE GEREZ.

gracioso equilibrio el clásico cántaro sobre sus esbeltas cabezas, era algo que afortunadamente solo se podía ver en este fascinante pueblo de la provincia de Almería. Cada rincón, hasta llegar al arco de entrada a la ciudad en la Plaza del Caño, según su propio testimonio, fue un cúmulo de agradables sorpresas que le hacían aumentar, más si cabe, su fascinación. Para él fue como si, de repente, se encontrase en uno de los pueblos de lo más recóndito de África. Todo aquello fue más que suficiente para que Mojácar calara en lo más hondo de su alma y quedara atrapado por el embrujo de aquel rincón mágico que, posteriormente y de forma sublime, describiera en su libro “Mojácar Rincón de Embrujo”

Carlos Almendros me confesó que venir a Mojácar fue lo mejor que le había pasado en su vida. Sinceramente, yo no he conocido a nadie, no nativo de este pueblo, que sintiese y amase a esta ciudad como este hombre lo hizo. En 1.967, tras tres años de estudio detallado sobre la historia, tradiciones, costumbres, avatares e idiosincrasia de este pueblo, editó un estupendo libro, antes mencionado, titulado Mojácar rincón de embrujo. Esta obra fue galardonada por el Instituto de Estudios del Sur de España y declarada de interés turístico por el Ministerio de Información y Turismo. En él, nuestro biografiado captó perfectamente la imagen más completa y los aspectos más relevantes y significativos de su historia, sin olvidar y haciendo especial hincapié en esa aura de leyenda y misterio que captó desde el mismo instante que pisó la fuente. Precisamente sobre ella, la fuente, cabe destacar dos cuartetas que menciona en su libro, autoría de una poetisa mojaquera que tuvo que emigrar, y que dicen así:

En mi sueño estoy en la Fuente,
remangada al pie del pilar,
cuando quiero mojarme la frente,
me despierto...! y nada es verdad!
Yo quisiera..., yo quisiera,
volver a ser mojaquera,
beber agua de su fuente
y, después... ¡ lo que Dios quiera!

Al final de su obra hace una dedicatoria, muy sugerente, poniendo de manifiesto el profundo sentimiento que Mojácar despertó en él, y dice así:

“A todos aquellos que, por ser espíritus cultivados y selectos, saben captar la belleza y encanto que emanan de lo sencillo y fundamental”.

Volviendo al personaje, recuerdo lo radiante de felicidad que se encontraba cuando se sentaba junto a la puerta de las casas de Beatriz, la Pelá; la tía Carrica o la de Andrea la Mocita y compartía con ellas unas sardinas arenques que,

después de chafarlas entre la puerta y el marco, ellas le ofrecían con todo el cariño. Él prefería estos pequeños detalles al mejor de los manjares que pudieran servirle en el mejor hotel.

Cuando llegaba desde Barcelona, su mayor ilusión era ayudar, incluso económicamente, a los más necesitados; además, se desplazaba al pueblo vecino de Turre, en el que era indispensable para la población del barrio gitano, del que, por cierto, recuerdo una anécdota acontecida en la casa de uno de los gitanos más significativos. Había ido don Carlos de visita y, de paso, a escuchar un poco de flamenco, otra de sus grandes pasiones, y al sentarse en una silla, ésta se rompió; don Carlos se marchó y, un poco más tarde, apareció con una camioneta cargada de muebles. Así era don Carlos, su bondad y su abnegado comportamiento no tenían límites. Durante años fue como el maná para muchas familias que, al verle llegar, disipaban sus penurias y alegraban sus vidas.

Otro de los lugares más entrañables para él fue, sin lugar a dudas, la Plaza del Caño. En ella se instalaban los puestos de venta de pescado donde, en especial el tío Amadeo, se las tenía que arreglar, cada día, para que las mujeres no le manosearan la mercancía. Si se encontraba de buen humor se canturreaba por lo bajines alguna de sus entrañables guajiras, las cuales Carlos Almendros escuchaba entusiasmado y gratamente sorprendido, por la gracia del vocabulario que mantenía el pobre hombre con algunas de las mojaqueras que hacían caso omiso de sus advertencias.

Don Carlos tuvo dos casas en Mojácar; la primera fue El Murgis (nombre que hace alusión a una de las primeras denominaciones de la ciudad, Murgis Acra, que significa monte sagrado de los Murgis), situada en la zona de la atalaya mojaquera, concretamente en el barrio del castillo. La otra era la famosa Mezquita situada junto a la Cueva Morales. En ambos casos, se encargó de que fueran construidas con el toque moruno que le cautivó a su llegada y que tanto defendió en pos de que Mojácar no perdiera su identidad arquitectónica y sirvieran de ejemplo para futuras construcciones. Él me hizo ver esos pequeños detalles a simple vista imperceptibles. Me enseñó que, tras esas pequeñas cosas, se podía apreciar el encanto y el Duende o el embrujo característico que él, junto a otros, recuperó del ostracismo y que afortunadamente sigue caracterizando a Mojácar.

Otra de sus destacadas facetas fue el flamenco y, como también tenía algo de poeta, solía decir: "en solo tres versos de una Soleá, a veces, se pone de manifiesto el sentir más profundo del pueblo andalusí". Tras años de investigación, recorriendo los pueblos más significativos en cuanto al flamenco se refiere, buscando las raíces y el origen del cante, incluso visitando países árabes en busca de similitudes o paralelismos que existieran entre ambas culturas, por fin, en 1.973 y con prólogo de J.M. Caballero Bonald, director del

archivo del cante flamenco, publica su libro titulado Todo lo básico sobre el Flamenco. En él, pretende dar una orientación, lo más clara y sencilla posible, sobre los entresijos y la grandeza de este arte como herencia cultural. Además, es posible que el hecho de no ser andaluz, realce más, si cabe, su trabajo, ya que, sin duda, le hizo ver desde otra perspectiva y sin ningún tipo de apasionamiento patriótico el verdadero significado y el mensaje sociocultural que se desprende del flamenco.

También era un gran aficionado a la guitarra española. Tuvo como profesor al gran Paquito Simón, guitarrista que por aquella época se encontraba entre los grandes maestros junto a Ramón Montoya o el Niño Ricardo. Luego, yo tuve el honor de ser su discípulo.

A Carlos Almendros le sorprendió la muerte en su Mojácar querida; conociéndolo, estoy seguro de que no habría deseado que se produjese en otro lugar. En su entierro, me hice la firme promesa de colocar sobre su tumba una lápida de mármol blanco, que era su color preferido, y una sencilla placa como homenaje póstumo para que su nombre siguiera vivo en nuestro recuerdo y en nuestros corazones. En consecuencia, y aprovechando mi paso por la concejalía de cultura del Excmo. Ayuntamiento, lo hice, no solo en mi nombre, sino en representación del pueblo de Mojácar, al que tanto quiso y el que tanto tiene que agradecerle. El epitafio reza así:

“Por el abnegado amor a este pueblo, tu recuerdo permanecerá para siempre en el corazón de todos los mojaqueros”.



LA MEZQUITA.



RAFAEL LORENTE
UN LOCO ENCANTADOR
PREMIO INDALO DE ORO 2000

Francisco Haro Pérez
Enrique Lorente

Rafael Lorente nació en Madrid el 7 de agosto de 1.924. Cursó estudios de Derecho y, a continuación, la Carrera Diplomática. Su primer cargo fue Cónsul de España en París.

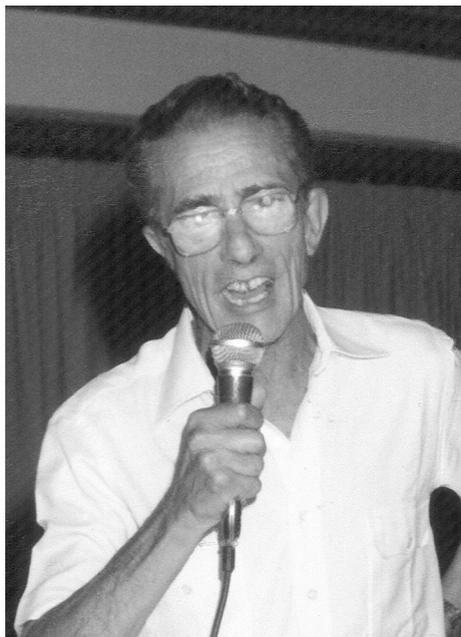
De talante demócrata, comenzó sus primeros escarceos políticos al conceder un sinnúmero de pasaportes a exiliados españoles de la Guerra Civil, lo que casi le costó la cárcel. El régimen lo envió lejos, muy lejos, como secretario de la embajada en Nueva Delhi (India). Allí tuvo una vivencia extraordinaria con los misterios y las magias de la India, que lo llevaron a escribir la novela *Allá en la India* y el libro de relatos *Dioses y amantes*.

A su vuelta a Europa, se entrevistó con su amigo de los años de París y exiliado comunista Juan Goytisolo. Tras una larga conversación en la que solo hablaba Rafael de sus increíbles viajes en India, Juan Goytisolo, que acababa de publicar *Campos de Níjar*, ya en la puerta de la despedida, le dijo sus únicas palabras de la tarde: "No hace falta irse tan lejos para encontrar la magia y la belleza. Ve a Mojácar, en el sureste de España, frente a las costas de Argelia".

A los pocos días, comenzó el viaje que más le haría cambiar el curso de su vida. Marchó hacia Almería, entrando por Mojácar, población prácticamente desconocida, donde sintió y vivió la fascinación de sus calles y sus gentes, su luz y sus sombras, las cuales evocan magias ancestrales. Luego, en barco, empezó su peregrinar por la costa de Almería: Carboneras, Agua Amarga, Cala En Medio, El Plomo, Las Negras, Rodalquilar, San José, Almería, Aguadulce, Roquetas, etc.; y terminó con las poblaciones blancas y bellísimas del interior. Mojácar y Almería transformaron su vida diplomática a la de escritor errante y bohemio, que trajo al sureste a todo embajador, escritor, cineasta, filósofo, arquitecto, artista y amigo que se encontrara a su paso; lo que hizo de los años sesenta, mojaqueros y almerienses, una de las más brillantes referencias culturales y vivencias de ese siglo a nivel mundial.

Rafael Lorente, junto a otras personalidades de la época, consiguió, en Madrid, que Mojácar obtuviera el Premio Nacional de Embellecimiento de Pueblos Costeros, con la consiguiente y fulgurante aparición de Mojácar, durante varios meses, en el famoso N.O.D.O., que se emitía en todos los cines de España y, así, comenzar a fraguarse como centro internacional de vida bohemia y el arte.

◀ RAFAEL LORENTE.



RAFAEL LORENTE.

En los últimos treinta años de su vida (falleció el 1 de Noviembre de 1.990, a los 66 años) escribió un sinnúmero de libros de poemas, algunos de ellos son: Los de Alejandro; Fumando lo más; Nadir; Poemas sin nombre; Cantos nómadas; Romper cadenas; Tierra y silencio; Desde el laberinto; Estigia y otros poemas. Además de varios relatos, destacando por su enorme calidad El hombre boscoso, que narra la transformación de un hombre en árbol verde y misterioso, referencia a su vivencia panteísta en la India. Multitud de personajes reales, mojaqueros y almerienses aparecen y desaparecen a lo largo de su obra, lo que hace de la misma un importante referencial social y cultural de una Mojácar

y una Almería que en cuarenta años han experimentado transformaciones impresionantes.

Su obra póstuma *Thalassa*, publicada por el Instituto de Estudios Almeriense y reeditada en el año 2.000, es su obra más autobiográfica. En ella no hay mojaquero o almeriense de esa zona, cuyo nombre o familia no aparezca como protagonista, además de su segunda y definitiva mujer, Cristina Maristany, compañera fiel de sus andanzas y vivencias mágicas, y Mojácar, junto con todos los pueblos de Almería. Personajes destacados de este libro son: el alcalde de Mojácar, Jacinto Alarcón, por su tesón en reconstruir el pueblo; Francisco Haro Harico, por su valentía al construir un hotel en medio de la nada, su previsión de futuro y su bondad al cobijar a tanto errante incierto; Rosa Flores, que, siguiendo los pasos de Harico, hizo lo propio en la zona de la playa; Blas Ruiz Soto, pescador de Agua Amarga, al que siempre comparaba con Zorba el Griego (pescador griego al que dio vida en el cine Anthony Quinn); la familia Zamora, de Garrucha; la familia Cayuela, de Carboneras, y un largo etcétera.

El Ayuntamiento de Mojácar decidió por primera y, yo creo, única vez conceder su máximo galardón Indalo de Oro, a título póstumo, a Rafael Lorente, cuya aportación vital, cultural y sentimental dio un empuje esencial a la realidad histórica de Mojácar. En este sentido y por causa de la identificación que Rafael Lorente asumió con Mojácar y sus gentes, público en 1.973 el libro

de poemas Tierra y silencio, bajo el pseudónimo de Rafael Indalo. El galardón de Indalo de Oro le fue entregado a su esposa Cristina Maristany, en la feria del turismo de Madrid del año 2.000 (F.I.T.U.R.), un viernes 28 de enero a las dieciocho horas.

En ese mismo acto, Enrique Lorente Di Pontrémoli, insigne abogado, hijo de Rafael y digno heredero de su amor por Mojácar, dónde habitualmente reside, tomó la palabra y procedió a leer una supuesta carta que su padre, a través de los ángeles, le había enviado la noche antes desde el cielo:

“Mi Querido hijo Enrique:

Ya sabes que aquí en el paraíso se está demasiado bien como para acordarse de asuntos terrenales que ya fueron. Heme aquí que soy Arcángel San Rafael Lorente, y de la tierra y de sus gentes ya soy ido. Pero hijo, pues soy Arcángel y me está prohibido decirte ni en sueños cosas que falten un ápice a la verdad verdadera, ¿para qué mentirte?, ite lo digo!: os extraño muchísimo... Extraño a mi Cristina amada y a mi familia y a amigos extraño. Extraño mi vida viajera tan llena de personajes, tan rica de sorpresas y aventura.

Y yo que he sido y seré por la eternidad Arcángel Rafael Indalo, yo que soy Indalo de corazón y de arco iris sobre mis hombros, sobre mi cabeza... te lo digo: extraño a mi Mojácar amada por encima de todos mis viajes y todos mis sueños, mi Mojácar cubista de arco arabesco e Indalo protector pintado en todas las casas... mira que a mi vecino San Indalecio le va la fama...

Extraño la belleza irreal de Mojácar, que todo es bello, lo más bonito del mundo, desde los acantilados que comienzan en el Algarrobico y siguen por Sopalmo hasta la Marina, pasando por la playas de Macenas, El Cantal, La Rumina, regada de turquesas y de tantas otras sorpresas tierra adentro bajo la mirada vigilante de la impresionante Sierra Cabrera, protectora y misteriosa.

Extraño a Rosa Flores de El Puntazo, que la enseñé a vender parcelas y, a los pocos días, ella, sus hermanos y sus primos mojaqueros de a pie y a caballo eran ya maestros aventajados. Extraño la Plaza Nueva con el Hotel Indalo de fondo donde todos los visitantes de Mojácar han hecho parada obligada.

Extraño a Jacinto Alarcón, compañero en la aventura de poner a Mojácar en la televisión y los Nodos y en la revistas y en los periódicos y en las novelas y en los relatos de medio mundo y en el cine, y en los poemas de amantes heridos por su hechizo mojaquero y por su luna roja y mora y por su mar naranja y turquesa y azul plata invernal y por su luz que tanta luz nos hace vivir la vida negada de nostalgias hasta mi residencia en el paraíso allende las fronteras de la irrealidad. Sí, dile a Jacinto Alarcón que aquí, en el cielo, los ángeles más viajeros están todos de acuerdo en que Mojácar y Almería son lo



ENRIQUE LORENTE.

más bonito que Dios ha creado y muy orgulloso está de ello. Así que dile que se mejore y viva muchos años de salud y alegría, que nos dé tiempo, mucho tiempo para hacerle el recibimiento que merece en el Paraíso.

Enrique y Rafael, seguid haciendo ajedreces gigantes con Indalos gigantes de fantasía, seguid haciendo realidad vuestros sueños Indalos y llenadme el cielo de Mojácar de cometas que soñaron Salvador y Gabriel, y de los globos multicolores tuyos. Enrique, píntame el cielo de Mojácar con los colores de tus sueños, que para eso estás bien loco. Y tú, José Ignacio, a ver cómo van tus guerras nijareñas, que ya están ganadas. Y tú, Joaquín, píntame Ángeles Indalos en las nubes del cielo mojaquero. Y tú, Alejandro, fotográfame la luna Indala y mándamela en tus sueños.

Dile a Carlos Cervantes que los días de Moros y Cristianos, los ángeles del cielo se nos van a Mojácar y hasta algunos no quieren volver, y dile a Fernando el barbero que los ala-deltas que el soñó, no se tiren desde el cabezo de los Silos, que se van a matar y, aunque soy Arcángel salvador in extremis, por favor, que no se me amontone la tarea.

Dile a mis mojaqueros, que en el cielo todo se ve, en el cielo todo se sabe, y que me llena de emoción ese Indalo de Oro, que mi Mojácar, mi paraíso en la tierra me va a dar, me está dando esta tarde. Os he dado un día

Indalo de mucho sol y mucha luz este veintiocho de enero. Estoy radiante y el cielo vibra conmigo. El Indalo que me otorgáis es de oro, de un oro con brillo y de un resplandor que me son bien conocidos, del mismo oro que está hecho el corazón de todos los andaluces, del corazón de oro de todos los almerienses y del corazón Indalo de Oro de todos los mojaqueros de nacimiento y de adopción.

Dile Enrique a mi Mojácar la Bella, la Hechicera, la Madre de todos los viajeros, la Estrella de Sur, que yo la amo. Amo a mi Cristina y a mi Blas Ruiz Soto y a mi Rosa Flores y a mi Harico y a todos mis mojaqueros con alma de Indalo. Yo os amo y os amaré por toda la eternidad.

Rafael Lorente'



WILLIAN NAPIER, BILL

UN MOJAQUERO MÁS Y TODO UN SEÑOR

Francisco Haro Pérez

Durante la primera parte de mi infancia me crié con pleno convencimiento de que un señor era un hombre altanero, más bien orgulloso, acicalado, con traje de color negro, camisa blanca, chaleco a rayas, bastón y corbata o pajarita roja, de mirada penetrante, terso andar y sobre todo, abstemio en su comportamiento en general.

Cuando conocí a Bill, ya no siendo tan niño, pero con la inocencia suficiente, me extrañaba el hecho de que cada vez que escuchaba que alguien hablaba de él, el contertuliano replicaba: “Es un señor”. Así pues, escuchaba decir que el Bill Napier era buena persona, a lo que otro respondía: “Claro, es un señor”. En cualquier otra ocasión se comentaba algún tipo de característica o peculiaridad respecto a su persona, y otra vez se escuchaba a alguien decir: “Es todo un señor”. Un camarero del bar le decía asombrado a otro camarero que no se explicaba como Bill Napier pagaba las cuentas de las bebidas consumidas por sus amigos, incluso en su ausencia, sin ni tan siquiera revisarlas o preguntar nada, “porque es un señor”, apostillaba el otro. Cualquier comentario referido a Bill acababa siempre con la misma coletilla: “Es un gran señor”. Por lo tanto, se me rompieron todos los esquemas respecto al estereotipo, el cual no sé de dónde se había establecido en mi ingenuo subconsciente. No tuve más remedio que reconsiderar el significado de lo que para mí sería, en adelante, la definición de señor y, por consiguiente, estaba deseando que alguien me preguntara ¿Qué es un señor? para responderle: Bill Napier.

Otra de tantas pruebas, inequívocas y significativas, del talante de Bill es que desde que emprendí esta reconfortante búsqueda de datos para poder hacer realidad la idea inicial de la consideración objeto de este homenaje, he recopilado gran cantidad de fotografías en las cuales está reflejada su imagen y, una vez revisadas, he podido comprobar que no hay ni tan solo una de ellas en la que se denote en su rostro la más mínima mueca de enfado, mal humor o hastío, sino todo lo contrario. En todas luce una sonrisa significativa de alegría y felicidad, como si aún quisiera contagiarnos ese entusiasmo que conservó siempre y que, sin duda, perdura en el sentir profundo de todos los mojaqueros que tuvimos la gran suerte de conocerlo.

Mi padre ya había dejado de regentar el Hotel Indalo y era mi cuñado Antonio, el del Indalo, quien se ocupaba del bar. Bill se casaba en segundas

◀ BILL NAPIER.



BILL NAPIER.



BILL Y JEANIE.

nupcias con Jeannie, ya que hacía años había fallecido Heather, su primera esposa, y le dijo a Antonio que deseaba celebrar su boda en la Plaza Nueva e invitar a todo el pueblo. "¿Cuántos habitantes tiene Mojácar ahora?", preguntó Bill. "Unos dos mil quinientos", contestó Antonio. "Pues entonces", replicó Bill, "prepara comida y bebida para tres mil". Antonio le advirtió que sobraría mucha comida y éste le replicó que no suponía un problema, pues los invitados se la llevarían a sus casas. ¡Así era Bill! Si tuviera que hacer, después de los años y de haberlo conocido hasta el fin de sus días, una reflexiva reseña de él, me atrevería a decir que poseía la virtud y cualidad humana de rogar o pedir algo a base de súplicas e infinita humildad, aun habiendo adquirido por razón la facultad de exigir.

Por su parte, Enrique Suárez Bravo, Kike, propietario del bar Equus apunta que:

"Recuerdo que durante la época en que tuvo lugar el conflicto bélico entre Inglaterra y Argentina por la soberanía de las islas Malvinas, yo me encontraba bastante preocupado por el devenir de los acontecimientos, entre otras obvias razones, debido a mi ciudadanía argentina. Un día de esos en el que me encontraba en mi bar Equus, seguramente con mi desasosiego a flor de piel, entro Bill, y al percatarse de ello, me dijo: "Mira

Kike, si tu preocupación es por las bajas humanas que pueda haber durante la contienda, la inquietud está justificada, pero si por el contrario, es debido al contencioso político-administrativo por la propiedad del territorio, no debes de preocuparte, tú me invitas a un gin tónico y yo te cedo la parte proporcional que, como británico, me corresponde”.





FREDERICK NOEL MOONEY, FRITZ

UN EXCÉNTRICO GENIAL DE SONORA CARCAJADA

Francisco Haro Pérez et all

Cuando vimos aparecer a aquel individuo de figura esperpéntica, larga cabellera y abundante barba, de andares desiguales y tambaleantes, ataviado con botas de caña alta polvorientas, pantalón vaquero desfondado, camisa de largas y anchas mangas, capa donjuanesca, sombrero mosquetero de ala ancha y fino bastón, produciendo atronadoras risotadas que hacían temblar la Plaza Nueva; quedamos poco menos que perplejos.

Era tal el aspecto que presentaba que los perros le ladraban frenéticamente sin que éste dejara de reír. Entró en el bar cargado de maletas, cuadros y otros enseres raros. Lo primero que pidió fue brandy y, luego, alojamiento. Ya en su estancia desplegó sus enseres por el cuarto haciéndolo suyo; colocó budas y pieles de serpiente traídas de África y cubrió las paredes de pinturas extrañas, cuadros donde se apreciaban caras de personas y animales, superpuestas de forma geométrica, que en principio daban pavor. De tal forma que la encargada de la limpieza de la habitación, Andrea la Mocita, se negaba a entrar, alegando que ésta estaba embrujá y que aquel hombre era el mismísimo Lucifiel.

Fritz falleció en el año 1.987, en Bédar, dónde por entonces vivía y había ubicado su cuartel general, al lado de su inseparable amigo del alma, Ángel Mejías, Ángel Bienvenida para los amigos. Entre el elenco de innumerables amistades que Fritz dejó se encuentra nuestro insigne periodista y escritor José María Martínez de Haro, otro de los destacados Mojaqueros de hecho, aunque naciera a solo unos pocos kilómetros en la vecina localidad de Garrucha. Éste, tras la muerte de su gran amigo, escribió una carta de despedida; carta que fue publicada el nueve de octubre de mil novecientos ochenta y siete en el periódico *Enterteiner Internacional*.

Copia de la cual ha tenido la deferencia, por lo que le estaré eternamente agradecido, de donarme para que yo la transcriba en este homenaje a nuestro querido Fritz. “Gracias José María, ¡Yo también te quiero!”. La carta dice así:

“Bajaba por la Cuesta de la Fuente. Era un mes de noviembre y comenzaba a oscurecer. Dos mujeres con sus ropas enlutadas subían la cuesta detrás de un borrico cargado de cántaros de agua. Llegaba ya cerca de donde había dejado la moto. De pronto vi al borrico animar el paso hasta alcanzar el trote. Las mujeres soltaron los bultos de ropa lavada que portaban sobre sus cabezas y corrieron asustadas. Un personaje insólito, enfundado en



-JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ DE HARO.

una capa negra, avanzaba sobre unas botas claveteadas que retumbaban en la calle empedrada. Al llegar hasta mi, apenas pude divisar una barba blanca y unos dientes destellantes que destacaban en una boca enorme que se comenzó a dilatar hasta explotar en una estruendosa carcajada. "Soy Fritz", me dijo, mientras continuaba subiendo la cuesta. Dos gatos huyeron espantados y el borrico y las mujeres habían desaparecido por completo. Mojácar, noviembre de 1.963.

Han pasado muchos años, querido Fritz. Querido loco genial que llegaste a soltar ocho frases en

un castellano horrendo, para que la gente pudiera entenderte. Extraño pintor de pinceles azules y pintura de semen con alas de mosca machacadas.

Han pasado tantos años que, incluso hemos aprendido a quererte, aunque a veces no era muy fácil quererte. Habías llegado aquí, consagrado en grandes ciudades sensibles a tu arte. Y, sin embargo, despreciaste esos paraísos de cristal y cemento. Huiste de New York para refugiarte en Mojácar. Porque todos sabemos que Mojácar era tu refugio, tu propio refugio para huir de ti mismo.

Y buscabas caminos inexistentes. Paraísos dispersos en tu mente. Y, a veces, solo a veces, buscabas el afecto. No sé lo que encontraste en esa trayectoria singular que fue tu vida. Pero yo encontré tu pintura y, a través de la misma, supe buscar debajo de tu propia apariencia, hasta encontrarte. Encontrarte por fin, y comprender que entendías la amistad. A tu manera.

Últimamente, ya no querías pintar. Era como si preparases tu viaje definitivo. Tu estudio de Bédar, convertida ya en museo de Fritz, por el cariño y sensibilidad de Lenox Napier. Quizás ya supieras que era difícil alcanzar a la vez demasiados paraísos, comprendieras que valía la pena intentar uno definitivo.

Te encontré muy cansado, pero no supe jamás que nos dejarías tan repentinamente. Son varios los amigos que ya os habéis marchado, y llego incluso a pensar si no estaríais de acuerdo. Tal vez comprendierais algo que los demás ignoramos. Una ruta hacia un sol que brilla más que el nuestro desde donde observáis nuestra ridícula existencia.

Seguro que os estaréis riendo de este ridículo lamento. De esta carta que tanto dolor me cuesta escribir. De esta lágrima que se ha escapado

furtivamente sobre tu extraña pintura de un retrato mío y de Olga, pintado en el jardín de los Napier.

Allá donde hayas llegado, a donde estés escondido, llegará mi amistad, y la de tantos y tantos que jamás tuvieron la oportunidad de decírtelo. Seguiré oyendo tu voz, sin entenderte nada. Tus pisadas de botas claveteadas y tu risa. Sobre todo tu risa.

Te quiero Fritz.

José María Martínez De Haro.

Otro de los mejores amigos de Fritz es el pintor Gino Hollander, artista de gran renombre a nivel internacional y conocido en España, entre otras, por su obra relacionada con la tauromaquia y por su exposición permanente en el Hotel Hilton de Madrid, durante los años 60 y 70. A través de Tito del Amo, el gran Gino ha tenido la amabilidad de escribir unas letras recordando a Fritz, las cuales transcribo como homenaje, uno más, del que fue su gran amigo y compañero:

“Sí, yo llegué a conocer bien a Fritz en Nueva York, en el “Village” de los años 50. Cuando él no estaba viajando por el mundo en busca de “colocones” nuevos y mejores, trabajaba como gerente, por las noches, en el local más “in” de los del Village: Figaro’s.



PINTURA GINO HOLLANDER.



FRTIZ EN LA PUERTA DE LA CIUDAD.

Con respecto a Mojácar, pues sabíamos que estaba jugando con la idea de quedarse a vivir en la costa sur de España, después de tres o más visitas, fijó su residencia en este lugar al final de los años 50. Pronto empezó a intentar tentarme con la idea de ir España (yo era un artista novel de 38 años con 5 hijos, que quería irme de Estados Unidos). Me intentaba convencer de que a pesar de Franco y todo eso, éste era el lugar de más libertad para los extranjeros, como lo había sido la Costa Azul en Francia a finales de los años 20 y durante los años 30 -tiempos de Hemingway y compañía. Y tenía razón.

Conocía bien a Fritz. Era como de la familia para Bárbara y para mí... Una de las veces que estaba quedándose con nosotros, organicé una vuelta por Andalucía en mi furgoneta VW con él y otro amigo inglés. Pasaron una semana magnífica.

Lo recuerdo en la mesa del desayuno el día que volvía a Mojácar, tosiendo y con dificultades para tragar -no se había quejado nunca antes. Nos dijimos adiós, y pasado una semana se marchó para siempre -cáncer de garganta, vaya mierda.

Un tipo maravilloso, un gran artista, sin ninguna pretensión -nada de gilipolleces. La risa y las pinturas de Fritz bastan para contarlo todo.

Con amor,

Gino y Bárbara.

André del Amo también tuvo la suerte de conocer a Fritz a principio de los años sesenta y así lo recuerda:



Fritz Mooney.

"Cuando me junté con Ralph Báez en Mojácar, en julio del año 1.963 al término del viaje en moto desde Madrid, los dos pasamos el resto de la velada intentando localizar a Fritz, quien -tras su paso- había dejado una senda de destrucción (muebles tirados por las ventanas, etc.) en varios lugares de la ciudad vieja; pero él consiguió mantener su ventaja sobre nosotros y probablemente también sobre algunos más que le estaban buscando, por razones menos amistosas... Decidimos probar suerte en la casa de Norma Amick en Rio Abajo donde, de todos modos, habíamos

pensado quedarnos a pasar la noche. Allí Fritz -fiel a sí mismo- nos dio el susto padre, saltando del tejado de la casa gritando como un loco, o mejor dicho, como Fritz. Aterrizó, sin hacerse daño, en la arena delante de nosotros. Era evidente que se encontraba a sus anchas en Mojácar, pero no tuvimos tiempo para averiguarlo, porque salimos la mañana siguiente a correr el encierro en Pamplona. Fritz llegó aquí antes que nosotros, y pienso que será recordado mucho tiempo después de que nos hayamos marchado de aquí”.

Ed Whyte, otro de sus fieles amigos, dice de él:

“Tuve la suerte de coincidir con Fritz en Tánger, donde estuvo viviendo durante gran parte del 61 y 62 -aunque eso no lo hubiera impedido visitar Torremolinos para pasar largas temporadas. Yo lo vi en el año 62, en Torremolinos, y estuvo mucho más amigable conmigo que lo que había estado en Tánger -quizás porque yo tenía unos productos farmacéuticos marroquíes que eran sus favoritos, o uno de sus favoritos!”.

A propósito, Tito del Amo, Lenox Napier y Guideon Richardson cuentan algunas anécdotas al respecto:

“Fritz me contó que su combinación preferida en Tánger era metanfetamina cristal mezclado con Artane. La metanfetamina no necesita introducción, ejércitos enteros se mantenían a base de ingerirla durante tiempos de guerra. El Artane se utiliza para controlar episodios espasmódicos en la enfermedad de Parkinson, y -según Wikipedia- contiene propiedades euforizantes y afrodisíacas. Su actividad aumenta cuando es inyectado. Algunos usuarios informan que hay un “subidón” en el área genital cuando se utiliza de este modo”. Este descubrimiento solo lo podía haber hecho Fritz [...].

Tito del Amo.

“Fritz era único, además le gustaba serlo. En todos sus documentos, por propia iniciativa, figuraba que había nacido el día 31 de noviembre, cuando de todos es sabido que noviembre solo tiene treinta días. Le gustaba alardear de ser el único que había nacido el 31 de noviembre. Lo dicho, único”.

Lenox Napier.

“A Fritz le encantaba poner “motes” a la gente. Era bastante bueno y acertaba en ello. Personalmente aún me pregunto por qué a mí me puso “GUTTEMBERG” cuando yo tan solo contaba cinco años de edad.

Guideon Richardson.



FRITZ MOONEY.

He aquí una recopilación de opiniones sobre Fritz como persona y artista, extraídas del video *Fritz Portail Of Artis*, editado por Antonio Mejías, director y cofundador, junto a Lenox Napier, del museo Fritz de Bédar. Esta película se hizo con motivo del 20 aniversario de su fallecimiento. Los textos han sido traducidos por Antonio García Russel.

"Fritz era algo reacio a hablar de su pasado. Por eso sabemos muy poco de su vida anterior a su llegada a Mojácar. A grandes rasgos sabemos que nació en Nueva York hacia el año 1932, por el mes de noviembre, bajo el signo Sagitario. Los primeros años los pasó en Honolulu (Hawái),

tras el repentino fallecimiento de su padre, a temprana edad en un accidente de esquí acuático, volvió con sus dos hermanos y su hermana, junto a su madre a Nueva York, más concretamente a Broadway, dónde su madre trabajaba como bailarina en el mundo del espectáculo.

Sabemos también que se alistó voluntario a los "Green Berets" un grupo de operaciones especiales del ejército de E.E. U.U. y que llegó a combatir en la guerra de Corea.

Desde siempre fue artista, de talante inquieto y, por consiguiente, aventurero. Continuamente viajaba buscando inspiración en lugares como Marruecos, Amazonas, E.E.U.U., Europa, Asia y otros lugares que le sugiriesen algo que plasmar en su dilatada obra pictórica; o bien buscando alicientes en el plano personal y espiritual.

A principios de los años sesenta, su búsqueda dio los frutos deseados al encontrar en Mojácar su lugar soñado. Apareció no se sabe cómo y, tras la primera visita, volvió haciendo de paquete en una moto con su amigo Eduardo White. Desde entonces ya muy pocas veces se ausentó. Sus "viajes" los hacía sin moverse de Mojácar o de Bédar, donde pasó los últimos años de su vida. Falleció en octubre del año 1987.

A Fritz le gustaba jugar con el tiempo, creía en vidas pasadas y por supuesto en la reencarnación. Estaba convencido de que los amigos habían perdurado a través del tiempo y que habían coincidido en las otras vidas. Una vez me dijo: "¿Te acuerdas Ángel de cuando estuvimos en la milicia comba-

tiendo con los Cosacos?”. A lo que yo respondí: “¿Te refieres a los Cosacos de Rusia?”. Y me afirmó: “¡Si exactamente, esos Cosacos!”

Sin embargo, decía saber que ésta era su última vida. Que había estado aquí por mucho tiempo y que estaba llegando la hora de volver definitivamente a casa. Sus restos están sepultados en el cementerio de Mojácar y su espíritu en cualquier rincón de los corazones de la gran cantidad de amigos que dejó a su paso.

En cuanto a su obra, yo diría que no tiene un estilo muy definido; aunque sí muy personal, único. Prefería trabajar con acrílico, carboncillo o tinta antes de utilizar óleos. Diluía sus pinturas en agua o látex y los colores resultantes eran espléndidos. Los soportes, a veces, no eran los mejores, ya que no había ningún lugar donde comprar suministros de arte en la zona, solía usar cualquier cosa válida y que le pillara a mano, cosas como sábanas, lonas, sacos almidonados, tablas de madera etc.

Su pintura se desarrolló de tal forma que en algunos de sus cuadros se podían apreciar varios a la vez a medida que se giraban, y, en otros, después de estar viéndolos

durante un año o más, repentinamente descubríamos algo nuevo, algún motivo que nunca habíamos apreciado. Era fantástico.

Existen muchos retratos de Fritz hechos por otros artistas. Para mí los dos mejores pertenecen a Gino Hollander, artista con el que Fritz se juntaba a pintar en su refugio de “cortijo de Yeguas”, en Pizarra (Málaga). Hay otro digno de admirar realizado por Michelle. En éste se pueden llegar a contemplar dieciséis formas distintas del rostro de Fritz. Seguro que a él le hubiera encantado mostrar esa perspectiva en su personalidad, o ¿quizá la mostraba?”

Angel Mejías.



PINTURA MIXTA DE FRITZ.

Bárbara Hollander lo recuerda como:

"El pintor; el hombre; el salvaje; el amigo querido. Una de las mejores personas que se cruzó en mi camino. Lo conocimos en Greenwich village y formó parte del grupo. Tenía el horrible hábito de sobreexigirse... La manía de la perfección. No sabía cuándo acabar un cuadro, así que había que decirle en voz alta "¡para!" y le quitábamos el lienzo de enfrente para que no siguiera".

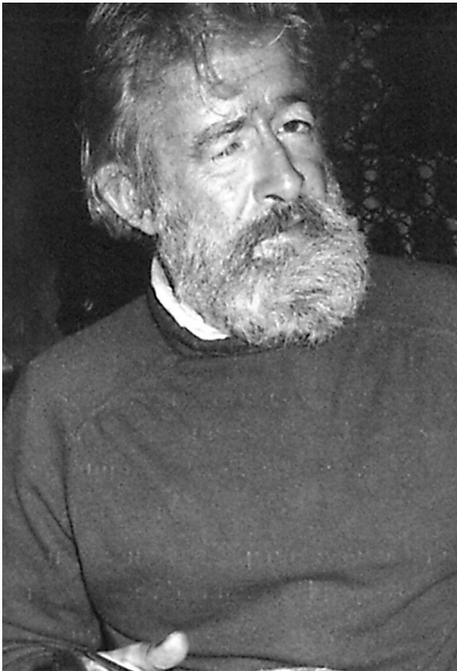
A Tan Gee Chino le fascinaba: "Su risa, siempre reía ¡Jo, jo, jo! Luego paraba, y de nuevo reía con un ataque. "¡Increíble!", ¡Alucinante!".

Lenox Napier nos comenta que:

"Fritz es principalmente conocido por sus pinturas, pero su mejor cualidad artística son sus dibujos. Ilustraciones realizadas a tinta que demuestran de una manera mucho más convincente la gran excelencia y la maestría de su trabajo. Tenía la habilidad de captar los rasgos de una persona, o la esencia de un rostro, en solo unos segundos e inmediatamente plasmarlos en un boceto. Era como una línea que comenzaba y no terminaba hasta completar el dibujo. Muchos de esos cuadros, desgraciadamente, se perdieron.

El estilo lo podemos definir como "Enfusiónismo". Ciertamente si fumabas un poco de algo entendías mejor su obra. Esa era la broma; más y menos caras aparecían. En principio veías tres caras; tras las caladas aparecía "la última cena" en su totalidad, trece caras y contando... No todo el mundo sabía cuánto entendía de arte, hasta el punto que no le gustaba hacer nada que considerase no apto o a la altura, su altura. Si no le salía bien a la primera lo más seguro es que lo tirase a la basura, le disgustaba hasta ese punto.

En sus dibujos se puede observar la técnica del puntillismo, sobre todo, en esos pequeños demonios que solía pintar, en los que él mismo se



Fritz Mooney.



AUTORRETRATO FRITZ A UN SOLO TRAZO, CARBONCILLO.

veía reflejado. Para hacerlos más suyos, les pintaba barba y luego cuernos... Disfrutaba haciéndolos. De hecho muchos de sus autorretratos eran algo diabólicos a los que imprimía todo su sentido del humor. En realidad quería dibujar demonios menos malos o todo lo bueno que puede ser un demonio... como él, que no era precisamente un santo, decía que se sentía un pecador... pero menos”.

Tito del Amo habla de su lado más espiritual:

“Sus carcajadas llegaban a todos los rincones y llevaba botas camperas que también oías por todas partes, llegando “ho, ho, hooo”. Recuerdo que aquella era la época psicodélica y a nosotros nos interesaba lo psicodélico, nos lo tomábamos muy en serio, de una forma muy privada y no lo solíamos comentar con otros que no lo pudieran entender; pero, si Fritz andaba cerca, estaba automáticamente invitado. Estaba abierto a cualquier experiencia que le aumentara el conocimiento y le permitiera explorar distintos niveles de conciencia. Para los demás era un placer tenerlo como acompañante, porque era psicodélico casi siempre, de forma natural, iho!, iho!, iho!....

De todos los grandes personajes que han pasado por Mojácar, es el que más echo de menos. Gran compañero, era fantástico saber que siempre estaba cerca, el escuchar sus carcajadas me producía cercanía. Los domingos se venía al chiringuito a la hora del "brunch". De repente su salud se deterioró y finalmente se fue... Se quedó la sensación de que todo fue muy corto..

Isabel Rath, como pintora, hace un comentario de la obra de Fritz desde una perspectiva más artística y, como amiga personal, habla de él con absoluta veneración.

"Fritz representaba al hombre que vivía solo en una isla, una especie de viejo marino.[...] Era la especie de mente torturada que, a veces, había en él mismo. Fue un hombre fantástico. No tenía disciplina y cada día hacía lo que en ese momento sentía que tenía que hacer y esa era su forma de vida".

Como anécdota, recuerda un día que le preguntó el por qué de la presencia de los caballos en su obra; si era a causa de su gusto por la equitación. A lo que Fritz contestó: "De los caballos me gusta todo, es el animal más hermoso, la expresión de la excelencia; así es como yo lo veo. Y no como algo que hay que montar".

En cuanto a su obra se refiere, Isabel Rath apunta que:

"Le gustaba captar lo que intuía detrás de cada rostro, no solo lo que era obvio, algo así como una poesía con varias metáforas, muchas estructuras en la parte posterior; en definitiva, no es solo una decoración plástica en dos dimensiones, más bien, varios códigos de diferentes personalidades que usaba a la hora de pintar.

Claro, cambió mi vida. Era un pintor preciosista y me hizo mirar dentro de mí, una especie de evolución. Cuando eres joven, no lo entiendes; pero, con el tiempo, se apodera de ti. Sigo con mi trabajo. Como él decía "solo intento trabajar".

Para finalizar el video, José María Martínez de Haro explica cómo fue su primer encuentro con Fritz.:

"Era una sensación casi hipnótica, una revelación. No sabíamos lo que era, si era un pintor, un mago o cualquier otra cosa, Tan solo vimos que era diferente. [...] Artista, un gran artista que supo ver Mojácar desde una dimensión diversa...".



PINTURA FRITZ, ACRÍLICO SOBRE LIENZO.

Además de estas opiniones, he seleccionado pareceres de otros amigos y conocidos de Fritz, los cuales han querido expresar sus sentimientos hacia él, aunque desde el anonimato. Dicen así:

“Era consciente de la suscitación que provocaba a su alrededor y le hacía gracia, le gustaba, a pesar de su aparente timidez. Se reía a carcajadas de todo, hasta de él mismo. Intentaba decir algo y, como no sabía, terminaba por reírse de su propia torpeza. Igual pensaba que el comunicarse a través del lenguaje no era tan determinante, que había otras alternativas; aunque lo más esencial sí que sabía decirlo. Para lo demás, solo necesitaba un gesto, una mueca, un murmullo o una gran risotada... Ese era su lenguaje”.

“Podría parecer que Fritz fuera uno de los que más tardó en adaptarse por el problema del idioma; pero, sin embargo, muy pronto se convirtió en uno de los personajes más emblemáticos, bien por su forma de vestir o su forma de vivir, en general; pero la verdad es que estaba ligado al pueblo



PINTURA FRITZ, ACRÍLICO SOBRE LIENZO.

con unos lazos afectivos muy poderosos. Se había creado el binomio Fritz-Mojácar y ya no se podía entender el uno sin lo otro o viceversa; como si de la mano anduvieran en constante búsqueda de su propia identidad. Sus características andaban a la par con la leyenda del embrujo que se estaba desarrollando. Su forma de ser alegre, desenfadada y al borde de lo racional tenía mucho que ver con la imagen psicodélica que de Mojácar se estaba proyectando hacia el exterior”.

“Mojácar era para él como uno de sus cuadros donde se aprecian infinidad de caras superpuestas entre ellas en varias dimensiones, exteriorizando cada una su propio ego y ensambladas a un entorno entre azulado y verdoso”.

“Fritz era para Mojácar el acento sobre la primera “á” de su nombre. La tilde que le da sentido a la palabra. La razón de la mística que envuelve el contexto de significado. La esencia del conjunto formado por lo especial, extraordinario, extravagante y genial. Y Mojácar, para él, el vehículo idóneo para realizar sus alucinantes viajes...”

Por otra parte, y al mismo tiempo, estaba lleno de contradicciones. A la vez podía ser resplandor en la tiniebla, desequilibrio en la simetría, curvatura en la rectitud, carcajada en la mesura, dejadez en la obligación... o éxtasis... en su estado más puro”.

“De andar vacilante, respiración dificultosa y mirada perdida. Con las excentricidades típicas de un genio mediático pasó por nuestras vidas. Para él no existía lo normal o mundano; todo era surrealista, espiritual, superficial, diáfano... incluso su propia existencia”.



WIN WELLS

LA ESTRELLA DEL MOÑO ALTO

Clemente Gerez

Hablar de Win Wells es hablar, probablemente, de uno de los artistas con más carisma que haya pasado por Mojácar. Vivió, sintió, trabajó y amó en este hermoso pueblo donde los vientos pasan de largo por no tener cobijo. Y sus calles, paisajes y espléndidas panorámicas, al alba y al crepúsculo la hacen aposento de dioses.

Mojácar, la del pañuelo pajizo, la del arco de Luciana, la de la cueva de Mariquita la Posá, la de La Cuesta de la Fuente, la de los vecinos llenando sus cántaros en aquellos trece caños de agua cristalina. Ésta es la Mojácar que embrujó al fascinante personaje que le dio a sus calles y plazas la pincelada intelectual, como puesta en una obra pictórica de gran belleza.

Win era mucho más sensible de lo que su ronca voz o expresión aparentaba, además de amable, inteligente y, sobre todo, trabajador. Su piel rezumaba el gran nivel de intelectualidad que tenía y su risa era franca, enérgica y contagiosa. Le gustaba la conversación y la practicaba con sus amigos, amante de la música y de un buen libro; pero, sobre todo, de un lápiz y de unos folios en blanco donde plasmar un buen guión de cine o de teatro.

Recuerdo aquellas noches de ensayo en su casa, en el arrabal del Moño Alto. Ésta era grande, diáfana y el enorme salón lo había convertido en un improvisado teatro. El escenario se encontraba a la derecha de la entrada y el resto era un supuesto patio de butacas. Hondo sería una de sus obras escritas tras aquellas hermosas ventanas casi arqueadas con vista a los pagos de La Alcantarilla y a la espectacular Sierra Cabrera, sentado a la mesa de su estudio, vestido con una bata de raso, color sepia o rosa. Aquellos ensayos eran toda una puesta en escena de profesionalidad y buen gusto, desde la persona encargada de preparar la cena hasta el último detalle en el escenario.

Esta obra, magnífica por cierto, estaba inspirada en los dos últimos meses de vida de Federico García Lorca. Mis amigos Davina y Max, junto a otro grupo de actores, bajo la gran dirección de Win, hicieron una interpretación magistral. Fue todo un éxito y vinieron invitadas gentes de teatro, desde Londres y Nueva York. Meses después se representaría en Marbella.

A Win también le gustaba pintar, y de vez en cuando cogía los pinceles; era otra de sus expresiones artísticas que vivía con pasión. Recuerdo una de esas noches en la que yo subía a ensayar, el viento del Mástral silbaba en

◀ WIN WELLS.



WIN WELLS.

los terrados de tierra rolla y, por las ventanas, se asomaba furioso sin poder entrar; escenas que años atrás había escrito con gran maestría el mismísimo Federico. En el descanso de los ensayos, cada uno cogía su plato y se servía situándose por todo el salón, unos sentados, otros de pié, en grupo o en solitario. Esa noche Davina, Max y yo cenábamos en un extremo del salón junto a mi amigo Pedro Ruiz, el cual me había acompañado desde Garrucha, bebíamos vino tinto y comíamos patatas en rodajas asadas al horno; ¡estaban riquísimas! Max representaba el personaje central de la obra y le gustaba que yo le diera mi opinión. De pronto, apareció Win, vestido con una túnica de raso, llamando la atención de todos, que sonreímos. Él, con ese humor que le caracterizaba y que a veces rozaba lo esperpéntico, replicó: "Necesito veros reír, los ensayos son demasiado serios". Por otra parte, la seriedad la imponía el guión y él, como director.

Este era el verdadero Win, sorprendente, exigente, artista, pasional, amigo, mojaquero, el de la sonrisa fácil y al que le desaparecían los rizos en el pelo de la cabeza cuando se enfadaba. Se acercó a nosotros y, dirigiéndose a mí, dijo: "Clemente, como me gustaría que la noche del estreno, tus cuadros, esas mojaqueras vestidas de negro, casi personajes lorquianos, colgaran en estas paredes". A consecuencia, pinté una serie espléndida para ese entorno y para la puesta en escena en Marbella.

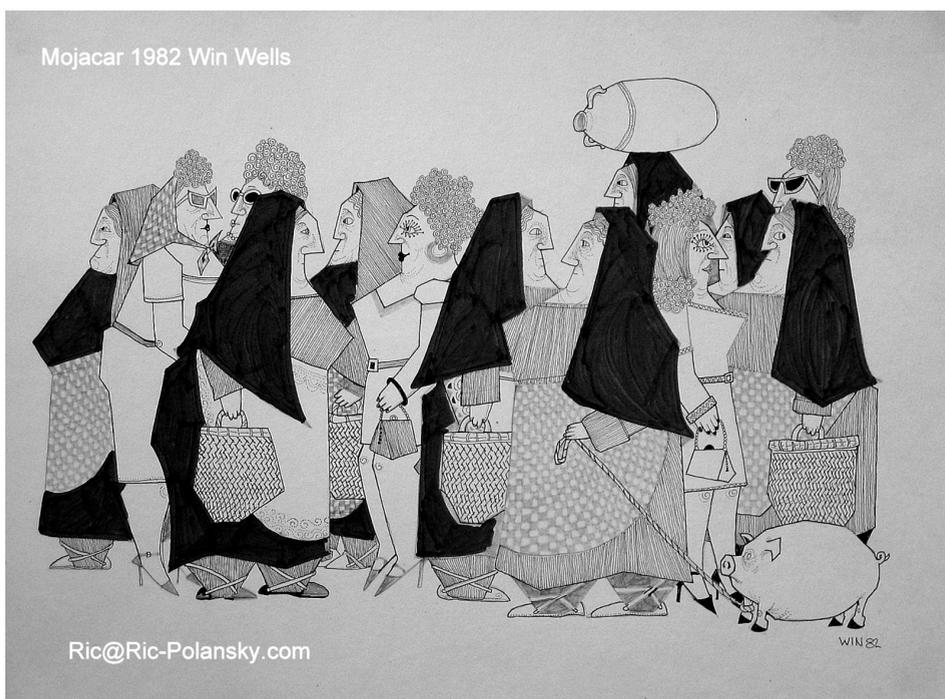
Win se identificó tanto con Mojácar que era la sierra y la llanura, el pueblo y la playa. Los amigos los tenía por racimos. Era todo un personaje con

muchas más luces que sombras y un gran embajador, entre bambalinas, de esta su tierra mojaquera, donde acogía sin reparo a gran cantidad de actores y actrices que venían desde todos los lugares del mundo para estudiar e interpretar sus personajes. Fue torrente y lluvia, sol y luna, y su enorme personalidad hizo que Mojácar viviera unos años espléndidos en cuanto a cultura se refiere.

Un día de los que visité su estudio, se encontraba pintando un cuadro con varias mojaqueras, tres, quiero recordar, totalmente enlutadas en el mismo plano. Una de ellas tenía una cesta de caña y estaban, las tres, colocadas en posición teatral, como



PINTURA WIN, FRESCO.



DIBUJO WIN.



AUTORETRATO WIN, DIBUJO.

quien espera ser retratado. “¿Qué haces Win”, le dije. “¡Oh! Clemente, qué bien que me has venido, no sé... no sé”, contestó preocupado y mirando el cuadro; “no sé si son mojaqueras lo que he pintado o las brujas de Hamlet”, dijo. Los dos sonreímos y añadí: “Anda Win, déjalo y vamos a tomar un té en el bar de mi amigo el Harico en la Plaza Nueva y seguro que, cuando volvamos, los negros pañuelos habrán cambiado de color y se han tornado pajizos...”. Continuó riendo a la vez que cerraba un libro de Klimt que tenía encima de la mesa y señalaba: “¡Cómo me gusta este pintor!”. Dejó la música puesta y, al salir, le dijo a alguien, que yo no vi: “Vuelvo enseguida...”

En definitiva, hablar de Win Wells es hablar de un mojaquero ilustre, como otros muchos, sin ataduras, espléndido y artista, tanto en su vida pública como privada.



WIN WELLS. ►



ENRIQUE ARIAS
EL GRAN CONCERTISTA

Didier Arias

Entre concierto y concierto necesitaba de tranquilidad; esa tranquilidad imprescindible para que los artistas puedan inspirarse. En este caso, la encontraba a través de la música, actividad a la que se dedicaba Enrique Arias en sus facetas de compositor y concertista.

A finales de los años cincuenta, esa paz la compartía con otros artistas en la localidad malagueña de Torremolinos, pero ya por aquel entonces, el sosiego se tornó en bullicio. Comenzaron a construir por todos lados y aquel entrañable pueblo blanco a orillas del Mediterráneo, casi de la noche a la mañana, se convirtió en una urbe repleta de gente, donde había de todo menos tranquilidad. Así pues, había que buscar nuevos horizontes donde poder continuar.

Rafael La Fuente, gran amigo de Enrique, regentaba una agencia de viajes, a la vez que era columnista en varios periódicos, donde ejercía también de futurólogo. Éste le contó que, durante la Guerra Civil española, cuando hacía de reportero, conoció un pueblecito muy particular, de un arraigado pasado moruno, cerca del desierto de Almería, pero al lado del mar, en el cual el tiempo parecía haberse detenido. Las mujeres llevaban la cara tapada con unos pañuelos, lavaban las ropas en una fuente introducidas en unas acequias y portaban el agua potable en unos cántaros, sobre sus cabezas, por unas calles empinadas hasta el pueblo situado en una colina. Todo ello, bajo un sol limpio que no cesa de brillar casi todo el año y en el más absoluto silencio. Le contó, además, que sobre aquel pueblo siempre había habido una leyenda de brujas, lo que le daba un encanto muy particular.

Decidieron pues, ambos, hacer una visita a aquel lugar. Partieron desde Torremolinos y, después de un penoso y largo viaje por carretera, por fin llegaron a Mojácar. Desde la playa vieron un pueblo de color preferentemente ocre, con algunos puntos blancos, semicamuflado, difuminado entre las rocas y los matojos de las postrimerías de la sierra. Pero ya desprendía algo especial, como un imán que te atraía sin poder apartar la vista del promontorio donde estaba ubicado el pueblo. Mientras subían por la serpenteada carretera, contemplaron un pueblo en ruinas, probablemente arrasado por un terremoto u otra catástrofe de índole parecida, casi abandonado; pero con algo en su aura que fascinaba.

◀ ENRIQUE ARIAS.

Las pocas gentes que se iban encontrando los miraban contrariadas; no obstante, desplegaban amabilidad y dulzura. Efectivamente, las mujeres llevaban la cara tapada y, a simple vista, parecían tímidas y recelosas; pero, en realidad, se mostraban abiertas y hospitalarias. Llegaron a la plaza principal y, allí, descubrieron que casi toda la actividad social del pueblo se ejercía en torno a un pequeño hotelito ubicado en la mismísima plaza. Al mismo tiempo conocieron al alcalde, al juez, al cura, al médico, a los maestros y poco más. Parecía que estaban esperando su llegada, sobre todo, el alcalde que, de inmediato, se ofreció y se erigió como anfitrión para mostrarles el pueblo.

Durante el recorrido por el pueblo, el alcalde no paraba de hablar sobre su proyecto de repoblación y su ambicioso plan para captar personas relevantes, de hecho ya se habían empezado a construir algunas casas. Enrique le propuso, al respecto, hacer algo así como un reducto de artistas que aportaran ideas para que la reconstrucción fuese de acorde con la peculiaridad del pueblo, comprometiéndose a traer algunos. El alcalde, muy astuto, les había lanzado el anzuelo y ellos, en principio, habían picado.

Los llevó al lugar más alto de pueblo donde, antes, había un castillo.

Quedaron, si cabe, más impresionados por la vistas y, en medio de su fascinación, el alcalde les propuso que si estaban dispuestos a hacerse una casa, él les regalaba el terreno en el lugar que ellos eligieran del pueblo. Enrique saltó como impulsado por un resorte y dijo: "Aquí mismo". El alcalde extendió su mano y de un fuerte apretón quedó el acuerdo cerrado: "Trato hecho". "Pero...", continuó el alcalde, "esto hay que desescombrarlo, y la casa tiene que estar construida en un año. Si no, se la cedo a otros".

Para acceder desde la plaza hasta el castillo había una cuesta en línea



CON RAFAEL LAFUENTE.

recta con un gran porcentaje de desnivel, inaccesible para los camiones, así que les hizo comprometerse a serpentear la cuesta posibilitando el subir y bajar de éstos, al mismo tiempo que se urbanizaba esa zona para poder continuar desescombrando y construyendo viviendas.

El único vestigio que se pudo salvar de la desaparecida fortaleza fue una bóveda y, junto a ella, se construyó un depósito para que en un futuro se pudiera abastecer de agua corriente al pueblo. Ambos, como no podía ser de otra manera, pasaron a formar parte del Patrimonio municipal. Una vez sacado el escombros que había sobre el derruido castillo, del que solo quedaban en pie dos maltrechas paredes a punto de derrumbarse, comenzaron a construir la mítica Casa del Castillo, la cual desde entonces hasta nuestros días ha sido coliseo de la música de Mojácar, por donde han pasado parte de los más importantes concertistas de todo el mundo, gracias a los esfuerzos de Enrique Arias, en principio, y de Patricia Moroney, íntima amiga de la familia, después.

El primer personaje que Enrique atrajo hasta Mojácar fue a su ex suegro George Clarkson, padre de su primera esposa. Éste se construyó el primer chalet en la playa, la famosa mansión de Cueva del Lobo. El adinerado empresario recientemente había visitado la Alhambra de Granada y quería construirse algo parecido en Mojácar, a la orilla de la playa. Para ello, se trajo unos constructores de la mismísima Granada (la cuadrilla del tío Paco Ruiz) y realizó su sueño.

Mientras se construía el chalet, viajaba de vez en cuando en su exuberante automóvil, un Rolls Royce que aparcaba en La Plaza Nueva, frente al Hotel Indalo, donde se hospedaba. El coche impresionaba a las gentes del pueblo, que hacían un corro a su alrededor admirando aquella joya. Miraban pero no lo tocaban, pues había un respeto hacía estas personas fuera de lo común; respeto que ellos mismos se habían ganado a fuerza de amabilidad y comportamiento. La dueña del Hotel Indalo, la señora Lina, cuenta que siempre que venía el viejo Arias, como llamaban a George Clarkson, le traía un frasco de colonia o un ramo de flores y, la verdad, esos detalles, en aquella época, eran muy poco comunes, aunque sí muy apreciados.

Enrique se trasladó a Mojácar con su esposa Lilian y sus hijos Enrique (mi esposo), Roberto y Sonia. Mientras los mayores estudiaban nos visitaron poco; sin embargo, Sonia se crió entre París y Mojácar, la mayoría del tiempo en la casa de una familia mojaquera, los Montoya de Saetías, que a la vez cuidaban la Casa del Castillo durante las ausencias de Enrique y Lilian.

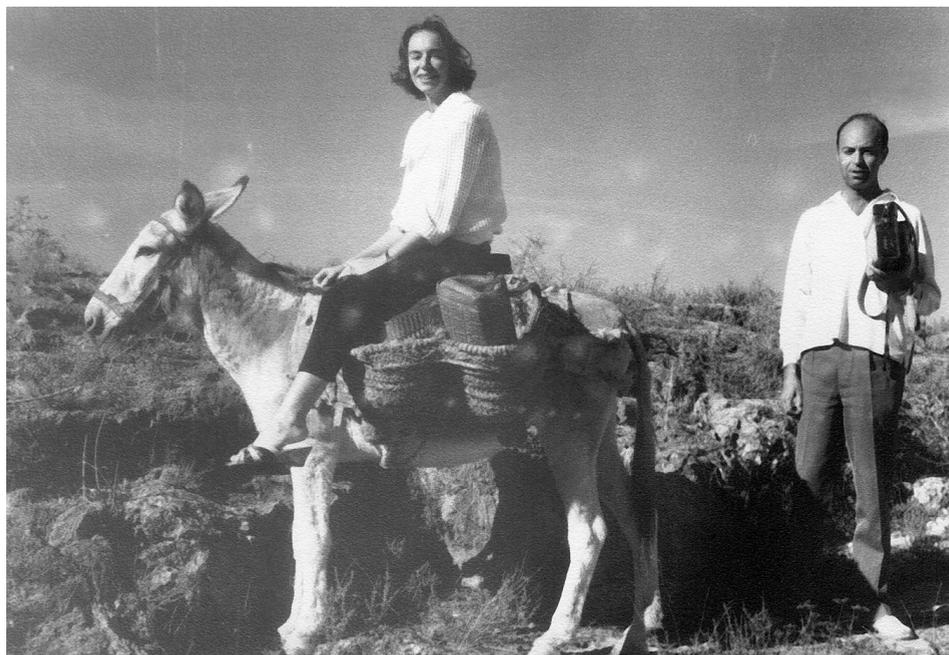


GEORGE CLARKSON.

Francisco Haro Pérez, "Paco Lina"



CHALET CUEVA DEL LOBO.



ENRIQUE Y LILIAN.

Enrique, mi marido, una vez que terminó sus estudios, se instaló definitivamente en Mojácar, tomando el relevo de su padre. Heredó el chalet de su abuelo en Cueva del Lobo, donde ahora regentamos una escuela de equitación, a la vez que ejerce su profesión de médico en su centro de Osteopatía y Naturopatía ubicado en el propio chalet.

Los viejos de Mojácar cuentan la leyenda de la casa nueva sobre las ruinas del viejo castillo y dicen que durante el plenilunio se escucha el enigmático tecleo de un piano interpretando los acordes del himno a la alegría, ¿será verdad?, ¡En la noche de sortilegio de Mojácar todo es posible!



CATHARINE ELLISON
KATY MULOCK, LA ENCANTADORA

Francisco Haro Pérez

Su irrupción en el panorama mojaquero supuso una explosión de belleza y frescura que a nadie dejaba indiferente. Fue como el complemento emergente que todo buen cuadro necesita para equilibrar el paisaje con un primer plano sugerente y atractivo; o el binomio indispensable para resaltar lo sublime dentro de la hermosura.

Era todo un espectáculo verla caminar por las desiguales callejuelas, salpicadas de piedras y agujeros, calzada con aquellos zapatos de tacones que manejaba con tal pericia que parecía flotar. Nos habría parecido imposible que una mujer con aquel calzado pudiera adaptar su elegancia al relieve existente, a no ser porque anteriormente habíamos visto hacerlo a Isabel Ruiz Flores, mas conocida como *doña Irenes* a la que creíamos, en principio, ver reencarnada en Katy Mulock.

Al igual que el Quijote, que, a consecuencia del encantamiento, imaginó el significado de los molinos en su presunta demencia; ella, presa del embrujo, vio en los balcones de las casas de Mojácar los perfectos palcos de su Broadway particular. En las ventanas, las plateas y, al contemplar a los vecinos sentados en las puertas de sus casas, imaginó un gran patio de butacas. Así que, al contrario que el personaje de Cervantes, lejos de arremeter, se alió con el entorno y, plena de cordura, tras las candilejas de flores que formaban las macetas habidas por doquier, hizo de las calles y plazas su propio escenario donde interpretar el guion de su vida. Lo tenía todo, todo lo que cualquier actor soñaba poseer: un público que la adoraba y no dejaba de aplaudirle; unas tablas donde pisar firme, a pesar de lo sinuoso de su superficie; un buen argumento que interpretar, sin necesidad de trastocar demasiado su personalidad, y un espacio escénico ideal para lucir sus encantos. Y, lo más importante, un inmenso "entre bastidores" donde ser ella misma y con la suficiente cantidad de secundarios como para compartir el resto de la trama.

Irradiaba, junto a su atractivo físico, un gran despliegue de simpatía y bondad que hacía, si cabe, más comfortable contemplar su delicada figura. Departía con todo el mundo. Estaba tan integrada en el devenir del pueblo que incluso compartió parte de su vida íntima con un lugareño.

Por causas de una enfermedad, el destino quiso que, en su último drama, el telón se le bajara para siempre lejos de su Mojácar querida, concretamente

◀ KATE MULOCK.





◀ KATE MULOCK.

en Canadá. No obstante, aquí queda la sensación de que nunca se marchó. Afortunadamente, no pudimos ver su deterioro; por tanto, la imagen que de ella nos queda en la retina es la de siempre: una mujer llena de vida, con una belleza inusual, una devoción excepcional y una caridad fuera de toda duda.

Bartolo, el Morero, asegura que en su peregrinar por las calles, haciendo sus labores de limpieza, la cree ver entre tinieblas salir de su casa y bajar por la escalera del Rincón de Zahorí, tersa y elegante como el primer día; o que se la cruza entre las esquinas del Arrabal, camino de la casa de Win. Sin duda, está aquí y para siempre.



PAUL BECKETT

EL ARTISTA DANÉS

Francisco Haro Pérez

Paul era danés, aunque de ascendencia escocesa, hijo de actriz y director del Teatro Real de Dinamarca. La primera incursión que Paul y su esposa Beatrice hicieron en España fue hacia el año 1955, con una beca que el artista plástico Olaf Rude les había conseguido. Viajaron con el objeto de visitar iglesias, museos y espacios culturales con el fin de elaborar informes y enviarlos a Dinamarca para su estudio. Una vez terminado este trabajo, regresaron a Dinamarca donde Beatrice ejerció como directora de un gran taller en Copenhague y Paul se dedicó a dar clases de conocimiento del arte por un lado, y de fresco y decoración en la escuela de pintura

Su primera visita a España les dejó una profunda huella, tan intensa que en el año 1962 decidieron huir de Dinamarca en dirección a nuestra tierra; dejaron todo atrás y se embarcaron en una aventura que duraría hasta el resto de sus vidas. Después de un deambular errante, se instalaron en Fuengirola, Málaga, donde, además de pintar, se dedicaron a hacer trabajos de arqueología. Beatriz trabajaba como restauradora y Paul dibujaba los pequeños hallazgos. A los pocos años, decidieron cambiar de destino y, tras su vagar de un sitio para otro, por fin, encontraron Mojácar en el año 1966. De repente todo se les paralizó; encontraron el edén soñado, al pie del cerro de Mojácar la Vieja.

Paul, de andar estirado y elegante, podría muy bien parecer un distinguido general del ejército británico, destinado en una de tantas colonias africanas, luciendo siempre su majestuoso bigote; ataviado con un informal uniforme de explorador de botas de caña baja, calcetines hasta la rodilla, pantalón corto de caqui, chaleco multibolsillos, igualmente de caqui, y sombrero Salacoft al más puro estilo Indiana Jones. No me extrañaría, en absoluto, que Steven Spielberg se inspirara en él para el personaje. Era, además, un estudioso infatigable de los orígenes ancestrales basados en nuestras distintas culturas y asentamientos.

Tras su apariencia imperturbable y gestos meticulosos, se escondía un ser libre, lleno de ternura e inmensamente sensible a todo aquello relacionado, sobre todo, con la cultura, en general, y el arte y la interrelación a través del tiempo. Su gran respeto hacia lo ancestral le hizo integrarse de inmediato con las gentes del pueblo, pues siempre tenía alguna pregunta que hacer relacionada con nuestras costumbres y forma de vida. Su afán de saber le llevaba a inmiscuirse de tal forma en los pensamientos de los nativos que llegó a crear una complicidad

◀ PAUL BECKETT.



PAUL BECKETT.

fuera de lo común con éstos. Solía ir de cortijo en cortijo pintando casas, huertas, páramos, gentes..., departía con los lugareños, comía, bebía, reía, aprendía; pero, sobre todo, enseñaba, porque no hay que olvidar que era un maestro, un ilustrado deseoso de compartir su sabiduría.

No cejó en su empeño hasta hacerse con un extenso trozo de tierra cerca de donde inicialmente estuvo asentada nuestra ciudad, con el único fin de que la metrópolis no fuese expoliada. Luchó hasta lo increíble para que esa zona se catalogase de interés público y, a la vez, Patrimonio de la humanidad, para que se respetase al máximo su estado

original. Hastiado de no ser escuchado, optó por construir, en una antigua almazara junto al río Aguas y dentro de la finca, ayudado por su esposa, la infatigable Beatrice, una fundación donde dar cobijo a los distintos artistas y proporcionarles, en forma de becas, la oportunidad de poner a su disposición todos los medios necesarios para proseguir con sus investigaciones, fomentar la creación y el intercambio de ideas entre los artistas y concederles anualmente galardones en las distintas tendencias como artes visuales, escultura, cerámica, artes del espectáculo, arquitectura, arte textil, música, literatura, pintura, etc. Un legado que, sin duda, habla por sí solo del gran amor que Paúl sentía por Mojácar. De esa forma intentaban, tanto él como su esposa Beatrice, devolver la ayuda hacia los demás que, en su día, ellos recibieron.

La remodelación del antiguo edificio y su forma de financiación no fue tarea fácil y tuvieron que pasar varios años para que su sueño se les hiciera realidad; no obstante, una vez reunido el dinero suficiente y con la ayuda del arquitecto danés Hans O. Poulsen, consiguieron, entre los tres, tras un minucioso proceso de restauración manteniendo la arquitectura original, dar vida a sus anhelos. Toda una obra de arte que luce majestuosa en Eras del Lugar con el excelso objeto de promover el arte desde Mojácar y proyectarlo hacia el resto del mundo.

No sé si fue su olfato profesional o pura casualidad divina, quien sabe. Lo cierto es que más tarde se descubrió que el edificio original estaba alzado sobre



PAUL Y BEATRICE.

los restos de un poblado neolítico compuesto por viviendas y talleres de tejidos, pedernal, alfarería y fundación de bronce. Estos descubrimientos demoraron un tiempo la construcción, pues llegaron arqueólogos de las universidades de Granada y Almería para supervisar las obras arqueológicas halladas. Dichos hallazgos se encuentran expuestos en ambas universidades.

Nunca los mojaqueros estaremos lo suficientemente agradecidos a lo que, en la sombra, hizo este gran artista danés. Jamás seremos lo suficiente conscientes de su grandeza y de la repercusión que, a nivel internacional, su herencia dejó sobre su pequeña patria, como él gustaba de llamar a Mojácar.



KATE OWENS

KATE OWENS
KATY, LA MATA HARI
DE MOJÁCAR

Francisco Pérez Rodríguez

Oficial de la Policía Local de Mojácar

Kate Owens vivía en Cuesta de la Fuente, en una casa comprada a mis abuelos, donde éstos habían residido hasta su traslado a otra nueva vivienda construida un poco más arriba, encima de la fragua. Justo ahí donde yo nací, pasé mi infancia y la mayor parte de mi adolescencia. Por tanto, a la casa de la señora Kate le seguíamos llamando, la casa de la abuela.

Durante la niñez, en esa etapa en que todo son preguntas sin respuesta, interrogantes y desconocimientos, deduje que si aquella casa era de la abuela, y en ella vivía una señora mayor, obviamente, aquella mujer tendría que ser mi abuela, así que abuela le llamaba. Más tarde, supe que no era cierto; pero me apetecía seguir llamándole abuela, entre otras cosas, porque presumía de tener una abuela inglesa, distinta a las abuelas de mis amigos. Las demás abuelas, incluso la mía real, eran feas, vestían de negro y apenas se les veía la cara, siempre estaban refunfuñando, no te dejaban jugar y a la mínima te daban un bufío, te castigaban con no merendar y si procedía, te atizaban un alpargatazo. Sin embargo, mi abuela Katy no era así; ella apenas alzaba la voz, solo lo justo para ser escuchada y cuando yo hacía una travesura, me daba la oportunidad de rectificar, y si lo hacía medio bien, como premio me daba un Bollycao. Me hablaba en inglés, aún sabiendo perfectamente español, para que aprendiera, pues decía que en el futuro me haría falta. Y, además, en su casa guardaba yo casi todos mis juguetes, que no eran pocos. Me consta que entre sus compatriotas, ella también alardeaba de tener un nieto mojaquero.

La mayoría del tiempo estaba leyendo, yo no podía entender como una abuela pudiera leer tanto, y más sabiendo que las demás abuelas no sabían leer. También fumaba, aquello era extraordinario, mientras leía, no se le caía el cigarrillo de la boca, recuerdo que era de la marca Celtas cortos. De vez

en cuando, yo le quitaba algún pitillo para fumármelo a escondidas con mis amigos y eran tan fuertes que andábamos todo el día mareados, “¿Cómo es posible que ella se los fume como si tal cosa?”, me preguntaba.

La casa estaba llena de libros, me decía que en los libros encontraría todas las respuestas a mis preguntas; al principio me sonaba raro, pero cuánta razón tenía. Otra de las cuestiones que me inculcó fue sin duda la puntualidad, decía que una persona impuntual no va a ninguna parte. Y el respeto, “deja hablar a la gente” –decía– “cuanto más hablen, más argumentos tendrás para rebatir”. Y la verdad es que esa enseñanza me ha sido de lo más útil en mi profesión.

Fue una pena no poder disfrutar más de su sabiduría, estaba llena de vida, no paraba de contar, con esa dulzura que le caracterizaba, anécdotas y vivencias de sus múltiples viajes a lo largo y ancho de prácticamente todo el planeta. “No sé cómo he venido a parar a Mojácar” –decía– “pero es lo mejor

que me ha podido pasar después de recorrer más de medio mundo. Aquí quiero morir y aquí quiero ser enterrada, entre ésta, mi gente”. Y sus deseos se cumplieron.

Nadie sabe a ciencia cierta a que se dedicó en su juventud. Corría el rumor de que, durante la Segunda Guerra Mundial, había sido una especie de espía al servicio de la corona Británica. Al preguntarle al respecto, usaba una sutil evasiva como respuesta; no obstante, jamás lo negó. Lo que sí puedo asegurar es que me consta que conocía las armas de fuego a la perfección y estoy por decir que incluso el manejo de ellas. Además, yo he llegado a ver en su casa fotos de ella, de cuando era joven, ataviada con atuendo de piloto de aviación, incluido el paracaídas.

Cuando visito el cementerio mis pies me llevan en volandas sistemáticamente hacia la tumba de Kate que, paradójicas de la vida, se encuentra junto a la de mis abuelos biológicos, y, la verdad, me hace feliz pensar que pueden estar juntos.



KATE OWENS CON LA FAMILIA PÉREZ RODRÍGUEZ



D. ANTONIO MEJIAS JIMENEZ

ANTONIO BIENVENIDA. TORERO

TICO MEDINA

PERIODISTA

Francisco Haro Pérez

El famoso periodista Tico Medina estaba sentado en uno de los sillones que había en el recibidor del hotel, junto a Recepción, y en su mesa tenía una libreta y un lápiz. Me pidió un café con leche y, una vez servido, me pidió que si llegaba al bar el maestro don Antonio Bienvenida, por favor, le dijera que lo estaba esperando. El torero llegó y ambos se trasladaron al Salón Social, situado en la segunda planta. “Nos vamos al salón para hacer una entrevista y estar más tranquilos, sube otro café”, me dijeron.

Tico Medina había arribado a Mojácar a mediados de los años sesenta, invitado por los componentes del Movimiento Cultural Indaliano y ya, desde el principio, quedó fascinado por esta localidad, describiéndola de esta forma tan sugerente:

“Se ve Mojácar ya desde muchos kilómetros de distancia. Está el pueblo hecho un milagro de Dios, increíblemente columpiado sobre una montaña ocre, en la que el sol estalla arrancando luces minerales. Enmarcan el paisaje increíble las verdes y doradas pencas de las chumberas y el mar Mediterráneo que por aquí anda todavía indómito y salvaje con el velo del océano, alarga una playa arenosa, donde ya empiezan a florecer los primeros chalés...”

Cuando subí el café, la entrevista estaba comenzando. Yo, curioso como siempre y con la excusa del servicio, me quedé por allí, casi escondido, para no perder detalle, pues no había visto nunca una entrevista a un famoso y por nada del mundo me la perdería. No he podido, a pesar de haberlo intentado por activa y por pasiva, hacerme con la publicación de la entrevista, y a pesar de haber consultado los periódicos de la época en los que solía ser columnista Tico Medina: Diario Ideal, Informaciones, Pueblo, La Vanguardia, etc.; ni con la ayuda de internet. Pero, recuerdo perfectamente que, al terminar la entrevista, Tico Medina me entregó la libreta, en la que plasmó por escrito el contenido del diálogo, para que la guardara en la Recepción del hotel hasta que él la pidiera. Fue tal mi afán de custodia que, de vez en cuando, sacaba la libreta del cajón donde estaba guardada y la leía. Si cien veces comprobé que seguía allí, cien veces la leí, así que desde

◀ ANTONIO BIENVENIDA.



CON TICO MEDINA.

acompañados, también, de mi hermano. Al pasar por la carretera nacional, a la altura de Los Gallardos, y en las postrimerías de la sierra, vi un pueblecito blanco sobre una montaña y me llamó poderosamente la atención. Le dije al apoderado que se desviase. Nos salimos de la carretera y cogimos otra secundaria dirección Turre. De repente, y a la salida de una curva, tropezamos con un puente escalofriante. Mi apoderado, más supersticioso que yo, no quería seguir; pero era tal mi curiosidad que logré convencerlo. Al pasar Turre, miré hacia el pueblo y los rayos del sol que reflejaban en la cal me deslumbraron y me quedé prendado. Noté algo que no puedo describir.

Periodista: ¿Y?

Torero: Al llegar a la Plaza Nueva, cansados del viaje, nos detuvimos en este hotel. Me chocó que nadie me conociera. Había extranjeros y algún que otro español; pero al contrario que en otros lugares, nadie se acercó y nadie murmuró nada. Nos sentamos alrededor de una mesa y, al cabo de un rato, llegó el camarero y me dijo: "¿Qué van a tomar Maestro?". ¡Pues sí que me ha conocido!, pensé, pero estoy pasando completamente desapercibido. ¡Qué bien! Experimenté una sensación que hacía tiempo no había percibido.

Periodista: ¿Qué más le trajo la atención de Mojácar?

Torero: Bueno, teníamos que marcharnos y le pregunté al camarero si tenían habitaciones libres. "Vaya usted a Recepción", me dijo. Así que reservé tres habitaciones para la noche.

Periodista: ¿Para después de la corrida en Vera?

Torero: Sí. Al concluir la corrida, volvimos a Mojácar y, al llegar, llamé a mi esposa, como siempre hago después de cada corrida. Le dije que no me espera en unos días. Ella, al principio, se asustó, pero la tranquilicé. Le dije que había descubierto un lugar maravilloso y me quedaría unos días a descansar.

Periodista: ¿Hay algo en especial que lo enamoró de Mojácar?

entonces la tengo grabada en mi cabeza con todos sus puntos y todas sus comas.

Dicha entrevista aconteció así:

Periodista: ¿Cómo ha llegado a Mojácar?

Torero: Después de torear en la Plaza de Almería, al día siguiente, lo tenía que hacer en Vera. Al no conocer el pueblo, nos vinimos temprano en un coche, conducido por mi apoderado y

Torero: Como te dije, al llegar de Vera, nos metimos en la habitación y, tras ducharme, salí a la terraza. Estaba anocheciendo. Miré hacia la sierra de Bédar y el cielo era un verdadero espectáculo. Asombrado, me senté sin dejar de mirar el horizonte; jamás había visto un crepúsculo igual. Era una explosión de colores mientras el sol se escondía entre las nubes y la sierra. Algo grandioso sin duda.

Periodista: Y, ¿después?

Torero: Después, una vez repuesto, bajamos al comedor, aún estaba impactado y le pregunté al camarero, Paco, si los atardeceres eran siempre igual. “Igual” –dijo– “Pues, si el atardecer le ha gustado, tiene usted que ver el amanecer. Es todavía mejor”.

Periodista: ¿Lo vio, claro?

Torero: Justo al día siguiente. Yo suelo madrugar, así que me levanté muy temprano y, antes de desayunar, aunque el bar ya estaba abierto, me dirigí a lo más alto del pueblo, la zona del castillo, para tener la visión del mar y me senté en un poyete a esperar a que saliera el sol que ya había empezado a despuntar.

Periodista: ¿Y?

Torero: La verdad es que si el crepúsculo era hermoso, la aurora no tenía calificativo. Los rayos del sol se reflejaban en las aguas cristalinas del mar, iluminando la pirámide blanca como si de un faro se tratase. Ahí quedé para siempre enamorado de Mojácar.

Periodista: ¿Cómo fue decidir quedarse a vivir aquí?

Torero: En ese momento pensé cómo sería poder contemplar cada día esta maravilla. Y ahí se comenzó a forjar mi sueño.

Periodista: ¿Y lo de la casa?

Torero: Estando desayunando comenté lo del amanecer con mi gente. El camarero, que lo escuchó, sin el menor pudor, me dijo: “Si usted quiere hacerse una casa aquí, hable con Jacinto, el alcalde, y le regala un terreno”. ¿Será verdad?, me dije.

Periodista: Y ¿cómo se puso en contacto con Jacinto?

Torero: Me lo presentó el dueño del hotel, que corroboró lo que había dicho el camarero.

Periodista: ¿Qué impresión le causó el Alcalde?

Torero: Al principio, un hombre tosco, muy hablador y con un vozarrón que impresionaba. Fui a darle la mano y me dio un abrazo que casi me despachurra, me dejó la sensación como si me hubiera revolcado un Miura. Bromas aparte, percibí en él un hombre muy sano y muy amable a la vez que muy ilusionado con su proyecto. Hablaba de todo sin parar, menos de lo que a mí me interesaba. Así que se lo solté: “¿Y lo del terreno qué?”, le pregunté. “Eso está hecho, hombre” –me dijo– “elije el sitio”. “En lo más alto, mirando



CALLE TICO MEDINA.



CASA DE ANTONIO BIENVENIDA

al mar”, afirmé. “¡Pues ya está!”, replicó y me dio otro abrazo, y ése fue el trato. “Pero...!ojo!”, asentó, “tienes que descombrar por tu cuenta, hacer un muro de contención y dejar una calle entre casa y casa y todo antes de un año, si no, no hay nada que hacer, hay cola de gente esperando”. Allí mismo me comprometí y hasta ahora.

Periodista: Pero el sueño de todo torero que se precie es tener una finca en el campo o una ganadería.

Torero: Y el mío lo era, hasta que descubrí Mojácar.

Periodista: ¿Y la familia qué opina?

Torero: Encantados, sobre todo mis hijos. Aquí han encontrado un grupo de amigos con los que se lo pasan muy bien, se divierten y no echan nada en falta.

Periodista: ¿Cómo han sido ustedes acogidos?

Torero: Fenomenal. La gente, que esa es otra, es increíble, tanto los nativos como los foráneos. Hay una mezcla de personajes y personalidades encantadores y un nivel socio-cultural muy interesante, cualquier conversación con cualquiera resulta de lo más gratificante y lucrativa.

Periodista: En pocas palabras; ¿Cómo definiría Mojácar?

Torero: Estoy encantado, esto es sencillamente un paraíso.

Tico y don Antonio, como se les llamaban por aquí, después fueron vecinos. Sus casas, situadas en la zona del castillo, apenas distaban cincuenta metros la una de la otra. La del torero en calle Miramar y la del periodista en una callejuela de nueva construcción y que posteriormente llevaría su nombre: Calle Tico Medina. En la fachada de la casa del maestro luce una placa que reza: Aquí vivió el gran torero don Antonio Bienvenida.



MARCELIEN BRUNET

MARCELIEN BRUNET

MARCELINO EL DEL ELIZABEHT

Antonio Martínez Alonso,
Antonio "el del Indalo"

Siempre he creído que los homenajes y los reconocimientos a las personas hay que hacérselas en vida; aunque en este caso, Marcelino vivió percibiendo el cariño que siempre suscitó entre los mojaqueros nacidos o no aquí.

Alguien que no conociera su origen, probablemente, no podría saber o apreciar si en verdad era nativo o no, pues se movía como si realmente lo fuese. Yo creo que era algo más, uno más. Siempre estaba presente en todos los quehaceres cotidianos del devenir del pueblo; no faltaba a ningún evento relevante donde se debatiera algo referente a Mojácar, tales como actos culturales, sociales, deportivos, charlas, tertulias, críticas etc., y siempre tenía alguna solución. Su voz se había hecho un hueco entre las que tenían un cierto peso específico a la hora de tomar determinaciones importantes y su presencia era indispensable en este tipo de asuntos dentro de la comunidad.

Nombrar a las personas por categorías va muy en contra de mi forma de pensar; pero no dejo de reconocer que algunas de estas personas poseen cierto carisma que les hace sobresalir sobre otras que pasan por la vida sin hacer ruido o que no se involucran lo suficiente como para pasar a la posteridad por algo en concreto y, en ese sentido, pienso que a Marcelino hay que catalogarlo, utilizando un símil futbolístico, como uno de los líderes de primera división. En cuanto pasaba los límites jurisdiccionales de Mojácar, se convertía en el más ferviente embajador de ésta. "Mojácar me duele en el alma", solía decir, y cuando alguien tocaba su fibra sensible, o sea, su alma, saltaba como impulsado por un muelle, en defensa de los intereses de su pueblo.

Me pide mi cuñado (el autor del presente libro) que exponga qué aportó Marcelino a Mojácar. ¿Qué voy a decir al respecto? ¡Lo aportó todo! ¿Qué puede aportar un buen hijo a su madre? ¡Pues todo! Todo aquello que se



MOJÁCAR F.C.

hace con amor y con todo el cariño del mundo. O lo que se da sin esperar necesariamente nada a cambio.

¿Qué necesidad tenía él de montar un negocio cuando con su pensión y la de su esposa tenía más que suficiente para vivir holgadamente; más sabiendo de antemano que apenas tendría beneficios? Pero Mojácar necesitaba más restaurantes y, además, daba trabajo a una familia.

¿Qué necesidad tenía él de estar siempre enzarzado en discusiones sobre la supremacía de Mojácar cuando se desplazaba a la lonja de Garrucha a comprar pescado, o cuando iba al mercado, o a los bancos de Vera, o cuando tenía que ir a Turre a cortarse el pelo?

¿Qué necesidad tenía él de acompañar, cada domingo, al equipo de fútbol cuando tocaba desplazamiento, aguantando todo tipo de insultos y vejaciones por parte de los aficionados medio incivilizados de algunos pueblos perdidos por la geografía andaluza?; “Pero alguien tiene que ir” –decía– “acompañando a los críos para que se sientan protegidos”. Él era así. Hacía las cosas porque le salían del alma, de su alma mojaquera. Defendía Mojácar hasta de los propios mojaqueros, “tú no eres mojaquero ni ná” –les decía a los críticos pesimistas– “hay que criticar menos y hacer más cosas por el pueblo”.

Desgraciadamente mojaqueros como Marcelino ya quedan muy pocos, incluso de los nacidos aquí.



SALVATORE FIORELLO, SAMMY

SALVATORE, CHORRA MORTA

Francisco Haro Pérez

Si hubo un personaje que sobresaliera sobre los demás, en cuanto a aglutinación de valores representativos de lo que Mojácar significaba en aquella época, fue sin duda Sammy. Destacaba en todo aquello que se le pudiera pedir a un presunto mojaquero de hecho, al presentar su currículum para optar a semejante galardón.

La simpatía fue quizá una de sus cualidades más destacadas a simple vista, la sonrisa permanente, la broma constante, el chiste fácil; gracioso y venido a cuento en el momento preciso eran su primera seña de identidad.

De su integración cabe destacar que, desde el primer día de su llegada, hubo una complicidad recíproca con todos los habitantes del pueblo. Inmediatamente conocía a todos y cada uno de ellos y sabía definir la relación de parentesco, amistad, distanciamiento o afinidades de cada cual con el otro. Con la mayor sutileza se introducía en la vida del pueblo para mediar, alabar o reprender cualquier acto o comportamiento y, con toda confianza, recorría cada rincón de cada hogar para redecorar o asesorar a sus moradores sobre muebles, cuadros, recetas de cocina, etc.

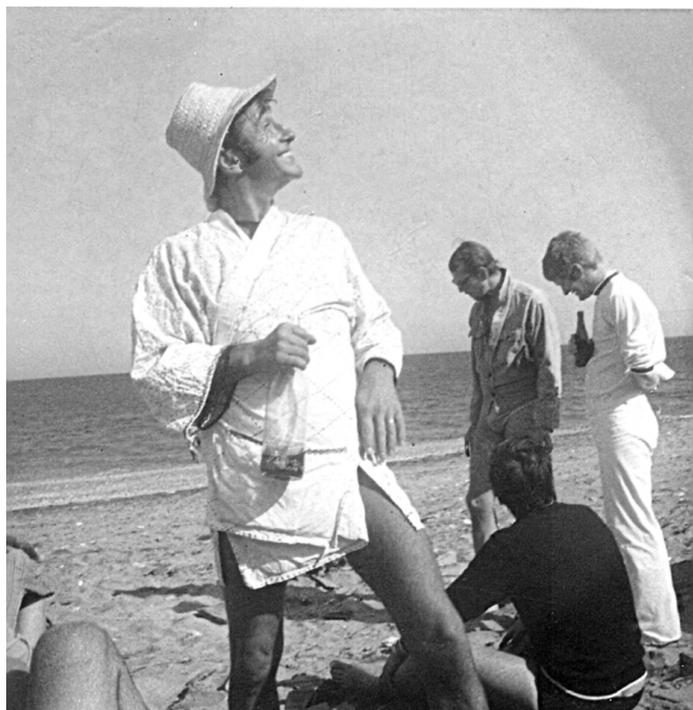
Serio o desenfadado; callado o dicharachero; juicioso o alocado; extremado o templado, ingenioso, bufón, actor y, cómo no, artista. Podía ser todo a la vez. El mismo día cambiaba de look, en varias ocasiones; igual paseaba enfundando un frac que, al rato, aparecía de lo más carnavalesco con unos harapos de espantapájaros y el pelo pintado de verde; o bien se encontraba cocinando en su bar con un gorro de cocinero y un gran delantal y, al darse la vuelta, mostraba su trasero completamente desnudo. Sammy, siempre Sammy.

Era libre, completamente libre y universal. Representaba a una Mojácar sin estereotipos, sin ataduras hipócritas, abierta a todo; a todo aquello que significara tolerancia y buen talante. Amante de la belleza, o mejor dicho, sabía encontrar la belleza en todo aquello que formaba parte de su entorno, por muy banal que pareciera.

Por otro lado, yo todavía no sé de qué vivía. Montó varios bares, pero creo que era imposible que ganase dinero con ellos, pues invitaba a casi todo el mundo. Es más, observé en varias ocasiones cómo daba dinero a algunos, incluso después de consumir y no pagar.

◀ SALVATORE FIORELLO.

Francisco Haro Pérez, "Paco Lina"



SAMMY.



EN LA PUERTA DEL BAR LA SARTEN.

La verdad es que fue un personaje singular. Todos los mojaqueros lo recuerdan y muchas de sus frases o chistes han quedado como dichos populares de Mojácar. ¿Quién no dice Chorra Morta o no me la saco porque aquí no cabe o lo no tengo la culpa de ser tan guapo? Incluso los más jóvenes, que no llegaron a conocerlo, saben de su existencia y la importancia que tuvo en aquella Mojácar forjada a imagen y semejanza de esta serie de personajes que dejaron su sello personificado y que sin duda forman parte de la esencia de este pueblo.

De rasgos muy varoniles, fornido, de anchas espaldas, robustos brazos y poderosas manos, parecía más bien un leñador de los montes Apeninos septentrionales del norte de Italia. No obstante, en cuanto su cuerpo y su mente se ponían en movimiento, sacaba a relucir su lado más femenino y esa sutileza y dulzura que solo saben usar las personas de su condición. No escondía para nada su homosexualidad, sino todo lo contrario; así era y así deseaba mostrarse y, lo más importante, así era querido y respetado por todo el pueblo, hasta llegar a convertirse en un personaje emblemático y característico de Mojácar. Puro ingenio.



CHARLIE BRAUN

CHARLY, EL BELLO

Lenox Napier

Según contaba Charlie, nació en Japón, aunque su físico nada tiene que ver con la raza nipona, en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial. Al parecer su padre ejercía de embajador alemán en aquella lejana tierra y su infancia la debió pasar por el este de Europa, de país en país, pasando frío, dependiendo del destino que le encomendaran a su padre. De ahí, su afición a los deportes de invierno, sobre todo, el esquí; disciplina que practicó y llegó a ejercer semi profesionalmente, antes de sufrir una lesión que le impidió su continuidad.

Hacia el año mil novecientos sesenta y uno, o sesenta y dos, acudió a un casting para el doblaje de la película *From Russia with love* (Desde Rusia con amor) dirigida por Terence Young y protagonizada por Sean Connery. Buscaban un especialista para el doblaje del gran actor escocés en la famosa escena, con la que se abre la película, en la que éste es acosado por otros esquiadores en frenética persecución. Su trabajo convenció al director británico y, desde entonces, se le abrieron las puertas de la industria cinematográfica como especialista y, en algunas ocasiones, como actor. Hay que recordar, también, que poseía un físico excepcional, muy apropiado y necesario para ganarse la vida en esa dura y sacrificada profesión. Una veintena de películas avalan su Listing filmoteca.

En aquella época, la meca del cine, sobre todo para los especialistas, era, sin duda, Tabernas (Almería), y allí acudió Charly para participar en los rodajes de los famosos Espagueti Westerns. Un día que estaba en el mítico bar Saloon, situado en el Paseo de Almería, donde concurrían los actores de poca monta, conoció a Salvatore Fiorello, Sammy para los amigos. Se enamoró de él nada más verlo y, aunque Charlie le dejó bien claro desde el principio que era un empedernido mujeriego, se lo trajo a Mojácar y se hicieron muy amigos.

Por entonces, Salvatore trabajaba en el bar La Sarten (bar abierto por mi padre), más que nada, para pasárselo bien con sus amigos. Al verlos juntos, tan amigos y tan distintos, pensó en abrir otro bar y explotar el potencial de ambos para regocijo y cachondeo de todos. Así pues, se puso manos a la obra y montó otro bar en la calle "En Medio", llamado Zorba's bar; el éxito fue tremendo. Acudían gentes atraídas por el morbo de ver dos formas de seducción antagonicas: Salvatore con su mariconería y Charlie con su virilidad.

◀ CHARLIE BRAUN.

Además, colocaron un cartel en la puerta de entrada, en inglés claro, por aquello de la censura, que decía: "Hola, ¿Quieres follar? Las mujeres diríjense a Charlie y los demás a Sammy, cosas de mi padre.

Lo de la censura ya tampoco era problema, pues Mojácar se había liberado de esos tópicos. No obstante, recuerdo una anécdota peculiar que se dio en los comienzos del bar: por el revuelo que se formó, una pareja de la Guardia Civil pasó por allí, supongo que mandada por su superior, y había tan buen rollo que, al final de la noche, Charlie y Sammy acabaron poniéndose el uniforme de la Benemérita, con tricornio incluido, y los guardias terminaron vestidos de lagarterana. Cuando salieron del bar, ya de madrugada y, por supuesto, borrachos, un guardia le decía al otro: "Hay que decirle al sargento, que aquí, de mariconeo, nada ieh!".

Charlie era un cliente asiduo del bar Pimiento. Por aquella época Philippe Kirsch solía contratar a algunas muchachas jóvenes y guapas para amenizar las veladas del famoso pub y atraer con ello a los hombres, pero, además, yo nunca vi pagar sus copas a Charlie, no digo que estuviese también contratado, aunque era evidente que su presencia atraía a las mujeres. Un gran moro este Felipe.

Poco a poco, Charlie fue sentando la cabeza. Estuvo unos años formando pareja con la bella actriz Katy Mullock y vivían en la casa que ésta le compró al, también actor y director de cine, Daniel Aubrey en la zona del castillo, en lo



CHARLIE CON ANTONIO EL GURILE.



CHARLIE BRAUN.

más alto del pueblo. Durante este tiempo, se hizo manager de producción y se dedicaba a buscar escenarios para el rodaje de películas de vaqueros.

Sobre el año mil novecientos ochenta y cuatro, más estabilizado y sereno que nunca, se casó con Irene, una estupenda mujer alemana con la que se le veía feliz y completamente realizado; aunque, de vez en cuando, echara alguna canita al aire. Con ella compartió veinte años, hasta que ésta falleció víctima de una sufrida enfermedad y, de la misma manera, a los diez años, más o menos, falleció él, a consecuencia de un cáncer, en este caso, de pulmón; no sin antes regresar a Mojácar desde México, donde se habían marchado a vivir, para despedirse de sus amigos y de Mojácar.

Tuvieron una hija, Anushka, guapísima; a la que vemos de vez en cuando y nos recuerda a su gran padre, gran amigo, gran hombre, gran mojaquero, gran Charlie.



ULF DIETRICH SCHIMMING

ULF, EL ARTISTA DEL CUERO

Francisco Haro Pérez

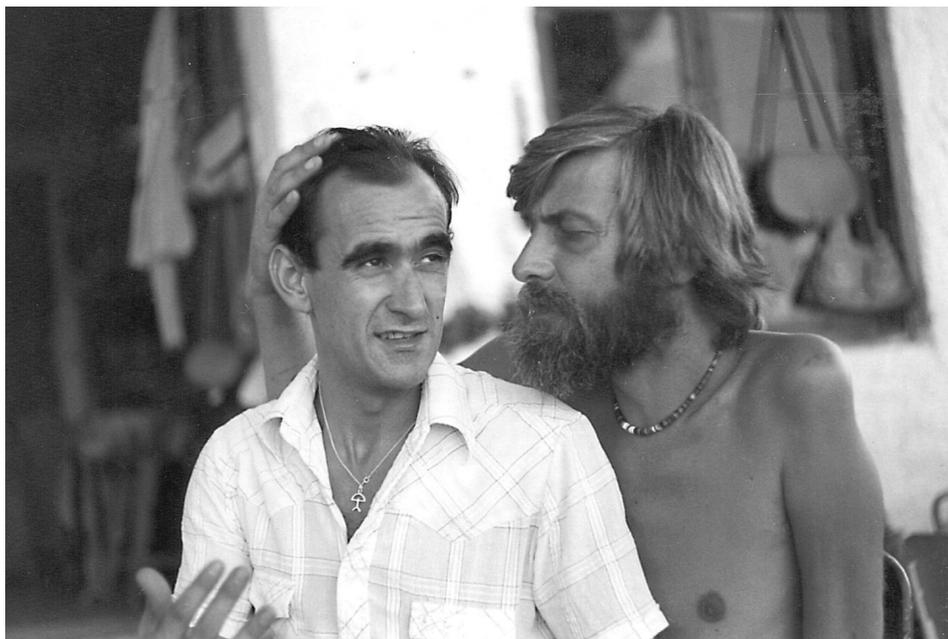
Durante la década de los sesenta tuvo lugar una corriente social y contracultural a nivel mundial denominada Movimiento Hippie. Como es sabido, se trataba de unos grupos de jóvenes que tenían en común una ideología muy definida con respecto a la forma de vida bohemia, entre otras cosas. Con ellos llegaron a la localidad nuevas tendencias; una de ellas fue la moda del cuero, que se empezó a usar como ornamento corporal, amuletos y decoración en general. Proliferaron gran cantidad de artesanos, los cuales realizaban verdaderas maravillas como pulseras, collares, correas, bolsos, fundas, pantalones, chalecos, zapatillas, cuadros, etc.

Uno de esos artistas fue Ulf, que apareció en Mojácar a principio de la década de los setenta, en pleno auge de la primera oleada de hippies. Hablar de Ulf es hablar de muchas cosas; era un artista algo bohemio, pero comprometido con el trabajo; no era exactamente un hippy al uso, melancólico y contemplativo, de los que pasaban el día mirando a las musarañas sin hacer nada, sino todo lo contrario; era trabajador, contestatario y reivindicativo. Como solemos decir, no se callaba una; lo que tenía que decir lo decía muy alto y claro, y lo que él creía que tenía que hacer, lo hacía, sin medir las consecuencias y convencido de que lo que estaba haciendo era lo correcto. Evidentemente, no siempre tenía razón y, como a todo buen alemán, le costaba reconocerlo.

A mí, la verdad, me cuesta mucho hablar de él con la imparcialidad que merece la ocasión, entre otras cosas, porque era más que un amigo. Bajo su aparente soberbia y tozudez, se escondía un ser de los más sensible y bondadoso; era capaz de darlo todo, incluso pasar penurias, antes de dejar tirado a un amigo. Se adaptaba a cualquier circunstancia y podía faltarle cualquier cosa, menos la cerveza. De hecho, se me hace difícil recordarlo sin su botella de Mahou en la mano.

Penetró rápidamente en los entresijos de la población, investigando constantemente las costumbres, gustos, fetiches, abalorios y demás signos identificadores, con el fin de plasmarlos en su obra. Además, montó un taller donde daba clases para el aprendizaje de la manipulación del cuero como elemento decorativo y creó gran cantidad de amuletos significativos de Mojácar que posteriormente exportó y podían verse en cualquier parte del mundo,

◀ Ulf.



ULF CON FRANCISCO HARO (AUTOR).

haciendo una clara alusión a nuestra ciudad. De su taller salieron otros grandes artistas como David, Michael, Lorena etc.

Ulf se perpetuó. Fue uno de esos personajes a los que no se entienden sin Mojácar o que Mojácar no sería la misma sin ellos. Además de la huella espiritual que dejó, también destaca la de su descendencia biológica. Por aquí anda, muy a menudo, su maravillosa y guapísima hija Sasha, habida de su matrimonio con Yohanna Bouter, Yoka, a la que quiero como si fuese de mi propia familia; de hecho, me llama tito.

Ulf será por siempre recordado. La Plaza Nueva no es la misma desde que no deambula por ella con su botella de cerveza en la mano, dándole pequeños sorbos mientras, en ellos, se le iba un tanto la vida. La noche mojaquera también lo echa de menos, pues, era parte de la misma, al igual que ahora forma parte del pasado glorioso de Mojácar. Mi querido Ulf, ¡Un Mojaquero Grande!

“Conocí a Ulf al poco de instalarme en Mojácar. Después de dejar la peluquería que monté en la calle Glorieta, cogí el Torreón y lo acondicioné como hostel. Lo de Ulf surgió poco a poco. El físico, aunque no andaba mal del todo, no me dijo mucho. Fue el trato diario, la comunicación vecinal lo que me llamó cada vez más la atención. El amor surgió lentamente, como los grandes amores. Ya no éramos tan jóvenes y los pasos había que darlos lentos, pero firmes.

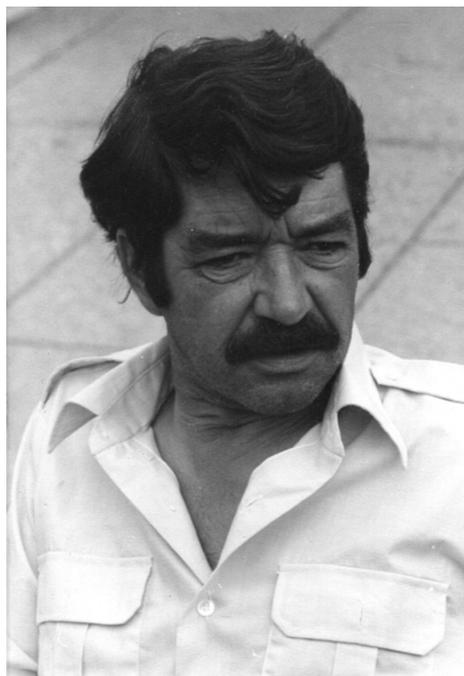
Por su carácter y su forma libre de entender la vida, nuestra relación no fue, ni mucho menos, un camino de rosas. No era una persona fácil, pero aun así, se hacía de querer. La generosidad y el cariño sobresalían, por encima de todo, sobre su personalidad y compensaba, con creces, las demás carencias, que no eran tantas. Como anécdota recuerdo que, a menudo, decía, sobre todo cuando bebía un poco más de la cuenta, que, para él, el hecho de estar con una mujer le producía sensación de adulterio, ya que su gran amor, el amor de su vida era Mojácar.

Cuando faltó definitivamente, lo pasé muy mal, hasta el punto de que tuve que dejar Mojácar por un tiempo. No podía soportar su ausencia, así que me refugié en mi tierra natal. Pasado algún tiempo, me di cuenta de que él seguía, de alguna forma, en su querido pueblo y, cada vez que tengo ganas de verle, vuelvo y me lo encuentro, cerveza en ristre, en cualquier esquina de la Plaza Nueva, o en la Glorieta, o en la calle Puntica. Me acerco, lo beso y le doy las gracias por haberme permitido pasar los mejores años de mi vida a su lado. Siempre te llevaré en mi corazón.

Rosario López Jiménez, Charo.



DIBUJO REALIZADO POR PETER HONEY.



TILL.

WALTER RUDOLF WANNER

TILL, EL FRAGÜERO

Francisco Haro Pérez

Entre la gran cantidad de personajes que, en principio, se asentaron y contribuyeron al renacimiento de Mojácar, había un número considerable de artistas que proliferaron en muy dispares disciplinas. Till lo fue en la manipulación del hierro y su habilidad le hacía crear un abanico de posibilidades en el aprovechamiento del mismo para la decoración y la escultura; pero aquello no era rentable

y, por tanto, su naturaleza aventurera le hacía buscar constantemente nuevos horizontes como forma de vida e intercambio. Era un hombre amable, muy hablador y comunicativo, muy gitano o cambalache como solemos decir aquí a esta clase de personas extrovertidas. No tenía ningún problema en emprender cualquier tipo de empresa: desde bares, pasando por restaurantes, boutiques y hasta compraventa de antigüedades. Se le hacía fácil por su habilidad para el trato con las personas y su conocimiento de los distintos idiomas en los que se manejaba.

A bote pronto, daba la impresión de ser un hombre rudo y de aspecto ignorante o ajeno, debido a su semblante que, dicho sea de paso, era de gran parecido físico al del actor norteamericano de origen lituano Charles Bronson, con bigote incluido. No obstante, era una de las personas más cultas e instruidas de las que en aquella época vinieron a Mojácar. Su casa era un gran estante de libros, con toda la pinta de haber sido releídos una y otra vez; libros en varios idiomas, de todo tipo y diverso contenido.

Era un gran conocedor de nuestra cultura. Hablaba y escribía correctamente el castellano, alemán, francés, inglés y no sé si sueco. Además, se hallaba totalmente involucrado en la causa, sirviendo de nexo o unión entre las distintas corrientes étnicas que nos poblaban, haciendo más fácil la coexistencia entre todas ellas. Fue verdaderamente un personaje digno de mención. Tenía algo

especial que, rápidamente, le hacía diferenciarse de la masa y, aunque carecía de afán de protagonismo, continuamente destacaba, bien por su soltura o por su acentuada personalidad.

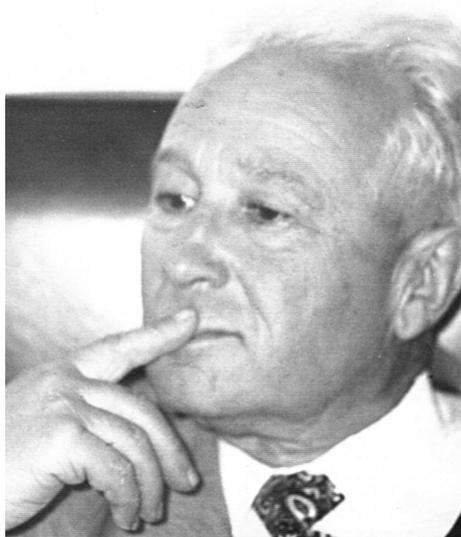
Había que acudir a él cuando se quería que la comunicación fuese lo suficientemente explícita y detallada, para evitar mal entendidos, por cuestiones del idioma o de costumbres. También, cuando había que explicar el significado de las leyes, delimitar los derechos y recalcar los deberes a los que se estaba sometido. En definitiva, un asesor al que siempre se le encontraba dispuesto a ayudar no solo a los foráneos, sino a los propios nativos.

No era raro verle reprender a cualquiera, independientemente de su naturaleza, que mínimamente se saltara los límites de las normas básicas de convivencia y buena conducta, o que faltase al respeto a las tradiciones en general, sean cuales fueren sus orígenes.

Él, desgraciadamente, ya forma parte del pasado. Como otros tantos, nos dejó joven; pero, como todos ellos, perdura en el recuerdo de los mojaqueros y forma parte de la historia de este lugar. Historia que él ayudó a escribir para que Mojácar sea lo que es. Aquí queda su encomienda y también su linaje personificado en su esposa Greta y su vástago Till junior, auténticos mojaqueros en pos de continuar con sus aportaciones al engrandecimiento de su pueblo.



TILL.



BENJAMIN RAPOPORT.

BENJAMIN RAPOPORT

*SUPERVIVIENTE DE LOS CAMPOS
DE CONCENTRACIÓN NAZIS*

María Córcoles

Me comentó Paco Lina, sabedor de mi amistad con Benjamín, que estaba preparando un libro en el que narraba, de alguna manera, la evolución que tuvo lugar en Mojácar desde los años sesenta, a través de una serie de personajes que, por entonces, nos visitaron y que, sin duda, tuvieron un importante peso específico en la

reconstrucción material y espiritual de nuestra ciudad. Me pidió, por favor, que le hablara de Benjamín Rapoport, para mí, uno de los más ilustres personajes de los muchos que Mojácar adoptó y que, con toda certeza, amaron este pueblo.

Pues bien, en principio, quiero dejar patente que no me siento con la suficiente capacidad intelectual como para hacer una narración de este tipo en memoria de nuestro homenajeado. Pero no podía negarme de ninguna de las maneras a las demandas solicitadas por Paco para la colaboración y participación en esta sentida consideración a estas gentes, en general, y a Benjamín, en particular. Así pues, me limito a transmitir algunas vivencias en virtud de una pura, larga y sincera amistad sostenida a lo largo de esos cuarenta años que hemos tenido el placer de compartir con él. Por tanto, con todo el gusto del mundo, me presto a colaborar en esta obra que no dudo servirá para recordar, honrar y agradecer, entre otros, a Benjamin su legado en pos de una Mojácar diferente y, en definitiva, una vida mejor.

Durante la Segunda Guerra Mundial, y a consecuencia de su condición judía, Rapoport sufrió, primero, una larga persecución y, después, un cruel cautiverio. Una vez disipado esto, con su insaciable sed de paz, se dedicó a viajar por el mundo y gozar de la libertad que, en un principio, le arrebataron, intentando olvidar lo inolvidable. Aun así le faltaba algo. Tras recorrer infinidad de países de África, América y Europa, por fin dio con algo que, sin saber qué era en concreto, encontró en Mojácar. "¿Qué te trajo a Mojácar?", le pregunté alguna vez. "No sé" –decía– "un todo, el olor a paz, el ruidoso silencio, la solidaridad de sus gentes, el reconfortante paisaje, la penumbra, la luz, la explosión del amanecer, la espectacular anochecida. Todo, todo".

Al contrario de otros muchos personajes que coincidieron con él en esta época gloriosa de Mojácar, Rapoport no era un hombre bohemio; aunque sí un gran artista, reconocido escritor y muy buen pintor. Era más pragmático, más terrenal, un idealista puro que se había forjado a sí mismo a base de desencantos.

Andaba erguido a pesar de los puntapiés que le había dado la vida y, sobre todo, despierto, muy despierto, viéndolas venir desde cualquier ángulo posible. No le gustaba beber, cosa rara entre los demás extranjeros. Mientras la mayoría estaba de juerga, él prefería dialogar con los nativos y casi siempre tenía un corro de personas a su alrededor escuchándole. Era muy agradable de oír, pues sus conversaciones emanaban de lo más profundo de su intelecto, rebosante de experiencia y sabiduría, a la vez que impartían enseñanza. Impresionaba escuchar su forma de entender la vida y lo que esperaba de ella después de haber pasado lo que pasó.

Benjamín era gran amante de los paseos por la calles Glorieta y Puntica, haciendo sus recesos para contemplar el paisaje. También, le gustaba quedarse en casa leyendo o releendo algún libro de los muchos, en varios idiomas, que formaban su ilustrada y extensa biblioteca, o escuchaba música, otra de sus pasiones, la música clásica de la que igualmente era un experto.

Algunos podrían haberlo tachado de avaro por el mero hecho de no ser bebedor o juerguista, pero nada más lejos de la realidad. De hecho, una parte proporcional de su patrimonio estaba destinado a una serie de distintas O. N. G. destinadas a paliar el hambre, la miseria y el maltrato humano.

No faltaba a su cita diaria con la prensa, que al principio era un fastidio, porque venía con un día de retraso. Sentado en la terraza del bar Indalo o en la paleta del mirador de la Plaza Nueva, empapándose de todo lo que acaecía en el mundo, leía la misma noticia en distintos periódicos y las contrastaba, para después hacer comentarios al respecto y sacar sus propias conclusiones, independientemente del contexto político o social con que estuvieran escritas por razones de tendencias ideológicas. La verdad es que era una enciclopedia viviente y, además, actualizada.

En algunas ocasiones, sin darse cuenta, se quedaba ensimismado, absorto en sus propios pensamientos y con la mirada perdida en un imaginario horizonte; entonces, se le escapaba un suspiro, volvía a la realidad y sonreía. Yo no podía dejar de acordarme de todo lo que, en ocasiones, me contaba y, al tiempo, me preguntaba cómo era posible que este hombre no denotara ni un atisbo de rencor en su ser, después del sufrimiento y la agonía por el maltrato y las torturas que tuvo que soportar en sus carnes, en esos campos de concentración nazis; o por el mero hecho de ser judío e inteligente, tal y como relata magistralmente en su obra *Ma vie et mes Champs*, traducido al castellano por Ramón Jesús Lorente Castillo con el título *De los campos*



BENJAMIN CON EL NÚMERO DE PRESO TATUADO EN EL BRAZO.

de la Segunda Guerra Mundial a Mojácar. Dentro de sus memorias, cuenta las peripecias de un superviviente en los campos de exterminio nazi y su paso, primero, por Vernet y Drancy y, después, por Birquenau, Auschwitz, Jawiachowitz, Monowitz-Bana, Gleiwitz, Dora y Bergen-Belsen. Pero, también, narra otros hechos: su extraordinaria memoria y su dilatada vida nos permite recorrer prácticamente un siglo, el siglo XX, lleno de acontecimientos; desde los últimos años de la Rusia zarista, la Primera Guerra Mundial, la inmediata posguerra, la descolonización, la construcción de Europa y hasta la España de Franco; los últimos años de la dictadura, la transición democrática y, por último, una profunda reflexión, a través de sus ojos, de la transformación que ha sufrido nuestro entorno y nuestra forma de vida desde aquel, ya lejano, 1.959, cuando él fue de los primeros extranjeros en poseer una vivienda en Mojácar.

Decía ser agnóstico y presumía de no creer en Dios, por lo menos tal y como nosotros lo tenemos conceptualizado. Decía que su fe y sus creencias iban por otros derroteros. No obstante, cuando leía en los periódicos algunas de las barbaries que diariamente acontecen en el mundo, se le escapaba un “a ver si Dios quiere” muy sugerente. Luego, se excusaba alegando que “es un dicho o un modismo”; en definitiva, frases hechas que no coinciden con el sentido literal de las mismas, pero yo creo que le salía del alma.

Resumiendo, puedo afirmar que fue un hombre bueno, una persona de exquisita sensibilidad y extremada humanidad, capaz de razonar en la desgraciada arbitrariedad en que se mueve este mundo poniendo un poco de cordura en todo aquello en lo que le tocaba intervenir. Durante su larga estancia en Mojácar, dejó, sin duda, impregnada su huella. Así lo demuestra el gran cariño que todos los mojaqueros le profesamos y, en particular, mi familia, por su cercanía, sencillez, talento y, sobre todo, su bondad. Murió sin ver cumplidos sus utópicos sueños de poder contemplar un mundo mejor y más justo, donde la paz, la solidaridad, la justicia y la igualdad predominaran entre todas las etnias y pueblos del mundo.

Yo deseo que se haya encontrado con su Dios, que a la postre será el de todos, allá en el cielo y que, por fin, descanse en paz.

“Gracias María. Gracias por este emotivo y sincero homenaje a tu amigo del alma. Y sí que sabes, sabes expresarte a las mil maravillas, porque lo haces desde el corazón y apoyada en tu gran capacidad intelectual que, aunque tu humildad no quiera reconocer, sí que la tienes. Queda patente”.

Francisco Haro Pérez, Paco Lina.



ROBERTO PUIG-ADAM ÁLVAREZ

ARQUITECTO UNIVERSAL

Clemente Flores Montoya

Roberto Puig fue un personaje muy célebre en la Mojácar de los años sesenta y setenta. Sus excentricidades y su particular forma de entender la vida hacían que encajara perfectamente en el organigrama que se había creado en torno al bohemio y desenfadado comportamiento del que disfrutaban la mayoría de artistas, como él, que poblaban la zona. Pero Roberto era algo más y así nos lo explica un mojaquero ilustre que lo conoció bien y compartió muchos momentos de su dilatada carrera, como arquitecto, en Madrid y como persona, en Mojácar.

Clemente Flores Montoya, ingeniero de Obras Públicas y licenciado en Sociología, nos relata, a continuación, una breve, pero intensa semblanza de Roberto Puig.

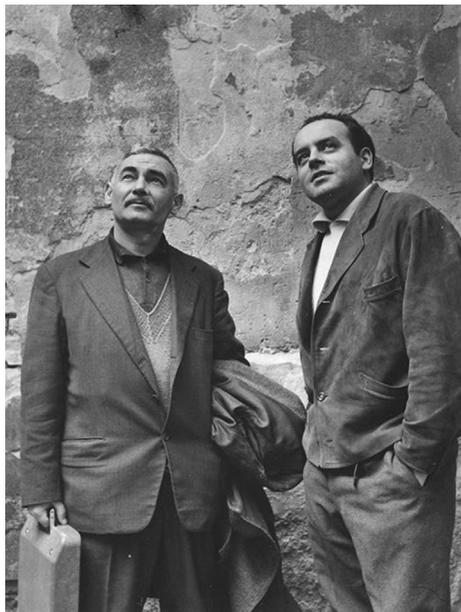
Roberto, nacido en 1.930, era hijo de D. Pedro Puig Adam, profesor de Cálculo de la Escuela de Ingenieros Industriales de Madrid, uno de los hombres de ciencias más prestigiados de España. D. Pedro había obtenido su primera cátedra con 21 años, siendo Doctor en Exactas y fue profesor de D. Juan de Borbón, padre del actual Rey de España.

El carácter controvertido de Roberto seguramente tuvo relación con el hecho de la posición paterna que, por otro lado, le evitó algún disgusto con la policía de la época, tan diligente en los controles del mundo universitario. Roberto recibió una educación esmerada, destacando en Humanidades y Expresión Artística. Realizó con brillantez los estudios de Arquitectura y estaba dotado de un físico potente y atractivo que él se encargó, durante mucha parte de su vida, de cubrir con una vestimenta y aspecto descuidado. Había practicado deportes y artes marciales y había leído bastante sobre temas humanísticos, sobre todo, de arquitectura.

Era observador, soñador, utópico y, aunque callado, un brillante conversador sobre temas diversos. Tenía ciertas inquietudes sociales, más teóricas que aprendidas, como correspondía a su crianza y a la época que le había tocado vivir. Fue un joven inconformista y rebelde que comenzó muy pronto a trabajar en grupos de gentes especialmente seleccionadas de la arquitectura y las artes.

En 1.951, apenas iniciados sus estudios de arquitectura, formó parte del Grupo de Estudios de la Moderna Arquitectura (G.E.M.A.) con Rallo y

◀ ROBERTO PUIG.



ROBERTO CON CHILLIDA.

Fernández-Shaw, quienes publican un manifiesto en Pro de la Arquitectura Moderna. En julio de 1.956 obtiene el título de Arquitecto.

En 1.957 aparece integrado en el Grupo Forma, en Barcelona, con el ingeniero León Bergada y el escultor Jorge Oteiza. Un año después, Jorge Oteiza, que había colaborado con arquitectos como Sáenz de Oiza, Fisac, Corrales y Molezún, se presenta con Roberto a un concurso internacional en Montevideo y lo ganan. Realizaron un edificio, singular homenaje a José Batlle, que les catapulta a la fama, pues el resultado se publica en muchas revistas internacionales de arquitectura y lleva, anejo, un manifiesto teórico sobre la integración de la escultura y la

arquitectura. Sobre el contenido de este trabajo se han hecho tesis doctorales, incluso muchos años después de haber muerto Roberto.

Se trata de una etapa muy creativa para Roberto y en ese momento se le augura un brillante porvenir como arquitecto. Con un grupo de artistas singulares y de larga trayectoria de éxitos como Chillida, Oteiza y Basterrechea forma el grupo G.A.U.R. para colaboración e intercambio de ideas. (Es celebre la foto realizada en Irún con todos los componentes del grupo en el año 1.966).

Luego, le encargan los proyectos de varios edificios, entre ellos uno para Peugeot, en Buenos Aires y, cuando parece que todo va a ir sobre ruedas, comienzan a truncarse las expectativas. Con ocasión del concurso ganado, viaja a Montevideo y un cambio de gobierno en Uruguay hace que no se construya el proyecto ganador. A consecuencia, Roberto reacciona con no muy buenos modos, causando, al parecer, algún roce diplomático. Además, Roberto, cuya faceta artística es más potente que la faceta técnica y que tenía un controvertido carácter, tiene problemas con el seguimiento y la definición de detalles que a diario se le presentan en las obras.

Preocupado por los temas teóricos y de método, publica en una revista de arquitectura una propuesta para la reforma de la enseñanza de la Arquitectura con el objetivo de, entre otros, "sacudir las nebulosas de incienso que cubren el mundo oportunista en que vivimos y que desdibuja la verdad". Habla del desprestigio de los docentes y de la necesidad de cambiar la mentalidad del profesorado. Pero, no eran tiempos para muchas críticas y menos se

podían esperar de un hombre de su posición, sin problemas económicos o sociales evidentes. Las críticas, entonces más que ahora, no suelen ser bien recibidas. Comenzó a alejarse de los círculos de influencia y poder sociales y profesionales donde había crecido. Y, en Enero de 1.960, muere su padre, por lo que Roberto preside el funeral, al que acuden las más altas representaciones del mundo intelectual.

A primeros de los sesenta, llegó Roberto Puig a Mojácar. Estaba dirigiendo una obra en Albacete y alguien le convenció para que se acercase. Se quedó fascinado con el pueblo y el paisaje y, finalmente, Mojácar fue el lugar donde concibió la idea de alejarse de los problemas relacionales que tenía, romper con su pasado y comenzar de nuevo. Su llegada a Mojácar provocó, o coincidió, con un cambio en su vida; a partir de ese momento, Roberto Puig quiso ser lo que no era y comenzó a abandonar el camino profesional que llevaba. Podía luchar contra muchas cosas, pero no estaba preparado para luchar contra sí mismo.

Roberto, que fundamentalmente era un artista, se hizo empresario, primero de la construcción y luego de la hostelería. Pretendió, al principio, mantener su estudio y actividad en Madrid, pero, poco a poco, lo fue abandonando. Mojácar y Madrid estaban demasiado alejados para simultanear cualquier actividad que requiriera cierta presencia y obligase a mantener algunas relaciones. Voluntariamente, o por la importancia que habían alcanzado sus inversiones, sin ni siquiera pretenderlo, Roberto optó por Mojácar. Nunca pudo volver atrás y ocupar el lugar al que parecía estar destinado como arquitecto y artista en la capital de España. Cuando lo pudo intentar, nada permanecía donde él lo había dejado antes. Mojácar supuso para él una quema de naves, un viaje sin retorno.

Llegó a Mojácar prácticamente con un proyecto bajo el brazo, un pequeño hotel en el pueblo. La primera fase del Hotel Mojácar constaba de catorce habitaciones y lo construyó Roberto Puig en sociedad con Segundo Clemente y la sempiterna intermediación de Jacinto. Funcionó mal y, por ello, cuando pudo conseguir la posesión escritural de todos los terrenos de la ladera y comprar la participación de sus socios, Roberto decidió acometer, por su cuenta, la



CUBISMO. FOTO TITO DEL AMO.

construcción de un hotel mucho mayor; así se inició en Mojácar la arquitectura de los arquitectos frente a la arquitectura tradicional hecha por maestros de obras.

El día uno de enero de mil novecientos sesenta y cuatro, Roberto presenta un proyecto de hotel para obtener la ayuda del Ministerio, que consigue, pese a la poca empatía que tiene con el ministro Fraga Iribarne, cuyos andares por las calles del pueblo son tan característicos y populares como los del propio Roberto. Casi al mismo tiempo, consigue un Accésit en el Concurso Internacional para el Kursaal, de San Sebastián, cuando ya está centrándose en la construcción del Hotel Mojácar.

Roberto es de los pocos foráneos que no llegaron a Mojácar para sestar o enriquecerse. Como muchos artistas, no tenía un sentido práctico de la vida, sino que tenía un ego acentuado y contradictorio. Roberto vino a Mojácar a trabajar y para ello utilizó e invirtió su patrimonio.

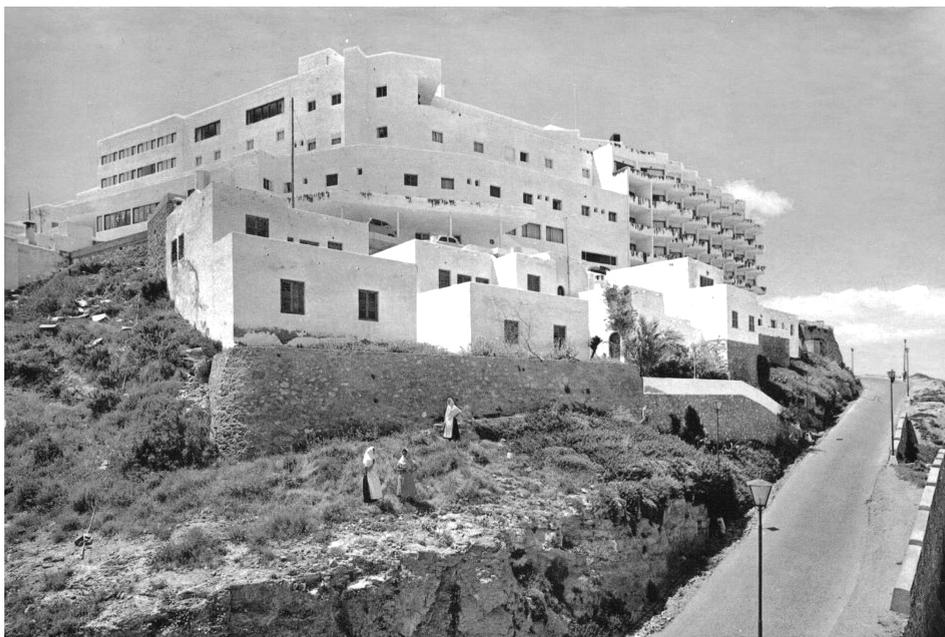
EL HOTEL MOJÁCAR

Para realizar una obra sin limitaciones de promotores y propietarios, Roberto decidió acometer la construcción del Hotel Mojácar, cuyos solares prácticamente le salieron regalados. El hotel lo construyó con la subvención oficial, sus ahorros y la venta de algún patrimonio familiar heredado de su padre, que no era un hombre rico.

El proyecto original no tuvo más vigencia que lo que duró la presentación oficial. Roberto, que tenía más vocación de escultor que de arquitecto, cambiaba y modelaba sobre la marcha. Los comienzos de obra se hicieron eternos y el jefe de obra, Ezequiel, sufría lo indecible, desorientado por los cambios que Roberto introducía continuamente. El día que dejó la obra, según palabras suyas, fue el más feliz de su vida. Era un clamor popular que la obra, por tanta imprevisión y tanto cambio, se caería y nunca se acabaría.

Sin posibilidad de encontrar un técnico que quisiese ir a Mojácar, Roberto acordó con Clemente Flores, que tenía previsto vivir una temporada en Mojácar, que se hiciese cargo de la obra. Clemente, que conocía la comarca y a Roberto desde que preparaba el dibujo para su ingreso en Obras Públicas, acordó con Roberto que éste se centraría en definir la arquitectura, de forma que no se afectase el ritmo de las obras. Clemente, también, dejó la obra sin terminar, aunque su finalización estaba próxima.

El ritmo y la organización cambiaron y se notó el impacto en los pueblos cercanos. Se montó un taller de ferralla en la misma obra, utilizando como montadores a los gitanos de Turre. Se utilizó loseta hidráulica fabricada artesanalmente por Enrique Aguirre en Garrucha, como "solado de lujo" que, posteriormente, se trataba con aceites usados en automóviles. Con la colaboración



HOTEL MOJÁCAR.

de los hermanos Vizcaíno, se buscaron los áridos, seleccionados de forma natural por el río, para mejorar la dosificación de los hormigones. Se fabricaron cristalerías artísticas con desechos de fundiciones de vidrio y el concurso de la fragua de Cristóbal. Venían diariamente a trabajar peones de Garrucha y Turre, junto a albañiles de Vera como los hermanos Lorenzo y Juan, los Flamencos.

La obra se convirtió en el principal centro de trabajo de la zona y empezó a ser visitada por autoridades provinciales, atraídas por la leyenda de las “cosas que Roberto hacía”. El tablado en la cueva, la piscina con una pared de cristal, los murales, los frescos de Mompó, etc., todo lo que construía se hacía famoso y creaba leyenda en aquellos momentos. Se trabó la obra, por todas partes, a la montaña, sin grúas ni maquinaria. Incluso, para vibrar hormigones, se construyó la piscina en la terraza superior y nunca tuvo fugas o grietas. Todo se fabricaba en la comarca: la impermeabilización de la piscina se hizo in situ y la cerrajería para el cristal de la pared la realizó un herrero de Águilas.

Se incluyó la cueva dentro del hotel y, allí, cada mediodía, José, el Gallina, gitano de pro y peón de la obra, obsequiaba a todos los obreros con un taconeo de más de media hora. Juan, el Fragüero, por su parte, volaba como un pájaro de viga en viga atando estructuras. ¿Qué hacía Roberto? Roberto vivió a tope esos momentos tan creativos. En Mojácar se reunió con muchos artistas, pintores y escultores, unos invitados por él y otros no, en largas tertulias, prolongadas durante las noches mojaqueras de los sesenta, plagadas

de personajes pintorescos. Muchos de ellos colaboraron dejando su impronta en el hotel: mucha gente recuerda el famoso mural de Mompó (obra única y exclusiva) que quedó dañado y emparedado tras las últimas reformas del hotel, sin que ninguna institución local o provincial se preocupase de semejante pérdida, cosa más bien propia de la cultura talibán. Cañadas, Oteiza, Novoa y otros aportaron algunas obras que, incorporadas al hotel, años después han desaparecido expoliadas, no se sabe por quién.

El pintor Máximo de Pablo, que murió hace unos pocos años solitario y cuidado por los monjes de Silos en la aldea soriana de Valdanzo, pasó largas temporadas en Mojácar, participó en la construcción de diversos murales y personalmente diseñó y dirigió la construcción de un par de lámparas monumentales. Dominique, con su cohorte de carboneros, se incorporó más de una vez a las improvisadas reuniones. Las tertulias duraban horas y la temática era de lo más variopinta dada la categoría de los reunidos.

Trabó amistad con su vecino Benjamín Rapoport, que llevaba el número 60.532 tatuado en su brazo izquierdo. Con él, podía hablar de los campos de concentración alemanes donde había estado prisionero, de los últimos adelantos en física nuclear o de la última aventura erótico-festiva vivida en Mojácar la noche anterior.

Pepe, el mejicano, artista en estado puro y bondad personificada, reclamaba inútilmente ayuda de Roberto para acarrear grandes piedras localizadas aquí y allí, pues quería dejar una obra singular e imperecedera en la subida al castillo.

El día diecisiete de enero de mil novecientos sesenta y seis, Roberto contempló desde La Puntica la colisión de un avión B-52 con un avión nodriza KC-135, sobre los cielos de Palomares. Ni corto ni perezoso, se acercó al lugar donde cayeron los restos del fuselaje y llegó a tiempo para tocar los restos de la bomba de hidrógeno que, con el paracaídas quemado, había impactado sobre el suelo. Roberto, que supo muy pronto de qué se trataba, largó cuanto quiso ante los micrófonos de Radio Pirenaica, antes de volver a Madrid para realizarse unos reconocimientos médicos. Sin embargo, a la Duquesa de Medina Sidonia, por mucho menos, la detuvieron, pero Roberto era un tipo más difícil de pelar. Rafael Lorente tenía constancia de ello porque, en plena Plaza Nueva de Mojácar, junto a un amigo, habían sufrido los puñetazos inmisericordes de Roberto. Seguramente aquella pelea significaba algo más que la disputa de dos machos en una berrea.

Una vez pasado el accidente de Palomares, Roberto buscó y compró un enorme trozo de ala del avión siniestrado, para realizar un mural en el Hotel Mojácar y recordar el suceso. Coincidiendo con la construcción del Hotel Mojácar, Roberto inició, como promotor, la construcción de apartamentos en la ladera de La Puntica; sin duda es la mejor arquitectura hecha por él en la comarca. Nunca los acabó según los había concebido.



ROBERTO PUIG EN UNA CAPEA (VENTA DEL BANCAL).

Al terminar el Hotel, Roberto se encontró dueño de un patrimonio hotelero de cierta consideración, pero que él no podía administrar. Entonces, su relación con Mojácar comenzó a cambiar y decidió irse a vivir fuera, aunque siguiese vinculado. Las rentas le permitían, en principio, vivir sin tener que trabajar.

Hacer arquitectura o construcción no era tarea fácil para una persona solitaria que, por otro lado, no había hecho equipo. Había roto demasiados lazos profesionales y personales y había olvidado, o quizás no había llegado a aprender, que para un artista el trabajo es una práctica diaria, mental y física, a la que hay que dedicarse todos los días al amanecer. Sólo así, la inspiración, cuando llega, te encuentra trabajando.

Con su barba y su incipiente calvicie, poco a poco fue separándose de sus antiguos compañeros. Murió el 11 de abril de 1.988 y, para recordarlo, el bondadoso sabio Antonio Bonet Correa, también tertuliano y asiduo a Mojácar, escribió una sentida reseña en el ABC de las Letras.



HENRY HIGGINS

EL TORERO INGLÉS

Francisco Haro Pérez

Henry Higgins nació en Colombia, de padre inglés y madre mejicana. Su padre, Bill Georges Higgins, trabajó toda su vida para Shell Oil Company, en países como México, Colombia e Irán. Su madre, Irene Shera McHatton, era mejicana con ascendencia irlandesa. Su abuelo materno fue Edward Shera Boile, casado con Gertrudes McHatton Villarino, hija del doctor McHatton, quien estuvo presente en la Guerra de USA, en Atlanta, donde ejercía como médico. Después, se casó, en California, con Marina Villarino, nieta del español Gabriel González Pereira, último presidente de las misiones españolas en La Baja California, distinguido por organizar la resistencia a la ocupación norteamericana en 1847.

Henry fue torero de profesión y se le conocía en el medio taurino como el matador inglés. No obstante, para darse a conocer profesionalmente, usó el seudónimo Cañadas, apellido de una familia sevillana amigos de Henry; así pues, pasó a llamarse Enrique Cañadas. En ese mundillo se cuidaba mucho los estereotipos y todo aquello que significara salirse de ellos se consideraba adulterado. Y, la verdad, un torero inglés era algo poco más que inusual y casi fuera de toda lógica.

En realidad, y según sus propias palabras, Henry llegó a España con la única intención de aprender a tocar la guitarra española, instrumento por el que sentía verdadera pasión. Fue alumno de Antonio Sánchez, padre de Paco de Lucía, y en pleno aprendizaje se involucró de tal forma en el sentimiento de la fiesta, que sus genes hispanos salieron a relucir e hizo del arte de Cúchares su *modus vivendi*. El toreo ya le cautivó en su primera visita a España, pues ya había leído a Heminway y otros en Inglaterra. Así pues, el toreo, para Henry, no fue un flechazo a primera vista, o una aventura morbosa, sino un sentimiento que maduró con el tiempo.

Lo de tocar la guitarra española pasó, entonces, a segundo plano -era un gran músico- y solo la idea de ser matador de toros ocupó su aventurero pensamiento. Su vida, marcada principalmente por la ocurrencia y el riesgo, parecía haber dado un giro hacia la fascinación y el encanto del flamenco por mediación de la guitarra. Pero, de repente, aparece la tauromaquia y, otra vez, se involucra en una empresa muy peligrosa y casi inaccesible, más teniendo en cuenta su procedencia y los escasos o nulos contactos en el escabroso y personalísimo

◀ HENRY HIGGING.



HENRY HIGGING.

mundo del toro; pero su pundonor le empujaba constantemente al triunfo.

Su tenacidad no tenía límites y en el año 1.967, después de mil avatares y apadrinado por Brian Epstein, apoderado del famoso grupo musical británico The Beatles, consiguió debutar como novillero en el coso taurino de Tenerife. Fue un 19 de marzo, compartiendo cartel con Miguel Márquez y Juan Asenjo Calero. Un año más tarde, su apoderado Brian Epstein, también llamado el quinto Beatle, murió y fue entonces cuando conoció a Jaime Carlos del Amo, Tito, por mediación de Bill Camlyn-Jones, padre de Mele, la, por entonces, esposa de Tito. A partir

de ahí, Tito se hizo su socio y financió la carrera de Henry, incluyendo manutención, trajes de luces, publicidad, etc. (incluso pegando carteles). Anduvieron tres años arrastrándose por casi todas las plazas de toros, de distinta categoría, de toda la geografía española y alguna que otra en el sur de Francia, lidiando novillos o toros mal nutridos, esqueléticos y llenos de pulgas que embestían a destiempo a todo lo que se moviera. Muy de cuando en cuando, conseguían algún festejo importante.

Por fin, el 20 de septiembre del año 1.970, toma la alternativa en la Plaza de Toros de Fuengirola, de la mano del maestro Juan Beca Belmonte, con Pepe Luís Román como testigo y con toros de la ganadería de Carmen Ordóñez, que dieron un excelente juego. Resultó cogido, sin consecuencias, en su primer toro de nombre Dejado, al cual le hizo una faena más que aceptable para un pinchazo, media estocada y descabello al segundo intento. Escuchó aplausos y petición masiva de oreja; pero desde la presidencia, con la desaprobación del respetable, solo se le otorgo la vuelta al ruedo. Escuchó, de nuevo, aplausos en su segunda faena, la cual acabo con una estocada y cinco intentos con

el descabello. Un año más tarde, el 21 de septiembre de 1.971, un toro de Sánchez Fabrés le infringió una grave cornada en la Plaza de Toros de Benidorm, alternando con Joaquín Bernardó y Santiago López.

Su nombre comenzó a sonar entre los taurinos, aunque más bien y, seguramente, por el morbo que suponía la irrupción exótica de un matador inglés, como solían llamarle algunos. No obstante, en los círculos de entendidos, sí se le reconocía su arte. En una de sus corridas fue observado detenidamente por su admirado maestro Antonio Ordóñez y éste, tras la lidia y después de haber visto maneras en el diestro inglés, le ofreció un contrato para realizar ocho corridas en las plazas de toros más importantes de la Costa del Sol. Las dos primeras no salieron todo lo bien que ellos habían deseado, sobre todo, la de Villena, por lo que seguidamente rescindieron el contrato para las restantes.

La revista británica *News Of The Word* se hizo eco de su historia y, escrita por él mismo, fue publicada en fascículos, con tal éxito que, en el año 1.972, su figura fue objeto de controversia en la Cámara de los Comunes de Londres. Tras varios debates, el Parlamento inglés decidió remitir una solicitud al Gobierno español para que su compatriota, el matador Henry Higgins, más conocido como Enrique Cañadas, no fuese discriminado como torero en España por su



HENRY HIGGINS CON TITO DEL AMO. FOTO TITO DEL AMO.



HENRY HIGGINS.

condición de inglés; a pesar de que gran parte de los parlamentarios estuviera en contra de la fiesta taurina por considerarla un maltrato hacia los animales. Según el propio Henry, haciendo alarde de su habitual y maravilloso sentido del humor, llegaron a la conclusión que si un inglés había decidido torear era porque tal fiesta no estaba tan mal.

Henry estaba completamente convencido de su gran aportación al toreo. Solía decir que, a excepción del Cordobés, que era mundialmente famoso y admirado, era el torero que más turistas podía arrastra hasta España. “Hay un hecho que no cabe dudar, y es que tres millones de ingleses vienen anualmente a España y esos sí saben quién es Henry Higgins”, aseguraba.

Vino a Mojácar de la mano de su gran amigo Jaime Carlos del Amo, Tito, el mismo que tanto le ayudó durante sus comienzos en España y al que siempre estuvo profundamente agradecido, reconocimiento que no dejaba de manifestar en cada entrevista que se le hacía o cada vez que tenía ocasión para ello. Como otros tantos, se sintió atraído por el embrujo y decidió tomarse un descanso en esta localidad. Conoció a Joanna y juntos montaron una pequeña

tienda de souvenirs llamada Regalos Johanna, justo donde ahora está ubicado el bar Pavana. Después, se unió sentimentalmente a Isabel Del Barrio, quien lo acompañó hasta sus últimos momentos.

También se atrevió con la literatura y fue coautor de la biografía taurina *To Be A Matador*, en 1.972. Además, sentía gran pasión por volar e intentó alistarse en la Escuela de Aviación civil de Cuatro Vientos, en Madrid; pero, para su decepción, solo admitían a españoles. Entonces, optó por la práctica de vuelo libre y se especializó en Ala Delta.

Su última corrida no fue en la plaza, sino en el aire. Su fatal alcance no se lo produjo un astado morlaco, sino que fue cogido por una bravía ráfaga de viento cálido de levante que le hizo precipitarse sobre el albero rocoso de las postrimerías de Sierra Cabrera, en torno a La Paratá, un mediodía del 15 de agosto de 1.978, mientras practicaba Ala Delta. Solo hacía unos meses que comenzó a practicar este deporte y no acostumbraba a saltar solo, siempre lo hacía con algún compañero. Pero, ese día, en su vuelo número 42 (solía contarlos), bajo la atenta y sobrecogedora mirada de Isabel, voló solo, a sus pocos años, treinta y tres, y con mucho entusiasmo por la vida.

Fue enterrado en el cementerio de Mojácar, tras una ceremonia íntima, casi familiar: sus amigos, su familia y poco más. No acudió nadie del mundo del toreo, pero Isabel cubrió el féretro con el capote que siempre llevaba consigo, gesto que emocionó de sobremanera al padre de Henry, su fan número uno. Su alma ascendió entre las tinieblas y fue acogida en el firmamento mojaquero entre vítores y olés de los ángeles celestiales, mientras el Duende Indalo gritaba: "TO-RE-RO, TO-RE-RO".



TERESA SWEET.

TERESA SWEET

TERESINA, LA DULCE

Francisco Haro Pérez

La palabra inglesa *sweet* significa "dulce"; dulce de dulzura, entre otras cosas. En nuestra extensa y rica lengua, la palabra "dulce" es sinónimo de: agradable, grato, apacible, afable, complaciente, cariñoso, etc. A Theresa, el apellido, como a casi todo el mundo, le vino heredado de sus progenitores; sin embargo, dado la idiosincrasia de ella, pareciera que se lo asignaron después de haber hecho méritos suficientes como para habérselo ganado en forma de apelativo.

Debido a su dulzura, unida a su condición de artista, Theresa Sweet era conocida en Mojácar con el seudónimo de Teresina. Llegó a

Mojácar a principio de los años sesenta, en plena voráGINE invasora de artistas de buena fe e intelectuales despistados que buscaban su particular isla de Goa y Teresina, como tantos de ellos, la encontró. Venía de New Hope, Pensilvania, en Estados Unidos, donde vivía después de divorciarse y donde regentaba una peluquería para perros.

Hija de una familia de senadores del sur de Estados Unidos, donde cursó estudios mayores, poseía un estupendo acento al hablar y era una delicia oír-la expresarse. En New Hope, pertenecía a una comunidad artística un tanto laxa en sus hábitos y, allí, conoció a Win Wells. Fritz y Sammy también pertenecieron a esa congregación y fueron ellos quienes condujeron, de alguna manera, a Teresina hacia Mojácar.

Se decía o, más bien, se sospechaba que Teresina estaba enamorada, de manera platónica -no podía ser de otra manera-, de Win y por eso, junto a Fritz y Sammy, se vino a Mojácar tras la huella de éste. Win ya se había afianzado en Mojácar y postrado en su atalaya del Moño Alto, donde construyó su casa y, dentro de ella, un teatro, cuna premonitoria de grandes representaciones

que, posteriormente, se reestrenarían en famosos coliseos, convirtiéndose en éxitos mundiales.

Una de las aptitudes artísticas de Teresina era el mundo de la moda, aunque, también, era una experta en muebles. Ambas cosas eran de gran ayuda en las obras de teatro que se representaban en la casa de Win. Se encargaba de crear, cortar y confeccionar todo lo relacionado con el vestuario y decoración de las representaciones, con el exquisito gusto que imprimía a sus actos, dándole un sutil toque de distinción y realce a las funciones.

Lo mismo sucedía con el mobiliario. Primero tenía que aprenderse la obra, situarse en el tiempo, jugar con la época, delimitar clases sociales, etc. En definitiva, realizaba un trabajo que, a simple vista, no es lo suficientemente valorado, pero que tiene una importancia esencial a la hora de confeccionar una obra de teatro y enclavarla en el tiempo y estatus social que requiere la trama.

Tampoco le hacía ascos a la interpretación. No dudaba en plantarse en un escenario de teatro o ponerse delante de una cámara de cine para actuar cuando la ocasión lo requiriera. Una de sus actuaciones como actriz fue en la película *Cukoo Heights*, junto a Bob Shatford, en la que también participaron Don Morrow, Charlie Braun, Paul Beckett, etc. De hecho, a ello, más o menos, era a lo que se dedicaba Teresina en su vida cotidiana para subsistir.

Cosía, bordaba y arreglaba ropa, tanto a la comunidad extranjera, como a la nativa. Teresina estaba totalmente integrada. Vivía en Cuesta de la Fuente, frente a la fragua de Cristóbal, en un sótano, embutida en unas cuevas naturales casi prehistóricas. Ella misma las acondicionó, haciendo de ellas una oda a la sencillez y el buen gusto, y compuso un lugar para vivir y, al mismo tiempo, un sitio donde trabajar. La vivienda era un ir y venir de gentes del pueblo, sobre todo mujeres, que acudían a pedir ayuda y asesoramiento en cuanto a ropa y moda. Fabricaba, para las tiendas, ropa hippy, que se vendía como churros: vestidos, pantalones, pañuelos, chalecos, blusas, ponchos, etc., llegando a crear un tipo de vestimenta muy particular de Mojácar, de aquella Mojácar pseudo-hippy que espontáneamente había surgido y que estaba implantando sus señas de identidad.

En el año 1.973 organizó, con ropas exclusivamente diseñadas por ella, un desfile de moda en casa de Win, en el Moño Alto, con un éxito apabullante. De él hablaron varios expertos en la prensa nacional y extranjera. A los dos años, en 1.975 volvió a organizarlo, aunque distinta temática, y volvió a deslumbrar. A consecuencia, se plantearon hacer del desfile un evento reiterativo, un acto a repetir cada año, dándole la suficiente cobertura como para convertirse en un acontecimiento anual de obligado cumplimiento y de repercusión internacional, pero Teresina no pretendía eso. Ella solo quería vivir tranquila, a su aire, sin agobios ni ataduras. Era así: tímida, con sentido del humor, pero tímida; extravagante; pintoresca; y sweet, very sweet (dulce, muy dulce).



ALDO CECCI.

ALDO CECCI

EL MISTER

Antonio Ruíz Flores, Gigi

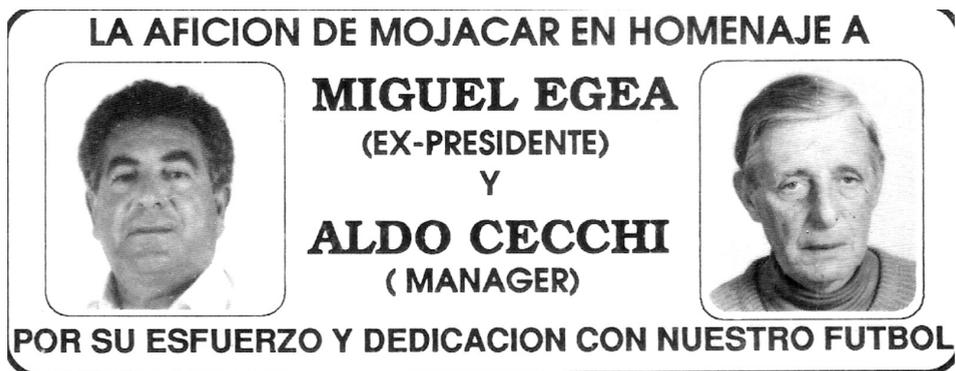
Soy mojaquero de nacimiento, pero, cuando contaba con muy pocos años, mi familia tuvo que trasladarse a Almería por motivos de trabajo de mi padre. Allí, pasé la mayor parte de mi infancia. Empecé a jugar a fútbol, de forma seria, destacando como delantero centro goleador en las categorías inferiores del equipo Plus Ultra y, a los diecisiete años, di el salto al primer equipo. Un poco más tarde, ya consolidado, surgió la posibilidad de retornar a Mojácar, pues estaban

confeccionando un buen equipo para competir en categoría nacional y querían contar conmigo. Me buscaron y no lo pensé, regresé a mi tierra y comencé a labrarme un futuro, a la vez que jugaba al fútbol. Fue entonces cuando conocí a Aldo Cecci, el Mister, como le solíamos llamar.

Aldo era el entrenador del equipo. Yo había tenido varios, pero éste era diferente. Lo primero que me llamó la atención de él fueron sus palabras: "a la técnica individual de cada jugador, hay que añadirle una disciplina táctica colectiva para que un equipo funcione".

En el fútbol amateur no estábamos acostumbrados a esto, pero él se lo tomaba de una manera muy profesional. Los entrenamientos pasaron de ser un puro trámite, donde se le daban patadas al balón, a ser una lección de cómo se tenía que jugar sin el propio balón y cómo no dejar jugar al contrario dentro de las normas permitidas. En aquellos años ya nos enseñó a hacer el hoy famoso achique de espacios y eso, unido a las particulares características de nuestro terreno de juego, hizo de nuestro campo un fortín inexpugnable.

Él había entrenado a equipos de Italia e Inglaterra y presumía de ser conocedor del fútbol internacional. Además, le gustaba expandirse hablando de las características del juego de cada país: de los italianos decía que "hay que aprender su competitividad, aunque su juego es un tanto resultadista"; de los ingleses resaltaba "la forma física, porque se toman los entrenamientos muy en



serio y eso es un ejemplo a seguir”; “A los alemanes habría que copiarles su perseverancia, eso que les hace no dar por finalizado un partido hasta que el árbitro no pita el final”, decía; y de los españoles “la técnica, pero eso es algo muy difícil de enseñar”. El hombre, por lo menos, lo intentaba.

También, tuve el placer de conocer a Aldo en el plano personal. Yo vine muy joven a vivir a Mojácar y mis padres vivían en Almería, por tanto, vivía solo. Pasaba muchas horas con Aldo y era un placer escucharle. Sus consejos, siempre sabios, me ayudaron mucho a formarme como persona en aquella Mojácar hermosa, pero complicada, de los años setenta.

Este personaje creo que merece un reconocimiento especial en Mojácar, ya no solo por lo que hizo en el fútbol, sino por lo que aportó al pueblo en sí. Yo creo que no hay un solo mojaquero que haya conocido a Aldo que no se quedara con algo de él, con alguna de sus enseñanzas o con alguno de sus consejos, por no hablar de sus chascarrillos o anécdotas sufridas en los distintos países que frecuentaba.

De vez en cuando, como a cada hijo de madre, afloran en mí sentimientos del pasado. Me pongo a ojear mi álbum de fotos y ahí aparece Aldo, de pie, en la fila de arriba, bien a la derecha o a la izquierda, al lado del guardameta, o del capitán, donde le corresponde al Mister; con su aire desenfadado, las gafas sobre el pecho y colgando de su cuello, infundiendo respeto y confianza. Así es como lo recuerdo.

La verdad es que no sé decir exactamente desde cuando Aldo estuvo ligado al fútbol en Mojácar. Yo creo que desde el principio, desde que se empezó a construir el campo de La Fuensanta, o quizá, un poco antes. Alguien nos dijo que había un señor extranjero que había entrenado en Italia e Inglaterra; por consiguiente, acudimos a él y, enseguida, se volcó, se involucró de tal forma que, desde entonces, el fútbol en Mojácar no se concibe sin él. Ya desde el principio hubo eso que ahora se ha dado por llamar Filing, y así durante más de treinta años.

Siempre colaboró, de una forma u otra, con el equipo. Unas veces como entrenador, otras como manager y casi siempre como asesor. Durante una buena época del período en que estuve como presidente del Club Deportivo en Mojácar, se vivía una era de esplendor económico. Me refiero a las décadas de los setenta y ochenta y, como en otras tantas cosas, eso también repercutió en el fútbol.

Con no poco trabajo, pues ya sabemos lo reacio que se puede ser a la hora de dar dinero, incluso en época boyante, conseguimos que las empresas privadas y, sobre todo, los particulares aportaran el suficiente dinero para financiar el equipo y permitir tener un presupuesto elevado, yo diría que por encima de sus posibilidades. Luego, el dinero salía de los bolsillos de unos pocos y siempre los mismos. Hay que recordar que conseguimos incluir al equipo dentro de la tercera división nacional, cosa harto difícil, teniendo en cuenta que Mojácar sólo contaba con tres mil habitantes aproximadamente y el club no contaba con más de doscientos socios.

Todo ello permitió poder confeccionar un equipo extraordinario a base de jugadores y entrenadores de renombre, a golpe de talonario, en el que todo el mundo cobraba, bueno, todo el mundo a excepción de algún jugador mojaquero y Aldo. Éste nunca quiso cobrar, por más que insistimos se negaba en rotundo a percibir salario alguno. Decía que él era un mojaquero más y lo que hacía, lo hacía por Mojácar.

Era un buen hombre en todos los sentidos: serio, respetuoso, humanitario, con un gran sentido del humor y, sobre todo, un gran experto en el trato con la gente. Al poco tiempo de conocer a alguien, ya sabía cómo era esa persona o, como decimos aquí, de qué pie cojea.

A propósito, recuerdo una curiosa anécdota: cuando subimos el equipo a categoría preferente, a principio de temporada, durante los entrenamientos de las primeras semanas, nos percatamos de que un chico de color acudía todos los días a las sesiones preparatorias y que, de vez en cuando, le daba unas pataditas al balón. Me acerqué a él y le pregunté si le gustaba el fútbol, a lo que contestó que sí, que le gustaba mucho. Le volví a preguntar dónde vivía y contestó que en Mojácar, que había montado una tienda de ropa en la calle Puntica, entre el Pimiento y el bar La Escalera. Me pareció buena idea tenerlo en el equipo y le dije a Aldo que le hiciera una prueba y si era buen jugador que lo fichara. Aldo me miró de forma un tanto rara, pero me confirmó que se la haría. Lo puso a ejercitarse con los demás jugadores y, al acabar el entrenamiento, Aldo me replicó que teníamos en el banquillo jugadores mucho mejores que el negrito; así pues, le dije al chico que lo sentía mucho pero que no podía jugar con nosotros. Pero el chico insistió diciendo que quería formar parte del grupo, que era muy apañao y que lo



MOJÁCAR FÚTBOL CLUB. A LA IZQUIERDA ALDO CECCI.

aceptáramos aunque fuera de utilero, que él podía ordenar muy bien el vestuario y preparar las duchas. Se lo dije a Aldo y este volvió a mirarme de la misma manera que antes, me alejó un poco y me dijo: “Pues claro que le encantaría, y sobre todo las duchas ¿Es que eres tonto? ¡No te has dado cuenta de que es mariquita!”.

Miguel Egea.

¿Aldo? ¡Jo! ¡Cuánto me acuerdo de Aldo! Al principio de conocerle no me caía muy bien, me parecía un hombre arrogante, áspero y mal educado. Quizá era porque, al ser italiano, se parecía mucho a nosotros. Pero, poco a poco, se fue metiendo en nuestras vidas y, casi sin darnos cuenta, estaba tan adentrado en ellas que se convirtió en uno más de la familia y ya no podíamos estar sin su presencia.

Mi relación con él fue mucho más allá del fútbol, se convirtió en una convivencia casi diaria, en una comunicación de todo tipo de sentimientos, en una sincera y profunda amistad que nos hacía compartir muchas cosas. Llegamos a pasar muchas horas juntos y nos conocíamos tan bien que, a veces, sobraban las palabras. Como en toda buena amistad, discutíamos por cualquier cosa. Sabía muy bien cómo hacerme enfadar el muy... y le encantaba hacerlo, sobre todo, cuando hablábamos de política, que me hacía la contra y conseguía enfadarme. Él hacía como que se enfadaba también

y se marchaba de mi casa dando un portazo. Al rato volvía con esa risa sarcástica que le delataba. A mí, el cabreo me duraba todo el día y él seguía chinchando.

Al poco tiempo de trasladarme a vivir definitivamente a la playa, padecí cierta dolencia que me impedía conducir, por lo que me era muy difícil subir al pueblo. Pues bien, él estaba ahí, haciéndome compañía día tras día y llevándome a dónde fuera necesario, a pesar de que no le gustaba nada conducir.

Fue un hombre que se integró rápidamente en el pueblo, conocía a todo el mundo por su apodo familiar y era muy buena persona. La verdad es que casi todos los extranjeros que vinieron a Mojácar por aquella época eran buenas personas, pero Aldo fue extraordinario. Parecía un hombre brusco, aunque en realidad era muy sensible. Te decía las cosas tal y como eran, te gustara escucharlas o no; pero te las decía de tal forma, que jamás podías sentirte ofendido. Siempre con la verdad por delante y con soluciones para todo.



ALDO CON SU ESPOSA YOLA



ALDO CON MARCELINO BRUNET

Recuerdo que, a menudo, venía a tomar café a mi casa después de comer. Nos poníamos a ver el telediario y, cuando las noticias eran sobre algo relacionado con catástrofes, guerras o atentados terroristas, le afectaba de tal forma que teníamos que apagar el televisor.

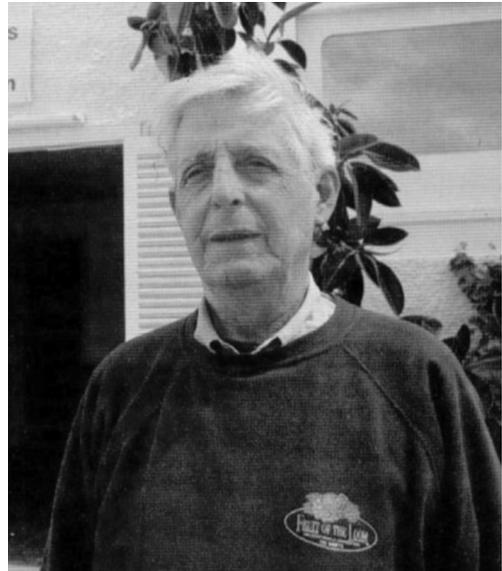
Había vivido mucho, visitado muchos países y formado parte de muchas culturas. Era un pozo inagotable de sabiduría. Cualquier acontecimiento que se nos presentara, él ya lo había experimentado y por eso iba por delante, ya lo tenía analizado y, si era necesario, inmediatamente, tenía una alternativa.

Durante aquella época yo, como otras tantas gentes del pueblo, me dedicaba a la compraventa de terrenos e inmuebles y él me ayudaba, sobre todo con los extranjeros. Me traía clientes y era él quien, prácticamente, hacía el negocio. Respecto a la compraventa, había una ley no escrita, pero de obligado cumplimiento, que consistía en dar una comisión o porcentaje del importe de la operación al que hacía de intermediario, pero eso no iba con él y jamás aceptó ese dinero. Decía que, en cuanto cobrase algo, sentiría el remordimiento de haber traicionado a un amigo y que la amistad estaba por encima de todo.

Algunas veces tenía problemas con su cuñado Silvio -todos sabemos cómo era Silvio- y eso le afectaba mucho; era superior a sus fuerzas. Venía a mi casa, me contaba lo sucedido y, a veces, lloraba como un niño. Yo creo que ese fue el principal motivo que le hizo marcharse de Mojácar, muy a su pesar.

Cuando se marchó y hasta poco antes de morir, me llamaba por teléfono casi a diario. Siempre preguntaba por los amigos, por las noticias del pueblo, el politiquero, los cotilleos, el fútbol, etc. Tenía que tenerlo informado de todo lo que acontecía. Pero, se puso enfermo y dejó de llamarme. A veces, cuando suena el teléfono, digo: "¡Aldo!", pero no.

*Francisco Alarcón Carmona,
Paco Alarcón*





FAMILIA BEAUMONT.

JAMES Y MARY BEAUMONT

LOS AMERICANOS DE HUERTA ALTA

Lenox Napier

Mis suegros llegaron a Mojácar sobre el año 1.973, de la mano de Tony Arietza, un tipo con pasaporte americano pero con un pronunciado acento sureño, que, junto a su mujer Carmen y su hijo Monti, pasaban la vida entre Estados Unidos, Madrid y Mojácar. Tony poseía una casa en calle Puntica, fruto de la política de cesión de terrenos que ejercía el alcalde Jacinto a cambio de la construcción de viviendas. Luego, construyó una urbanización frente a la playa de Cueva del Lobo, llamada La Gaviota.

James Beaumont, Jim o Papa, fue doctor en Matemáticas y Geofísica y trabajó durante gran parte de su dilatada vida en I.B.M. o Big Blue, nombre con el que cariñosamente era conocida la empresa por parte de sus empleados. Entre sus inventos, los cuales posteriormente pasaron a propiedad de su amo, el Gran Azul, figuraban varios artilugios hospitalarios. En el año 1.970 fue destinado a Madrid para la instalación y supervisión del funcionamiento de dichos aparatos hospitalarios, en el nuevo Hospital Ramón y Cajal. Mientras

el hospital terminaba de construirse y era entregado a los servicios sanitarios de la capital, ya sabemos con la lentitud que funcionaban las cosas en aquellos tiempos, entre unas cosas y otras, fue cuando mis suegros conocieron a la familia Aritza y en el año 1.973, como ya he dicho anteriormente, vinieron a Mojácar.

Desde el principio, quedaron fascinados con el pueblo y alquilaron una casa en la misma calle Puntica, junto a la casa de Tony y Carmen. Las vistas desde la casa eran impresionantes: se podía ver la, todavía, casi salvaje costa desde el Cantal hasta Águilas, salpicada por los primeros chalets que empezaban a construirse, y, al fondo, el infinito mar. ¡Qué maravilla!

Con el gusanillo mojaquero metido en el cuerpo, decidió comprarse una casa en Mojácar y, curiosamente, no optó ni por el pueblo ni por la playa, sino por la zona alta situada a las espaldas del pueblo, llamada Huerta Alta. La casa y el terreno de los alrededores se los compró a Sarita (Sarah McKin Valentine), una famosa pintora que años atrás se había instalado en la zona; por cierto, inundándola de gatos. Era una amante empedernida de esta clase de felinos y los tenía a docenas.

Jim es siempre recordado en Mojácar, por todo el mundo que le conoció, como una persona amable y gentil. Inmediatamente intimidó con todas las personas que formaban la caterva social del pueblo, tanto nativos como los foráneos. Se hizo asiduo de las veladas de la Plaza Nueva y partícipe de cualquier evento que se produjera. Muy a su pesar, se convirtió en un referente a la hora de representar a sus compatriotas en cualquier acontecimiento de cierta relevancia que se produjera, donde demostró saber estar siempre a la altura de las circunstancias. Me refiero a conmemoraciones, inauguraciones, festejos, homenajes, tertulias, etc.

Gran degustador de helados, su gran debilidad. Se sospecha que la restricción de las temporadas heladeras a los meses de verano en Mojácar fue por los apetitos de Jim hacía estos jugosas postres a lo largo de todo el año. Jim murió en el año 2.001 y, más tarde, le siguió Mary, en febrero de 2.011. Aquí siguen sus hijos James (Jim) y Michael Beaumont, y sus nietos: Jessica Tiner, Ambar Napier y Daniel Napier.

Jim y Mary se hicieron mojaqueros de adopción y sus hijos viven siendo mojaqueros, subiendo y bajando constantemente a la Huerta Alta con sus impresionantes Harley Davidson. Su hija Suzanne vive en EE.UU. y sus nietos han nacido mojaqueros; la saga continúa.



JEAN MARIE RATHS

JUAN, PAPABEL

Gideon Richardson

Todos los personajes que coincidieron con el resurgir de Mojácar eran artistas y la inmensa mayoría destacaba por su forma de vida un tanto bulliciosa. No obstante, los hubo también quienes, aunque fueron los menos, sin dejar de ser participativos, no hacían tanto ruido; y uno de los destacados en esta faceta fue sin duda Jean Marie Raths. Yo, particularmente, no he llegado a conocer a nadie que manejara tan bien los tiempos de los silencios para decir tantas cosas, fruto, creo, de la quietud reflexiva que otorga la sapiencia o el alto nivel cultural que este hombre poseía.

Antes de aparecer por aquí, Jean Marie era un asiduo de Marruecos, donde solía pasar largas temporadas buscando la paz suficiente para pensar y escribir. Conoció a Isabel Aznar (su esposa) en Murcia, a través de un amigo común; el mismo que les habló de Mojácar, un pueblo, según éste, de reminiscencia árabe que se podía visitar sin la necesidad de viajar a África.

Tras la primera visita ya quedaron, tanto Jean como Isabel, enganchados o rendidos al embrujo mojaquero y en 1.967 deciden quedarse a vivir en el pueblo, acogándose a la propuesta del alcalde de aceptar un solar a cambio de edificar su casa a corto plazo. A partir de ahí, Juan, como ya se le llamaba aquí por entonces, encuentra la ansiada armonía que andaba buscando e inmediatamente comienza a engrosar copiosamente su obra literaria. Mientras tanto, Isabel, mujer emprendedora y de múltiples inquietudes, decide integrarse de lleno en la vorágine incipiente que, por entonces, se estaba produciendo en Mojácar y abre un restaurante llamado El Horno, situado en la calle del mismo nombre y muy cerca de la plaza del pueblo. En ese singular rincón coinciden toda clase de personas de tan distintas condiciones como argumentos. Se comía, se bebía, se hablaba y se vivía.

El lugar, como su propio nombre indica, había sido una de las antiguas panaderías del pueblo y conservaba intactos sus hornos originales que, junto a las pinturas de Fritz y de Win que destacaban en sus paredes y el toque sublime y original que Isabel le había dado a su decoración, hacían del local un lugar de ensueño, que pronto se convirtió en punto de encuentro, como le sucedería a otros locales a lo largo de la historia de Mojácar. En este caso, la mezcla cultural de idiomas, comportamiento, moral y talentos hizo honor al nombre del local, donde llegaron a hornearse grandes discusiones, proyectos

◀ JEAN MARIE RATHS.

y payasadas de todo tipo. Eran tiempos un tanto revueltos y el mundo se quitaba cierta capa de oscuridad grisácea con todo tipo de movimientos y expresiones nuevas, comportamientos y ademanes que invitaban a vivir.

Uno de los personajes más asiduos al restaurante era Salvatore Fiorello, Sammy, que solía decir que, tras tanta vida disoluta, Isabel y su cocina representaban, inevitablemente, la figura maternal que allí no tenía ninguno; y de ahí nació el sobrenombre de Mamabel, con el que desde entonces y hasta ahora se conoce a Isabel Aznar.

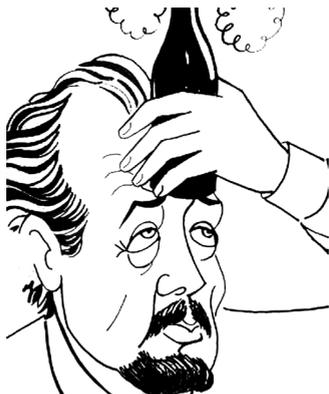
A Juan su estancia en el pueblo le sirvió para escribir unas veinticinco obras, que incluían temas varios como filosofía, poesía, teatro... Hablaba nueve idiomas, a veces, cuatro en el mismo día, por la diversidad lingüística de Mojácar. Estudió leyes y leía y escribía el latín y el sánscrito, una de las lenguas clásicas más antiguas de la India y que actualmente se utiliza como lengua litúrgica en el budismo, hinduismo, jainismo, etc. Hizo algunas traducciones de obras literarias como *La vaca vaguita*, entre otras. De Juan se podría decir que era un hombre serio, muy culto, pero de charla simple y muy fácil de entender.

Su obra publicada consta de títulos sugerentes como, *Factorías del espíritu anónimo*, *El silencio de vivir*, *Dos pies desnudos en la rosas*, *La bien querida y el señor*, *No hay vino para los muertos*, entre otros.

En 1.978 deciden dejar el bar *El Horno* y, un año después, se marchan a Sri Lanka, país insular ubicado al sureste de la India, que hasta el año 1.972 se llamaba Ceilán. Tras una corta aventura por aquellos tropicales lugares, deciden regresar, una vez recuperada la calma institucional, tras el intento fallido de Golpe de Estado del 23 de febrero del 1.981. Vuelven desde el otro lado del planeta para quedarse definitivamente en Mojácar. Juan continúa con su obra y Mamabel abre otro negocio llamado *El Zoco chico*, durante el verano. Se trata de un pequeño local, detrás de la iglesia, en la Plaza del Frontón, de parecidas características al anterior y que, años más tarde, se convertiría en el *Loro Azul*.

Por su conocimiento en el campo de la filosofía-mística o la mística de la filosofía universal en sí, desarrolló en su frente una consciencia y uso que dio en llamar del tercer ojo. Éste, según él, se acaloraba rápidamente en un lugar como Mojácar, por sus gentes y las cosas que le rodeaban y ocurrían. Era por esto por lo que, cada vez que abría una botella, se la pasaba por la frente antes de darle el primer trago.

Se sitúan, al fin, en la calle Embajadores y abren un pequeño restaurante que, más tarde, se ampliaría con un hotel, al que le ponen de nombre *Mammabel's*. A Juan se le recuerda, sobre todo, escribiendo sobre la mesa del salón, junto a los ventanales que absorben el azul del mar que transportan los rayos del radiante sol del Mediterráneo, mientras que Fritz, tambaleante y absorto, plasma en sus lienzos sus pensamientos, a la vez que la música de Schubert envuelve el ambiente, felices como dos críos.



JEAN MARIE RATHS.



MAMABEL Y JUAN Y MARCOS.

En esta época, Juan se vuelca en su faceta pictórica. Su estilo se mezcla con sus conocimientos filosóficos y místicos, además de con el embrujo natural del pueblo y sus gentes. Su vida y su obra son eternas noches de flamenco, de años donde el verano es eterno, de silencios llenos de ciencia, de argumentos razonados y de ir dejando un reguero de amistades y recuerdos imborrables.

En un futuro no muy lejano, se creará una fundación en su memoria para publicar algunos de sus títulos inéditos como *Equilibrio del sueño* y *Las presunciones de Fausto*, en poesía; y *Jesús Potemkine ou le marcuse* y *Afrodita*, en teatro, cuyos beneficios irán destinados a ayudar a la infancia y la educación en el tercer mundo. Un guiño de Juan, que ganó el Premio Nacional de Poesía de Bélgica con tan solo quince años de edad.

Mammabel, viuda y con el recuerdo de Juan omnipresente, hoy día, sigue regentando su restaurante. Le alegran los veranos y ver que el señor Peter Simpkin viene a quedarse unos días, a cenar en la terraza, bajo las estrellas de las noches mágicas y con el mar de frente, para recordarle que es el cliente más antiguo, que no ha dejado de venir ni un año y que ha visto el antes y el ahora, el paso inexorable del tiempo.

Mirar a Peter es contemplar a alguien que ha visto tu vida, el cómo la caricia del tiempo ha ido moldeando una realidad que parece ser sólo lo que queda de otra, al igual que aquellos que, siendo algo más que turistas, año tras año, década tras década, nos han ido acompañando, de forma estival, en este camino que es la vida, al lado del mar, forjando la realidad de los mojaqueros de hecho.

El restaurante es un santuario con obras de Juan y muñecas cosidas por Mammabel. Un lugar impregnado de recuerdos por donde corretean los nietos de arriba a abajo y los hijos de adentro hacia fuera, entre la clientela y algún otro recuerdo súbito que pueda acontecer, venido de tiempos y lugares pasados, rodeados de gente tan audaz y fresca, en los que tantas cosas ocurrieron.



BOB HURST

ROBERT Y DOREEN HURST

BOB & DOREEN, DE LA PARATÁ

Ric Polansky

Bob y Doreen Hurst llegaron aquí desde el estado de Hereford, en Reino Unido. Allí se dedicaron, con gran éxito, por cierto, a la ganadería, concretamente a la cría del ganado bovino de la raza Hereford, conocida por ser una de las razas de mayor calidad en la producción de carne de todo el mundo; con lo que consiguieron ganar varios premios nacionales que le aportaron, entre otras cosas, prestigio y poder adquisitivo.

Pero, un día se cansaron de todo eso y decidieron que sus vidas necesitaban otro sentido. Su sed de sol hizo que pusieran su vista en España y hasta aquí llegaron. Yo los conocí en Garrucha, pues coincidimos en la barra de un bar donde estaban intentando pedir pescado para almorzar. Me percaté de sus problemas con el idioma y les hice de traductor. Comimos juntos y, desde entonces, nació entre nosotros una gran amistad que ha perdurado hasta siempre.

De inmediato, se agregaron a Mojácar. Como a todos los que un día vinimos de fuera, Mojácar les sedujo. Se compraron un terreno y construyeron una preciosa casa cerca del mar, donde el sol, su añorado sol, entraba por los ventanales iluminando sus vidas. "No se podía ser más feliz", solían decir.

Mientras tanto, yo, que ya me dedicaba a la compraventa y promoción de terrenos, estaba teniendo algunas dificultades para sacar adelante un desarrollo urbanístico en la zona de La Paratá. Bob compró el terreno y retomó la iniciativa de construir una urbanización de lujo compuesta por una serie de chalets individuales, espaciosos, con grandes jardines y todos estratégicamente situados en promontorios, dentro de una zona privilegiada de la sierra mojaquera; unos con vistas al mar y otros orientados hacia las montañas. En pocos años, La Paratá se convirtió en un paraíso, un lugar de referencia en la zona, donde se podía cumplir el sueño de aquellos que anhelaban vivir rodeados, a la vez, de mar, montaña, naturaleza, sol, paz y hermosura. Su legado permanece ahí

y yo creo que es la única zona de Mojácar que, a pesar de estar urbanizada, continúa virgen.

Fundó la empresa denominada Pueblo Properties, dedicada a la construcción, promoción y venta de viviendas; una gran empresa que dio cobijo a muchos trabajadores, desde obreros de la construcción, oficinistas, carpinteros, electricistas, jardineros, aparejadores, arquitectos, etc. Todos, a ser posible, de Mojácar o sus alrededores. Trabajadores que le veneran y le estarán eternamente agradecidos a este señor inglés que la diosa fortuna, vestida de mojaquera, hizo que un día dejara Hereford y apareciera en Mojácar.

Tanto Bob como Doreen eran muy trabajadores. Ella, una perfeccionista escrupulosa, cuidadora de hasta el más mínimo detalle, pero amable. Pedía las cosas con tal delicadeza y educación que le hacían una mujer adorable, cercana y de unas cualidades humanas fuera de lo común. ¿Cómo es posible que no se enfadara nunca, a pesar de ser tan minuciosa? Bob, por su parte, se integró inmediatamente a la vida y costumbres mojaqueras. En solo un año, ya hablaba perfectamente español, o más bien mojaquero. Dialogaba con los obreros y parecía uno de ellos, además, solía decir que no entendía a los extranjeros que llegaban y no se integraban. ¿Cómo podían venir desde fuera para crear una pequeña réplica de sus países aquí? ¿Estúpido, no?

En definitiva, me ha tocado a mí hablar de ellos, pero cualquier persona que los haya conocido diría las mismas cosas buenas que yo; quizá se cambiarían los argumentos, pero el contexto sería el mismo. Yo, particularmente, me considero afortunado por haber tenido el honor de conocer a Bob y Doreen Hurst y, además, con el premio de encontrarme entre sus amigos.

¡Os seguimos echando de menos!



DOMINIQUE ESTEVE, ALAN SIMPSON Y ROSEMARY BARTLETT

ALAN SIMPSON

ALAN ONE WINE (VASO DE VINO)

Emilio Aramburu y Lenox Napier

Alan murió en Mojácar el seis de febrero de dos mil once y, unos días después, el 15 del mismo mes, aparecía en la prensa provincial La voz de Almería este emotivo artículo titulado Alan Simpson, uno de los últimos expatriados de la Raj Británica, firmado por Lennox Napier y Emilio Aramburu, los cuales no han tenido inconveniente en que se reproduzca literalmente:

“Alan Simpson murió en Mojácar el día 6 de febrero de 2.011 después de una caída fortuita. Alan, conocido por igual entre los mojaqueros y extranjeros por su sobrenombre “Alan One Wine”: el hombre que tomaba un vasito de vino en cada bar en su diario deambular por las calles del pueblo de Mojácar.

Llegó por primera vez a estas tierras mojaqueras en 1.968, camino de Inglaterra desde su guarida de Azila, en la costa atlántica

de Marruecos. Los pocos forasteros de entonces estaban congregados en la plaza de Mojácar, tomando el sol y no menos brandís. Ambas cosas estaban igual de baratas y agradables. Para Alan el viaje a su país terminó aquel día.

Nació en Inglaterra en 1.930 y tuvo la fortuna de sobrevivir a una bomba alemana que cayó sobre su casa en los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, sufriendo la deshonra de ser sometido a examen de sus heridas por el médico, mientras permanecía, asustado y desnudo, tendido sobre un piano bajo la nieve.

Comandante en la Guerra de Corea, ganó una medalla por salvar a una tropa de un campo de minas. Después de la contienda, siguió en el Oriente, en Malasia (durante su Guerra por la independencia). Viajó como explorador en Nueva Guinea, en una canoa de madera en compañía de unos cazadores de cabezas, durmiendo bajo las estrellas junto a los fardos de los “trofeos humanos” de sus compañeros de viaje.

Más tarde, determinado a no volver a su país natal, viajó por el África tribal y el Sahara -donde conoció a Wilfred Thessiger (muchos años después, Manu Leguineche escribió un libro sobre el destacado explorador, pero no antes de consultar unos apuntes con Alan)- antes de encontrar trabajo en África Occidental. Allí comandó una tropa de seguridad de 650 hombres en Sierra Leona para proteger los campos de diamantes, que luego fueron la razón de la Guerra Civil que duró veinte años en aquel sufrido país. En Ghana llegó a ser jefe de policía y, después, minero de oro, plata y estaño.

Estuvo en Zanzíbar en una revolución y vivió en Marruecos, antes de inclinarse por lugares menos peligrosos. Tras vivir alternativamente entre Marruecos y Mojácar, finalmente eligió su residencia definitiva en esta última localidad en 1.990 y, desde entonces, ha sido siempre apreciado por todos sus convecinos, que, por afabilidad, discreción y cortesía le han considerado un verdadero “Gentleman”.

Hace unos años, escribió un libro, “Naked in the snow” (Desnudo en la nieve), en el que recogió todas sus anécdotas y vivencias por el mundo, terminando con algunos capítulos sobre esta población almeriense. Ahora, descansa en el cementerio de Mojácar junto a muchos amigos lugareños y “expatriados” que, desde hace medio siglo, eligieron esta tierra para vivir por siempre. Goodbay, Alan. One wine for you.

La Voz de Almería: 15-02-2.011

Por último, haciendo uso de una frase que Alan solía decir muy frecuentemente, podemos asegurar que era “absolutamente mojaquero”.



CHARLES BAXTER

EL ACTOR

Patricia Moroney

Conocí a Charles Baxter a través de Norma Amick en 1.959 o 1.960. Ella era representante de actores antes de venir a Madrid a trabajar con Samuel Bronston, productor de cine. Había representado a Charlie en Nueva York. Norma y yo nos conocimos al compartir una oficina en el Departamento de publicidad de Sevilla Studios. Madrid, por entonces, era el centro de la industria cinematográfica para los americanos. El dólar estaba fuerte frente a la peseta y era más barato hacer películas en España. El Cid, La Condesa en Hong Kong, o Rey de Reyes se hicieron aquí, entre otros.

Antes de volver a los E.E.U.U. desde España en 1.962, Norma, algunos amigos españoles y yo hicimos un pequeño viaje por Andalucía, volviendo por la costa, pasando por la playa de Aguadulce, donde la tierra se vendía a 25 pesetas el m². Paramos en Mojácar, aconsejados por una amistad mía de tiempos académicos, quien disfrutó de un interludio romántico en una de las torres de la casa de verano de los Garrigues, en la finca de éstos, cerca de Garrucha, donde ahora se encuentra la urbanización Marina de la Torre. Era enero, soleado, y las flores de almendro pintaban el valle de nubes rosas y grises a lo largo del Río de Aguas. Nos quitamos la ropa y caminamos hacia el mar.

En la plaza del pueblo, el alcalde, don Jacinto, nos señaló la tierra que estaba en venta, casi todo lo que había a la vista. Norma no tardó en construirse una casa en la playa, cerca del Río de Aguas, sin electricidad durante años, pero con un pozo. Ahora, es un pequeño hotel con el mismo nombre. Durante sus trabajos en las películas de James Bond en Roma a finales de los 60, Norma comenzó a vender propiedades a los turistas que visitaban el recién construido Hotel El Moresco. Comenzó sentándose en la Plaza Nueva con una carpeta sobre sus rodillas y no tardó en abrir una oficina en su pequeña casa de la Cuesta del Castillo. En 1.972 tomé yo las riendas de la pequeña oficina de Norma. El total de agencias inmobiliarias en Mojácar entonces era una. El total de agencias inmobiliarias durante el reciente delirio de sobrexplotación urbanística y créditos fáciles se acerca a las 300.

Charlie y yo coincidimos de nuevo en Mojácar cuando retorné para vivir allí. Era muy rubio en su juventud y no perdió el cabello al envejecer, sino que se le volvió plateado. Tenía dientes fuertes y una sonrisa elegante. Fue guapo toda su vida, el concepto que tenemos precisamente de un actor. Estaba

◀ CHARLES BAXTER.



CHARLES BAXTER.

orgulloso de sus raíces danesas y su verdadero apellido era Bang ("golpe" en inglés, por lo que era una buena decisión cambiárselo a Baxter). Gozaba siendo el anfitrión y lo hizo con clase en sus varias residencias de Mojácar. Era astuto con su dinero y diseñaba sus residencias con la intención de retener el gusto local y acomodar a los nuevos residentes, a quienes se los vendía.

En 1970 los servicios (estructurales) eran tema de conversación todas las mañanas, tras un café y un brandy en la Plaza Nueva, mientras uno rezaba

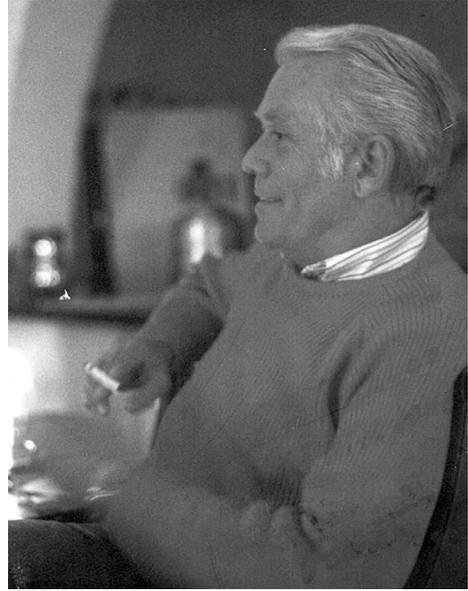
por toparse con un electricista o un fontanero. No había teléfonos, solo dos en el pueblo, uno en el Hotel Indalo y el otro en la centralita que regentaba Domingo, su mujer o su hija.

Charlie y yo estábamos interesados en promocionar el renacimiento de un pueblo en ruinas y sin apenas economía hasta la llegada del turismo. Los residentes locales eran ancianos y niños, y los que podían trabajar, habían emigrado a Alemania, E.E.U.U. y Argentina. Pero, una serie de personas de la industria del cine acabó en Mojácar, unos para siempre, algunos solo por un rato y otros siguen yendo y viniendo. Entre ellos: Tony Richardson, director de cine de Londres; mi buena amiga Mary Mortimer, Maddox, veterana de los Estudios Sevilla y viuda de Enrique Arias, pianista colombiano que construyó el castillo, ahora conocido como el Mirador del Castillo, para sus conciertos a principios de 1.960; Dan Aubry, guionista y fotógrafo internacional después, aún visita Mojácar periódicamente; Tito del Amo, continúa residiendo, inicialmente fue fotógrafo para, creo, David Lean y sus localizaciones en Carboneras; Katy Mullock, actriz; y Geoffrey Lumb, actor de teatro. Algunos de los guionistas bien conocidos que tuvieron propiedades aquí fueron: Bernie Gordon, Howard Berk, Wynn Wells y Silvio Narizzano

Durante la Segunda Guerra Mundial, Charlie estuvo alistado en las Fuerzas del Ejército del Aire. Volaba como artillero en un B17 con base en Inglaterra cuando fue abatido el aparato en algún punto de Europa. Estuvo en un campo de prisioneros durante bastante tiempo y, entre sus compañeros de cautiverio, se encontraban los dos autores de Stalag 17. Allí, consiguieron un libro con obras de teatro en inglés a través de un prisionero polaco a cambio de unos cigarrillos. Tras su liberación, entró en la Escuela Dramática de Yale, aun no teniendo el graduado escolar.

Stalag 17 tuvo mucho éxito en Broadway y en Londres. Trataba sobre la vida en el campo de prisioneros donde Charlie pasó parte de la Guerra.

Actuó en varias telenovelas, e incluso estuvo nominado a un Emmy por una de ellas. Sin duda, fueron las telenovelas las que le facilitaron el dinero para retirarse con clase en Mojácar. Atrajo a numerosos amigos y compañeros de teatro desde los Estados Unidos para que compraran o construyeran en Mojácar. Aquí, rehabilitó como hogar el edificio que ahora es El Loro Azul (durante muchos años Budú). Tras eso, construyó y habitó la propiedad adyacente, La Muralla, convertida ahora en un restaurante italiano. Su propiedad siguiente fue un cortijo en el valle de la Era del



CHARLES BAXTER.

Lugar, cerca de los Napier y los Becket. Cuando ésta se vendió, se quedó en el Catillo, propiedad de los Twonsend en ese momento, supervisando la ampliación de 1.982. Tenía gran talento para decorar sus residencias, con el mimo y el efecto de un decorador. Sus fiestas anuales del 4 de julio en los jardines del castillo fueron memorables. Autodesignado Embajador Americano en Mojácar, sus invitados vestían para la celebración y se lo pasaban estupendamente. Bebían semiseco para aclarar las patatas fritas, caían, a veces, a la piscina y escuchaban los discursos dados desde la terraza superior donde ondeaban las banderas de los invitados: E.E.U.U., Reino Unido, Francia, Italia, España, etc.

Se marchó definitivamente de Mojácar a finales de los 80. Se trasladó a Cádiz después de verse innecesariamente involucrado en un episodio muy desagradable y, desde ahí, marchó para siempre a E.E.U.U.



LARS WESBERG Y MATICA GOULARD

LOS SUECOS

Francisco Haro Pérez

Rosa García Belmonte

A pesar de no ser los únicos suecos vinculados a Mojácar, pues estaban por ejemplo: Cecilia Lithander, perteneciente al cuerpo diplomático; los embajadores De Ribbing y Wilhelm Winther; Greta Bendtsen y algunos más que no me acuerdo; para todos los mojaqueros, Lasr Wesberg y Matica Goulard eran los Suecos. Aunque, realmente, el sueco era Lars, pues Matica, por extraño que parezca, era española y de ascendencia francesa, como denota su apellido; pero española por los cuatro costados. Aun así, Lars y Matica eran y seguirán siendo los Suecos.

Fueron de los primeros turistas en llegar a Mojácar, a principios de los años sesenta, cuando el pueblo estaba virgen y casi por descubrir. Fueron, también, de los primeros en mostrarnos el camino por donde debíamos andar y las formas que teníamos que emplear para avanzar en nuestro intento de sobrevivir a la desesperación por conseguir un espacio diferente, más próspero, agradable y fluido. En definitiva, fueron de los primeros en amar a Mojácar, en enamorarse de su silueta vista desde la lejanía, de sus casas cuadradas a las que se entra por el tejado, de sus calles empinadas llenas de piedra y polvo, de sus plazuelas abrigadas a la sombra de las buganvillas, de sus espléndidos miradores desde donde se vislumbra el infinito, de las solitarias y espectaculares playas de agua transparente y limpia arena y de sus gentes, de todas sus gentes. Querían ser parte de esas gentes y lo fueron, desde el principio hasta el final y, aún hoy, que ya no están, lo siguen siendo, por siempre.

La educación, la amabilidad y la cultura eran sus señas de identidad y el respeto, su bandera. Ellos fueron la razón por la que no vimos a los extranjeros como intrusos o invasores, sino todo lo contrario, como tabla de salvación del tempestuoso futuro que se nos presentaba antes de su llegada. Su integración fue rápida y total. Quizás ayudó, en parte, su gran arraigo a la fe cristiana. Eran de ir a misa casi a diario, acudían a la ceremonia con Biblia y rosario en mano, y eso, aquí, y en aquellos tiempos, estaba muy bien visto. Además, ejercían como auténticos cristianos, predicaban con el ejemplo, compartiendo su espiritualidad y la inmensa riqueza de su sabiduría convertida en enseñanza.

Algunos de los que por aquella época decidieron fijar su residencia, o más bien, hacerse una casita, optaron por contratar, cosa lógica por otra parte, los servicios de profesionales venidos de otros lugares, gentes con experiencia en la materia; pero ellos no, desde el principio quisieron confiar en los nativos como modo más directo de integración y encargaron a la autóctona y recién creada constructora C.O.C.A.S.A. la construcción de su vivienda. Creo que fue la primera casa que esta compañía construyó. Todavía sigue en pie, altanera, en el barrio de San Sebastián, junto a la ermita del mismo nombre, mirando al mar celosa de sus vivencias y de albergar tanto la existencia como el ocaso de su morador. En ella, sumergido ya Lars en el declive propio de la senilidad, fue encontrado inerte y sin vida, después de su largo peregrinar por la última etapa de su existencia sin Matica.

Rosa García Belmonte, nuestra querida bibliotecaria, fue quizá quien más confraternizó con Lars y Matica. Ella estuvo siempre ahí, atenta a ellos, tanto antes de la muerte de Matica, -ayudó a repatriar las cenizas de ésta para ser enterradas en el cementerio de Mojácar, según expreso deseo-, como en los últimos años de Lars. Los dos descansan juntos. Hicieron el último viaje al cielo de Mojácar para la eternidad.

Rosa García Belmonte, bibliotecaria de la Biblioteca Municipal de Mojácar, publicó el siguiente manifiesto en el libro de festejos de agosto de 1.999:

"Matica Goulard y Lars Wesberg vinieron a Mojácar en los años sesenta y quedaron cautivados por este pueblo. Se construyeron una casa con vistas al mar y, desde entonces, han sido fieles, como las aves migratorias, viniendo cada año desde los fríos hielos de Suecia al cálido verano mojaquero. No tenemos espacio para citar el inmenso trabajo que dejó Matica a lo largo de toda su vida, pero haremos una breve semblanza.

Matica nació en Madrid en 1.910, se formó en la Institución Libre de Enseñanza, cuya finalidad era crear hombres y mujeres libres para un "Nuevo florecer de España", como el que "soñó el maestro en su día" en los versos finales de la elegía de Antonio Machado a la muerte de don Francisco Giner de los Ríos. El espíritu de la Institución no la abandonó nunca y está patente en sus trabajos posteriores.

Al final de la Guerra Civil, marchó a Suecia con un lectorado. Ha sido profesora en la Universidad de Gotemburgo y en la Escuela de Artes y Estudios Mercantiles. Fue directora del Instituto Iberoamericano de Gotemburgo, desarrollando una intensa labor como conferenciante. Dirigió obras de teatro, hizo programas de radio y fue autora, junto a Max Gorosh, de una gramática hispano-sueca que sirvió como manual en la enseñanza de la lengua española en Suecia.

Asesora del Premio Nobel, estuvo presente cuando lo recibieron Gabriela Mistral y Juan Ramón Jiménez. Amiga y compañera de estudios de Isabel García Lorca, conoció personalmente a Federico y ha estado vinculada a la familia y obra de Lorca, recopilando y dando conferencias sobre distintos aspectos de su labor hasta mucho después de jubilarse. Cada verano, cuando venía a España, asistía a congresos y reanudaba sus contactos con el mundo de la cultura. Son muchos sus amigos y colaboradores, entre ellos: Manuel Alvar, Camilo José Cela, Miguel Delibes, Julián Marías, Julio Caro Baroja, etc. En fin, toda una vida dedicada al estudio de la legua y la literatura; una labor insigne la de esta mujer ilustrada que en su día donó a nuestra biblioteca más de mil libros, acompañados de fotos, cartas, postales, diapositivas, documentos, revistas de literatura, arte, etc.

No podemos dejar de mencionar a su marido, Lars Wesberg, economista, profesor de la Universidad de Gotemburgo, autor de varios trabajos dentro del campo de la Economía y compañero inseparable de Matica. El haberlos conocido ha sido para nosotros entrañable. La biblioteca cuenta con sus interesantes libros que se encuentran a disposición de todo aquel que quiera consultarlos. No tengo palabras para expresar lo que esto ha supuesto. Esperamos que, en un futuro muy próximo, nos amplíen la biblioteca y podamos disfrutar de todo ello, realizando lecturas y exposiciones, puesto que algunos libros son ediciones antiguas y no se podrán prestar.

Nuestro más sincero agradecimiento a Matica y Lars, personas admirables que escogieron este rincón de Sierra Cabrera para su descanso y que, con tanto amor, nos han correspondido donándonos este importante legado que estimamos de gran valor para el mayor conocimiento de nuestra lengua y literatura.

El año pasado Matica hizo su “último viaje”, regresó a Suecia en noviembre y unos días más tarde se nos fue, plácidamente, contenta de haber visto una vez más esta mar con el que tanto disfrutaba”.



DAVINA DUNDAS BURTEN-SHAW

LA DAMA DE LAS MARINAS

Félix Clemente Gerez

Me dice mi amigo Paco Lina, sabedor de la amistad que me unía a Davina Brute-Shaw, que le gustaría que fuese yo quien hablara de ella en su obra, cosa que me produce un gran placer y me llena de orgullo. Es fácil hablar de alguien con la que has compartido amistad, qué digo, gran amistad.

Pertenecía a una familia de artistas, hija de actriz y madre de actor -su hijo Beernaby Burten-Shaw protagonizó, entre otros, una famosa serie televisiva en Inglaterra. Ella pertenecía al mundo del teatro; era una buena actriz dramática. Impartió clases de interpretación y danza en una de las escuelas de arte y ensayo más prestigiosas de Londres, pero no le gustaba hablar de eso, quizás por su excesiva modestia. Allí conoció a Maxwell, Max, con el que se casó y formó una familia.

Hacían una pareja extraordinaria. Él es la medida personificada, la exquisitez de las formas, todo sensibilidad y orden. Ella, sin embargo, era un torbellino, pura espontaneidad, inquieta, audaz, emprendedora, creativa, etc. Avatares de la vida les condujeron a Mojácar y, como otros tantos, una vez aquí, quedaron prendados de esta tierra. Sin pensarlo demasiado, decidieron echar raíces en ella. Lo dejaron todo, desecharon el pasado y arribaron a esta tierra con el equipaje lleno de sueños, trabajo y arte.

Se construyeron una bonita casa en las Marinas, arriba, en la sierra, casi perdida por los caminos de chumberas, pitas y algarrobos. Durante todo el día la música clásica se mezclaba con los trinos de los gorriones y el cantar de las chicharras. De vez en cuando, los acordes de una guitarra española intentaban personalizar alguna canción.

Al principio, montaron una tienda de complementos para el hogar y decoración, a la que llamaron Chismes. Max, su marido, es un magnífico decorador. Luego, abrieron un bar en la zona de Cueva del Lobo, bar la Gaviota. Por primera vez, en Mojácar, había un local donde se podía escuchar un concierto, el flamenco más puro o algún monólogo de teatro o poesía. Ella, y solo ella, podía hacer camino para que nativos y foráneos participáramos de una ilusión común, el arte en sus múltiples manifestaciones.

Su integración en el panorama popular fue rápida y plena. Aquí, junto a su marido, se convirtieron al catolicismo y fue una de las principales impulsoras de la creación de la misa de la hermandad. Una misa donde nativos y forasteros nos

reunimos, cada año, en Navidad, para cantar villancicos autóctonos mezclados con los de otras culturas, sobre todo de la iglesia anglicana. A su manera, fue una mojaquera más; entregada a hacer el bien.

Su faceta de actriz también la desarrolló aquí. Durante mucho tiempo colaboró con Win Wells en las obras de teatro que se representaban en su casa. Ella como actriz y Max como decorador de escenarios y, alguna vez que otra, como actor.

Pero lo que, sin duda, más le gustaba a Davina era cantar. Poseía un torrente de voz muy particular y tenía un don especial para hacer suyas cierto tipo de canciones, acompañándose, ella misma, con su guitarra, instrumento que siempre llevaba a cuestas. Era muy habitual verla y escucharla en cualquier bar de pueblo: el Saloon, la Escalera, el Alto, Zorba, la Sartén, el Pimiento, Time And Place, etc. Allí donde se la requiriera, ella acudía rauda para amenizar cualquier velada. Guitarra en ristre, desde la calle de cualquiera de estos establecimientos, se escuchaba su inconfundible voz interpretan-



DAVINA, RETRATO DE WIN WELLS.

do Mi caballo Blanco o alguna otra pieza en español o inglés; siempre de forma altruista. Igualmente, se prestaba voluntaria para actuar en todo tipo de actos benéficos, como lo hizo varias veces en la iglesia de Garrucha, junto al maestro Palmita y dirigidos por mí.

Hablar de esta gran mujer es hablar de penas y alegrías, de trabajo y soledad. A esta dama sencilla y grande, a veces esperpéntica y otras desapercibida, Dios no la doto de una gran belleza, pero le dio un corazón que le abarcaba toda nuestra tierra a la que amó hasta su último adiós.

Amigo Paco, necesitaría muchos libros para hablar de esta irreplicable generación de mojaqueros o mojaqueras de hecho, como tú bien los has titulado; pero solo quiero tener un recuerdo para esta señora que, por motivos que no voy a comentar, en la última cena que tuvimos los amigos en su casa, un veinte de diciembre, como cada año, nos comunicó, junto a su esposo, con lágrimas en los ojos, mientras un villancico envolvía aquel ambiente en el calor de la chimenea, que era el último año que nos podíamos reunir en su casa. “Nos tenemos que ir de la casa”, dijo afligida. “No sé dónde viviremos en adelante, será en esta comarca; pero no sabemos...”, dejó de hablar y, sobre mi hombro, lloró.

Yo, animándola, le dije: “No os preocupéis, viváis donde viváis, vuestra alma estará siempre en cada matorral, en los barrancos y en las cimas de esta hermosa Sierra Cabrera, madre de Mojácar y musa de nuestra tierra”. Al poco tiempo tomó otro camino, el camino del cielo. Presa de una atroz enfermedad nos abandonó en cuerpo, dejándonos su recuerdo para siempre entre nosotros.

Max, al quedar solo, no tuvo más remedio que irse a vivir a la localidad cercana de Antas, concretamente a la barriada de Aljaríz, donde hay un Centro de Día para sus cuidados. Desde la lejanía, cada mañana, al levantarse, abre su ventana y a lo lejos ve a Mojácar empingorotada al pie de la sierra y con el mar de fondo. Suspira, besa la foto de Davina, se seca una lágrima y continúa.



DAVINA.



En muchas ocasiones y cada vez que mi juicio demanda la quietud necesaria para reencontrarme conmigo mismo; cuando necesito recapacitar sobre el legado dejado por quienes allí yacen o evocar episodios del pasado con el fin de que me sirvan como enmienda en el presente y lección para el futuro; si necesito determinar ciertas cuestiones, bien de índole personal o en las que puedan verse implicados intereses ajenos, entonces, acudo raudo, sin dilación, a nuestro sugestivo cementerio. Ese reducto de paz donde el tiempo se detiene, la memoria se agudiza y los recuerdos subsisten. Ese lugar entre terrenal e intangible donde nos damos realmente cuenta de que todos somos congéneres. De hecho, ahí están nuestros difuntos dejando su impronta, lápida con lápida, ánima con ánima, epitafio con seudónimo. Todos unidos compartiendo perpetuidad en nuestro edén de descanso eterno reivindicándose como parte del pasado y enseñándonos, de nuevo, que el futuro pasa por la unidad y la tolerancia mutua. Son nuestros antepasados porque así lo hemos querido todos. Por derecho unos, otros por convicción y, todos y cada uno de ellos, forman parte de nuestra historia, la escriba quien la escriba. Junto a la tía María, al tío Juan, al lado de Perico, de Fulanico o Menganita yacen:

Alma May Nelson, Leslie Alfred Lane, Morris Amos Stokes, Geraldine Erika Herzberg, Michael Oliver Herzberg, George Andres Dickson, Jack Ivor Payne, Geoffrey Lumb; Mary P. Lumb, Maurice John Taylor, Margaret Ray, Margaret



◀ ENTRADA AL CEMENTERIO DE MOJACAR

CEMENTERIO DE MOJACAR.

Scott-Davis, George Scott-Davis, David James Carnegie, Wendy, Diana Robin, Grahan Colthurst Freymuth, Douglas-Stuart Bramley, Judith Penrose, Ramon L. (Tony) Schaller, Arthur Leonard Dananher, Noel Thomas Coffey, Marion Norma Nanny Young, Anthony Keeble Earl, Robert Leib (Bob) Hurst, Ronnie Bird Artist, Frank Albert Wheeler, John Max M'cluskey, Cristine James Davis, Anthony Richard Hawker, Hilda M. Davie, Thomas W. Davies, Esme Veronica Baskett, Michael John Baskett, Wally Taylor, Ulf Dietrich Schimming, Carlos Giovanetti, Penny Alers Hankey, Ernst Schröder, Charles Steward, Dannis Alfred Angiss, Frederick Noel Mooney (Fritz), George F. Woodington James (Jin) Clayton, John Martin Walker, Marty , John and Gena, Carlos Almendros Navarro, Frederick Reduers lee, Kate Owens, Terence Mc'namara, Oscar Paul Berchtold, Jack Ramsden, Gwyn, Josef Coyne, Rosa Marie Coney, Gerhard L. Ball, Dr. Willian Mc'kencil, Franz y Helene Pfffer, Grete y Heinz Coch, Charles G. Avery, Dolce Silvio Narizzano, Heather Napier, Ludwik Jarzycowsky, Euginie Raths, Jean Marie Raths, Greychen Ball, Fernando Blache, Henry Higgins, Olive Rose Hopkins, Air Vice Marshal, William Puleston Scott Napier, Pedro J. Marcos Polack, Mauren Butler, Odile de Larocque Catur, Bernard Warner, Theresa Sweet, Joachin Langner, Ronald Frederick Worlidge, Hug Stephen Francis, Eva Berry, Joy Angliss, Sheila Copeland, Fred H. Roberts, Margarth Rose, Edwards Lindon, Yuy Mary Clement, Frank Baxter, John Robert Harrop, Terry Wood, Davina Dundas Burten Shaw, Mike (Solo) Connolly, Jana, Fred King, Thomas George, Yenwell Porter, Eric L. Brookes, Dorotea Jozzina Maria (Herman-Kamel-Paul Van Bellingen), Winston Crumblehulme, John James, Liliana Hearson- Jack Hearson, Matica Goulard de Westberg, Lars Goulard Westberg, Maurice Leslie Chambers, Terence John Higham, Sarah Ann Gregory, John GeorgeWorricker, Baron Var Der Bruggen, Ethel Irene Tallis, Tony Cresswell, Geoffrey Challen, Alice Lock, Cyril G. Venning, Hazel I. Neville, Frank Hult, Patricia Coyle, Edna Foden, Geoffrey Marshal, Jim Shea, Don Jaques; Martine Ortokan, Ena Daisy Cox, Edith Margaret Moss, Elise Hoxhan, Basil Abbott, Lynn Hickson, Terry Hickson, Zoltan Bela Morik, Fame Fiena Stevanson, Eliza Mary Ferry, Roy Emile Pullen, Darren Cristopher Phillips, Sheeil Agh Mary Eileen Tainton, Eileen Marshall, Peter Lorenz, Erwin Wachter, Doroty Morden, John R. Morris, Ernest Roy Nilsson, David Cameron, Kathy Buchan, Leslie Frederick Bartlett, Victor Anderson, Sabine Steeg, Donald Weaver, Jeanne Sally Majewicz, Eve Steinhauer, Martin Clayton Vaughan-Jones (Tino), Ismael Ernesto Santiago Willems, Mavis Facer, Donald Harley Mckillop, Heinz W. Sack, Terry Brookes, Reg Parker, Frederick (Fred) Philip Thomson, Angelica Darlington, Ann Harris, Arnold Pearson, John Edward Kiran Kerrigan, E.E. M'cullen , Diana Elizabeth Guiver, Flynn, Anna Louse Drinkall, Ruth and Allan Stanley, Anthony Ian Bullimore, Cary Marcilla Ros, Pamela Dorothy Kelman, Roy Leech, Royston Thomas Martin, Sidney Ashcroft, Roy George

Bryn John, Thomas Siegfried Zobel, Hier Ruth Hans Willi Reichwaldt (Hawi), Gordon Read, Ken Griggs, Talulah Constan Bradley, Clive David Watkin Jones, Barbara Glegge Ambrosse, Katheleen Ann Willis (Kate), Janet Mary May, Dawn Patricia Smith, John Joseph Moran, Kenneth Victor Facer, Margie Black, Octave Robert Andres, Percy Frances Stanfford, Edward Anthony Johnson, Erna Elisabeth Friederich Schiller, Alan Geoffrey Simpson, Philip Pulsfor Face, Flynn, Roy Longden, Anna Louise Drinkall, Edith Karoline Biggs, Anthony James Simmonds, Ruth and Allan Stanley, Clinton Brown, Bob Taylor, David William, James Alexander Munday, Erna Granger, Ian Granger, Mavis Colyer, John Barrie Grouch, Kennet Michael Danaher, Alan Harley Buglass, Derrick William Brown, Martin Black, Barry Cumblehulme, Lebby...

Los restos de casi todos ellos reposan en nuestro excelso campo santo. Las cenizas de otros juguetean con las brisas que envuelven nuestro entorno. Algunos, por circunstancias, no están; pero los espíritus de todos, y cada uno de ellos, deambulan perpetuos y diligentes entre los recovecos de las calles de nuestro ocaso, formando remolinos con el viento, junto a las hojas secas desprendidas de nuestra efímera existencia, buscando perpetuarse en el infinito. Quizás, algún día, se rebelen y nos vuelvan a mostrar cómo debemos amar a Mojácar. ¡¡Ojalá!!





Entre ellos hay un denominador común: todos fueron personajes anexos al entorno mojaquero. Sus semblantes han quedado impresos en cada rincón, en cada fachada, en cada calle... formando parte de la estructura arquitectónica y sobre todo de la entidad conceptual de Mojácar. Artistas, en general, algunos de esos artistas, ya lo eran antes de venir y, al llegar, Mojácar los acogió como tales haciéndolos suyos. A otros, ya se encargó la propia urbe de crearlos y amoldarlos a su imagen y semejanza. Cada cual sentía la necesidad de beber de todas las fuentes de este lugar de ensueño para acrecentar sus propios mitos; tanto los que llegaron, los que aquí se forjaron o los que aquí nacieron. De entre ellos, unos prefirieron beberse Mojácar sorbo a sorbo, paladeándola, sin prisa, y con todo el tiempo del mundo por delante. Los demás, por el contrario, decidieron bebérsela en dos tragos, arrebatándole tiempo al propio tiempo para finalmente atragantarse en su propia sed. Mojácar también había creado la capacidad de engullir a sus propios personajes.

6. APÉNDICES

REIVINDICACIÓN

En toda mi narrativa no he pronunciado la palabra “extranjero” ya que, entre otras cosas, he aprendido que, dependiendo de quién y de cómo sea expresada o interpretada, se puede tergiversar su significado y dar lugar a equívocos intencionados. Además, soy consciente de que, en algunas ocasiones, se ha usado de forma peyorativa y sacada del contexto al que se refiere; por tanto, es una palabra que no me gusta, entre otras razones, porque puede ser empleada, de manera absolutista, si se quiere reivindicar



LA LEGENDA DE LA FUENTE.

algo irracional o reclamar un lugar común como propio, acogándose a unos muy particulares códigos de pertenencia, sin otro argumento que la mezquindad posesiva y la sinrazón absurda de quien se cree dueño del entorno con la autoridad suficiente como para delimitar fronteras y restringir el libre deambular de todo tipo de personas e ideas.

No me gusta desde que, siendo niño, leí la inscripción sobre la losa de mármol que hay en la fuente, donde se narra la leyenda de las capitulaciones de Mojácar, la cual relata que por el año 1.488 un tal Garcilaso de la Vega, enviado por los Reyes Católicos, vino dispuesto a desterrar (otra palabra horrible) a uno de nuestros más ilustres antepasados, el alcaide moro. No se lo ocurrió otra cosa, al muy iluso, que acusarle de "extranjero", por lo que el gran alcaide le recriminó su actitud contestándole que "aquí se quedarán porque de esta tierra eran y nada ni nadie puede cambiar esa realidad". De hecho, aquí se quedaron fomentando y transfiriendo, de generación en generación, la primogenitura que nos define como herederos de esa cultura, sin la cual, la Mojácar contemporánea no tendría nada que ver con ese fascinante rincón de embrujo que magistralmente describe Carlos Almendros en su libro del mismo nombre. En dicho libro se analizan, de una manera más fehaciente que en la leyenda anterior, los avatares históricos de nuestra ciudad desde sus inicios en el año 2.000 a.C. hasta nuestros días, resaltando el por qué de nuestras costumbres o el origen de nuestra raigambre, matizando las razones de comportamientos tales como el aprovechamiento del agua como bien esencial y el reparto de la misma por mediación de un sistema de regadío imparcial y equitativo vigente hasta nuestros días, o el motivo que hacía que las mujeres tapasen sus rostros o transportaran los cantaros de agua en la cabeza, en perfecto equilibrio, desde la fuente hasta sus casas, a través de las escarpadas y casi inaccesibles calles, dejando sus manos libres para poder agarrarse. O por qué se entraba por la solana o tejado a las viviendas en forma escalonada que conjuntamente formaban un núcleo piramidal.

Quiero pensar que, abundando en la fábula, el alcaide le aseguró a Garcilaso que mientras en este excelso lugar hubiera el más mínimo atisbo de sentido común, algún indicio de juicio, o mientras la sensatez prevaleciera sobre la necedad, esa palabra quedaría abolida, sin significado definido y olvidada en lo más recóndito del intelecto de todo aquel que se preciase mojaquero. Porque, ¿qué sentido tiene limitar culturas en un lugar donde han confluído y se han desarrollado las distintas vertientes de civilizaciones tales como celtas, fenicias, griegas, romanas, visigodas, árabes o cristianas? Y digo yo, que debe ser por eso que el Duende se ha encargado de que, desde entonces, aquí nadie se sienta extraño y ésta sea tierra de todo aquel que la ame y la respete.

SEGUNDA GENERACIÓN

Existe otra naturaleza de mojaqueros que son el fruto y la continuación de nuestros mojaqueros de hecho; los hijos de éstos. Todos aquellos que, nacidos o no aquí, tuvieron sus primeras vivencias en Mojácar y son también mojaqueros de derecho. Se han criado entre nosotros y son la juventud y el futuro de Mojacar: Gideon, Sasha, Gaizka, Stacy, Jeanie, Tesni, Marquitos, Lua, Till, Paul, Benjamin, Laila, Jhon, Apolo, Sara Jones, Joby, Luke, Micah, Veronique, los hermanos Willems, Shara, Lua, y un largo etcétera. Por supuesto, son protagonistas y, aunque más recientes, tienen sus historias y vivencias de una niñez llena de recuerdos fantásticos como pilares de su madurez.



LAILA, TESNI, TILL, GIDEON Y GAIZKA.

Gideon Richarson, nuestro apreciado Quirian, ha querido, a través de su relato, hacernos partícipes de los recuerdos de esa niñez mojaquera:

“En la primera mitad de la década de los ochenta nos encontrábamos todos allí; Tesni, Till, Gaizka, Marquitos, Laila... apenas con diez años, bajo el sol inclemente de agosto. En los días donde no había dónde esconderse y sin gran idea de qué hacer, llamábamos a “Jeanie” Napier, cuya casa sigue estando en la base de Mojácar la Vieja, abajo, en el río. Entonces sólo eran pocos teléfonos de seis números, fáciles de memorizar. Lo hacíamos racionadamente para no pasarnos. Siempre aceptaba nuestra visita de buen grado, a menos que hubiera razones de peso mayor para no hacerlo. Al fin y al cabo, tenía, seguramente, la piscina privada más grande de la comarca, por un humorístico error de interpretación en las medidas dadas a los albañiles, que, donde leyeron centímetros eran pulgadas, o al revés, y era de esperar que nos sintiéramos absolutamente atraídos al lugar.

Bajábamos en tropel, toallas al hombro, por la carretera del viejo campo de futbol, que nos conducía directo a la entrada del camino de tierra que llevaba a su casa unos cientos de metros más allá. La verja grande guardaba la entrada espaciosa de la casa, que siempre me recordó a una casa tropical, quizá colonial, de patios abiertos en la entrada, formando un porche continuo y cubierto, lo cual hacía pensar que estaban preparados para algún tipo de monzón.



SEGUNDA GENERACIÓN.

La piscina y el trampolín eran aún más grandes porque éramos niños. Entonces, tanta agua era señal de un inminente ataque al sistema nervioso y mental y rozábamos la locura veraniega y feliz de quien ha conseguido, otra vez, entrar en el cielo.

Secos ya y con ritmo cardíaco normalizado, justo antes de convertirnos en delfines, se nos llevaba al salón de video, nada más ni nada menos. Quizá fuera de los pocos videos de la comarca, provincia o más lejos aún, donde visionamos clásicos de toda la vida por primera vez, en versión original y muy en primicia. Hablo de joyas como Rambo, Indiana Jones en busca del Arca perdida, Mad Max (con esta sentí pánico de los malos), etc., sin olvidar a los Monty Python y Fawlty Towers (con esta serie comprendí de qué se reían los ingleses). Películas y series que, a esa edad, nos marcaron de por vida, o quizá la juventud de toda una generación, por sus mensajes y efectos alucinantes, bandas sonoras y demás.

Recuerdo muy bien cuando el plan se nos venía abajo porque Fritz, el pintor, dormía la siesta en ese salón, pues a veces se acostaba tarde, y porque su risa de gigante debía de gastar mucho a uno. La tristeza era palpable en nuestros rostros aún infantiles, pero Jeanie nos animaba a que volviéramos a intentarlo otro día, que había películas para rato.

Al salir, pasábamos cerca de los eucaliptos de la entrada, donde años atrás, siendo más niño aún, había colgado una especie de esqueleto de metal simulando un ave que yo creí verdadero, es decir, que por dentro éramos de alambre.

También, saludábamos a los pavos reales, auténticas bandas sonoras para el pueblo durante años, y a los patos, en el jardín anterior a la casa, antes de ya desaparecer por los caminos de polvo y tomillo, con la risa histriónica por único motor, desdentados caminantes hacia su base en el pueblo, el parque de los columpios.

“No se pide socorro si no es verdad”, nos espetó don Antonio. Había acudido raudo al parque en ayuda de unas voces que no hacían más que copiar los gritos de socorro que habían visto en una película poco antes. Nos encontró a los niños colgando como gatos de una acacia en posturas casi aburridas, vagas, distraídas. Al verle aparecer nos asustamos de verdad.

Cuando comenzamos la escuela, es decir, el parvulario y 1º, 2º, 3º de EGB, el edificio estaba arriba, frente al campanario de la Iglesia, donde ahora está el Área de Urbanismo y demás funciones, y los recreos eran espaciosos, pues podían tener calles enteras hasta donde el concepto individual de lo que era “media hora” acababa, para no volver a clase tarde.

La mañana que instalaron los columpios en el parque, aproximadamente el año 1.980, la cola de gente llegaba hasta la plaza: adultos y niños, albañiles y banqueros, amas de casa y malos y buenos estudiantes. El mismo tráfico



TESNI Y GIDEON.

debió sentir el evento, con el trasiego de los que subían impacientes y bajaban sonrientes, de los niños que, tras media hora, dejaban de esperar su turno porque tenían que volver a clase sin más dilación.

El eucalipto y su sombra, entonces enormes, se encontraban allí en medio, como un mástil y su vela verde, sólidos como un padre que nos vio crecer, vigilante, azotado por el sol y los vientos, visible delator de las tormentas de aire que azotan desde siempre al pueblo. Su sombra, sobre los columpios dispersos, metálicos, que fueron, por orden, al entrar, a mano izquierda y los columpios, a mano derecha, el tobogán, tras el tobogán, "el sube y baja", y tras éste, la noria, la primera en romperse, carcomidos en sus colores por el óxido de los sudores y las lágrimas de los niños pequeños que éramos entonces.

Allí jugaban todos, ninguno se resistió a no quedarse en ese lugar durante las largas horas de su infancia, entre la escultura de aires neolíticos de Pepe "el Mejicano" o cantando sobre los columpios los éxitos animados de aquellos tiempos donde aún transitaba el blanco y negro, para luego esconderse a fumar los primeros cigarros y casi robar, tras las palmeras desaparecidas por el picudo rojo, los primeros besos.

En los setenta pusieron una noria allí arriba, para las fiestas patronales, un verano. ¡Qué locura! ¿Cómo pudo caber?

Más arriba, en la Cuesta del Castillo, el alcalde habló para trescientos millones de personas. Lo hizo sosegadamente, sabiendo lo que iba a decir, aunque tuvo que repetir la escena unas veinte veces. El texto era fácil, pero el programa de 300 millones exigía que había que decirlo todo en el orden expuesto. Supongo que don Jacinto en aquella época gastaba una labia de cuidado, pero un texto así, de sopetón, le costó lo suyo. Habló para toda España y parte de Sudamérica desde lo alto de la cuesta, justo debajo del castillo, señalando la bajada de la calle: “Y por aquí, cuesta abajo, se marchó un tal José “Guirao”, todavía chico y sin mucha noción de lo que iba a ser su vida. Se marcharon su madre Isabel y él, bajando por esta cuesta que nunca más iban a ver, una mañana cualquiera de principios del siglo XX. Años más tarde se le conocería por su nombre artístico, “Walt Disney”.



ALCALDE JACINTO.

Don Jacinto iba de traje, nosotros, entonces, hechos sólo de huesos, pantalones cortos y un polo de limón. Nos tiramos toda la mañana con el equipo de grabación del programa, que eran tres. Recuerdo los artilugios de grabación y la cámara en sí, recuerdo que nos sentamos, en silencio, sobre uno de los tejados de la casa de Caty, “la americana”, y miramos a los adultos trabajar. Me molestó, sin duda, la pérdida de paciencia por parte de los entrevistadores, ya que el alcalde daba signos de cansancio al repetir tantas veces un texto que en realidad sabía de memoria. “Señor alcalde, tiene usted que repetir el texto como está escrito”.

A mí me pareció inverosímil que le hablaran así a nuestro alcalde y que él se dejara tratar así, sobre todo porque eran más jóvenes que él, bastante, y en mi época no se le hablaba así a nadie y menos a los mayores, pero el espectáculo es el espectáculo y había que terminar la grabación, fuese como fuese.

El calor, la cámara y la verdad le pesaban aquella mañana a don Jacinto. Habían estado a punto de cancelar e irse todos a tomar unas cañas, pero el alcalde hizo un último esfuerzo y logró lo imposible; soltó todo el texto de memoria, lo justo para dejar claro cuál había sido la última casa de Walt y su madre, antes de partir hacia Estados Unidos montados en un velero desde Garrucha y cuál había sido la calle por la cual bajaron.

Aquella casa era entonces de "Ulf" y Yoka, su mujer, la madre de Sasha. Entonces, recuerdo que la casa olía a pieles y a líquidos para tintar, había hebillas por todos lados y botones y cordones de cuero y cajas de humildad. Décadas más tarde acabaría siendo El Caló. Marchosos aquellos años. Un bar de copas que ya no existe, por la gloria del silencio, según el vecino que opine.

Cuando ya crecí, no fueron pocas las veces que, cerveza en mano, cruzaba aquella puerta para tomar el aire y, al salir, me daba de lleno con don Jacinto, le pedía disculpas y me apartaba para que, con toda la tranquilidad del mundo, se dirigiera a medio planeta. Me sonreía como siempre lo hizo cuando nos cruzábamos por las calles y seguía con su discurso: "Bien, por aquí, bajando esta cuesta..". Yo, por supuesto, en más de una ocasión intenté explicar a los turistas nocturnos aquel episodio, en aquel mismo lugar, entre chupitos de ron y humo de cigarrillos, pero la esencia la he mantenido para mí, por lo difícil que es a veces plasmar un pequeño evento de tan vital importancia. Me he mantenido en silencio, mirando aquella bajada y pesando quién sería el próximo mojaquero en desaparecer hacia el mundo y vivirlo, en bajar la cuesta.

Fue como un sueño. Bárbara, "la de Tito's", nos subió al castillo para bañarnos todos en la piscina. Al terminar la jornada acuática, nos diseminamos por la montaña bajando en diferentes direcciones. Unos fueron por allí y otros por allá. Recuerdo al "Till" (hijo), y a su amigo "el Quirian" (que soy yo), cuando se quedaron embobados delante de la casa de "Ulf", tras el equipo de grabación de 300 millones, mirando al alcalde Jacinto cómo hacía su discurso de Disney y señalando la cuesta por la que, seguramente, se marchó. Al rato los chiquillos bajaron también, pero no hasta los Estados Unidos, sino al parque, justo debajo; después, a la plaza.



TILL Y GIDEON DE NIÑOS.

Habían recién bajado a la plaza, donde se celebraba la boda de Bill Napier, como si fuera otro siglo, todos invitados alrededor de grandes mesas llenas de comida y, sobre todo, de una caja entera de Phosquitos. Allí reían todos los adultos juntos, los mojaqueros “de hecho” y los nativos, los abuelos, las abuelas, tías y tíos, y, a veces, padres adoptivos de los chiquillos extranjeros. Corrieron los niños por el mirador, que entonces era prácticamente para ellos, para que corrieran, jugaran, intercambiaran su existencia con los niños nativos y el increíble entorno y sus vistas hacia Mojácar la Vieja en primer plano y la sierra de Bedar, al fondo izquierda y quedar para siempre pintados por dentro gracias a algunos atardeceres sin parangón, explicando así la falta que hubo siempre de un cine en la localidad.

“La Tesni”, “el Marquitos”, “el Till”, “el Quirian”, “el Gaizka”, “la Laila”, “Stacy” y los demás, una lista algo compleja y humilde, que fue agrandándose a la vez que encogía, la primera en la memoria del pueblo, que fue al colegio de Mojácar desde el principio de sus vidas y cuyo castellano sin acento superó al de sus mayores en unos pocos años. Nombres que aún merodean por entre las calles, además de en la dulce memoria de un tiempo que fue, sobre todo para algunas madres de familia nativas que les cuidaron y alimentaron en la década de los setenta, “canguros interculturales”, creando un lazo eterno con las familias que aceptaron su presencia, que aún sigue vivo, sobre todo, al cruzarse por cualquier calle, asombrándose ambos del tiempo que ha pasado para los cuerpos y, sin embargo, el alma, en esencia, sigue igual. Sé de buena tinta que esos, los que eran niños entonces, en la transición, aceptados con ternura y curiosidad, aún cierran los ojos cuando por casualidad andan por las calles del pueblo, en sus visitas casuales, a la hora de comer y tropiezan con el aroma de algún plato de boquerones fritos, estofados, cocidos... la lista es tan larga como onírica, como un sueño”.



EPÍLOGO

Las escasas palomas que transitaban por el aire, en el aire se quedaron, inmóviles, sobrecogidas por el colapso de improvisada belleza. Vislumbraron, nebulosa, una remota pirámide blanca recostada sobre las primeras estribaciones de la abrupta sierra. Palomas de pluma moruna que, en busca de vergel donde posarse, volaban a expensas de la caprichosa brisa.

El viajero, por su parte, no daba crédito a lo que tenía delante, y se restregaba sus incrédulos ojos para escapar de la alucinación y saber que no soñaba. Cuanto más cerca más fascinación. Un manto sedoso cubría el entorno y ensalzaba su halo. La luz del sol percutía difuminando siluetas cúbicas que tomaban vida emulando a mariposas que quieren alzar el vuelo y no pueden. Se lo impide una recóndita fuerza de gravedad que emana del centro de sus entrañas.

Desde la carretera, Mojácar es espejismo que no cesa con el puñado de hojas blancas de sus casas construidas con ilusoria e irreductible nieve. Trae el visitante mucho sol a cuestas; pero esta revelación es más de lo que puede soportar su asombro.

Sumida en olvidos, la ciudad susurró un buen día la apología de su encanto en los oídos de los artistas de medio mundo y su rumor reclutó parroquianos, ganó adeptos. Lo que era ruina y abandono fue puesto en pie de restitución y cuidado. Se diría que diligentes maestros del cubismo, se habían hecho sus arquitectos y trasplantado hasta aquí, de incógnito, su nueva academia de teoría estética.

Era un verdadero espectáculo sensitivo, contemplar el incesante manar de agua virtuosa que, vehementemente, fluía por los trece caños de su moruna fuente para ir a desembocar en varios pilares donde las mujeres, sumidas en el elemento, enjuagaban las ropas restregándolas, con sus manos, hasta hacerlas brillar de puro blancor, en unas losas de composición arquitectónica nazarí que hacían trasladar la imaginación al patio de alguna alcazaba del mundo árabe, mientras, otras mujeres, en increíble equilibrio, engreídas de tradición,

◀ MOJÁCAR Y LAS PALOMAS. FOTOMONTAJE DE FERNANDO VEGA.

acarreaban sobre sus cabezas los cántaros rebosantes de agua para el hogar y los subían perdiéndose entre las callejuelas del enigmático conglomerado de casas escalonadas y superpuestas que configuraba el entorno.

Serpenteantes trazos sin horizonte sugerían veredas que, salpicadas de remansos, entre la constante pendiente, conducían a recónditos rincones donde fluye el embrujo y reina la calma. Pasajes de ensueño que transitan viejos duendes pretendiendo hacerse perennes.

Por la calles de Mojácar se andaba como si se pisara otro mundo. Era fácil encontrarse en ellas con la disponible bondad de sus gentes dispuestos a acompañar al visitante en el sube y baja del laberíntico callejear y a buscarle una vivienda, una pieza de cerámica o una referencia histórica. Permanecía en pie, habitado de sombras, el edificio del teatro que funcionara a principios de siglo, y donde la oratoria de Benavente sucedía a la retórica de don Juan Tenorio. Entre las candilejas de su particular farándula, y en un limitado museo imaginario, el hombre dio cobijo a los fantasmas del aquelarre poniendo en desfile delirante los zapatos de Juana la Loca y las esparteñas del Moro Juan.

Ya, el pueblo andaba habitado por las gentes de las artes, talentosos del pincel sobre todo, a quienes se les conocía por el apelativo familiar y propio: Mikel, Fritz, Win, Novoa, Pepe, Bob, Juan, Jacky, Perceval, Cantón Checa, Felix, Sarita, Luz, Paul, Beatrice, Don Jorge... La ciudad permitía una distinta perspectiva y su altivo silencio era paraíso de inspiración para el escritor, el dramaturgo, el poeta... María Antonia Dans se hizo discípula de esta luz, y al murciano Mariano Ballester le trajeron hasta este lugar ciertas pesquisas, suscitando nuevos hallazgos árabe-cerámicos para su Museo de la Hurta. Fue aquí donde las indagaciones arqueológicas de Juan Cuadrado, colaborador indispensable de Luis Siret, se toparon con el Indalo, un "tótem" que enarbó la mano poética de Celia Viñas como enseña del grupo almeriense entorno a Jesús de Perceval, y ascendió a sabiduría el oráculo culto de genios como don Eugenio D'ors, Antonio Bonet o Salvador Jiménez. Leyendas fantásticas, vestigios de soberano pasado, adornaban la humilde realidad. Mientras que, agarenas culturas enorgullecen el semblante del presente.

Las últimas y confiadas palomas de pluma moruna que habían hecho nido de mojaquerismo y se asentaron, formaron tropel. Bandada esperanzadora que echó a volar con las vertiginosas alas del turismo por la misma senda, que según la leyenda, transitó, como embajador de Isabel y Fernando, aquel "claro caballero de rocío" llamado Garcilaso De La Vega, padre del insigne poeta, que al lugar se llegó para platicar con Alavéz, último alcaide moro de la ciudad, y convertir, en amistad y poesía, los frutos del diálogo y de la paz.

Concebido por Francisco Haro, familiarmente conocido como "El Harico", y enclavado junto al espectacular mirador de la emblemática Plaza Nueva,

nació un hotel bajo el nombre, -El Hotel Indalo- donde reposaban y tertuliaban, mezclados con el pueblo llano y entre trago y prosa, los anónimos, o célebres, artistas que en el establecimiento coexistían; pero faltaba habitación. Mojácar se habría quedado como un alto en el camino sin ese socorro prodigioso que sirvió como andén inmediato, al eminente Parador Nacional de los "Reyes Católicos" levantado por el vetusto Ministerio de Información y Turismo y al que siguieron otros establecimientos de distinto índole.

La arquitectura continuó empinando el volumen de la cal, como mantuvo en altura las discusiones del suizo-francés "Le Corbusier" con el talento creativo de Roberto Puig, que tanto impulso dio a esta arquitectura y que en su momento amplió la fascinación del hotel Mojácar, colgado en el paisaje.

La mar azul quedaba relativamente lejos, como vidrio deslumbrante. La playa era bravía porque las aguas estaban abiertas. Dicen que el enclave de Mojácar está a ciento setenta y cinco metros de altitud, pero se podía comprobar el error psicológico del dato, ya que lo que desde Mojácar se veía, era mucho más.

La blanca espuma, que precede a las olas del sosegado mar, humedecía el encaje de su enagua y dificultaba que el aire remangue su intimidad. Poco a poco, insinuante, se destapaba dejando entrever sus encantos. Balanceándose se iba desprendiendo de sus siete velos en seductora danza al ritmo del mazhar y al son de los acordes del rabat moruno. Los trinos de mil gorriones, que revoloteaban en su espacio contiguo, le hacían de coro.

La vega del Almanzora crujía en verdes. Toda la tierra se dilataba. Los apéndices ancestrales de la serranía abrazaban celosos su blanco promontorio como erigiéndose en receptores del cosmopolitismo que andaba viniendo.

El porvenir de Mojácar se anunciaba con turísticos perfiles minoritarios, pese a la abierta condescendencia humana de su alcalde, que más bien, parecía un canciller de Roma. La fatigada gente del norte de Europa y de América, encontró aquí silencio, belleza y sencillez. Se multiplicaba el blanco en la decoración, y en el número de alemanes, de suecos, de franceses, de británicos, estadounidenses... Alguna dama, retirada de otros menesteres, encontró la manera de desayunarse con Vodka y bacalao o de decirle adiós al día con Whisky y morcilla. Sabiduría del vivir.

Como centro neurálgico de la jarana trasnochadora, y franqueado por sugestivos y pequeños bares, floreció el espacio. Un lugar, una escalera de piedra multirracial donde los jóvenes se aglutinaban y que algunos usaban para subir al firmamento psicodélico; mientras que otros, entre peldaño y repisa, con copa de por medio, se intercambiaban dosis de cultura envuelta en sabiduría de efectos pacifistas y de esperanzador reverdecer. Germinaron tendencias, confundiendo a adalides inconscientes. Y se instauró doctrina, saltando sobre las fronteras de lo permisible.

Hacían falta dromedarios para la excursión. Era necesario que no se adulterase este asilo del cubismo. Desde aquí, donde la vida estaba cerca, parecía el mundo lejano. Sus prominentes azoteas invitaban a gritar al viento: "Aquí me quedo, en Mojácar y por todo lo alto". Arriba, en el vértice superior de la cúspide, anidaba la algarabía visual. Todo lo demás se hacía insustancial. No había más, ni siquiera bruma que impidiera regocijo. Solo el cielo de Mojácar.

Pero ocurrió que los gavilanes extrajeron sus codiciosas garras y las ya despatriadas palomas, tras frustrado desvelo, huyeron despavoridas y en tropel hacia quién sabe dónde. Las rapaces, cual cuco oportunista, usurparon el habitat, y ahí siguen...

Algunos miramos hacia el cielo y nos preguntamos expectantes ¿Volverán, algún día, las palomas?

Paco Lina

COLABORACIONES Y AUTORÍAS

- JOSÉ MARÍA MONTOYA: Recordando a D. Carlos Almendros.
- ENRIQUE LORENTE: Recordando a Rafael Lorente.
- JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ DE HARO: Recordando a Frederick Noel Mooney, Fritz.
- ANDRÉ DEL AMO: Recordando a Frederick Noel Mooney, Fritz.
- ED WHYTE: Recordando a Frederick Noel Mooney, Fritz.
- TITO DEL AMO: Recordando a Frederick Noel Mooney, Fritz.
- GUIDEON RICHARDSON: Recordando a Frederick Noel Mooney, Fritz; Jean Raths y apéndice Segunda generación.
- ANGEL MEJÍAS: Recordando a Frederick Noel Mooney, Fritz.
- BARBARA HOLLANDER: Recordando a Frederick Noel Mooney, Fritz.
- A TAN GEE: Recordando a Frederick Noel Mooney, Fritz.
- LENOX NAPIER: Recordando a Frederick Noel Mooney, Fritz y recordando a Charlie Braun.
- ISABEL RATHS: Recordando a Frederick Noel Mooney, Fritz.
- CLEMENTE GERÉZ: Recordando a Win Wells y Davina Dundas Burten-Shaw.
- DIDIER ARIAS: Recordando a Enrique Arias.
- FRANCISCO PÉREZ RODRÍGUEZ: Recordando a Kate Owens.
- ANTONIO MARTÍNEZ ALONSO: Recordando a Marcelien Brunet.
- MARÍA CÓRCOLES: Recordando a Benjamin Rapoport.
- CLEMENTE FLORES MONTOYA: Recordando a Roberto Puig-Adam Álvarez.
- ANTONIO RUÍZ FLORES: Recordando a Aldo Cecci.
- MIGUEL EGEA FLORES: Recordando a Aldo Cecci.
- FRANCISCO ALARCÓN CARMONA: Recordando a Aldo Cecci.
- RIC POLANSKY: Recordando a Robert, Bob y Doreen Hurst.
- PATRICIA MORONEY: Recordando a Charles Baxter.
- ROSA GARCÍA BELMONTE. Recordando a Lars y Matica Wesberg.
- ANTONIO GARCÍA RUSSELL: Traductor.
- FRANCISCO LORENTE GARCÍA: Corrector.
- FERNANDO VEGA: Fotomontaje.

También han sido usados, en la presente obra, pequeños fragmentos de libros, autorías de Carlos Almendros, Rafael Lorente y Clemente Geréz, extraídas de sus respectivos libros: “Mojácar rincón de embrujo”, “Thalasa” y “Gente brava”. Igualmente se hace mención a dos artículos periodísticos escritos por José María Martínez de Haro y Salvador Jiménez.

FRANCISCO HARO PÉREZ

Nació en Mojácar en el año 1955. Acudió a la escuela del pueblo hasta los 10 años para después ir al Instituto de Enseñanza Media de Huércal Overa. A los catorce años tuvo que dejar los estudios para ayudar a su padre en el Hotel que éste regentaba. Además de camarero, trabajó como pintor y administrativo hasta que opositó en el año 1980 a una plaza de Policía Local en Mojácar, donde desde entonces ejerce como tal.

Persona de gran sensibilidad e inquietudes en todo lo que concierne al arte, en general, y a la escritura, pintura e interpretación, en particular, es un gran estudioso de la cultura popular.

Como escritor ha colaborado con el autor José M. Montoya en los arreglos de su obra "Gallinas en pepitoria y conejos al ajillo" y en la adaptación de obras teatrales.

Su faceta artística más activa precisamente se centra en la interpretación, participando en obras como "Puebla de la mujeres", "Quien me compra un lío", "El paquete de don Juan", "La casa de Bernarda Alba", "Gallinas en pepitoria y conejos al ajillo" "La venganza de la Petra", "Vamos a contar mentiras" entre otras.

Es cofundador de la asociación cultural "Candilejas de Mojácar" cuya actividad se centra principalmente en teatro. En la actualidad prepara las obras: "Políticamente incorrecto" de Ray Cooney y "La cena de los idiotas" de Francis Veber, adaptadas ambas, por Paco Mir.

Así mismo proyecta un nuevo libro de poemas y relatos cortos y una exposición de pintura.

Francisco Haro (Paco Lina) ha tenido la buena idea de escribir un libro a modo de homenaje a todos aquellos “mojaqueros de hecho” que, aunque forasteros, bien se ganaron el apelativo. Y se fundamenta en razones muy dignas; porque ellos cambiaron Mojácar para siempre. Es un buen libro, un libro que será referencia para los habitantes de esta Comarca y para los curiosos de la cultura y de la historia local. Un libro que se adentra en los repliegues de una crónica social con respeto, con gratitud y con una profunda nostalgia que hace vibrar la buena literatura, la que llega al alma y queda prendida en el corazón. Si alguien desea conocer mejor los tiempos que alumbraron el esplendor de Mojácar y de esta Comarca y los actores que propiciaron el cambio sustancial de nuestras vidas, habrá de leer este libro como referencia ineludible.

Francisco Haro (Paco Lina) had the good idea to write a book as a type of homage to all those “Mojaqueros by adoption” who, although outsiders, earned the name. And for very deserving reasons: because they changed Mojácar for ever. It is a good book, a book which will serve as a reference for the inhabitants of this area and for those interested in local culture and history. A book which delves into the folds of a social chronicle with respect, with gratitude and with the deep nostalgia which makes good literature vibrant, which reaches the soul and remains imprisoned in the heart. If anyone wishes to know more about the times which lit up the splendor of Mojácar and this area and the actors who brought about the substantial change in our lives, he should read this book as an unavoidable reference.

*Parte del prólogo de
José María Martínez de Haro
Escritor y Periodista.*

Profesor de la Universidad Complutense de Madrid

Edita:



Colabora:

Ayuntamiento de
Mojácar

ISBN-13: 978-84-8108-575-4

